LA CORRESPONDENCIA DE UN EMIGRANTE EN AMÉRICA

RELATO DE UNA HISTORIA DE VIDA Y FUENTE PARA EL ANÁLISIS DE LA VIDA COTIDIANA

Estudio y edición de

JAVIER F. GRANDA





MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

ESCRITOS DE LA VIDA COTIDIANA

VI

LA CORRESPONDENCIA DE UN EMIGRANTE EN AMÉRICA

RELATO DE UNA HISTORIA DE VIDA Y FUENTE PARA EL ANÁLISIS DE LA VIDA COTIDIANA

Estudio y edición de
JAVIER F. GRANDA

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES
2016

Muséu del Pueblu d'Asturies

Paseo del Doctor Fleming, 877
La Güelga, 33203 Gijón / Xixón (España)
Teléfono: 34 / 985 18 29 60

museopa@gijon.es
http: //museos.gijon.es
http: //www.redmeda.com

I.S.B.N.: 978-84-96906-46-4

D. L.: AS 00458-2016

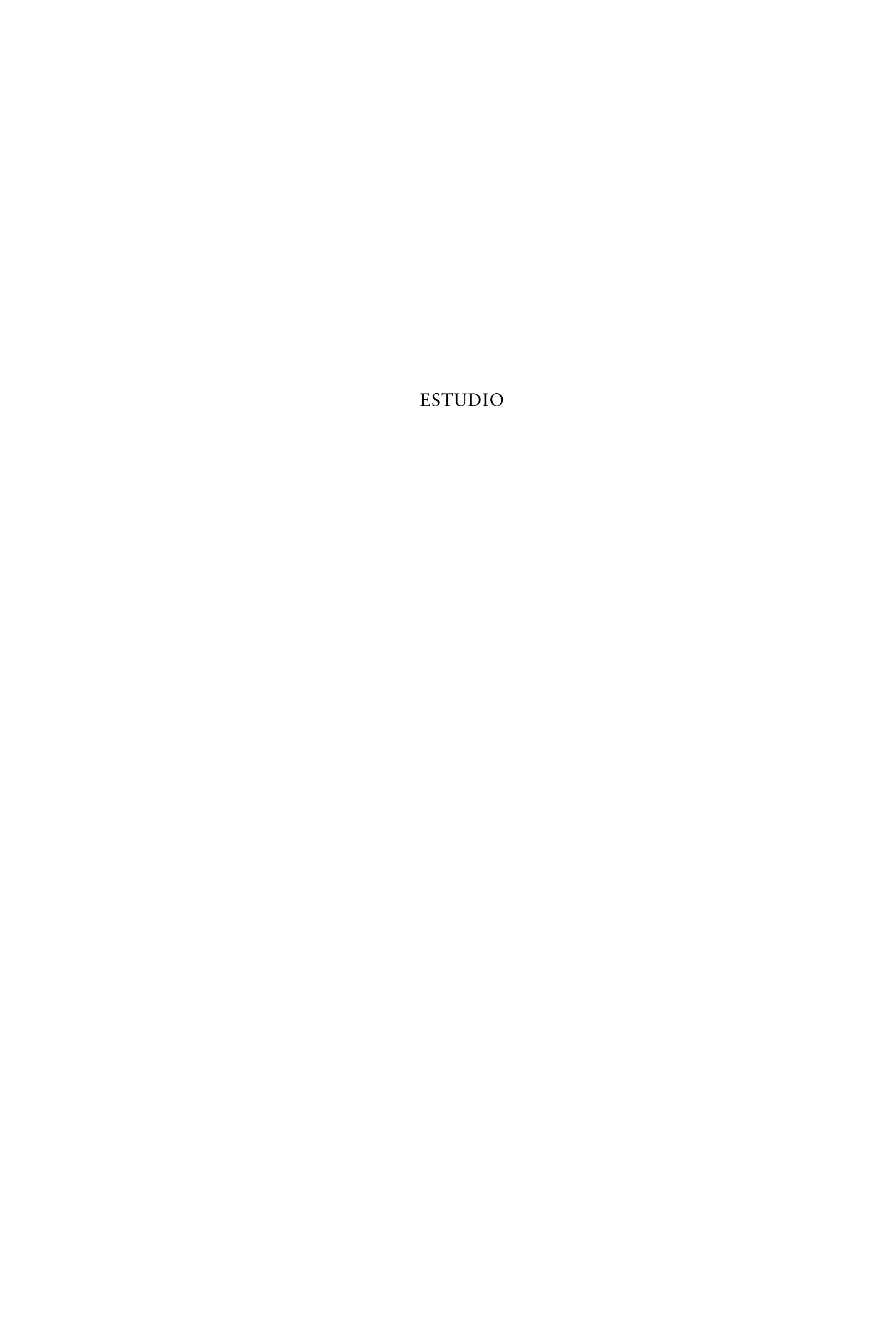
ÍNDICE

ESTUDIO

Introducción 7
Oportunidad del estudio y metodología 12
La emigración a América 14
Criterios de transcripción y observaciones 16
Estudio de las cartas 19
Los protagonistas 20
Recuerdos del origen 30
Los padres 33
La partida a América 39
Los inicios en Argentina 41
El trabajo 44
La vida en Argentina 51
Sobre la vida cotidiana y las relaciones familiares 57
Las redes sociales y círculos de amistad 65
A modo de conclusión 71

EDICIÓN

Cartas 77
Tablas resumen 181
Bibliografía 189



ESTUDIO

Introducción

El trabajo tiene como finalidad el estudio de la correspondencia privada de un emigrante asturiano en Argentina, tratando de verificar si este conjunto de cartas, entre las que se encuentran abundantes reflexiones y referencias a la emigración y a la vida privada, puede ser considerado elemento suficiente para definirse como relato de una «historia de vida» y soporte para el análisis de la vida cotidiana como fuente histórica.

Estas cartas no se escriben con el objeto de servir de fuente de estudio, ni tan siquiera de formar una historia de vida en sí misma. Son cartas indeliberadas[1] en este sentido y totalmente ajenas a cualquier ámbito literario o académico. Por ello, debemos entender su carácter espontáneo y desvinculado de cualquier tipo de influencia o contaminación en este sentido.

Las cartas se encuentran entre los fondos del archivo del Museo del Pueblo de Asturias (Gijón). Esta correspondencia se compone de 48 cartas[2], seis postales y escasas fotografías, comprendidas entre los años 1950 y 1968, adquiridas por el museo a un familiar de los protagonistas gracias a las gestiones de su director, Juaco López Álvarez.

Esta correspondencia fue escrita por un emigrante en Argentina a su hermana en Asturias y muchos de los documentos no solo dan cuenta de aspectos de la vida cotidiana de quien escribe, sino que conforman un relato basado en los recuerdos de la infancia, la experiencia del emigrante y aspectos diversos

---

[1] El término indeliberado lo tomamos de la presentación de la correspondencia completa de Arthur Rimbaud en Arthur Rimbaud, *Prometo ser bueno: cartas completas*. Barcelona, Barril & Barral, 2009. Tendremos siempre muy presente el significado del adjetivo «indeliberado» que, según el diccionario de la RAE, se refiere a lo «hecho sin deliberación ni reflexión».

[2] En el Museo del Pueblo de Asturias se describe la colección bajo la signatura A11/209.

de la vida adulta del protagonista, así como el comentario a la información que le llega desde su Valdés natal de mano de su hermana. Suponen solo una parte de las intercambiadas por los protagonistas en un lapso de tiempo mayor; no obstante, se trata de la documentación disponible en la que centrarse atendiendo a criterios de coherencia y valor narrativo, ya que, en su conjunto, conforman una unidad destacable.

El Museo del Pueblo de Asturias comienza la formación de un archivo de documentos personales integrado por cartas, memorias, diarios y autobiografías en el año 1992[3]. Desde esta fecha, ha ido incorporando a sus fondos numerosa documentación que sirve de fuente primaria para la investigación. En 2013, el Fondo de Correspondencias del Museo del Pueblo de Asturias, dentro del apartado de correspondencias familiares, custodia unas siete mil cartas entre las que se encuentran varias temáticas organizadas de la siguiente manera[4]:

Emigración: Cuba, México o Argentina. Emigrantes que escriben a los familiares en Asturias. Aproximadamente 4.300 cartas entre 1827 y 1978.

Guerra Civil, División Azul y Madrinas de guerra: 750 cartas.

Familia y amigos: 1.338 cartas, entre 1850-1970.

Otras: 310 cartas.

La procedencia de esta documentación es diversa: compra a particulares o anticuarios, algunas escasas donaciones y depósitos de personas que quieren mantener la propiedad pero están interesadas en que se custodien en una institución que aprecie su valor documental y se empleen, en su caso, como fuente para la investigación y difusión de conocimiento.

Del estudio de los fondos del museo han salido numerosos trabajos que se publican en la colección «Escritos de la vida cotidiana» y que son muestra de la ejemplar dinámica de la entidad por dar a conocer, desde su ámbito, todo lo relacionado con la cultura asturiana.

---

[3] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América. La emigración de asturianos a través de la correspondencia. 1864-1925». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. Tomo LV, núm. 1, 2000, pp. 81-120. Versión electrónica disponible en: <http://s3.redmeda.com/biblioteca/lopez_2000_cartas.pdf> [con acceso el 9-1-2014].

[4] Información aportada por el Museo del Pueblo de Asturias.

El museo pertenece, asimismo, a la Red de Archivos e Investigadores de la Escritura Popular (RedAIEP)[5]; red que desde septiembre de 2004 «coordina y da visibilidad a los archivos, asociaciones, coleccionistas e investigadores empeñados en la búsqueda, conservación, estudio y divulgación de la memoria escrita de la gente común»[6]. Estas expresiones de la escritura popular se pueden organizar en autobiografías, diarios y memorias, epistolarios y correspondencias, escrituras de guerra, carcelarias, escolares e infantiles o escrituras de la emigración, sobre lo cual existe una amplia bibliografía[7] que muestra el interés actual por este tipo de fuentes primarias.

Nuestro trabajo se enmarca en lo que se refiere a «escrituras de la emigración» y pretende hacer visible la experiencia humana del emigrante, abordando la construcción de un relato que no es deliberado en su origen, sino que se conforma gradualmente a medida que se acumulan y salen a la luz recuerdos, noticias y experiencias entre los protagonistas, con el intercambio fluido y natural que provoca la correspondencia.

Se trata, por tanto, de un trabajo de microhistoria por la delimitación del campo de estudio en el sentido apuntado por Giovanni Levi, «en cuanto a práctica que se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental»[8] y de historia de la vida cotidiana que parte de una fuente primaria para explicar cuestiones que atañen a la experiencia y a la vida privada en un marco cronológico concreto. Esta microhistoria estará centrada en el individuo, en su experiencia y su identificación como eje del discurso. Por su parte la historia de la vida cotidiana[9] se relaciona íntimamente con la microhistoria y la «history from below» interesada en los procesos sociales como prácticas del pueblo común. Tal como refiere Sánchez Marcos al referirse a quienes hacen Microhistoria, lo que nos interesa es «el margen de maniobra y de libertad, las estrategias seguidas por los individuos o los pequeños grupos familiares

---

[5] Sede electrónica disponible en: <http://www.redaiep.es/> [con acceso el 11-3-2014].

[6] Véanse contenidos en la sede electrónica. *cit. supra.*

[7] Antonio Castillo Gómez (y otros), *Bibliografía sobre escrituras populares y cotidianas (siglos XIV-XXI).* Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita Universidad de Alcalá. Alcalá de Henares, 2006. Versión electrónica disponible en: <http://www.redaiep.es/pdf/publicaciones/bibliografia-escrituras-cotidianas.pdf> [con acceso el 13-1-2014].

[8] Giovanni Levi, «Sobre Microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer Historia.* Madrid, Alianza, 1993, p. 122.

[9] Julio Arostegui, *La Investigación Histórica: Teoría y Método*. Barcelona, Crítica, 2001, pp. 172-173.

u otros, en el seno de las estructuras económicas, sociales y culturales» [10]. Teniendo esto por establecido y dado el ámbito de estudio y su enfoque, está plenamente inmerso en lo que se ha denominado «Historia desde Abajo» ·

Algunas cartas de las que aquí se analizan ya han sido estudiadas en 2000 por Juaco López Álvarez en su artículo «Cartas desde América. La emigración de asturianos a través de la correspondencia. 1864-1925», sobre lo cuál matizaremos algunas cuestiones en el apartado «Criterios de transcripción y observaciones».

No se pone en duda la importancia de la correspondencia como fuente que permite profundizar en el pensamiento, creencias, apreciaciones sobre la «realidad» y un sinfín de aspectos que afectan a la existencia humana. En ámbitos como el estudio de la vida de determinados autores claves en la cultura de masas, este tipo de literatura resulta fundamental. Javier Arnaldo, en el prólogo a *Las Cartas* de Vicent van Gogh[11], argumenta lo siguiente:

> Si algo caracteriza la correspondencia como género literario es que incide directamente en la vida privada de los lectores. Sea ficticio o real el destinatario de las cartas, sea la correspondencia creación literaria o filosófica o simple y puramente el documento escrito de una relación entre individuos, es en todo caso la confidencialidad en uno u otro grado lo que modela su lenguaje.

En este trabajo vemos en qué grado es posible distinguir la realidad subjetiva u objetiva dentro de un documento escrito derivado de la relación entre individuos con una carga de información, afectos, etc., que discurre en ocasiones por los estrictos márgenes de la crónica y que puede ir variando en ocasiones hasta llegar a pasajes susceptibles de cierta idealización.

Toda carta que emane de un ambiente familiar ha de observarse a la luz de una espontaneidad que no busca conscientemente la construcción de una historia de vida y mucho menos ensalzar la figura del autor del documento más allá del circulo al que se destina. La finalidad práctica de esta correspondencia no es otra que servir de unión a miembros de una familia distantes muchos miles de kilómetros y poner en común cosas que afectan a sus vidas. Tenemos la certeza de que los protagonistas jamás intuyeron que sus cartas pudieran convertirse en un objeto de estudio, lo cual es fundamental para atender a la historia de vida desde un posicionamiento de no intervención en la narración,

---

[10] Fernando SÁNCHEZ MARCOS, «Tendencias historiográficas actuales». 2009, p. 82. Disponible online en <http://www.culturahistorica.es> [con acceso el 24-5-2013].

11 *Vicent Van Gogh. Las Cartas (I y II)*. Madrid, Akal, 2007.

ya que los documentos son los que son y solo han intervenido en ellos los protagonistas. Así observaremos que cada línea que contenga información sobre la vida de la persona, es esta, y solo esta, quien construye el relato y conforma gradualmente la historia de su experiencia, sin intervención de terceros que pudieran interferir. Estas intervenciones mediatizadas pudieran ser debidas al ejercicio del historiador, sociólogo, etc., que realiza una entrevista o a cualquier tipo de relación institucional. En palabras de Imízcoz y Arroyo, «la correspondencia epistolar privada, como medio de comunicación entre personas, es la única fuente documental que revela interacciones directas —no mediatizadas institucionalmente— entre actores sociales»[12].

A propósito de las correspondencias de emigrantes, López Álvarez[13] se refiere a sus características particulares ya que obedecen a una serie de condicionantes entre los que se incluyen los aquí propuestos:

> Las cartas son una fuente de documentación muy personal y extremadamente subjetiva. Con ellas vamos a conocer la emigración utilizando unos documentos escritos por los mismos emigrantes, sin estar sometidos nada más que al dictado de su propia cultura y al de sus propios intereses. El contenido de las cartas está sujeto a varios condicionantes: primero, el temperamento del emigrante, pues hay personas que cuentan toda su vida y hay otras que carta tras carta solo informan al destinatario de su estado de salud; segundo, el nivel de instrucción y el dominio de la escritura; tercero, el destinatario de la carta, pues no se cuenta lo mismo a un padre, un hermano o un amigo, y cuarto, el estado de ánimo del emigrante cuando escribe y sus circunstancias en ese mismo momento.

Debemos insistir en la sinceridad de este tipo de escritura ya que se realiza con un fin práctico, en muchos casos, y en un clima emotivo que las hace transmisoras de sentimientos y emociones irremplazables en las vidas de los protagonistas y por tanto serán difícilmente distorsionadas o falseadas. Son documentos que, como refiere Pereda Martín,[14] «pocos se preocupan en conservar, a pesar de que ofrecen una valiosísima información sobre la vida

---

[12] José María Imízcoz Beunza y Lara Arroyo Ruiz, «Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas». *REDES- Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales,* vol. 21, núm. 4, 2011, pp. 98-138. Disponible en <http://revista-redes.rediris.es/html-vol21/vol21_4.htm> [con acceso el 8-3-2014].

[13] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», p. 82.

[14] Pereda Martín, Jaime, «El Archivo de las Escrituras Cotidianas-SIECE». Suplemento especial sobre Cultura Escrita. *El Filandar / O Fiadeiro*, núm. 17, p. 25. Disponible en <http://issuu.com/filandar.fiadeiro/docs/suplementoce> [con acceso el 13-1-2014].

cotidiana (e incluso íntima) de las personas y de cómo van evolucionando a lo largo de su periplo vital». A lo que añade:

> Estas correspondencias, redactadas por una multitud anónima, son una verdadera enciclopedia de la vida de las personas. Nos cuentan mucho no solo de los lugares en que vivieron sino de la propia naturaleza humana, de sus anhelos y preocupaciones, de sus virtudes y sus miserias.

En atención a este referido valor, advertimos de los peligros que acechan a los documentos que son olvidados, arrinconados o destruidos, perdiéndose para siempre por el escaso interés que representan para sus propietarios o custodios accidentales. López Alfonso asegura que «las cartas son un material frágil, voluble, propicio a revolotear, traspapelarse, quemarse o perderse»[15]. Con ellas se pierde una fuente de información de lo más importante para atender a realidades que atañen a la vida cotidiana y privada de las personas y a estas inmersas en sus realidades sociales.

Oportunidad del estudio y metodología

Las historias de vida son un instrumento de incuestionable valor que arroja luz sobre muchos aspectos de la memoria colectiva referida al éxodo migratorio o a procesos de cambios sociales, siempre narrados en primera persona. Habitualmente las historias de vida han sido recogidas a través de entrevistas con los protagonistas, pero también es posible que estos dejen constancia de sus memorias a través de la escritura autobiográfica. En los últimos años, se reivindica la subjetividad como forma de conocimiento y es así como la historia de vida pasa a ser considerada como un valor científico[16].

La información que emana de las correspondencias es de un enorme interés tal como ponen de manifiesto Imízcoz y Arroyo[17] en el ámbito de las élites al afirmar que «en las últimas décadas, con la vuelta a un primer plano del sujeto como actor de historia y, por lo tanto, como punto de partida para la escritura de una historia a partir de los actores y de sus configuraciones colectivas efectivas, la correspondencia se descubre como una gran oportunidad». Lo mismo

---

[15] Alfonso López Alfonso (ed.), *De La Habana, Nueva York y México a Gijón. Cartas del emigrante Sixto Fernández a su hermana Florentina (1913-1932)*. Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2012, p. 8.

[16] Alejandro Moreno, «Historias de vida» e Investigación, [artículo en línea] Disponible en <http://prof.usb.ve/miguelm/historiasdevida.html#_ftnref5> [con acceso el 21-3-2014].

[17] José María Imízcoz Beunza y Lara Arroyo Ruiz, *op. cit.*, p. 102.

podemos afirmar para el resto de individuos, ya que cada hombre en su vida cotidiana, o como individuo en sociedad, forma parte de algo que es posible analizar históricamente, atendiendo a una realidad sociocultural específica.

Cualquier momento parece oportuno para reflexionar sobre la emigración como fenómeno social, por cuanto que vivimos en una permanente redistribución de población a nivel global. Sobre la emigración desde el punto de vista histórico existen muchos estudios de corte cuantitativo, pero aún pocos de tipo cualitativo que permitan conocer los testimonios de aquellos protagonistas que dejaron su huella a través de una documentación que el tiempo ha vuelto valiosa y que pocas veces se había tomado en consideración. Los grandes relatos habían predominado en la Historia y los individuos populares no eran motivo de interés para los historiadores.

Hoy se da una mayor importancia a los testimonios de estos individuos populares que son protagonistas de grandes cambios sociales, o bien han participado de alguna forma en ellos. Cualquier historia de vida puede representar un valor, ya que desde la subjetividad individual podemos asistir a los grandes procesos de forma muy particular tal como se pone de manifiesto al citar en *Memorias de la emigración española a América*[18] la obra de Lawrence Stone, *El retorno a la narrativa,* donde, entre otras reflexiones, se destaca el «interés por la reconstrucción de los aspectos subjetivos de la condición humana» además de incidir en el hecho de que «la cultura de un grupo e incluso la voluntad de un individuo deben ser tomadas tan en serio como las fuerzas impersonales de la producción material o el crecimiento demográfico a la hora de explicar un cambio».

En las cartas que aquí se presentan se abordan muchos cambios y procesos por los que el protagonista transita a lo largo de los años y que se refieren a la propia evolución de las sociedades sometidas a realidades políticas y económicas diversas. De ahí, en buena medida, la importancia de esta correspondencia.

Las historias de vida forman parte del campo de la investigación cualitativa que se interesa por el entendimiento de un fenómeno social desde la visión del actor[19]. En el trabajo se emplea la correspondencia como fuente primaria

---

[18] Pilar PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ (y otros), *Memorias de la emigración española a América*. Madrid, Ministerio de Trabajo e Inmigración - Fundación Directa, 2009, p. 16. Disponible en <http://www.fundaciondirecta.org/productos/memorias-emigracion-espanola-america-2009> [con acceso el 13-4-2014].

[19] Mayra CHÁRRIEZ CORDERO, «Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa», *Revista Griot*, vol. 5, núm. 1, diciembre 2012. Disponible en <http://revistagriot.uprrp.edu/archivos/2012050104.pdf> [con acceso el 5-3-2014].

de la que se extrae el grueso de la información necesaria para articular un discurso, sometiendo esta fuente a la clasificación, análisis y a la crítica que nos permite manejar el máximo contenido significativo y formular unas conclusiones sobre el objeto de estudio.

Se trata de un estudio de tipo cualitativo ya que se centra en la observación de un contenido documental[20] de carácter íntimo, confidencial, sensible a veces, y producido en su origen sin ánimo cuantificable.

La correspondencia se ordena íntegra cronológicamente como documentación sobre la cuál realizar la lectura que más interese, ya sea esta cronológica o temática. La lectura temática viene introducida por el estudio de las cartas y en este apartado se propone una serie de temas que se abordan en ellas.

Además del manejo de los originales, se han realizado consultas puntuales en el Registro Civil, en el archivo municipal del Ayuntamiento de Valdés y en el Consulado General de España en Buenos Aires, para complementar informaciones sobre los protagonistas que nos han parecido imprescindibles para definir claramente la horquilla temporal en la que discurre el relato. Otras peticiones fueron realizadas ante distintas instancias y entidades oficiales argentinas, pero ha resultado frustrante comprobar la falta de interés y la nula colaboración recibida.

También se han realizado indagaciones puntuales por medio de entrevistas cortas con familiares y algún vecino inmediato a la casa familiar en Barcia, a los simples efectos de aproximarnos al entorno vital de los protagonistas, hacer una composición de lugar fiable y reconocer algunos de los lugares que aparecen citados en la correspondencia.

La emigración a América

Para el periodo que nos interesa, la experiencia vital del protagonista de las cartas estudiadas es común, en cuanto a su condición de emigrante, a la de aquellos trescientos mil jóvenes aproximadamente que salieron de Asturias con destino a América entre 1840 y 1940; salidas que fueron más numerosas a fines del siglo XIX y en el primer tercio del XX, dirigidas especialmente a Cuba, Argentina y Méjico[21].

[20] Julio Arostegui, *op. cit.*, pp. 398-403.

[21] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», p. 81.

Con los datos obtenidos por el Instituto Geográfico y Estadístico, a partir del movimiento anual de entradas y salidas de pasajeros de los puertos españoles, se estima que entre 1882, momento en el que comienza a cuantificarse, y 1935, se computan alrededor de tres millones y medio los españoles que partieron a América, aunque estimaciones posteriores los sitúan en torno a los 4,7 millones de personas[22]. Del total de estos emigrantes, el 57% volvieron a España. Es habitual hacer referencia a que las series oficiales muestran importantes carencias ya que solo se registran las salidas desde puertos españoles, no existiendo un cómputo de aquellos pasajeros que embarcaban desde puertos extranjeros como Gibraltar, Lisboa o Burdeos. Tampoco se conoce el número de efectivos que salieron de forma clandestina; diferencias que se ponen de manifiesto al comparar las cifras de salidas con las de llegadas registradas por las autoridades de los países de destino.

Según refiere Núñez Seixas, entre 1880 y 1930, Argentina recibió dos millones de españoles, de los que alrededor de un 60% (1,2 millones) permaneció definitivamente en el país[23]. Estos datos, como se observa, al ponerlos en relación con los del Instituto Geográfico y Estadístico para toda América, muestran el alto porcentaje que se asienta en Argentina. Sigue Núñez Seixas indicando que los españoles eran el segundo grupo en importancia en Argentina, tras los italianos (1,5 millones). Según las estadísticas de entrada argentinas, entre 1878 y 1927 un 46,2% de las entradas de pasajeros de ultramar procedían de Italia y un 32,88% de España, seguidos por franceses (3,51%), «rusos» (judíos de Europa centro-oriental, un 3,1%) y un 14,29% que provenía de otros estados y países.

Andrade Cobas[24] afirma que la República Argentina recibió el mayor número de emigrantes desde fines del siglo XIX hasta 1930. En esta época la economía de Argentina registró una de las tasas más altas del mundo, en la que incide el desarrollo derivado de la construcción de los ferrocarriles y «el

---

[22] Mª Ángeles SALLÉ ALONSO (Coord.), « *La emigración española en América: historias y lecciones para el futuro* ». Ministerio de Trabajo e Inmigración - Fundación Directa, 2009, pp. 14-16. Disponible en <http://www.fundaciondirecta.org/productos/emigracion-espanola-en-america-historias-y-lecciones-futuro-2009> [con acceso el 13-4-2014].

[23] Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, «Un panorama social de la inmigración gallega en Buenos Aires, 1750-1930», en Ruy Farías (comp.) *Temas de patrimonio cultural,* núm. 20: *Buenos Aires gallega, inmigración, pasado y presente*. Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2007, pp. 25-44.

[24] José Ramón ANDRADE COBAS, *Galleguidad en la Argentina.* Galicia, Xunta de Galicia, 1999, p. 57.

crecimiento y desarrollo de la producción agropecuaria, comercial e industrial, unido a un aumento considerable de la población», pasando, según datos del mismo autor, de dos millones de habitantes en 1869 a ocho antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial, en 1914. En este mismo sentido y al analizar los aspectos económicos, se pronuncia S. Palazón[25] al afirmar que:

> La constitución de Argentina en las últimas décadas del siglo XIX en uno de los principales abastecedores mundiales de cereal, determinó una gran ampliación de la superficie cultivada y la consiguiente modernización de la economía nacional. Ambas circunstancias, alentadas por las inversiones extranjeras, exigían abundante fuerza de trabajo para realizar la roturación y explotación de las nuevas tierras, recoger las cosechas, construir los nuevos ramales ferroviarios y las obras de infraestructura urbana, así como para cubrir las demandas de los incipientes sectores industrial, comercial y de servicios.

Palazón estima que, en 1895, de los 3.954.911 habitantes que tiene el país, 198.685 son españoles. El total de extranjeros en Argentina en el mismo año era de 635.967. Según los datos que maneja el autor, la colonia española en Argentina en esta fecha estaba por delante de la misma en Cuba o en otros asentamientos en Latinoamérica. Valiosos son los datos referidos a la elección del lugar de establecimiento en el país, donde se registran unos índices muy altos en la capital federal, Buenos Aires, con 80.352 españoles, y 70.003 en el resto de la provincia; seguido de Santa Fe con 21.163 efectivos, Entre Ríos con 6.421 y Córdoba con 5.442.

Criterios de transcripción y observaciones

En lo referente a la transcripción, se interviene mediante las correcciones ortográficas y la puntuación pertinente al objeto de hacer la lectura más natural. Por fluidez, no se indican en la transcripción los cambios de página. Si una palabra resulta ilegible en el original se advierte entre corchetes con la forma [ilegible]. Los corchetes sirven, asimismo, para completar aquellas palabras o letras que puedan ser omitidas o falten en cualquier posición de la palabra. Si resulta necesaria la aclaración de un topónimo o significado concreto, se realiza mediante la oportuna anotación.

Los subrayados en las transcripciones se advierten por medio de cursivas. El tachado se advertirá por medio de cursivas y la correspondiente nota de «tachado en el manuscrito».

---

[25] Salvador PALAZÓN, *Los españoles en América Latina (1850-1990)*. Madrid, Fundación Centro Español de Estudios de América Latina, 1995, pp. 33-39.

En lo referente a las observaciones que se hacen en la introducción y que ahora se matizan, estas se derivan del contenido íntimo y privado de las cartas. Toda vez que han transcurrido tan solo 27 años desde el fallecimiento del último de los protagonistas, se ha considerado prudente mantener la identidad de los mismos bajo un nombre ficticio siguiendo el buen criterio empleado por Juaco López en su artículo ya citado «Cartas desde América. La emigración de asturianos a través de la correspondencia. 1864-1925». En este sentido, y para hacer más comprensible la lectura que pueda hacerse de uno a otro trabajo, se han adoptado los nombres propios empleados por el autor indicados en la nota 4 de su artículo, en la que se refiere a los protagonistas de las cartas. Siguiendo este criterio, aparecerán en lo sucesivo identificados como José González, nacido en el concejo de Valdés en 1882, emigrado a Argentina en 1899 y su hermana María, nacida en 1904 en el mismo lugar, residente en la casa familiar hasta su fallecimiento en 1987[26].

La mayoría de las cartas aparecen firmadas por José y su esposa. A estos efectos, cuando reproducimos la rúbrica en la carta o se cita en cualquiera de ellas, se identificará por el nombre de Elisa. Así las cartas llevarán por firma Elisa y José, o bien José, cuando este sea el único que firma. José se refiere en varias cartas a una hermana cuyo nombre es el mismo que el de su esposa, por tal motivo también nos referiremos a ella con el nombre de Elisa. El resto de los nombres, cuando aparezcan, se mantendrán fieles a los originales.

Entre la correspondencia se incluyen seis tarjetas postales. En alguna de las cartas se citan las fotografías[27] que las acompañan. Algunas de estas fotografías se insertan entre las cartas, atendiendo a su fecha, siempre que sea conocida, y se transcriben los textos que contienen al dorso.

Solo una de las cartas, la que lleva por número (1), no dispone de fecha, por lo cual no se incluye en la tabla-resumen que acompaña al trabajo. Lo mismo se observará con las imágenes sin fecha que se incluyen al final de la edición.

El intercambio más fluido de la correspondencia, tal como se observa en la tabla 1, tiene lugar entre los meses de septiembre de 1950 y abril de 1953. A los efectos de cuantificar los documentos, se presentan en una tabla en la

---

[26] Todos los datos referidos a fechas de nacimiento y defunciones se han verificado en el Registro Civil de Valdés, ubicado en Luarca. Consulta efectuada por el autor el día 9-1-2014.

[27] Sobre la fotografía, *vid*. Juaco LÓPEZ ÁLVAREZ (ed.), *Asturianos en América (1840-1940). Fotografía y emigración*. Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2000.

que se observa el lapso de tiempo de más de una década de inexistencia de correspondencia, lo cual, y dado el tono de las cartas más recientes (1968), nos hace pensar en la pérdida o extravío de las mismas y nunca en el *silencio* de los protagonistas.

	E	F	M	A	M	J	JL	A	S	O	N	D	TOTALES
1950									3		2	2	7
1951	1	2	4	1	1	3	2		1	1	1		17
1952		1	1	2	2	2	1	1		2	2	2	16
1953	1	3	2	1									7
1954			1										1
1955													
1956								1					1
1957													
1958													
1959													
1960													
1961													
1962													
1963													
1964													
1965													
1966													
1967													
1968									1		1	1	3
													52

Tabla 1. Distribución de las cartas por años.

Estudio de las cartas

La clasificación temática propuesta obedece a la necesidad de establecer un mínimo de ámbitos en los que enmarcar la narración, ya que es posible advertirlos mediante una lectura minuciosa de los documentos. Esta clasificación se hace desde la observación de un buen número de temas afines que muestran suficiente coherencia y adoptan un continuo a lo largo de los años. Son temas que se reiteran, sobre los cuales se vuelve una y otra vez en diversos momentos distantes y, por tanto, resulta necesario destacarlos al tratarse de los grandes asuntos elegidos por el narrador para referirse a su propia existencia o, al menos, a los recuerdos relevantes de ella.

Estos temas son bastante habituales en otros epistolarios, ya que, como refiere López Álvarez[28], son «comunes a la mayoría de los emigrantes: la partida y el viaje en barco; la llegada a América y sus primeras impresiones; el trabajo y los negocios; las relaciones con otros emigrantes en América, y las relaciones con sus familiares en Asturias». Todas estas cuestiones se abordan en las cartas y se pueden seguir desde la propuesta temática planteada.

Recordemos de nuevo la cualidad indeliberada de estas memorias que se van reuniendo a través de las cartas. Se dirigen a un destinatario preciso y su carácter íntimo y confidencial, con el cometido práctico o simbólico afectivo que cada una de ellas contiene, dirigiéndose exclusivamente a un ámbito cotidiano, íntimo y familiar. No se trata de cartas comerciales o de otra índole; aquí prima el reconocimiento de unos vínculos afectivos que el narrador tiene presentes.

Estos asuntos que presentamos están enmarañados en el contenido de cada carta, ya que cada una de ellas aborda generalmente diferentes cuestiones. Formalmente, ninguna es idéntica a otra. Existe, en cambio, un encabezamiento y un final más o menos estable donde las expresiones de afecto se ponen de manifiesto, saludando o despidiendo a la familia. El resto de temas varían en función de las noticias que le llegan al narrador, o básicamente, en función de los temas que el mismo desee tratar el día que se decide a escribir.

La labor desarrollada en este apartado, junto a la transcripción de todos los documentos, es la de agrupar los diferentes temas e informaciones que se advierten para hacer comprensible el interés del narrador por determinadas cuestiones sobre las cuales incide con mayor asiduidad y observar de esta forma los asuntos más importantes que puede comunicar en el entramado que

---

[28] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», p. 84.

describe la correspondencia. De esta manera, podremos comprender el relato en su conjunto y cómo toma forma la historia de vida que el protagonista construye progresivamente.

Los protagonistas

Se trata de dos hermanos que nunca se conocieron en persona, pero estuvieron en contacto a través de la correspondencia durante un periodo que no podemos precisar por falta de datos. Ambos nacen en Barcia (Valdés), núcleo situado en una extensa rasa costera, muy cercano a Luarca. Aquí, el paisaje es de praderas amplias y un bosque que se ubica predominantemente hacia el interior y en altura, con una línea escarpada de acantilados bañados por el Mar Cantábrico entre los que se abren un buen número de playas de piedra. Este paisaje será un elemento recurrente en el relato.

José González, a quien encontramos inscrito en el Registro Civil de Luarca el 10 de setiembre de 1882[29], según declaración de su tío Jacinto, que le inscribe como nacido en Barcia, el día anterior, es decir 9 de setiembre a las cinco de la tarde.

La misma fecha, 9 de setiembre de 1882, es la que consta en el Padrón General de habitantes del término municipal de Valdés para el año de 1895; sin embargo, José en carta de fecha 8 de setiembre de 1950 (2) le dice a su hermana: «Hoy 8 de setiembre tu hermano cumple 68 años». En una de sus últimas cartas, de 2 de septiembre de 1968 (51), transcribe un certificado en el que se vuelve a hacer constar la fecha de nacimiento que aparece en el Registro Civil de Luarca:

> Ayer revisando una cantidad de papeles y documentos viejos, encontré un certificado de la Embajada de España. Hasta hoy no recuerdo los motivos que tuve para tramitar ese documento.
>
> Dice: Certificado de nacionalidad número 14.864. El ministro encargado de la Sección de Asuntos Consulares,
>
> Certifico: Que en el registro de matrícula de españoles que existe en esta Cancillería, hay una partida señalada con el número 166.488 que dice:
>
> Don José González nacido en Barcia provincia de Oviedo el 9 de setiembre de 1882 profesión jubilado, estado soltero residente en esta Capital.

[29] Acta de nacimiento núm. 336, año 1882 (Registro Civil de Valdés).

A finales de septiembre de 2014, la Oficina de Asuntos Sociales del Consulado General de España en Buenos Aires remite una información que permite asegurar, a falta aún de los documentos del Registro Civil de la ciudad, que José figura inscrito con fecha 24 de abril de 1957 en el Registro de Matrícula de Españoles del Consulado General, con el número 166.488. Contrajo matrimonio en 1951 con Dª. Elisa Garabaglia, de nacionalidad argentina. Su último domicilio conocido fue en la calle Burela 1951, ciudad de Buenos Aires, y su fallecimiento se produjo el 9 de agosto de 1969, presuntamente en la misma ciudad[30]. Las mismas fuentes suponen que los restos de José se hallan en el Cementerio de Chacarita, al cual en alguna ocasión se refirió en sus cartas.

José es el primero de diecinueve hijos, de los que cinco mueren de niños. Sale de Valdés en el año 1899 cuando tiene 17 años y le acompaña su hermano Ramón, el segundo de los hermanos, nacido el 27 de julio de 1886, que cuenta con 13 años a la partida. La salida de Ramón no ofrece ninguna sospecha, ya que va acompañando a su hermano mayor, pero la salida de José muestra unas características peculiares. Aparte de una salida en busca de un futuro, como emprendía cualquier emigrante de la época tras una oportunidad y unas mejores condiciones de vida, en su caso se dan también las circunstancias de una partida que parece pretender evitar el servicio militar, ya que, según refiere L. Martínez[31], desde 1837 se estableció como obligatorio el cumplimiento de este servicio para los hombres jóvenes que tuviesen una edad de 17 años, que, si bien era posible eludir mediante el pago de una cantidad o siendo sustituidos por otro mozo, en cualquier caso la cuestión suponía un problema para aquellas familias con pocos recursos. El coste de la exención del cumplimiento del servicio militar era diez veces superior a un pasaje de tercera categoría en un barco que le condujese a América. Nunca se pronunciaría a este respecto; ni una sola línea en este sentido aparece en sus cartas.

Según ha podido estudiar López Alvarez[32], los hermanos José y Ramón salen hacia Argentina y no a Cuba, donde tenían familia y donde había estado su padre y mantenía ciertos intereses debido a:

---

[30] Dª. María Lila Dono Blanco, de la Oficina de Asuntos Sociales del Consulado General de España en Buenos Aires, nos responde indicando que se había solicitado al Registro Civil local una copia de la partida literal de defunción argentina para proceder a la inscripción en el Registro Civil de la Representación Consular.

[31] Laura Martínez Martín, *Asturias que perdimos, no nos pierdas. Cartas de emigrantes asturianos en América (1863-1936)*. Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2010, pp. 31-32.

[32] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», pp. 96-97.

> [...] las noticias que por carta recibe su padre de un tío político suyo, Fernando Menéndez (1840-1901), que vivía en La Habana. El padre, buscando el mejor destino para su[s] hijos, solicitó a su pariente noticias sobre la situación en la Isla de Cuba. El 19 de julio de 1899, Menéndez le escribe que en esos días «es una imprudencia el salir de La Habana, y viendo como están las cosas con los españoles, que no tenemos seguridad ninguna porque lo matan a uno como si fuese un perro, quedando todo impugne». [...]

La última noticia que tenemos de José es una carta fechada en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1968 (53), cuando contaba 86 años.

María González nació en Barcia el 20 de setiembre de 1904[33], casi cinco años después que José partiera hacia Argentina. Nació a las seis horas de ese día, según declaró su padre en el Registro Civil de Luarca. Era hija legítima de «Pedro y su mujer Josefa de cuarenta y dos años, natural y domiciliada con su marido, este de sesenta y cinco años de edad, y propietarios»[34].

María es la hermana elegida por José para recibir la correspondencia que este mantiene con su familia en Barcia y así se lo manifiesta. El 15 de octubre de 1952 (36) se expresa de la siguiente manera:

> Te dije hasta el cansancio que no quiero otra relación que la tuya porque eres la que está más en contacto con mi madre y además porque te conservaste siempre dentro de lo convenido.

María vivió en Barcia (Valdés), en la casa paterna, en compañía de su madre, según se pone de manifiesto en la carta del día 2 de noviembre de 1950 (5). Su madre fallece en el año 1956 y, según testimonios de familiares y vecinos, María vivió el resto de sus días, tras el fallecimiento de la madre, en la casa de Barcia que aún se identifica con el nombre de su padre. Idéntica información al respecto aparece en su partida de defunción, donde figura Barcia como último domicilio. Fallece en el Hospital de Luarca el día 5 de enero de 1987 a la edad de 82 años. Sus restos, junto a los de sus progenitores y algunos hermanos, se encuentran en el cementerio de Barcia.

De alguna manera, María había mostrado su interés por salir de su pueblo y parece comprensible que ella quisiera correr la misma suerte que sus hermanos emigrantes, dado que diez[35] de ellos conocieron horizontes muy distintos en países como Cuba, México o Argentina. De alguna manera mostró

---

[33] Acta de nacimiento núm. 123, año 1904 (Registro Civil de Valdés).

[34] Así figura en el Registro Civil.

[35] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», p. 84.

ese interés ante José con algún comentario, ya que desde Buenos Aires el 23 de setiembre de 1950 (4) él le responde lo siguiente, tratando de disipar sus dudas e inquietudes:

> Lo único que no me agrada de tu carta es, esos deseos, esa especie de fiebre que tienes por salir de Barcia. No te critico, ni quiero contrariarte, puesto que eso es una especie de enfermedad, que yo también he tenido. Recuerda que en una de mis cartas te decía: tienes mi mismo carácter con todas sus inquietudes, eres mi hermana y yo te quiero así, tal cual eres. Pero no puedo dejar de advertirte que no vale la pena. Ni siquiera intentarlo, porque serían mayores los desengaños que el placer recibido. Si yo pudiera hacer real todas mis andanzas, todos los viajes… Si con todo ello pudiera formar una cosa, un algo, te diría: bueno María querida, aquí tienes junto todo lo que ambicionas; representa más de la mitad de mi vida; hay de todo, penas y alegrías, días desapacibles y otros más serenos, momentos de desesperación y días más tranquilos y hasta casi felices. Pues bien, todo ello te lo cambio por un año de tu vida en tu aldea, al lado de tu madre y dentro de la casa donde naciste y aún en contacto con esa gente que te parece inculta. No María, el mundo y la gente que lo compone, no es lo que tú crees. Salir, tomarte una temporada de descanso, es una cosa; yo mismo pondría todo lo que estuviese de mi parte por complacerte. Pero hacer eso como un medio de vida, no hay ni siquiera [que] pensar en ello.
>
> Algún día que yo pueda estar a tu lado, cuando vayamos a algún rincón a recrearnos, a descansar, he de volver sobre este tema. Te contaré miles de cosas buenas y malas, bonitas y feas, y al final verás que tu hermano tiene razón.

A lo largo de las cartas podemos percibir cómo algunos aspectos que atañen a las mentalidades se van poniendo de manifiesto. En líneas generales, se pueden destacar tres factores que traducimos en temáticas que nos perfilan la mentalidad de la persona: la religiosidad, las ideas políticas y las influencias culturales. De tal forma, abordamos estos aspectos con mayor o menor grado de detalle en función de las expresiones que encontramos en la documentación.

María era una persona muy devota, según se desprende de los comentarios que su hermano desgrana en las cartas. El 10 de noviembre de 1952 (38), este lo pone de manifiesto de la siguiente manera:

> Creo haberte dicho en otra ocasión que eso que pareces considerar una desgracia o una ingratitud de la vida, no es tal. Al contrario, debes darle gracias a ese Dios que tanto adoras, por haberte librado de esa calamidad.

Sin embargo, en su hermano, pese a reconocer su catolicismo, el fervor religioso es mucho más medido. En las siguientes líneas incluidas en la carta

de 8 de marzo de 1952 (27), se deja patente cuál es la fe que dice profesar, con las advertencias oportunas a su hermana, dada la religiosidad de esta:

> También está en mi poder tu carta última del 24 de febrero. Casi toda ella dedicada a una profesión de Fe Católica. Desde ya esa es la religión de tu hermano, la que le enseñaron de pequeño y además porque es la de sus padres y hermanos. Pero deseo hacerte presente que no soy un creyente incondicional, tampoco estoy de acuerdo con tus afirmaciones de que todos somos un montón de seres ignorantes e infelices, incapaces para poder discernir sobre las sorpresas que la vida nos va deparando, puesto que Dios es infinitamente bueno, sabio, justo y debemos aceptar sin protestas todo cuanto a Él se le ocurra «regalarnos».
>
> Son argumentos muy buenos para el que está encerrado en un callejón sin salida, para un sermón de cura de aldea, o para un tratado de filosofía barata. Puedes quedar tranquila, tu hermano jamás intentará sacarte de tus creencias, pero es bueno que sepas que es creyente, pero no a ojos cerrados.

No está conforme con la clásica teoría:

> Dios es la suma bondad
> El sabe lo que nos conviene
> Y ya que jodidos nos tiene
> ¡Hágase su voluntad!

En otros momentos, aprovecha la ocasión para ironizar, como en estas líneas incluidas en la carta de 1 de julio de 1951 (21) que pone en boca de un amigo:

> Campos dice que ni siquiera a Dios se le puede culpar de estas cosas raras que están ocurriendo en el mundo, porque como se trata de un señor tan viejito debemos disculparle cualquier barrabasada que se le ocurra cometer.

Unos días después, el tono se tornaba más escéptico y aún irónico en su carta de 15 julio de 1951 (22), donde no falta esa gracia que le caracteriza en algunos pasajes:

> Dicen que Dios es un señor sabio y justo e infalible, puede ser, pero no acabo de convencerme. No se qué ventaja encuentra en prescindir de aquella gente de antes, sencilla y buenísima, para ir largando al mundo toda esta resaca y todo el chusmaje que se encuentra por todas partes.
>
> Parece que hizo lo del topo: cambió los ojos por el rabo. Campos dice que hay que disculparlo porque está muy viejito, pero es que de un tiempo a esta parte, está haciendo o dejando hacer, muchas macanas…

Así se refiere a los ministros de la Iglesia el 30 de mayo de 1952 (31), donde matiza que se puede destacar su «valer, como oradores, puesto que la convicción y las creencias, es un asunto aparte»:

> También me agrada oír a esos grandes oradores Sagrados, que los hay famosos, por la facilidad de palabra y por su inteligencia. Cuando estaba en el Rosario fui varias veces a escuchar al Padre Grenon, (cuando podía, porque en aquellos tiempos no era dueño de disponer de un poco de tiempo). El Padre Grenon era uno de esos sacerdotes que solo su presencia bastaba para conquistar de inmediato la simpatía y la admiración de sus oyentes. Joven, buen mozo, inteligente, de modales elegantes, lo tenía todo de su parte. Muchos años después, aquí mismo en Buenos Aires, supimos ir con mi amigo De los Hoyos a escuchar al Padre Franceschi y a Mons. De Andrea. El primero, también joven, era un orador notable, empleaba un lenguaje fino, florido, enseguida se hacía el dueño de su auditorio, a pesar que entre la gente culta, la que entendía de esas cosas, le achacaban que era un poco superficial. De todos modos yo, estaría un día entero oyéndolo, sin cansarme. En cambio Mos. De Andrea, de más edad, de un temperamento sereno, palabras medidas, frases profundas, un gran filósofo; pero como hablaba con tanta sencillez, sin retórica, ni cosas rebuscadas, se colocaba siempre al alcance del más profano.
>
> Estamos hablando de su valer, como oradores, puesto que la convicción y las creencias es un asunto aparte. A mi me resultaban tan agradables como ver a esos artistas de fama mundial representar las grandes Operas como Carmen, La Boheme, La Tosca, Caballería Rusticana, Lohengrin, Parsifal, etc. De muchas ni siquiera conocemos el argumento, apenas entendemos la letra, pero quedamos extasiados ante la voz, la mímica y la música. Algo así sucede con estos famosos oradores Sagrados.

En carta de 31 de agosto de 1952 (35), refiere un acto religioso que narra para que su hermana conozca su singularidad, a la vez que reconoce no estar muy al tanto de la Historia Sagrada:

> En los muchos años que vivo en Buenos Aires, me tocó presenciar grandes acontecimientos, pero hay tres que nunca más se pueden olvidar.
>
> Primero: La semana del Congreso Eucarístico Internacional presidido por Mon. Pacceli, secretario del Vaticano, siendo Papa Pío XI. Mons. Pacceli es el actual jefe de la Iglesia: el Papa Pío XII. Mira María, si al citar todos esos nombres cometo algún error, desde ya, te ruego quieras disculparme, porque confieso que no soy muy fuerte en Historia Sagrada. Fue una semana inolvidable de fiestas, de profesión de fe religiosa. Hasta los más ateos e incrédulos parecían cambiados, contrariados por el entusiasmo y la grandiosidad de todos los actos.

El día de Nochebuena de 1952 concluía así su carta (41), manifestando que el versito lo había aprendido en Barcia sesenta años antes:

Esta noche es noche buena
noche de poco dormir
anda la Virgen de parto
y a las doce ha de parir.

Reconoce positivamente la labor que desempeñan los misioneros que se encuentra en la región de Río Negro. En su carta fechada el 31 de marzo de 1951 (15), se refiere a los mismos de la siguiente manera:

> Eran frailes subvencionados por el Gobierno para la reducción y educación del Indio. Cuando uno puede ver personalmente todo aquél trabajo a fuerza de privaciones y sacrificio, en medio de aquel desierto, ignorados del mundo y de la civilización, hay que inclinarse y creer. Tan grande es la obra humanitaria que realizan.

Las referencias a la política son muy escasas. José no parece ser una persona con demasiado interés por esta cuestión y así los comentarios serán siempre tibios. Una primera referencia a sus ideas políticas la encontramos en el año 1950, cuando en España se vivía bajo el régimen franquista y en Argentina bajo el peronismo, manifestándose de la siguiente forma en carta del día 2 de diciembre (7):

> También recibí el artículo de Barcia falangista. Me gustó mucho. Tal vez porque está de acuerdo con mis ideas.

Nunca se volverá sobre el asunto. El 28 de octubre de 1952 (37) referirá así un hecho ocurrido en Argentina y que trata de corregir una ligera ironía que su hermana hace de Eva Duarte de Perón, esposa del presidente de la república. Es un caso muy apropiado para destacar cuáles eran los sometimientos de los ciudadanos argentinos de la época:

> Al final de tu carta que comento, hay un párrafo que dice: «Los sellos que trae el sobre de tu carta de la Perona, son estupendos» —Se conoce que vives en Barcia y estás protegida por el Pico de Cuncieiro por un lado, después por Portizuelo, el Carretón, Chau y la Escaladina, y te consideras segura. Aquí no podrías emplear ese término tan despectivo sin verte expuesta a ir a dormir, una o dos noches, al calabozo. ¡Lo que le ocurrió a un conocido nuestro! A las diez de la noche le llevaron un cuaderno de esos que usan los críos para hacer los deberes en el colegio, con el siguiente encabezamiento como muestra: «El nombre de la Excelentísima Señora del Presidente de la República es: María Eva Duarte de Perón». Escriba eso mismo hasta llenar el cuaderno, le ordenaron (20 hojas), después podrá retirarse. Pero es el caso que en el calabozo no había silla ni mesa, ni luz. El hombre tuvo que apoyar el cuaderno en la pared y contra la reja de la puerta, a la luz de la lamparita del pasillo. Las primeras hojas las llenó con relativa facilidad. Después los dedos,

los brazos, las piernas y sobre todo la vista, ya no daban más. Eran pasadas las doce de la mañana siguiente cuando terminó sus deberes. El cuaderno quedó en la comisaría pero le dieron constancia de su clasificación: primeras hojas, muy bien; después bien, regular, mal y muy mal. No lo tomes a chacota. Aunque te parezca mentira, sucedió en la República Argentina en el año 1950. Te ruego no le des mucha publicidad a esta historia, por aquello de que el diablo no duerme.

Las referencias culturales van a ser más sustanciosas y con ellas podremos conocer las posibles influencias en el narrador. Advertíamos en los criterios de transcripción de la calidad general de la escritura de José. De estar ante los documentos originales observaríamos algunas faltas de ortografía y una puntuación y estructuración de las frases desiguales; no obstante, vemos que prima un orden en la formulación y exposición de las ideas muy coherente, lo cual hace muy atractiva esta escritura. Hablaríamos, en este sentido, de una escritura de gran fondo más que de una escritura preocupada estrictamente por la forma. Su caligrafía es buena y se mantiene constante hasta la última de sus cartas. El ritmo y los efectos que imprime en sus exposiciones consiguen captar la atención, haciendo que entremos de lleno en las narraciones, las cuales se hacen fácilmente comprensibles también por el enorme detallismo con el que se construyen.

Poco conocemos de la educación de José. En varias cartas se habla de los años en que iba a la escuela de Barcia, pero no añade nada que pudiera hacernos pensar en una educación avanzada. De cualquier forma, a poco que le leamos nos daremos cuenta que estaba dotado para la escritura, mostrando unas capacidades ampliamente desarrolladas.

«Entre lo dicho y lo leído está la escritura», que afirman Serna y Pons[36] a propósito de la relación entre Ginzburg y el molinero Menocchio, analizando la obra desde el punto de vista de la lectura. Desde ese ángulo se aborda la escritura de nuestro narrador, ya que existen varias referencias a autores que podemos analizar para ver en cierta medida cuáles eran sus influencias literarias y de pensamiento.

También encontramos referencias a la prensa diaria en varias ocasiones, como cuando cita en carta de 1 de julio de 1951 (21) aseverando que lee ciertas noticias en el Club Español, en los diarios que reciben de distintas provincias españolas. Lo que sí menciona son las abundantes lecturas a que acostumbraba, según se observa en el siguiente extracto de una carta fechada

---

[36] Justo Serna y Anaclet Pons, «Carlo Ginzburg: La cultura de un humilde lector» en Justo Serna y Anaclet Pons, *La historia cultural*. Madrid. Akal, 2013, pp. 120-128.

el 24 de junio de 1951 (20), donde se da cuenta de autores entre los que refiere a Benito Pérez Galdós, Blasco Ibáñez y Alberto Insúa, entre otros. En la misma se hace, además, una detallada crítica a Blasco Ibáñez que puede resultar especialmente interesante:

> Te decía que ese poema de Cienfuegos no me era desconocido, que lo sabía de memoria, que lo había leído en un álbum que tengo con 20 fotos de Luarca y una dedicatoria muy atenta de Camilo. Está fechada en enero del año 1941. Ahí aprendí el poema de Cienfuegos. Te decía en aquella carta que cuando era viajante leía mucho, especialmente las noches de invierno, cuando hacía frío o lluvia y no se podía salir del Hotel; había que irse a la cama temprano. Todavía hoy aparecen por cualquier rincón novelas de Blasco Ibáñez, de Felipe Trigo, de Alberto Insúa, de Eduardo Zamacois, de Vargas Vila, de Benito Pérez Galdós etc., etc.
>
> Te decía que por los años 1912 al 1914 me tocó conocer de cerca a Blasco Ibáñez. Había venido a la Argentina para dar una serie de conferencias. Era un tipo grosero, estúpido, mal educado, parece que se sentía algo así como un semi Dios, porque en esa fecha, estaba en todo su apogeo como novelista. En una ocasión lo encontré en la ciudad de Córdoba, en el «Hotel San Martín». En aquellos tiempos todas las familias pudientes de Córdoba tenían por costumbre cenar en el Hotel; hacían de esa forma una reunión social. Pues bien, aquel burro mareado con su fama, tenía la audacia de presentarse en el salón comedor con una especie de Robe de Chambre y con gorra que ni para comer se sacaba. Se sentaba en un rincón, en una mesita que tenía reservada, y mientras comía, leía un montón de diarios sin importarle un pito de la gente que llenaba el comedor.
>
> Un día llegó una comisión de vecinos de Villa María formada por personas honorables, comerciantes españoles de firmas muy conocidas y argentinos que se destacaban por distintas causas. Venían a invitarlo para que fuera a Villa María a dar dos conferencias. Los atendió de mala manera, con una grosería impropia de un hombre medianamente decente.
>
> Aquél animal les sale preguntando cuantos españoles había en la Villa y qué población tenía la ciudad para terminar diciéndoles que si no se comprometían a asegurarle una cantidad determinada de dinero, que no iba; porque él no había venido a la Argentina para perder el tiempo.
>
> Está demás que te diga que lo mandaron a la mierda... ¿Qué te parece? ¿Es puerco, sí o no? Le tomé tanta repugnancia, que cada vez por casualidad me topo con algún libro de él, lo saco a patadas.

En carta de 2 de junio de 1952 (32) se hace referencia a Vital Aza[37], copiando del libro *Todo en Broma* su poema titulado «A mi médico». Cuestión similar

---

[37] Vital Aza Buylla escritor, periodista, poeta y humorista. Nace en Pola de Lena, Asturias, en 1851 y fallece en Madrid en 1912.

observamos en la siguiente carta de fecha 30 de junio de 1952 (33) donde se hace nueva referencia a este autor en el siguiente contexto:

> Mamá debe conocer ahora solo las cosas lindas. ¡Es una verdadera lástima que no oiga bien para leerle «Todo en broma» de Vital Aza! Para ella sería una inyección de vida.

Tras finalizar la carta, incluye el poema que copia a mano, «Pícaros Nervios», del libro *Todo en Broma*. Este autor asturiano parece influirle en estos días de 1952, ya que en su siguiente carta, de 30 de julio (34), vuelve a recordarle de la siguiente manera:

> Hay muchos individuos que se visten de «mamarrachos» (como dice Vital Aza) y permanecen horas y más horas, recreándose con esas películas de actualidades. Las comidas malísimas, porque [a] aquella manga de asaltantes nada les importa que uno se disguste; saben que hay diez esperando.

El 28 de octubre de 1952 (37), recordando el amor de su madre, cita *El ritmo de la vida*, del escritor colombiano José María Vargas Vila. Reconoce en su carta que de joven le leyó mucho. Vargas Vila se caracterizó por sus ideas liberales radicales y de crítica contra el clero, de ahí que su hermana María le haya comentado en alguna carta que no ha llegado a nosotros, su rechazo hacia el mismo, pues así aparece en los comentarios de su hermano. Cuando se refiere a *El ritmo de la vida*, lo hace al pie de la letra y los comentarios son del siguiente tenor:

> Tocando este tema, recuerdo ahora una definición que en «El Ritmo de la Vida»[38] hacía Vargas Vila sobre el amor: «No sentir el amor de padre es un gran ahorro de cuidados y de tristezas. Lo que debe ser cruel es no haber bebido en esa fuente de todas las dulzuras, que es el amor de hijo. Porque cuando se ha visto el gesto del amor en el rostro de su Madre, ya en los demás rostros no se ve sino la mueca del amor. Sólo la Madre es el Amor, los demás... son los Amores».
>
> Ya ves, querida María, «que no es tan fiero el león como lo pintan». Sientes cierta animosidad contra Vargas Vila, y con razón, pero yo, que en mi juventud lo he leído mucho, puedo asegurarte que fue un escritor talentoso y que en medio de todas sus cosas, tenía rasgos de hombre de bien y aún de decencia, sin dejar de reconocer que era poco recomendable.

[38] El texto completo de «El ritmo de la vida: motivos para pensar» disponible en Internet Archive <https://archive.org/details/elritmodelavidamoovarg> [con acceso el 25-3-2014]. En la p. 282 se encuentra el extracto que aquí se cita.

La siguiente referencia que nos encontramos es del 24 de noviembre de 1952 (39), donde se cita la obra de un escritor rumano, Constantin Virgil Gheorghiu (1916-1992), conocido por su novela *La hora 25* (1949), refiriéndose a ella en el siguiente contexto:

> La gente vive como las estaciones, camina sin rumbo, hoy piensa en una forma y mañana al revés, haciendo proyectos fantásticos y, como todo lo que se edifica sin base, al menor contratiempo queda reducido a la nada… Y se quedan tan frescos, y el mundo sigue su curso. La prudencia no existe y la moral no se cotiza. Vivimos todos en «la hora veinticinco» (un libro reciente de un filósofo rumano).

Una última referencia a sus lecturas nos llega con el comentario que hace a dos grandes autores de la literatura francesa: Víctor Hugo y Emile Zola. En su carta de 28 de abril de 1953 (47), comentando los ambientes de las calles del gran Buenos Aires, pregunta a su hermana si ha leído a estos autores quienes para él describen los bajos fondos del París de su época tan bien como los que él pudo conocer en ciertas zonas del Buenos Aires que descubrió a su llegada:

> Cuando llegué a Buenos Aires a fines del año 1899, esta avenida se llamaba Paseo de Julio. Pasa a pocos metros del Puerto y, hasta hace pocos años, allí vivía toda la resaca del Buenos Aires antiguo. Ese era el punto de cita de las tripulaciones de los buques que llegan continuamente de todos los puertos del mundo. Había allí cientos de cabarets, cafetines cantantes, casas de juego, de cambio, de empeño, reducideros de toda clase de mercaderías robadas o mal habidas. Absolutamente todo al margen de las Leyes.
>
> ¿Leíste a Víctor Hugo o a Emilio Zola? Pues era igual a una de esas calles sórdidas de los bajos fondos de París, que también describen en muchas de sus novelas. No había una sola noche que la policía no hubiera de intervenir. Estafas, robos, peleas y hasta crímenes con relativa frecuencia. Pues bien, mi querida María, todo eso se ha terminado, desde hace unos pocos años. Resulta que a continuación de esa calle, empieza la aristocrática Avenida Alvear y ahí está el Palacio donde vive Perón.

Recuerdos del origen

La escritura, impregnada en muchos de sus pasajes por los recuerdos de su infancia y adolescencia, arranca en el año 1950, momento en que constatamos la primera de las cartas que hoy se conservan, enviada por José a su hermana María desde Villa Urquiza, un barrio residencial de la ciudad de Buenos Aires. En esta primera carta, fechada el 8 de septiembre de 1950 (2), José pone de

manifiesto que la correspondencia entre él y su hermana se debe al interés que esta última ha manifestado, al ser quien comienza a escribir, y así se inicia el relato de los recuerdos de su vida en la aldea asturiana donde nació.

Muchos van a ser los recuerdos que José traslade en sus cartas, referidos a aquellos 17 años que vivió en Barcia, que nos servirán para conocer la organización familiar, el modo en que se relaciona el vecindario, las actividades económicas de la aldea, las creencias, festividades, tradiciones, religiosidad y un sinfín de cuestiones que en los textos se desgranan con enorme riqueza de matices y que se remontan a episodios que se enmarcan cronológicamente a fines del siglo XIX.

La aldea y los cultivos, así como las actividades económicas, serán elementos que el narrador acostumbra a mencionar. Sus recuerdos giran en esas dimensiones que conforman los referentes espaciales y temporales de su juventud. El 14 de diciembre de 1950 (8), dedica un pasaje a una anécdota referida a los cultivos y a los depredadores que acosaban las cosechas.

Los lugares serán recordados tanto por hitos que definen una geografía vivencial como por el simbolismo y misterio que encierran para el narrador, generando en ocasiones una auténtica *psicogeografía* de los espacios que evoca y recorre mentalmente. Así se refiere a ciertos parajes de su aldea en carta de 14 de octubre de 1951 (24).

El 10 de noviembre de 1952 (38), José da cuenta de la Asturias que había conocido hasta que partió a Argentina. Tan solo una pequeña porción es lo que llegó a conocer, según manifiesta:

> Veo que me equivoqué al citar a «Caneiro» en vez de Busto y que lo demás es todo exacto. Son pequeños detalles que bien merecen la gracia de una disculpa si tenemos en cuenta que estamos charlando de cosas de casi 50 años atrás. Puede ser que esté equivocado pero, pienso que aún hoy, no necesitaría ningún Cicerone para recorrer todos los pueblos y rincones de mi juventud: Caroyas, Cuevas[39], Caneiro, Busto, Querúas, Trevías, etc., etc. Un poquito más allá de donde solían hacer la feria, la carretera forma un recodo. Ese era el sitio obligado para entregar y cobrar el ganado vendido en casi todas las ferias. Y por otra parte ahí terminaban mis conocimientos de España y de Asturias. Nunca pasé de Trevías, ni siquiera conocía «la cuesta de La Espina».
>
> Del otro lado llegué hasta Navia. Claro, también conocí El Chano, La Granda, Setienes, La Montaña y La Venta.

[39] Cueva, parroquia de Canero (Valdés).

El territorio siempre va unido a las gentes que lo pueblan y así vamos a encontrarlo en las descripciones que realiza. El paisaje se conforma por la sensibilidad de la mirada y cultura del observador. De esta manera, las descripciones que vamos a encontrar siempre nos remiten a la humanización de los espacios y al interés por recordar los protagonistas y actores que intervienen en el mismo. La carta de 2 de junio de 1952 (32) es un buen ejemplo de cómo se plantea la unión del espacio con la dimensión humana, recordando los lugares y el vecindario de su pueblo:

> En cambio recuerdo ese camino que pasa detrás de la «era» y de la casa del Caminero, pero en mis tiempos no existía ninguna edificación, sólo al llegar al Romedal estaba la casa de Cristino. También me acuerdo de Pepa Cristino, de la Farracona y de su hijo, un «americano» borracho. Recuerdo otros detalles pero es mejor que te los cuenten Elisa o Milina. La Farracona vivía frente al Rodrigo, en una casa nueva, casi igual.

Es María, hasta cierto punto, quien sirve de catalizador de las memorias de su hermano, ya que va preguntando por lugares para saber si este los recuerda. Como ejemplo citamos la carta de 28 de octubre de 1952 (37), donde, a una pregunta previa formulada por María, asistimos a una completa descripción que este hace de varios lugares y gentes de su pueblo, así como de las costumbres que allí conoció.

La más extensa relación de los lugares referidos al origen se contiene en la última carta que conocemos de José, escrita a la edad de 86 años. A medida que avanzamos en la correspondencia, observamos cómo se construyen los recuerdos, ya que el protagonista escribe muchos años después de abandonar su tierra natal. Para destacar el grado de precisión y alcance de la memoria del autor, atendemos en esta carta a sus recuerdos que dibujan el mapa de su pueblo, los rincones que destacadamente se fijan en cada imagen y las personas que componían el entorno humano y emotivo más lejano al momento de su narración. La carta se fecha el 2 de diciembre de 1968 (53) y es un continuo ir y venir a los rincones de su aldea. Tras leer la descripción del lugar donde el protagonista nace y vive su adolescencia, es posible aún hoy reconocer la mayoría de los hitos que se citan. El protagonista esboza ese mapa 69 años después de haber abandonado Barcia y muestra una imagen anclada en el siglo XIX que se traza desde la memoria. Como leemos en esta carta, sus últimos deseos serían descansar al lado de sus padres. Así pues representa el principio y el fin, definido por la añoranza del pasado y el deseo de regresar al lugar de origen al final de una vida.

No solo los lugares son motivo de evocación y de mirada al pasado; particularidades culturales propias de la vida campesina también serán esbozados en sus anotaciones. Los aspectos tradicionales resaltan en las cartas por una proximidad y autenticidad que en nada parecen haber sido afectados o influidos por el cambio de vida experimentado por el narrador en sus años en América, ya que en muchas de sus explicaciones adopta expresiones propias de su aldea y se refiere a cuestiones tan típicas como la siguiente, que se destaca con total frescura en carta de 5 de mayo de 1951 (17):

> Dile a las nenas que recuerdo varias «cencerradas» famosas ahí en el pueblo, y entre ellas esa que indican de Leiján, pero no me acuerdo de los nombres.
>
> La orquesta que se formaba resultaba de lo más interesante: latas de petróleo vacías, calderos viejos, cencerros de las vacas medio rotos con un sonido destemplado, medio ronco, y por último los cuernos, que hacían de cornetas. Todo formaba un conjunto de lo más agradable

Los padres

Al referirnos al origen, es ineludible abordar los recuerdos que el narrador tiene de sus padres y que así manifiesta reiteradamente. Los padres son figuras capitales en la vida de José, por cuanto forman parte de su vida biológica pero también de su identidad. A ellos se refiere en diversas ocasiones; más a su madre, ya que la casi totalidad de las cartas corresponden a un periodo en el que aún vivía y sus muestras de cariño van a ser abundantes hacia ella.

Respecto de la figura paterna, las referencias que nos encontramos serán más escasas. El padre de José fallece en 1919, tal cual refiere López Álvarez[40], quien, asimismo, indica que se trata de un «emigrante retornado de Cuba, de donde trajo un pequeño capital que le sirvió para reformar la casa paterna y vivir con cierto desahogo».

Había nacido el 10 de noviembre de 1844 y, en el momento en que se aprueba el Padrón General de habitantes del término municipal de Valdés para el año de 1895, se le atribuye un tiempo de residencia en el pueblo de 14 años. Si las declaraciones contenidas en dicho padrón son fiables, se habría asentado en Barcia tras su regreso de Cuba en el año 1880 ó 1881. En 1882 nace el primero de sus hijos.

---

[40] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», pp. 81-120.

La primera referencia al padre se realiza en la única carta (1) que José dirige a su madre y que no lleva fecha. Esta carta ha de ser anterior a 1919, ya que aún cita y saluda a su padre. En una de fecha 24 de marzo de 1951 (12), José recordará así una anécdota a su lado que sirve para hacernos una idea de las actividades económicas que desarrollaba la familia y no solo eso, sino también el grado de adopción de la disciplina que emana del propio contenido de la anécdota:

> Una vez mamá nos mandó que fuéramos a encontrar a papá que venía de la Feria de «La Colorada». Había ido a recibir una cantidad de animales que compró para mandar a los mataderos de Madrid. Venían dos peones arreando y un hombre de ahí de Barcia, que era quien los llevaba hasta Madrid. Le decían «el Camacho». Recién a las cuatro de la tarde lo encontramos, pasando la casa del «Cholo», cerca de Outur. —«Claro Vds. estarán sin comer. Y en el primer mesón que encontramos se bajó del caballo y después de hacer sonar esa «esquila» que tenían atrás de la puerta, vino una mujer medio gordota, con cara de desfachatada: —A ver qué tiene Vd. de comida. —A estas horas no hay nada. — Bueno, prepare entonces una tortilla de jamón o de chorizos —¡Ay Jesús, María y José! — Empezó a santiguarse, porque era el día de Jueves Santo. Entonces papá se enfadó: vamos grandísima bruja, quién sabe cuántas porquerías habrá hecho Vd. en la vida, con una más lo mismo irá al infierno. El caso es que se asustó cuando lo vio enfadado. Hizo la tortilla y con un pedazo de pan la fuimos comiendo por el camino.
>
> No recuerdo haber comido nunca una tortilla más sabrosa. ¿Qué te parece?

En este texto se vierten numerosos datos valiosos para conocer cuestiones como la economía familiar, el destino de los animales domésticos, lugares de aprovisionamiento, caminería, tradiciones culinarias de la zona, etc., referidos a los tiempos en que José era adolescente. Destacamos otra escena que se narra el 4 de noviembre de 1951 (25) protagonizada por él, su padre y su abuelo, y que nos permite observar una forma de vida del campesino del occidente asturiano que permanece en contacto con el mar y que ejerce una compleja actividad económica aprovechando los recursos marinos y terrestres. Se hace referencia al trabajo que desarrollaban las gentes y se esboza una interesante descripción de cuál era el espíritu y la forma de vida de una persona de edad avanzada como su abuelo, todo ello con un gusto literario que transmite en sus pliegues, evocaciones capaces de recrear las escenas vívidamente con el empleo de varias voces en los diálogos que el narrador acostumbra a utilizar. En estas líneas, la figura del padre queda retratada como elemento vertebrador de la familia y como referente del conocimiento, la responsabilidad y el orden.

Las actividades económicas vuelven a ser protagonistas en un párrafo fechado el 28 de octubre de 1952 (37), donde se recuerda a su padre por dos

cuestiones que nos hacen apreciar la diversidad de actividades que se desarrollan en el medio rural, sus recursos y el profundo conocimiento del mismo.

El 10 de abril de 1952 (28) recordaba de esta forma tan propiamente fiel al sentimiento infantil, que advierte de la iniciación en las responsabilidades y los aprendizajes necesarios que el medio exigía a todos aquellos que participaban de su economía:

> Resulta que una vez tía Sabina me regaló un par de conejitos lo más hermosos, los solté en esa cuadra y de noche salían a comer un poquito de yerba de la huerta.
>
> Papá los hizo matar, alegando primero que salían por debajo de los cimientos y temía que la casa se viniera abajo y, después, porque no dejaban suficiente yerba para sus vacas y a lo mejor se le morían de hambre.

Pero también la autoridad del padre en ese orden familiar debe haber existido. No obstante, y quizás debido al paso del tiempo, los recuerdos se dulcifican. Al tratar esta cuestión en su carta de fecha 8 de diciembre de 1952 (40), se destaca la gracia y el tono cómplice que se percibe en aquellas escenas de la vida cotidiana más sencillas:

> Si vieras cómo se reía Elisa cuando le contaba las diabluras que le sabía hacer a la pobre Carlota: —«Dijo papá que pongas allí una camada de rozo»… Cuando estaba lo más entretenida en esa operación, desde el agujero de arriba le largaba una bacinilla llena de agua. —¡Ay cundenaü [sic] malos demonios te lleven, xa verás cuando venga tu padre!
>
> —¡Mira Carlota, yo no sabía que estabas en la puerta!
>
> —¡Mal rayo te parta, lu que tú nun sabes, es cuando vas a morrer!

Vemos también que la figura paterna estaba presente en los primeros pasos en Argentina. Aunque distante, el padre se preocupaba por los hijos que empezaban una nueva vida, y estaba al tanto de las cuestiones que les afectaban. De esta manera, las redes sociales[41] debían ponerse en marcha y parece ser que lo hacían, ya que en la carta de 24 de febrero de 1953 (44) se da cuenta de la preocupación del padre y de cómo mueve sus hilos ante una cuestión laboral como aquí se indica:

> Creo fue en los años 1903 ó 1904, estaba yo en Buenos Aires por motivos que ya te expliqué en alguna de mis primeras cartas. Eran aquellos días que papá se mostraba tan disgustado porque había dejado la casa de Rosario, cuando fue a

---

[41] Sobre el estudio de las redes sociales, *vid.* José María IMÍZCOZ BEUNZA y Lara ARROYO RUIZ, *op. cit.*

contar sus cuitas precisamente a uno de mis antiguos jefes, D. Antonio Fernández, en cierta ocasión que le fue presentado en Luarca por D. Ramón Asenjo. La casa donde trabajaba en Buenos Aires era también muy importante como importadora de tejidos.

Respecto de la madre, en la correspondencia solo se dispone de una carta y tres tarjetas postales en las que José se dirige a ella directamente. La carta (1) no lleva fecha y va escrita sobre papel con membrete del Hotel Italiano de Luis Ferraris e Hijos, de Santa Fe. Es una carta que se escribe en un momento en el que aún vive su padre[42], por tanto anterior al año 1919 y que se refiere a los pormenores de la visita de un amigo a la casa familiar en Asturias y cuestiones de la más estricta confianza de la familia.

En lo sucesivo, todas las referencias a la madre se realizarán a través de las cartas que José dirige a su hermana, en las que siempre hay un recuerdo a la figura materna por la cual siente un enorme afecto. Es el mayor de diecinueve hermanos, de los que cinco murieron siendo niños[43], y es habitual en él manifestar el cariño hacia su madre hasta el punto de idealizar su figura como se hace en carta de 28 de octubre de 1952 (37). En gran parte de las cartas se emplean fórmulas en las despedidas como «un millón de besos para mamá», «un abrazo, bien fuerte para mamá», etc.

María será la interlocutora elegida por José dada la confianza que le inspira ya que se ocupa de su madre y así se lo referirá en una carta de fecha 15 de octubre de 1952 (36). La primera referencia hacia la madre entre estas cartas dirigidas a María y que no se limita a los simples saludos de despedida como los ya citados, es de 23 de setiembre de 1950 (4), donde por una parte destaca sus buenas prácticas culinarias en el *Antroido* y, por otra, manifiesta su añoranza por estar al lado de su familia, asegurando que cambiaría todo su pasado por un año de la vida de su hermana en la aldea, al lado de su madre y dentro de la casa donde nació.

Era habitual que José transmitiese a su hermana las preocupaciones por la salud y el bienestar de su madre. Un ejemplo de esto es este breve párrafo de 2 de noviembre de 1950 (5), donde lo manifestaba de la siguiente forma:

---

[42] Se ha consultado en el Archivo Municipal del Ayuntamiento de Valdés, Luarca, el Padrón General de todos los habitantes existentes en el término municipal de Valdés, Partido Judicial de Tineo, para el año de 1895 y posteriores modificaciones, apareciendo entre sus datos la fecha de nacimiento de los miembros de la unidad familiar, siendo la del padre de José de 10 de noviembre de 1844 y la de su madre, 9 de agosto de 1861.

[43] Juaco López Álvarez, «Cartas desde América...», p. 84.

Esta carta me dejó bastante triste, primero por el estado de salud de mamá y después por ti; por esa cantidad de trabajo que tienes encima. Trabajo y preocupaciones al mismo tiempo. Si es verdad que hay algo superior, creo te lo tendrá en cuenta, por lo buena y abnegada que eres para con nuestra madre.

Veremos, al leer la correspondencia, cómo estas preocupaciones se van dando a lo largo del tiempo entrelazándose con numerosas muestras de afecto, a veces acompañados de ironía y complicidad, como la que encontramos el 19 noviembre de 1950 (6):

Mi queridísima hermana María: Contesto tu hermosa e interesante carta fechas 27 y 28 de octubre. Tomé buena nota de cuanto en ella me dices y de todas esas *cousiñas* de por ahí. Me causó mucha alegría saber que mamá después de las últimas curas que le hicieron, marcha bien. Nos hemos reído mucho con sus ocurrencias con el dentista, cuando le decía que con tal que le quitaran unos cuantos años de encima, le dejaría sacarle todos los dientes.

Es admirable ese buen humor y me gusta muchísimo que tenga ese apego a la vida.

O encontraremos anécdotas como la que se incluye en carta fechada el 14 de diciembre de 1950 (8), donde se recoge un episodio recibido con gran sentido del humor en Argentina y que nos remite a uno de los motivos más arraigados en el imaginario popular asturiano, como son los tesorillos ocultos[44], que se mostrará nuevamente el 10 de abril de 1952 (28):

Celebro que mamá siga bien, y me causó mucha gracia la ocurrencia de ir a escarbar para encontrar el cesto con los duros. Si yo estuviera ahí en esos momentos, le pondría un cestito, aunque fuera pequeño, con unos cuantos duros para ver la cara que ponía al encontrarlos. Mientras siga teniendo esos gestos, todo marcha bien. Y Dios quiera, sea por muchos años.

Le darás un montón de besos en nuestro nombre.

Las temáticas que el narrador aborda son diversas y no solo la preocupación se centra en la salud. Cuestiones como las relaciones entre los parientes o ciertos episodios conflictivos en los que la madre pudo verse afectada son motivos de preocupación para José. Véanse, a este respecto, los comentarios que aparecen en la carta de 8 febrero de 1951 (10).

---

[44] Sobre este tipo de cuestiones que se mantienen en la tradición oral asturiana, *vid.* Jesús Suárez López, *Tesoros, ayalgas y chalgueiros: la fiebre del oro en Asturias*. Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2001.

Un hecho luctuoso y que, profundizando en la historia familiar, perfila aspectos de enorme intimidad es puesto en relación con la figura materna para destacar sus bondades y virtudes, según se desprende de la carta de 24 de junio de 1951 (20), donde también se interesa mantener a su madre alejada de los comentarios que pudieran molestarla, evitando así hacerle daño.

Como documento críptico en toda esta maraña de cuestiones afectivas, topamos con la tarjeta postal que, el 3 de junio de 1951 (19), José envía a su madre, manifestando:

> Mamá: un día estaba yo segando yerba en el Ribón de Portizuelo (en el ribón de abajo, como vds. le llaman). De pronto, por el camino de enfrente, apareció el sacristán tocando la campanilla, seguido del cura y una cantidad de gente. Allí también alcancé a ver a mi madre. En un minuto bajé al fondo del prado, pasé por el de el Rodrigo, salté ese arroyo que lo divide, subí por el de enfrente, que entonces lo arrendaba Ramón de Agustín, y me coloqué a su lado.
>
> Llevaban los Santos Sacramentos a una viejita que se moría en una cabaña al final del camino. A pocos pasos del mar.
>
> Después le seguiré contando esta historia.

No conocemos la continuación de esta historia, pero es suficiente la intensidad en su narración para advertir la urgencia en revivir unos recuerdos que siguen tan presentes en la memoria y hacerlos llegar a la madre. La brevedad de la escena, la intensidad narrativa, el ímpetu del niño que corre, parecen remitir a un temor que aún sigue vivo en el recuerdo de José. Es necesario hacer énfasis en la valiosa información mostrada en la descripción de este tipo de manifestaciones para conocer la religiosidad y la relación con la muerte por parte del campesino y cómo la comunidad participa de ello.

En muchas otras cartas se recordará a la madre con cariño, como la de 27 de febrero de 1952 (26), donde las referencias corren a la par que el recuerdo de sus hermanos fallecidos de niños. El 30 de junio de 1952 (33) le dedicará un espacio en sus recuerdos para afirmar que hacen bien en «ocultarle todo aquello que pueda resultarle desagradable o le cause alguna preocupación. Mamá debe conocer ahora solo las cosas lindas».

El 28 de octubre de 1952 (37) tomará la poesía para referirse a su madre en un momento de mayor lirismo e idealización en sus recuerdos, citando *El ritmo de la vida* de Vargas Vila.

Tras un salto de varios años en los que existe una ausencia total de cartas, nos encontramos con la fechada en Buenos Aires el 31 de agosto de 1956

(50), que se redacta a la vista de las últimas noticias recibidas respecto de la enfermedad y fallecimiento de la madre, sobre las que José, sorprendentemente, no va a extenderse demasiado:

> Querida hermana María: Está en mi poder tu atenta y cariñosa carta fecha 19 de cte., en la que entre otras cosas, nos das detalles de la enfermedad y los últimos momentos de nuestra querida madre. La noticia la conocía por una carta de Ramón que dejé un rato largo sin abrir porque sospeche que ninguna cosa buena podía traerme, como así fue. No te escribí en esos momentos porque en verdad no se me ocurría que podría decirte.
>
> En ese instante la charla y los comentarios parecen cosas vulgares, para terminar diciendo siempre lo mismo.
>
> Como bien dices, en medio de tanta pena, no deja de ser un consuelo saber que se nos fue casi sin darse cuenta y si mayores sufrimientos. Justa recompensa después de toda una vida llena de abnegación y sacrificios.

Tan solo tres cartas son las que se conservan con posterioridad a que se produzca el fallecimiento de la madre en 1956.

La partida a América

Las únicas referencias que José hace respecto a la partida hacia América se relatan el 19 de noviembre de 1950 (6). En esta carta se da cuenta de cómo transcurre el viaje a bordo de un vapor y los días previos al embarque desde la salida de Valdés hasta el puerto de La Coruña y ya desde ahí a Buenos Aires. José realiza este viaje en compañía de su hermano Ramón y son acompañados por su abuelo hasta la ciudad de La Coruña. La descripción que José hace en su carta es muy detallada. Con este testimonio podemos apreciar cómo es la cruda partida de dos muchachos que prácticamente no habían viajado más allá de los límites de su municipio y las vicisitudes a bordo del barco en que cruzan el Atlántico hasta llegar a América.

Cada episodio de esta aventura tiene sus propias características emotivas que transmiten diferentes estados de ánimo, aportando detalles para conocer cómo se preparaba la partida, el viaje hasta el puerto y todo lo que acontece a bordo y en los momentos inmediatos a la llegada en destino:

> Creo haberte dicho en una de mis primeras cartas, que el abuelo nos acompañó hasta La Coruña, y recuerdo haber prometido contarte algunas de sus ocurrencias.

El primer día de viaje llegamos, con la ferrocarrilana[45], a Vega de Ribadeo. Ahí teníamos que atravesar un río muy ancho en lancha para llegar a Ribadeo, donde nos esperaba la otra combinación. Traí[a]mos cada uno un baúl de esos tan clásicos de lata, lleno de ropa.

Un ajuar preparado por mamá, para sus primeros hijos que se iban por el mundo. Estaban llenos y pesaban mucho. Para llegar a Ribadeo teníamos que subir una cuesta muy pendiente y por un camino malo. El pobre abuelo nos cargó el baúl sobre las costillas. Yo caminé unos pasos y lo tiré, le dije que era muy pesado y que no podía subirlo.

Ramón hizo lo mismo. Primero se enfadó un poco, y después, le pagó unas pesetas a unos hombres que se ocupaban de esas cosas para que los subieran hasta Ribadeo. Pero no quedó muy conforme. En la Coruña, nos llevó a una fondita bastante ruin, pero cobraba poco y eso era lo más interesante. Él dormía en un cuarto; Ramón y yo en otro, dividido solo por un tabique de madera.

Cenábamos y a la cama. Calculábamos cuándo podía estar dormido, nos levantábamos despacio, sin prender la luz y sin poner los zapatos para no despertarlo, y salíamos.

Recuerdo que una o dos veces fuimos a un circo; el primero que habíamos visto en la vida. Otras noches caminábamos por las calles resplandecientes de luz, mirábamos los escaparates de las tiendas de las joyerías de la calle de «La Marina» y «Cantón Grande». Nunca nos dijo una sola palabra y nosotros, pobres tontos, creíamos que lo estábamos fastidiando al abuelo. Pero cuando llegó a Barcia de vuelta, le contó a mamá y a papá todo lo que hicimos. La primera carta que llegó venía llena de quejas, de reproches, por aquellos actos de insubordinación, sobre todo para mi, que era el más viejo (siempre la misma letanía) y debía de dar el ejemplo. Eran cartas bravísimas, llenas de lamentaciones y llegaban en los momentos más difíciles. Precisamente cuando más necesitaba una palabra de cariño, de consuelo, una palabra *de ánimo*[46], de esperanza, algo que infundiera ánimo, diciéndome que esos tiempos terribles no podían durar, que pronto habría de cambiar todo. Poco a poco, te iré contando nuestros comienzos, para que cualquier mala impresión que pudieras tener de tu hermano, la cambies y le tengas tanta confianza y tanta estima como él siente por ti. Quiero advertirte que no guardo rencor para nadie, y que se trata solamente de comentarios y recuerdos de aquellos tiempos. El defecto más grande, llamémosle así, que he tenido toda mi vida, es no haber sido nunca hipócrita, falso o zorro.

---

[45] Se refiere a la compañía de diligencias La Ferrocarrilana, fundada en la localidad de Luarca a finales del XIX y que está en los orígenes del actual grupo ALSA. *Vid.* Joaquín Ocampo Suárez-Valdés (comp.), *José Cosmen Adelaida 1928-2013*. Empresas y Empresarios Asturianos, núm. 3, Fundación Valdés-Salas, 2014, p. 19.

[46] Tachado en el manuscrito.

Siempre me revelé con lo que no parecía justo o, por lo menos, con aquello que no estaba de acuerdo con mi manera de pensar. Me costó bastantes disgustos, pero no estoy arrepentido. Si hoy tuviera que empezar mi vida de nuevo, quizá sería peor, con todo lo que fui aprendiendo.

Espero que no tomarás a mal que te hable con esta franqueza y tenga estas expansiones y desahogos contigo, porque si tú también me fallas, estoy nuevamente perdido. El abuelo nos embarcó en un vapor francés: «El Corduan». Era lo más malo y lo más atorrante que Dios largó al mundo. Sigo creyendo que un individuo que hubiese cometido media docena de crímenes, el mejor castigo era mandarlo en ese vapor a la Argentina.

Una sola noche tratamos de dormir en aquellas cuchetas asquerosas. Resultaba imposible por el olor pestilente a orines y caca. No se podía respirar. Dormíamos arriba (35 días seguidos) encima de las lonas que tapaban las bodegas de la carga. Las colchonetas estaban rellenas de paja, no había ni sábanas ni fundas, y la que me tocó a mí, estaba manchada con *sangre seca*.

La comida eran patatas sin pelar a mediodía, y por la noche, un caldero de lentejas que servían para cada 25 pasajeros. Lo que Emilia le daba a los gochos en nuestra casa era bastante mejor; resultaba casi un manjar.

En todo el viaje no probamos nada de aquella porquería. Teníamos unas pesetas y comprábamos pan en la cantina; hasta que llegamos a las costas del Brasil. Allí compramos frutas, tarros de dulce y miel, y así alcanzamos llegar a Buenos Aires. Y en esta forma, poco a poco, te seguiré contando nuestro drama.

Tan solo un breve apunte en carta de 2 de junio de 1952 (32) vuelve a referirse a la partida a América, en la que se concreta la ayuda recibida por un vecino en los momentos previos a la partida:

Sí María, ahora recuerdo a Cecilia y Celesto Manolón, él era quien me cortaba el pelo «al rape» (por orden de papá) los domingos de mañana para no perder el tiempo.

Cuando fui a despedirme, el día antes de venir a Buenos Aires, me regaló *dos pesetas*. En aquellos días era el jornal de un hombre que «rozaba», «sachaba» patatas y maíz, de sol a sol. ¡Cómo cambiaron los tiempos!

Los inicios en Argentina

En aquellos tiempos en que José llega a Argentina (finales de 1899), se producía el cambio de siglo. La realidad de aquel país, según refiere Girbal-Blacha, para la época se puede resumir en sus palabras[47]:

---

[47] Noemí M. Girbal-Blacha, «Política, economía y sociedad en la Argentina del siglo XX. Una aproximación histórica a sus continuidades y cambios». *CUYO. Anuario de Filosofía*

La conformación de la Argentina Moderna hacia 1880 y su vigencia hasta 1930, dio muestras —a la luz del espíritu positivista— de la conformación del Estado Nacional oligárquico conducido por un concentrado grupo de «notables» nucleados en partidos políticos liderados por caudillos de élite, que siendo liberales en lo económico eran conservadores en lo político, al mismo tiempo que se mostraban preocupados —en su puja con el poder de la Iglesia— por la familia y la educación; no sólo para consolidar el poder del Estado, sino para afianzar la identidad nacional. Son los tiempos en que —frente al recorte de las autonomías provinciales— la gobernabilidad aparece disociada de la democracia.

Un país de inmigración masiva de italianos y españoles, como hemos visto, que representaban para la autora un «agente de transformación socioeconómica por excelencia», lo que provoca:

[…] un proceso acelerado y creciente de urbanización, se da en un ámbito donde la tierra no sólo resulta un recurso económico para la expansión agropecuaria sustentada en el régimen de arrendamientos y es básica en la modernización de las economías agroindustriales y monoproductoras del interior, sino todo un símbolo de poder político y de prestigio social.

En esta realidad van a producirse los inicios de nuestro protagonista y su hermano en Argentina. Tal cual refiere en una de sus primeras cartas de fecha 19 de noviembre de 1950 (6), estos no fueron fáciles, ya que los primeros comentarios que va a recibir de su familia en momentos tan delicados serán las reprimendas de sus padres al haber cometido unas travesuras en La Coruña los días anteriores a la partida:

Eran cartas bravísimas, llenas de lamentaciones y llegaban en los momentos más difíciles. Precisamente cuando más necesitaba una palabra de cariño, de consuelo, una palabra *de ánimo*[48], de esperanza, algo que infundiera ánimo, diciéndome que esos tiempos terribles no podían durar, que pronto habría de cambiar todo.

A la edad de dieciocho años, según recuerda, está establecido en la ciudad de Rosario. Así lo expresa en su carta de 10 de marzo de 1953 (45):

Creo recordar que llegamos a la Argentina a finales del año 1899, así que el primer Carnaval que me tocó ver fue el de 1900. Era uno de los últimos cadetes en

Argentina y Americana, núm. 15, 1998, pp. 11-22. Disponible en <http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1578/girbalcuyo15.pdf> [con acceso el 23-3-2014].

48 Tachado en el manuscrito.

lo de Fernández Roca Cía de Rosario. La casa estaba en la calle Córdoba, la más importante y la más aristocrática de la ciudad. Algo así como hablar de la calle Florida en Buenos Aires.

A continuación de este dato, nos podemos encontrar con la descripción que hace de su trabajo y del esfuerzo enorme que marcaba la rutina de sus días:

> Mientras tanto, la muchachada, aquella colección de pequeños esclavos, seguíamos con nuestro trabajo, que no se terminaba nunca. Separábamos las mercaderías vendidas durante el día y los pedidos de los viajantes. Después las llenábamos al empaque y una vez que se había terminado de encajonar, eran la una o las dos de la madrugada. *Como los desfoyones*, con la diferencia que aquello duraba todo el año desde el 1º de Enero al 31 de Diciembre. ¿Quién pensaba en hacer la cama? Tirábamos el colchón encima de algún mostrador, o para hacer más pronto, sobre las banquetas del empaque. Mucho mejor, total el catre estaba lleno de *chinches*. Era tan grande el cansancio que muchas veces quedaba dormido sin desnudarme, con los pantalones o con un zapato sin sacar.

Según refiere en carta de 24 de febrero de 1953 (44), su padre se muestra disgustado al conocer que deja su empleo en el comercio de Rosario, en torno a los años 1903 o 1904, por lo que se entrevista con uno de sus antiguos jefes en una ocasión en que este visita Luarca. De Rosario pasará a Buenos Aires a una casa también muy importante como importadora de tejidos. En esta empresa, le enviarán de viaje comercial cuando cuenta con 22 años de edad, momento en el que aprende su oficio. José manifiesta en esta carta que no está arrepentido de aquel cambio.

Al viaje de trabajo indicado se refiere en carta de 2 de diciembre de 1950 (7), cuando aclara que fue en octubre de 1905 cuando la casa que representaba le manda al territorio del «Chubut» sin experiencia alguna, ya que estos mozos inexpertos eran los únicos que junto a los aventureros se atrevían a viajar por aquellas regiones, puesto que los viajantes ya formados rechazaban tales complicaciones.

Al abordar la cuestión de los inicios de la experiencia americana, José también hará referencia a la de otros emigrantes, como es el caso que nos muestra en su carta de 24 de junio de 1951 (20), cuando se refiere a los comienzos de sus jefes en la empresa Fernández Roca Cía., de Rosario. Mediante esta descripción podemos atender en parte al perfil de un emigrante que llega a un país como Argentina, donde, con esfuerzo, consigue crear un negocio. Percibimos ciertos desajustes cronológicos cuando en esta ocasión habla de haber trabajado 15 años en la empresa Fernández Roca Cía., de Rosario, ya

que abunda en otra carta[49] en que «por los años 1910 al 1912, viajaba la provincia por una casa muy importante de Rosario».

Roca era catalán y los hermanos Fernández, gallegos de Ribadeo. A ellos se refiere como «gente excepcional, honestos, correctos, decentes, espléndidos en todo sentido» y lo difícil que resultaría encontrar una persona que reuniera siquiera la mitad de aquellas buenas condiciones. Habla de ellos como gente muy humilde en origen, que llegaron a la Argentina «casi analfabetos, faltos de lo más rudimentario en cultura; pero parece que habían nacido para ser, por encima de todas las cosas, hombres de bien».

Sobre los hermanos Fernández, de Ribadeo, refiere una anécdota en la carta previa de 2 de junio de 1951 (19), donde se pone de manifiesto el origen humilde de la familia, que se aprecia con todo detalle al comentar:

> Eran de Ribadeo, y sabíamos por empleados de la casa, que también eran de allí, que su origen fue de lo más humilde. Decían que hubo un tiempo que hasta pedían limosna. Antonio Fernández, se llamaba aquel señor de mi historia. La madre lo mandaba al puerto a limpiar las lanchas que llegaban de la pesca. En pago le daban algún pescado ordinario o poco vendible.
>
> Por las tardes le hacía ir con un cesto por la carretera a recoger «buchas», y hasta que el cesto no estaba lleno, no podía volver a casa.

El trabajo

El primer trabajo de José será de dependiente de comercio. Tras esto, su vida laboral experimenta un giro sustancial, pues se convierte en viajante o representante de una firma comercial. En estas condiciones laborales, José se vio en la tesitura de emprender viajes a los lugares más recónditos de la República Argentina, iniciando así una vida de aventura. Desde la primera carta dirigida a su hermana, fechada el 8 de setiembre de 1950 (2), observamos el gusto por el relato de viaje, la descripción de cada aspecto que llamaba su atención y la formación de sus valoraciones críticas respecto de lo que se encuentra en los diferentes momentos al explorar o recorrer un territorio muy extenso.

Estos viajes son, en su mayoría, desplazamientos laborales; no obstante, en ocasiones escribirá sobre viajes recreativos que realiza con su mujer y que siempre emplea como elementos de juicio para comparar aquellas travesías

---

[49] Carta de 8 de setiembre de 1950 (2).

más lejanas al momento de la narración y de mayor dureza, respecto de la tranquilidad de los viajes de placer, que le permite adquirir una visión muy diferente tanto del territorio como de la sociedad.

José dispone de un buen número de anécdotas que son formidables relatos de aventuras acaecidas en sus numerosos viajes, en un momento en que los transportes eran rudimentarios y el territorio se mantenía escasamente comunicado. En una de las primeras cartas (4), que lleva fecha de 23 de setiembre de 1950, nos relata lo que será una de las aventuras más sorprendentes que va a narrar, ya que nos acerca a la realidad de la emigración desde un ángulo tremendamente insólito y novedoso: la descripción de un personaje que, como él, asturiano y emigrante, habita en un remoto lugar de la región del Río Negro, situada al norte de la Patagonia. La descripción del encuentro tiene un enorme valor, tanto para analizar al personaje retratado y la realidad de una forma de vida, como la propia mentalidad de quien narra. La historia viene a la mente de José 46 años después de que haya ocurrido. Su edad, en el momento en que la anécdota tiene lugar, es de 22 años; tan solo lleva cinco en Argentina y quizás la sorpresa del encuentro no fuera tal cual se la relata a su hermana 46 años después; no obstante, la carga de objetividad en todo ello no debe menospreciarse por los datos que refiere, ya que se trata de un emigrante rico y analfabeto, según José relata:

> Han pasado tantísimos años [y] nada de aquella escena se me olvidó, ni se me olvidará hasta que me muera. No sabía los años que tenía, ni cuantos estaba en el Río Negro. Era español y, ¡asómbrate!, paisano tuyo; asturiano de Castropol.
>
> Le dije que también era asturiano, de Luarca. Me contestó que lo había oído nombrar pero que no conocía. Hablaba un poco de Navia y de Ribadeo. De pronto, sin decir nada, se levanto y se fue. Tardó más de una hora en volver. Venía acompañado de una india, tan sucia como él. Ninguno de los dos habló una palabra. La india entró a la cocina y preparó un guiso de arroz con carne de oveja; una gran porquería, pero no se podía elegir; allí no estaba el Hotel de Londres de Bahía Blanca. Aquél salvaje volvió a salir y regresó con un baúl de esos que traemos los inmigrantes cuando venimos a América. Estaba hecho pedazos; la tapa suelta, atada con una cuerda. Sacó un montón de cartas de España, 10 ó 15, todas sin abrir, y me pidió que se las leyera. Eran de una hermana y de una sobrina que le llamaba mi querido tío.
>
> Había de todas las fechas desde 10 años atrás. Le contaban miserias y le pedían ayuda. Era rico, tenía más de 20.000 ovejas, analfabeto y borracho; el verdadero tipo de un salvaje degenerado.

Es curiosa y conmovedora la historia de este emigrante que, con gran viveza, detalla el narrador. Este asturiano de Castropol no contestó a las cartas que

durante diez años su familia le envió, cosa que José pudo constatar en primera persona. Es un testimonio que nos acerca a una realidad de algunos de los que partieron hacia América y sobre los que jamás se volvió a saber. En este caso, el emigrante asturiano estaba vivo en un rincón al norte de la Patagonia, pero se trata de uno entre muchos otros casos de emigrantes que no dieron señales de vida por no saber leer ni escribir y sobre los que se desconoce la suerte que siguieron sus vidas.

A propósito de lo que José denomina «la campaña del Río Negro», nos encontramos el día 31 de marzo de 1951 (15) con la siguiente descripción sobre la región, sus actividades comerciales y la exploración del territorio que, paralelamente, realiza a medida que sus viajes progresan:

> En aquellos primeros viajes en carro y en galera por la campaña del Río Negro, en una ocasión llegamos a un punto llamado «Fortín Mercedes», justo a la orilla del Río Salado. Había una especie de cabaña de unos pobladores vascos: Ochoa Hnos. Arrendaban campos fiscales; tenían una inmensidad de ovejas, más de 20.000 en aquellos momentos. Había allí una especie de proveeduría; de todo un poco, hasta cosas de botica. Compraron ropa hecha para la peonada.

En la descripción de sus viajes se da una doble narración entre lo que es el trabajo y el esfuerzo que acompaña a su desempeño y las otras labores de explorador que, a la vez, desarrolla como medio de aprender sobre las costumbres y geografía de las regiones que visita. Su curiosidad es enorme y su atención sumamente despierta, lo que le servirá para hacer descripciones de lo más valiosas sobre todo lo que se encuentra en el camino. Así, en la misma carta, relata la visita que realiza a un enclave misionero que se halla cercano a la estación vasca de Ochoa Hnos., donde realiza sus ventas de indumentaria laboral para los empleados.

En otro de los viajes, volvemos a toparnos con aquellos recuerdos que más sorprendieron a José. Se trata en esta ocasión de una incursión comercial al territorio del «Chubut». La Provincia del Chubut está ubicada en la Patagonia, y para ello ha de emprender un recorrido en barco por la costa hacia latitudes meridionales de la República. En esta carta nos refiere otros protagonistas que se mantienen al tanto de sus relatos en Asturias, sus hermanos Manolo y Pedro, es decir, que en aquellas cartas en las que no se hiciera especial mención al secreto o a la discreción, las historias serían leídas a los familiares en el hogar, creando verdaderas expectativas por saber del progreso de unas aventuras admirables que se relatan en la correspondencia que llega desde Buenos Aires. La carta lleva fecha 2 de diciembre de 1950 (7) y se refiere a hechos acaecidos en 1905, seis años después de llegar a Argentina y 45 años antes de ponerlos

por escrito. En ella se describe muy bien el riesgo en el trabajo, para el cual tiene que salvar todo tipo de peligros, y se nos presenta a otro emigrante asturiano que capitanea el barco «El Litoral», donde embarca.

Este emigrante cobra un protagonismo en la vida de José. Al igual que el pastor de Castropol, pese a lo rudo de su trato, accediera a ayudar al comerciante que llega hasta la puerta de su cabaña, en este caso la ayuda le vendrá de la mano del capitán de la embarcación que le procura los víveres necesarios ante una posible emergencia, además de una amistad que se mantendría posteriormente a lo largo de los años. En todo ello vemos cómo se pone de manifiesto la humanidad del emigrante, quien, por solidaridad, protege y ayuda a quien siente próximo; cuestión esta que podría tratarse desde una perspectiva del auxilio mutuo entre aquellos que, por el azar o la casualidad, se encuentran y comparten algo que es valioso en el momento: aquel reconocimiento que se refiere al origen y pertenencia a un lugar lejano común, remitiéndonos a valores solidarios e identitarios.

El 8 de febrero de 1951 (10) abunda en las narraciones de sus viajes, en cuáles son los escollos que habría de salvar en ello y las andanzas más dispares que habrá de protagonizar, escribiendo:

> Como ya te dije en distintas ocasiones, empecé a viajar muy joven, una criatura, apenas tenía 22 años. Recorrí las tres cuartas partes de la república en trenes, en carros, en coches, en sulkis[50], en cuanto medio de locomoción necesitaba o podía conseguir. De día, de noche, por caminos interminables, despoblados, por bosques y montes, y nunca jamás nadie se metió conmigo; nunca nadie intentó hacerme daño.

Entre el 2 de diciembre de 1950 y el 29 de marzo de 1951, momento en que José retoma la narración del viaje al territorio del «Chubut», se intercambian tan solo tres cartas. En carta de 29 de marzo (14), continúa la narración a petición de María y quizás a petición de alguien más, ya que las aventuras protagonizadas por José parecen causar enorme curiosidad entre sus familiares en Valdés. La vida de acción que había llevado el protagonista de las narraciones a buen seguro contrasta con la de aquellos que llevan una vida sedentaria en la aldea asturiana. De ahí que la carta no solo encierre valores sentimentales y afectivos o sirva como simple vehículo de intercambio de noticias, sino como instrumento para fijar el recuerdo de unas vivencias que conforman la memoria y la historia de una vida.

---

[50] El sulky es un pequeño carruaje, por lo general para uno o dos pasajeros, que se utiliza habitualmente como modo de transporte rural.

Observamos una enorme riqueza de matices en estos relatos que el protagonista va desgranando en forma de memorias a su hermana entremezclados con otros temas de diversa naturaleza. En otra carta (24) del 14 de octubre de 1951 se refiere la forma en que se organizaba el viaje y a los extremos climáticos en las estaciones:

> Creo haberte dicho que empecé a viajar muy joven, allá por el año 1904; tenía por entonces 22 años. Recorrí más de la mitad de la República por parajes muy difíciles, pero no peligrosos. Difíciles por falta de medios de locomoción y de comodidades. Crucé la mayor parte del Chaco en medio de montes tupidos y de noche. En verano debido a los calores brutales que sabe hacer allí: 46 y 48° a la sombra, generalmente organizaba los viajes para la noche, calculando aproximadamente las horas para llegar a destino, con individuos nativos que solo ellos podían salir de lo intrincado de aquellos montes. Y nunca jamás me sucedió nada por lo menos nada que pudiera ser digno de mención.

El día 15 de julio de 1951 (22), recogía datos referidos al clima, al aprendizaje de cada viaje y a la supervivencia y camaradería. Se refiere el día 16 de setiembre de 1951 (23) a una narración ya iniciada sobre los territorios del Chaco. Se hace mención a una carta anterior donde prometía terminar aquella historia de uno de los viajes a este territorio, pero la carta inmediatamente anterior es de fecha 15 de julio de 1951 (22), y en ella no se aborda esta cuestión, lo cual indica que, entre ambas, se han perdido varias cartas y con ello una información muy valiosa, como se pone de manifiesto en la siguiente de 14 de octubre de 1951 (24), donde se constata que la de 19 de agosto no había llegado a poder de María. Lo mismo se hace constar en carta fechada el 4 de noviembre, que advierte del extravío de una de 30 de agosto. Así las cosas, la narración continúa referida a sus incursiones por territorios del Chaco y a las relaciones comerciales, describiendo con gran detalle tanto estas, como las observaciones que del territorio va tomando, referidas a vegetación y fauna principalmente.

Seguidamente, vemos cómo se refiere a los pobladores de la inmensidad del territorio argentino que pudo descubrir en sus viajes, donde no solo analiza una realidad, aquella que él conoce, sino que define cuál es su sentimiento hacia las cuestiones que va relatando, lo cual nos aporta un nuevo parámetro para conocer la mentalidad del narrador y cuáles son sus valores y su sensibilidad social y humana. La carta lleva fecha de 10 de abril de 1952 (28):

> Nada me extraña referente a la conducta de aquellos pequeños salvajes de la Pampa, ni a ninguno de Vds. les llamaría la atención si pudieran ver donde nacen,

cómo los crían y cómo viven. Menos mal que Dios libró a mis hermanas de semejante castigo o de esa maldición.

Yo siempre consideré un desalmado, sin escrúpulos y sin conciencia, al que a sabiendas es capaz de sacrificar a un semejante sólo para satisfacer sus instintos. Miente quien hable de amor o de cariño en donde existe solamente un egoísmo brutal. Por muy humilde que sea el origen de las personas, todas tienen en su juventud, esperanzas, e ilusiones que al caer en una de esas emboscadas quedan deshechas para siempre. ¿Qué es lo que se puede esperar una vez llegado a esas pocilgas inmundas donde falta todo, desde el pan, hasta el agua para beber y para lavarse? Te habla quien lo conoce prácticamente, sin agregarle nada de dramatismo o cosas novelescas. La vida en los bosques del Chaco o en esas llanuras inmensas de La Pampa, es algo espantoso. Sin tener, en muchos casos, ni siquiera el consuelo de la compañía de algún otro ser humano con quien poder desahogar sus penas y sus miserias. Viviendo aquellos días interminables, los meses y los años sin más esperanza que la muerte que, para colmar la desgracia, tampoco llega. Siempre lo mismo: animales, cielo, tierra, lluvias y vientos, calor y frío; elementos todos inseparables de su desdicha. No me refiero a ningún caso determinado; hablo en general, de lo que conozco, de lo que yo he visto. En varias de mis cartas, así al pasar, te hablé de algunos casos sueltos.

Quizás para suplir la falta de esas cartas extraviadas donde se trataba de la incursión en las tierras del Chaco, más adelante José retoma el hilo de sus viajes, escribiendo el 30 de abril de 1952 (29) los pormenores de su primer viaje a ese territorio al que acude en labor comercial al asentamiento de la Argentine Quebracho Company[51], que José describe como «una de las tantas compañías Norteamericanas poderosas, dueña de 1.500 leguas de montes en el Chaco, para explotar la industria de «tanino», que es el extracto del quebracho. Después surtían a todas las naciones del mundo de este producto argentino que emplean las grandes curtientes para curtir los cueros para la fabricación del calzado y otras industrias similares». En este viaje se detiene en la contemplación de los árboles que encuentra, mostrando la curiosidad del naturalista que se entusiasma con los cientos de miles de nidos que había a lo largo de aquel camino[52].

---

[51] A propósito de la Argentine Quebracho Company, *vid.*, Adriàn Gustavo ZARRILLI, «El oro Rojo. La Industria del Tanino en la Argentina (1890-1950)». *Silva Lusitana* 16 (2), 2008, pp. 239-259. Disponible en <http://www.scielo.oces.mctes.pt/pdf/slu/v16n2/v16n2a08> [con acceso el 5-3-2014].

[52] En Asturias la curiosidad por los nidos era habitual entre los niños que, como José, vivieron en contacto con la naturaleza. El día de Pascua, los niños se reunían y jugaban a la «pita ciega», que consistía en vendarse los ojos y con un palo dar golpes de ciego y romper los huevos que se habían recolectado de los nidos. Desconocemos si la finalidad original de extraer los huevos de

Tras haberse distraído con su emocionante experiencia de camino a la factoría de la Argentine Quebracho Company, retoma en su siguiente carta de 20 de mayo de 1952 (30) la narración del viaje al Chaco donde encontrará otro emigrante asturiano, Bernardino Bandujo, que sorprende por sus reflexiones acerca de la política española en la isla de Cuba, así como por ser el introductor de José en la observación de una práctica de religiosidad campesina:

> El encargado o administrador del Hotel era asturiano, D. Bernardino Bandujo. También había estado muchos años en Cuba y aprovechaba todos los momentos para echar pestes contra España, mejor dicho, contra los españoles que gobernaban en aquellos tiempos. Decía, que era una lastima que los yankis no le hubieran quitado la Isla más antes, porque así, aún hoy, muchas madres españolas podrían gozar de alguna felicidad. Cuba fue el cementerio del 80% de la muchachada española de entonces. Las fiebres, la peste bubónica o el «vómito», hacían estragos debido al estado de suciedad y abandono en que siempre tuvieron la Isla que, tan pronto pasó a poder de los yankis, hicieron de Cuba un paraíso terrenal. Sacaron los montones de basura, que habían dejado por todas partes, hicieron las Obras Sanitarias (cloacas) que hasta entonces carecía de ellas, secaron las lagunas y pantanos para exterminar los mosquitos propagadores de todas las pestes, desaparecieron todas las enfermedades y Cuba es hoy, lo que debió haber sido siempre: «*la Perla de las Antillas*». Yo no se lo que podrá haber de cierto en todo este desahogo de Bandujo. Repito tal cual lo que me contó. Tal vez Elisa, Manolo y Pedro, puedan darnos su opinión.

Respecto de la descripción que hace de los indios, en su carta nos permite conocer esta forma de vida en el Chaco bajo la influencia americana, donde «no existía más justicia que el dólar». Lo hace con una concisión de datos admirable. La ceremonia religiosa que presencian es el Velorio del Angelito[53], un rito de paso que se pone en práctica en determinadas áreas de Sudamérica cuando muere un niño:

> Todo el perímetro de las fábricas, los yankis lo habían cercado con cinco hilos de alambre de púa. Se ve que no querían saber nada con las pulgas, la sarna, los piojos y hasta la lepra. La indiada vivía en ranchos en pleno monte y allí fuimos

---

los nidos se basaba en un intento de esquilmar aquellas aves que tenían un efecto negativo para el hombre del medio rural.

[53] Sobre el «Velorio del Angelito», *vid*. Ángel CERRUTTI y Alicia M. MARTÍNEZ, «El «Velorio del Angelito». Manifestación de la religiosidad popular en el sur de Chile, transplantada en el Territorio del Neququén, (1884-1930)». *Scripta Ethnologica,* vol. XXXII, 2010, pp. 9-15, Centro Argentino de Etnología Americana, Argentina. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14815618001> [con acceso el 15-3-2014].

con Bandujo. En uno de ellos, en una especie de tablado que hacía de mesa, había un fuentón y encima de unos trapos, el cadáver de una criatura. No se cuantos días podría tener; parecía un perrito muerto. Dos velas y un montón de flores silvestres. Sentadas en el suelo alrededor, una cantidad de mujeres (o algo que lo parecía) sucias, malolientes. Mugre y humo por todas partes. Mientras unas parecía que rezaban en *Quichua* o *Guaraní*, otras fumaban sendos cigarros de «Chala», tabaco cultivado por ellas, envuelto en hojas de maíz. Un poco aparte estaban los hombres, borrachos en su gran mayoría. Tomaban Caña, Grappa y Chicha, de fabricación casera. Los yankis no permitían dentro del obraje la venta de bebidas alcohólicas. Bailaban y cantaban cosas que no alcancé a entender, acompañados de guitarras y el acordeón. Al amanecer no quedaba uno solo en pie; dormían la «mona» tirados por todos los rincones. Nunca faltaban las peleas y el crimen, dos cosas frecuentes, pero sin mayor importancia. En el obraje había tres o cuatro vigilantes y un oficial que pertenecía a la policía de Corrientes, pero los pagaban los yankis así que todos los *pequeños asuntos* se arreglaban en familia. Los jueces nada tenían que hacer allí; no existía más justicia que el «dólar».

Será de nuevo el 8 de diciembre de 1952 (40) cuando José vuelva a referirse a las impresiones en sus viajes y a la descripción de las grandes unidades de paisaje argentino que pudo observar a lo largo de los años. En las cartas también describirá muchos de estos viajes en compañía de su mujer donde se constatan magníficas impresiones sobre el paisaje y la experiencia, tanto desde el punto de vista del viajero como del turista. Como ya podemos observar, la escritura de José aborda temas muy interesantes que hacen al receptor de las cartas partícipe de una realidad exótica, muy distinta a la suya propia. Esta escritura precisa datos muy interesantes para analizar la mentalidad del narrador, si atendemos a su capacidad de análisis y de síntesis cuando esboza cuestiones tremendamente curiosas y significativas para que sirvan de fuente de conocimiento a su hermana.

La vida en Argentina

José ofrece abundantes datos en sus cartas a propósito de la vida en Argentina, a lo largo de sus años allí. Son numerosos los pasajes donde se recrea en recordar los detalles de su existencia en uno y en otro momento, la evolución de las costumbres y formas de vida, comparando, de paso, estas formas con aquellas de su lugar de origen. Estas observaciones se constatan en experiencias cotidianas en Buenos Aires o en los diversos viajes que realiza con su esposa Elisa, en los cuales se recogen informaciones e impresiones importantes para comprender ciertos aspectos de la vida en Argentina y de las actividades que en ellos se describen.

El primer comentario que encontraremos de José en este sentido será acerca de la realidad de la situación económica. Esta cuestión viene motivada por los comentarios que María, su hermana, le hace llegar en una de sus cartas; de ahí que se establezca una larga lista de factores de conversión que ayuden a comprender la capacidad adquisitiva en uno y otro lado del Atlántico. Así, en la carta de 14 de diciembre de 1950 (4) veremos un auténtico tratado de economía doméstica, con referencias a la comida, el vestido o pequeños lujos; algo que también podemos encontrar nuevamente al dorso de la fotografía que lleva fecha de 24 de marzo de 1951 (13), para hacer presentes las dificultades y cambios en las formas de vida que se habían experimentado en Argentina, al igual que en España.

La siguiente expresión que José refiere en su carta de 8 de febrero de 1951 (10) es una reflexión habitual que va a emplear en diversos momentos. Así es como percibe los cambios ocurridos en Argentina desde sus primeros pasos allí, respecto de una Argentina en el momento en que escribe, que es la de los años cincuenta:

> A mí nunca me tocó tratar con personas tan bajas, y eso que la Argentina de hoy no es ni la sombra de lo que fue en aquellos tiempos tan lejanos de nuestra llegada.
>
> Después de las dos guerras mundiales se fue poblando con la escoria de todas las razas del mundo. Jóvenes y viejos tarados moral y materialmente, que en una gran mayoría, hay que huir de ellos, como de un reptil venenoso. Tal es la cantidad de prejuicios que tienen encima.

Es habitual que se exprese estableciendo comparaciones entre el presente y el pasado que representa sus inicios en Argentina. José lo explica en función de los cambios que observa en atención a la evolución social y de los comportamientos en las personas, pero que está en relación con otros factores demográficos y económicos.

La Argentina de los primeros años que José conoce está experimentando un ciclo de crecimiento importante. Este ciclo se extendió entre las décadas finales del siglo XIX y el comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914); años en los que se combinaron, de manera óptima, las ventajas naturales con la disponibilidad de excedentes demográficos europeos y capitales internacionales que buscaban oportunidades para invertir[54]. Este primer

---

[54] Luis Alberto Romero, *La crisis argentina: una mirada al siglo XX*. Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 2003, pp. 19-57.

ciclo, como apunta L. A. Romero, llega hasta 1914, momento en el que comienzan las dificultades económicas que culminan con la Gran Crisis de 1929 y el *crack* del comercio mundial. También denominada «Gran Depresión», esta crisis económica mundial se prolongará a lo largo de la década de 1930 hasta la Segunda Guerra Mundial en determinados países. Romero es optimista y habla de una rápida superación de esta crisis en Argentina, afirmando que «a mediados de la década de 1930, el crecimiento de las industrias que sustituían importaciones permitió el comienzo de un nuevo ciclo expansivo, centrado en el mercado interno pero sustentado en última instancia en los beneficios del comercio exterior»[55]. Después de 1945 y ya bajo el gobierno de Perón, el autor advierte del aumento de la intervención estatal, nacionalizándose el crédito bancario y la mayoría de las empresas de servicios públicos.

En 1952, una nueva crisis puso en evidencia las limitaciones del tipo de crecimiento que se había producido a partir de 1930, lo que provocó una reorientación en la política económica, que se completó y profundizó a partir de 1958[56].

Las apreciaciones de nuestro protagonista acerca de las grandes guerras del siglo XX, cuyos efectos se reflejaron en la realidad argentina, se ponen de manifiesto destacando la quiebra de valores en la sociedad. En numerosas ocasiones hace referencia a un antes y un después a estos sucesos que reordenan el mundo. El día 8 febrero de 1951 (10), manifiesta:

> Después de las dos guerras mundiales se fue poblando con la escoria de todas las razas del mundo. Jóvenes y viejos tarados moral y materialmente, que en una gran mayoría, hay que huir de ellos, como de un reptil venenoso. Tal es la cantidad de prejuicios que tienen encima.

O en este otro fragmento de fecha 24 de diciembre de 1952 (41):

> Antes un hombre trabajaba toda la vida (como los jefes que yo he tenido) para retirarse al final con una pequeña fortuna. Nada de grandes riquezas, bien es cierto, que era otra clase de hombres, de una conducta y de una moral intachable, bastante distintos a esos de hoy en día. Actualmente, moral y decencia, las dos están pasadas de moda, todos tratan de juntar dinero, ¿cómo?... eso no importa. Cualquier medio es bueno para conseguirlo. Ese es el castigo que dejó a la humanidad las dos guerras mundiales, especialmente la última, la quiebra de todos los valores.

---

[55] Luis Alberto ROMERO, *op. cit.*, p. 25.
[56] *Idem*, p. 26.

Cuando se refiere a la ciudad de Buenos Aires, emplea todo lujo de detalles para que su hermana pueda comprender aquella «realidad». En carta de 24 de junio de 1951 (20), la atención se centra en las líneas de metro, a propósito de unos comentarios que María le hace relativos al metro de Madrid.

En otra carta vemos cómo su hermana muestra interés por el callejero de Buenos Aires[57], apareciendo comentarios sobre la situación de sus calles que sirven para componer una imagen mental de la ciudad. En carta de 4 de noviembre de 1951 (25), José describe algunas partes de la ciudad que habita, con el fin de saciar la curiosidad de su hermana.

El 8 de marzo de 1952, dedica buena parte de su carta (27) a explicar el concepto de «pago» y «querencia» a su hermana. Con esa disculpa se establece un ir y venir de Valdés a Argentina que tanto le gustaba a José, para realizar algunas comparaciones y establecer curiosas relaciones y analogías:

> En una de tus últimas cartas preguntas ¿que quiere decir «el pago»? Por lo general, se nombra así a todos los lugares apartados de las vías de comunicación. El «pago» le dicen a los puestos de los pobladores en esta inmensa campaña Argentina, y a los ranchos donde viven los peones de las grandes estancias. El rancho lo hacen con barro y ramas. Muy interesante para verlo de pasada, pintado en las postales o descripto en las novelas, pero nada más. Allí falta hasta lo más indispensable para la vida de un ser humano. En su gran mayoría, son habitados por hijos del país, por ser más sufridos o más cochinos. Es el lugar donde nacieron o residieron muchos años. Aunque también el estanciero que vive mejor, al volver de la ciudad dice: —Ya estamos de vuelta en nuestros «pagos» o en nuestra «querencia».

El 30 de mayo de 1952 (31) José explica a su hermana la realidad en cuanto a la escasez de víveres en el mercado argentino. Según refiere Juaco López en el artículo ya citado, la familia a la que José y María pertenecen es muy extensa, emigrando diez de los hermanos a Cuba, Méjico y Argentina, por lo que se infiere que las noticias de América llegan a la casa familiar por diversos informantes. Así es el esbozo que hace de la cuestión en respuesta a su hermana, sin que falten anécdotas que enriquezcan la narración:

> Un poco exagerada es tu información y el temor por la falta de víveres en Buenos Aires. Es cierto que faltan algunos artículos, pero es solo para los que no quieren o no pueden gastar; con dinero hay de todo, no falta nada.

[57] El callejero de Buenos Aires mantiene actualmente la nomenclatura de las calles que se citan en las cartas.

Se tratan aspectos como el de la vivienda en Buenos Aires, deslizando pequeños comentarios como este del día 30 de junio de 1952 (33), en el que se da cuenta del valor de los inmuebles:

> Cenamos en la cocina, porque es el ambiente más agradable de toda la casa. Es grande y cómoda, casi como la mitad de la tuya. En Buenos Aires ya no hacen más cocinas así. Como el terreno cuesta mucho, lo aprovechan en cosas que den más utilidad. Por otra parte, no usamos leña ni carbón, tenemos instalado para la cocina y el baño el Super-Gas. No hay chispas ni [h]ollín, ni humo; es una cosa cómoda y limpia que se gradúa a la temperatura que uno quiere.

Cuestiones que José va tratando en sus cartas, como en la de 30 de julio de 1952 (34), respecto de la ciudad turística de Mar del Plata, son de un interés excepcional para conocer tanto la opinión personal sobre la sociedad que describe, la actividad económica del turismo y su masificación, así como la descripción que hace de cada uno de sus aspectos más comprometidos, por ser un análisis de la realidad económica y social preciso ya que la historia del turismo en Argentina está íntimamente ligada al desarrollo de los medios de transporte y al nacimiento de Mar del Plata como centro turístico[58].

Sobre Mar del Plata encontraremos un interesante episodio en la carta de 11 de marzo de 1954 (49), donde refiere los sucesos relacionados con una ola gigante que arrasó la costa y que conocemos también por referencia que se hace a la publicación *La Historia de Mar del Plata* de Roberto T. Barili[59], que tiene lugar el 21 de enero de 1954 y así se describe parcialmente en ella:

> [...] Bañistas que frecuentaban la playa Bristol, recuerdan el súbito crecimiento de las aguas, que se registró el 21 de enero de 1954, pues fueron alcanzados por una ola imponente que cubrió buena parte de la playa, castigando severamente a quienes se encontraban en el mar y a las familias que cubrían esa zona ribereña. En esa oportunidad los comentarios periodísticos y del público giraron alrededor de ese fenómeno, repetición de uno similar, pero menos violento, registrado en 1945, afectando a personas que se encontraban en la escollera Norte del puerto local.
>
> [...] El día 21, a partir de las 10, se originaron varias oscilaciones del nivel del mar, hasta producirse a las 11,05 la de máxima intensidad que en lapso de pocos minutos hizo ascender la altura de dicho nivel en un metro, provocando una

[58] Alejandro E. LARA (comp.), *100 Años de Turismo Argentino*, Buenos Aires, 2008. Publicación digital disponible en <http://www.cienaniosdeturismo.gov.ar/> [con acceso el 14-3-2014].

[59] Citado en <http://www.pasqualinonet.com.ar/Mardelplatahistoria.htm> [con acceso el 24-3-2014]. La fuente indica que esta referencia se transcribe del libro *La Historia de Mar del Plata*, de Roberto T. Barili, Editorial Dársena [1978, Mar del Plata, Argentina].

> extraordinaria corriente hacia la costa. En esos momentos la marea se encontraba a media bajante. […]

En la carta que referimos, José lo contaría de la siguiente manera:

> Un día inesperadamente, sin preparación, así de estar no más se formaron unas olas fantásticas, nunca vistas, que barrieron con todo cuanto encontraron a su paso. En contados minutos dejaron las playas limpias de casillas, ropas, tachos[60] y los juguetes de los chicos. Se hablaba de que había varios desaparecidos de sus domicilios.
>
> Los diarios dieron la noticia, pero sin hacer mayores comentarios. ¡Son tan enormes los intereses creados![61]

En el siguiente fragmento de la carta fechada el 24 de diciembre de 1952 (41), se refiere el progreso experimentado tanto en su aldea asturiana como en la Argentina que es conocida a través de los viajes. Son apuntes muy oportunos para establecer cómo es percibido el desarrollo económico y tecnológico:

> Por las noticias que poco a poco voy recibiendo, veo que los cambios habidos en Barcia son notables. Empezando porque ahora tienen agua corriente, luz eléctrica, teléfonos, radio, etc., etc. Todo ello representa un gran progreso. Ya Ramón en las dos cartas que escribió desde Barcia, hablaba de todo eso. Desde luego, a él tiene que haberle llamado la atención, porque le tocó actuar en uno de los pueblos más antiguos de la provincia de Santa Fe, pero también de los más atrasados. Tardó muchos años en despertar. San Lorenzo y Coronda (otro pueblito por el estilo) eran lo más tristes y aburridos, hasta la gente parecía asustada. Cuando yo los visitaba, me causaba pena ver a las personas obligadas a vivir allí. Afortunadamente también les tocó el turno de progreso.

Las valiosas reflexiones y descripciones de los lugares que frecuenta en sus viajes o que percibe en su vida cotidiana componen un vibrante lienzo impresionista. En carta de 28 de abril de 1953 (47) da buena cuenta de ello. Asimismo, observamos el gusto por establecer referencias al pasado y poner de manifiesto los diversos cambios que se experimentan, tanto físicos en el medio urbano, como en lo referente a mentalidades, en su análisis más social. Esos viajes, en los que ya nos hemos detenido, no siempre transcurrían en solitario o por motivos laborales; también viajaba con su esposa y así lo refiere en la

---

[60] Contenedores de residuos y basuras.

[61] El hecho de «silenciar» la noticia, entendemos, se debe a la importancia de Mar del Plata como centro turístico. No interesa, por tanto, crear un estado de alarma perjudicial a los intereses económicos.

carta que escribe el día 24 de diciembre de 1952 (41), en la que reflexiona sobre el paso del tiempo y la evolución de los transportes en un lapso de 40 años, lo que le hace establecer esas tan documentadas comparaciones con el ayer que conoció en sus primeros viajes y la actualidad argentina desde la que narra. Nos encontramos otra referencia a sus viajes en la carta del 31 de marzo de 1953 (46), donde se reúnen los comentarios irónicos de su esposa a propósito de los adelantos técnicos que poseen en el hogar valorando las diferencias respecto de las calamidades que hubo de pasar cuando de viajante se veía obligado a viajar por la República.

Sobre la vida cotidiana y las relaciones familiares

La vida cotidiana es entendida como el conjunto de valores, actitudes, conductas y prácticas sociales reproducidos por la familia en el ámbito privado, constituyendo esta la principal garantía de la reproducción social. Estudiando la familia en este ámbito podremos, por ejemplo, comprender diversas evoluciones en cuanto a mentalidades y conservación de los valores culturales.

Aunque no se conoce el número de cartas previas a la fecha que marca el inicio de la correspondencia que aquí abordamos entre José y María, podemos afirmar que todos los ámbitos que atañen a la vida cotidiana se rigen por la estabilidad y la ausencia de ambigüedades. A decir por lo que se manifiesta en la primera carta que escribe desde Buenos Aires el 8 de setiembre de 1950 (2), se da a entender que la mujer de José, Elisa, y su hermana María aún no han entrado en contacto, lo que nos permite establecer que el intercambio epistolar es bastante reciente en esas fechas:

> Después, más adelante, Elisa te escribirá. Ahora me dice que no tiene suficiente confianza, y como no está acostumbrada a escribir, tiene miedo meter la pata. De todos modos, quiero adelantarte que tiene por ti, una gran simpatía. Quiero hacerte presente una cosa: nunca tengas temor de que mi cariño para ti vaya a disminuir porque otros me escriban. Bien dices: fuiste la que empezó a escribirme, quien me atendió y me atiende con tanta paciencia y tanto cariño. No hay nadie que pueda tener el derecho que yo la quiera tanto, como te quiero a ti.

Cierra la carta un párrafo que vuelve a tender puentes entre la hermana y la mujer de José, poniendo ya de manifiesto la importancia que su hermana tiene para él. Este párrafo, junto al siguiente de 23 de setiembre de 1950, nos da las claves para comprender una de las motivaciones de José cuando escribe, ya que su hermana es una figura esencial en sus memorias al ser la receptora de las mismas y en quien deposita todos sus recuerdos. Es el vínculo

con su origen y su pasado. Estas cartas nos hacen pensar en la necesidad de narrar su vida para explicarla y, así, las afirmaciones que se contienen en las siguientes líneas son muy reveladoras:

> Terminábamos de almorzar y Elisa me decía: ¿qué harías hoy si tuviéramos aquí a tu hermana María? Mira, lo mejor que puedes hacer, es no hablar de esas cosas, porque lo primero que haría era desaparecer todos tus recuerdos. Resulta que, en casa hay varias botellas de champaña francés, sobrantes de distintas fiestas, y Elisa no me lo deja tomar, lo conserva como recuerdo. Hay botellas que tienen más de 40 años con nosotros. Bueno, si María estuviera hoy con nosotros, tus recuerdos quedarían reducidos a botellas vacías.

El 23 de setiembre de 1950 (4), dos semanas más tarde, José se dirige a su hermana de la siguiente manera:

> A medida que van llegando tus cartas, le digo: es de María, mi hermana a quien yo quiero y, estoy seguro, de que también ella me quiere a mí. Le leía tu carta de fecha 5 de septiembre, que estoy contestando. Escuchó hasta el final y quedó con la cabeza gacha, como preocupada. —¿Qué es lo que te pasa? le pregunto, ¿en qué piensas? —Estaba pensando que si por cualquier casualidad, perdieras el trato con María, si dejara de escribirte, te enfermas o te mueres. —Tanto, tanto, no, claro que lo sentiría mucho. Creo que me pasaría lo que a esos chicos que les dan un caramelo y de pronto se lo quitan; la primera impresión resultaría bastante desagradable.

Lo que antecede es trascendental para comprender la importancia del destinatario en el proceso de transmisión de la memoria. José está depositando en su hermana una serie de recuerdos y experiencias de su vida con la intención que sirvan de elemento crítico que le permitan forjarse una idea propia, quizás también una intención en el fondo de mantenerla al lado de su madre. Pero, a la vez, el hecho de tener un destinatario tan íntimo y confidencial como su hermana provoca que los recuerdos fluyan, se recojan sobre el papel y se dirijan al lugar que sigue tan vivo en la memoria del protagonista: el hogar familiar, el lugar donde todo empezó, los laberintos emocionales de su infancia y juventud. La añoranza del pasado y del hogar familiar es un foco que mantiene avivado el fuego de la memoria.

En una nota al final de la misma carta se pone de manifiesto el cariño tan especial de quien escribe por su hermana, lo que pretende en cierta manera reforzar toda la confianza en un destinatario fiel:

> Te ruego quieras decir a nuestra hermana Elisa que recibí la foto de su casa, que me gustó mucho y que la felicito. Que le deseo de todo corazón que viva muchos años para disfrutarla. Elisa es una hermana muy buena, siempre la he querido

mucho y la sigo queriendo; claro que no tanto como a ti. Te digo esto para que no te pongas celosa.

Vemos por este párrafo de 19 de noviembre de 1950 (6) que José necesita ese interlocutor para recrearse en sus recuerdos, lo cual es para él motivo de satisfacción:

> Ahora estoy contento porque puedo comentar y hasta criticar todas aquellas cosas contigo. Los primeros años cuando escribía a casa con alguna frecuencia y les recordaba estas escenas, venían las cartas llamándome rebelde y hasta insolente. ¿Con qué derecho, semejante mocoso, permitirse el lujo de criticar la vida y las costumbres de la casa de los abuelos y de los tíos? ¡Cómo cambian los tiempos!
>
> Sí, mi querida hermana María, esta mala condición mía de decir las cosas como las siento, me costó muchos disgustos.

El 5 de mayo de 1951 (17) José se refiere al carácter similar que poseen los dos hermanos que protagonizan este epistolario. De alguna manera, a través de las manifestaciones de José, podemos no solo atender a la forma en que despeja las cuestiones y las situaciones que le llegan y despacha, sino que va construyendo su propio semblante:

> Creo haberte dicho en distintas ocasiones que me gusta que seas así, franca, sin hipocresía, sin falsedades. Recuerdo que en las primeras cartas mías te decía: tienes mi mismo carácter con todas sus rebeldías, eres bien mi hermana y yo te quiero así, tal cuál eres. Me parece que vamos a ser buenos amigos.

El 2 de diciembre de 1950 (7) se habla de sus dos hermanos, Manolo y Pedro, que también están al tanto de la correspondencia. Son citados en esta ocasión y parecen expectantes por las noticias sobre las grandes aventuras que José narra al referirse a sus viajes:

> Hay en tu hermosa carta una cantidad de temas a tratar, pero los dejo para comentarlos personalmente contigo. Quiero empezar a cumplir lo que te prometí, también para Manolo y Pedro.

Entre la gran cantidad de cuestiones que se refieren a la vida cotidiana, el día 2 de noviembre de 1950 (5) se pone de manifiesto el valor del trabajo de la mujer en el hogar, tanto en lo que respecta al reconocimiento de la labor de su hermana en Asturias en sus diferentes quehaceres, que, si bien no conocemos por la documentación, sí podemos inferir. Lo que sí refiere el narrador es el trabajo doméstico de su mujer en Buenos Aires. Debemos tener presente las diferencias que han de existir entre uno y otro hogar en la fecha que se cita.

Es de enorme valor atender a una narración donde se da cuenta de aspectos como los aquí referidos que atañen a un ama de casa argentina:

> También Elisa trabaja muchísimo. Hasta hace poco ha tenido sirvientas que le ayudaban hacer esas cosas más pesadas. Pero hoy, debido a las pretensiones que tienen, hasta la más inútil, protegidas por las leyes sociales, solamente los millonarios pueden permitirse ese lujo. Se levanta todo el año a las 7; toma unos mates, (el café o el té no le gustan) y empieza la fajina. Va a la feria cuando hay, si no al mercado, a la carnicería, a la panadería, al almacén, etc. etc. Después empieza a cocinar. Menos mal que por indicación mía, lo hace una sola vez. Siempre prepara para la noche alguna cosa; una tortilla de patatas o de alverjas o pescado frito, y con lo que quedó del medio día, cenamos. Lava los cacharros, limpia la cocina que es bastante grande, barre las habitaciones, hace las camas y le pasa todos los días la gamuza a los muebles. Descansa un rato, lee «La Capital» [62] de Rosario, que le traigo todos los días aunque llueva. Lava toda la ropa, hasta las sabanas y, después de cenar, cose o zurce las medias. Plancha dos o tres veces por semana. Nunca se acuesta hasta pasadas las 12. Y así desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre.
>
> Algunas veces la reto. Le digo que busque una mujer que le ayude; que le haga esas cosas más rudas, pero es muy caprichosa y medio maniática. Dice que todas son unas haraganas sucias y que nadie la conforma; nadie hace las cosas a su gusto. Yo mismo muchas veces quiero ayudarle, pero tampoco queda conforme. Así que no me queda otro remedio que dejarle hacer su gusto en vida.

No faltan referencias gastronómicas en las noticias que se intercambian, como esta de 2 de junio de 1951 (18), que nos permite conocer algunas de las muestras culinarias habituales en los hogares de cada uno de los protagonistas:

> Bastante aceptable el menú que me ofreces: sopa del potaje de mediodía, puré de patatas y papas.
>
> Algunas veces, cuando hace frío, también Elisa sabe hacer «papas» que aquí se llama «pulenta». Como hija de italianos la hace muy bien. Tiene una paciencia a toda prueba. Es capaz de estar más de una hora dándole vueltas con el palo. A ella le gusta mucho; come al mediodía y por la noche. Yo como un poco, por acompañarla, pero es una cosa que no me llama la atención. En cambio el puré de patatas sí, lo como con frecuencia, junto con las milanesas o las chuletas. Soy un poco carnívoro. Si a las comidas no hay un plato de carne, lo extraño. Por la noche lo se comer con filet de pescado.

[62] Este diario aún existe. Disponible en <http://www.lacapital.com.ar/> [con acceso el 3-4-2014].




Estado de la residencia de José en Villa Urquiza, calle Burela, 1951, Buenos Aires. Agosto, 2015. Fotografía: Andrés Pavón, Buenos Aires.

Más adelante, en la misma carta, se ponen de manifiesto los retrasos y extravíos en la correspondencia que por esta fecha no se recibían con la regularidad que era habitual. Esta cuestión será tratada en varias cartas como motivo de preocupación y engorro por ser necesario volver a referirse a temas ya tratados y de cuyas respuesta no se guardaba copia, todo lo más un breve resumen de lo escrito. El 1 de julio de 1951 (21), se volvía a hacer referencia a los retrasos y pérdidas en la correspondencia y a cuestiones que tienen que ver con la vida cotidiana más íntima, poniendo en juego una fina ironía que caracteriza al narrador en muchas de sus apreciaciones:

> Por esta última carta tuya, veo que a mamá le gustan los helados. Si estuviera más cerca de Buenos Aires, podría saciarse. Aquí en el verano es algo maravilloso las proezas que hacen en esta industria. Hay confiterías que presentan 20 combinaciones distintas, bien hechas, porque no carecen de ningún ingrediente. También a Elisa le gustan y a mi no me desagradan, pero los tomo con recelo y desconfianza, porque me hacen doler la barriga; me sirven de purga. Si fuera fácil, por cada avión le mandaba a mamá un[a] caja llena, aunque me sucediera lo que al Aragonés del cuento. Le hicieron probar los helados y le gustaron tanto que quiso hacérselos probar a su mujer. Compró uno y lo guardó en la faja. Cuando quiso darle el obsequio, no estaba más…. El pobre baturro, no podía explicarse como hizo para perderlo y para mearse por los pantalones…

El 15 de julio de 1951 (22) se referirá al hogar y a las comodidades de su casita de Villa Urquiza, que es una bendición y dispone de adelantos como el Super-Gas, lo que les permite tener una temperatura en invierno confortable. Estas referencias a la vida doméstica y a los placeres, son también habituales como observamos en este fragmento de fecha 16 de setiembre de 1951 (23):

No María, no fumo; pero poco ganamos con ello. Había por tu pueblo un refrán viejísimo: —«el que no fuma, ni compra tabaco, se lo lleva el diablo por otro furaco»—. Exacto, yo no fumo ni compro cigarros, ni cigarrillos, pero toda mi vida he comprado botellas de cogñac, ron, Chartreaux, etc., etc., porque adquirí la mala costumbre de tomar una copita con el café después de cada comida. Esos días de mucho frío, un buen vaso de leche caliente, con una copa de Domecq Fundador o Room Negrita, es formidable, no hay nada en la *Botica* que lo pueda igualar. Lástima que hasta esta mala costumbre hubo que suprimir. Antes de esta última guerra maldita, cualquier botella de esos licores legítimos, importados, costaba entre cinco o seis pesos. Las mismas marcas pero no el mismo contenido, cuesta hoy entre cincuenta y ochenta pesos la botella. Así que lo «usamos» solo en las grandes ocasiones.

El 5 de mayo de 1951 (17), se comenta un viaje de descanso a Nueva Helvecia, también conocida como Colonia Suiza; una ciudad uruguaya del departamento de Colonia. En esta carta se puede comprender el tipo de descanso que se practicaba en la época, ya que se describen con detalle los lugares propicios para la tranquilidad y para diferentes actividades de ocio:

Nosotros paramos en el «Hotel Suizo». Después hay el «Grand Hotel», el «Hotel Central» y otro más que ahora no recuerdo el nombre. Cada hotel está dentro de un parque cercado, distante uno de otro, media legua. El parque está formado por una inmensidad de árboles viejísimos en donde predominan los eucaliptus, algunos tan enormes que se necesitan dos y tres hombres para poder abarcarlos. Hay distracciones y juegos de toda clase. Incluso cancha de pelota y cancha de bolos, y muchos juegos de «sapo». A pesar de esta soledad, todos los hoteles estaban llenos de turistas argentinos, uruguayos y brasileños. Por el día caminábamos lo increíble. Íbamos hasta la primer población: un pueblo bastante grande, simpatiquísimo. Se llama «San Javier». Otras veces por el lado opuesto, y a la misma distancia, hasta el Río de la Plata, a los dos hay una distancia de casi 3 leguas. Por la noche nadie puede moverse del hotel, porque no hay caminos, ni luz. Cada hotel tiene su equipo propio.

Después de 8 días nos hicimos baqueanos[63]. Conocíamos todos los recovecos y todas las costumbres.

A las cinco de la mañana íbamos al tambo[64] del hotel con un paquete de bizcochos. Allí había varios hombres ordeñando las vacas. Tomábamos grandes tazones

---

[63] «Baqueano» o «baquiano» es un término americano utilizado para designar a una persona conocedora de los caminos y atajos de un terreno, sus características físicas y el idioma y costumbres de su población.

[64] Se denomina «tambo» al establecimiento de ganado vacuno destinado al ordeño, producción y venta de leche cruda.

> de leche calentita, recién sacada, sin colar, hasta con pedacitos de caca entre la espuma. Esto para que se lo cuentes a Camilo. Si no te cansa, sobre esto tenemos mucho que hablar.

El día 3 de junio de 1951 (18), continúa la narración sobre su descanso en Nueva Helvecia.

La siguiente estampa que José describe el 30 de abril de 1952 (29) destaca una serie de valores como el del respeto a la naturaleza y a los seres vivos que refleja una enorme sensibilidad. Imaginemos que el contacto con la naturaleza en su pueblo natal le haya marcado para siempre. La anécdota se inscribe en un ámbito doméstico, ya que se trata del jardín de la casa en Villa Urquiza:

> En una de las paredes, entre la yedra, hicieron su nido unos pajaritos menudos, inquietos, pero excesivamente confiados. He tenido que cercarles el nido, con alambre de púa, para evitar que los gatos; los nuestros y los vecinos, pudieran hacerles daño. Otros; estos les llaman «cardenales», son negros, como los «mirlos» que hay en Barcia, pero tienen la pechuga blanca y un copete, así como un moño, en la cabecita, completamente colorado. Son una preciosura.
>
> Estos hicieron su nido en uno de los mandarinos, en el más alto. Es de palitos igual al que hacen las «pegas» en tu pueblo, en los pinos o en los «toxos». Y, por último, el otro lo hicieron en el granado, precisamente en la parte, donde está más cargado de fruta. Una verdadera obra de arte, de pajitas, viruta y plumas. Son amarillos y verdosos, parece algo así como una mezcla de canario y jilguero. Debo advertirte que no se trata de gorriones o algo por el estilo; son pájaros finos, de los que suelta todos los años la municipalidad en las plazas, en los parques y paseos. Muchos, se asustan del ruido infernal que hay en el centro y huyen a los pueblitos cercanos en busca de más tranquilidad. Estos que llegaron a Villa Urquiza, deben ser de esos. Desde luego, pueden estar seguros que nadie los molestará, ni siquiera para buscar la fruta. Ya que ellos depositaron su confianza en nosotros, es justo que sepamos corresponder.
>
> Me agrada verlos retozar, por la alegría que traen.

Muy diversas son las cuestiones familiares que se abordan en la carta de 30 de junio de 1952 (33), donde hay afectos, deseos, esperanzas y donde se observa que la correspondencia se comunicaba a otros miembros de la familia, entrelazando a quienes forman parte de un núcleo afectivo que gira en torno a la escritura.

En una breve carta de 15 de octubre de 1952 (36), se trata una cuestión que implica a varios miembros de la familia emigrantes en América. En ella se dan muestras de discreción, confidencialidad y confianza para tratar algo que para el narrador es tema delicado: los negocios de uno de los hermanos

que pretende que José sea «su agente o representante (honorífico) para cobrar cuentas, efectuar pagos, tomar pasajes, etc. para poder atender en debida forma su clientela», actividad que otro de sus hermanos, Ramón, hace desde la ciudad de Rosario. En esta carta se cuestiona la interpretación que uno de sus hermanos hace del tiempo que José dedica a su correspondencia y pretende que aproveche mejor el tiempo, ya que considera «que es un tiempo lastimosamente perdido; que podría estar mejor empleado atendiéndole sus asuntos». En la carta se apela a la discreción y al secreto cuando indica a su hermana: «esta carta la escribo solo para ti, porque deseo estés enterada, pero te ruego no revuelvas más el asunto, dándolo por definitivamente terminado».

Como bien se refiere, José dedica abundante tiempo a sus cartas. En todas ellas, a no ser que se traten cuestiones muy precisas y escuetas, se entrega a la escritura con afán para que su hermana se forme una idea precisa de los temas tratados. Así, en lo contenido en carta de 10 de noviembre de 1952 (38), vemos cómo ante una cuestión suscitada por su hermana María que tiene que ver con el amor y las relaciones con los hombres, José le deleita con todo un repertorio de manifestaciones que arrojan luz sobre la bondad de la soltería y con intención de servir de cierto consuelo.

En varias ocasiones se hace referencia a envíos tanto de dinero como en especie, así como pequeños regalos o efectos que se intercambian en ambas direcciones. María recibía pañuelos de hilo y también moneda corriente. Así, en este fragmento asistimos a la problemática de conseguir moneda española para enviar por un conocido. El fragmento pertenece a la carta de fecha 10 de marzo de 1953 (45):

> Por otra parte le decía que lamentaba no poder complacerlo en cuanto a las pesetas. Tan es así que cada vez que yo quiero mandar unas pocas pesetas a España, tengo que empezar por explotar amistades y pagarlas a los precios que dice él le piden y en algunas ocasiones aún más caras. Hablaba de 0.40 y yo las estoy pagando a 0.50 - 0.55 y alguna vez hasta 0.60. Le decía que le escriba a Ramón, que tal vez, por la práctica adquirida o por intermedio de sus muchas relaciones, pudiera solucionarle el asunto.
>
> Y, a propósito de esto, hace unos pocos días estuvo Campos en mi casa y aproveché para hablarle de tus pesetas para San José. Dijo que para una fecha fija le resulta imposible complacerme, por cuanto hoy no le quedan pesetas disponibles en España, pero que la primer operación que realice, que te las hará entregar. De todos modos, ya te tendré al corriente.

Con una cuestión similar se inicia esta otra (49), de fecha 11 de marzo de 1954, en la que además se habla de unas latas que son enviadas a Argentina desde Asturias:

Agradezco vuestros augurios para San José y los retribuyo, lamentando no poder mandarte en esta ocasión, el pequeño obsequio como de costumbre. Tengo noticias de que está en trámite un nuevo convenio con España y que quedarán resueltas todas estas dificultades de hoy. Tomo nota de vuestro envío, tan pronto las reciba, te avisaré.

La dirección que indicas no existe, pero casi estoy seguro debe tratarse de Haedo, uno de tantos pueblitos cercanos a la Capital. Oportunamente le escribiré a este Sr. Castillo Sánchez y cuando conteste, pasaré a retirar las dos cajitas.

No me lo tomes a mal, pero en distintas ocasiones te indiqué que no debías meterte en esos engorros. Primero para buscar quien se ocupe de soldar las latas y después estar a la caza de la persona que quiera traerlas. No vale la pena meterse en tanto lío.

El 11 de noviembre de 1968 (52), se da cuenta de la mejor manera de enviar unos regalos a Argentina.

También la música quería sonar entre las líneas que abren y cierran la carta de 31 de marzo de 1953 (46), donde la voz de Elisa, mujer de José, se deja oír en la narración para resumir, desde la intimidad familiar, una vida donde las fatigas de este estuvieron presentes, pero que ya se ven lejanas en el horizonte, dadas las comodidades de los tiempos en los que se precisa la anécdota.

Las redes sociales y círculos de amistad

A través de las relaciones sociales y de las amistades podemos profundizar en la forma de vida del individuo por encima del hombre particular[65]. Más allá de cultivar las buenas amistades, muchas de ellas trabadas en el ámbito laboral, José no hace referencia a otras relaciones sociales destacables; por tanto, es de suponer que sus relaciones se limiten a un estrecho número de buenos amigos que mantiene a lo largo de los años. En carta (17) de fecha 5 de mayo de 1951, José se refiere a un amigo de la siguiente manera:

Tengo un amigo, de esos que hay muy pocos en el mundo, nace uno cada 100 años y resulta muy difícil dar con él. Se llama Juan de los Hoyos. Nació en la República Oriental del Uruguay, tiene tres años más que yo. A la muerte de su padre, siendo muy joven, vinieron a Buenos Aires con su familia: una hermana mayor y la madre, una hermosa viejita, que hace pocos días cumplió 96 años.

[65] Sobre este aspecto véase la exposición de Luis Méndez respecto de la obra de Agnes Heller, en Luis Méndez, «Modernidad tardía y vida cotidiana». *Sociológica*, año 20, núm. 58, mayo-agosto de 2005, pp. 53-75. Disponible en:<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305024759003> [con acceso el 4-3-2014].

Es por eso que te decía que me acordé mucho de mamá. Hubo una pequeña fiesta de familia y fui a saludarla. En cuanto me vio, vino muy resuelta [a] decirme: «¡Ay Rodríguez, tú y mi Juan estáis poniéndoos muy viejos! Tenéis todo el pelo blanco; Juan hasta el bigote». —Así es señora, a este paso pronto estaremos iguales con Vd. —Te equivocas, ninguno de los dos me alcanzará nunca. (Afortunadamente. Ruego a Dios que así sea).

Con Juan hace 45 años que somos amigos, sin haber interrumpido nunca esta relación. Trabajamos en casas distintas y en distintos ramos, viajamos juntos algunas veces y otras por diferentes provincias, pero siempre estuvimos en contacto. Así, cuando faltaba poco para terminar el viaje, nos poníamos de acuerdo para encontrarnos, y pasar aquellos 15 o 20 días de tregua juntos. Hasta que salíamos otra vez, no nos separábamos más. Recién cuando dejé de almorzar en los hoteles del centro, él hizo lo mismo. Fuimos compañeros de mesa durante más de 25 años. Hablarte de este gran amigo sería cosa de no terminar nunca.

En carta de 24 de junio de 1951 (20), se refiere a amigos con los que mantuvo una relación laboral como fueron los jefes de aquella casa Fernández Roca Cía., de Rosario, donde trabajó 15 años. Nos dice que Roca era catalán y los hermanos Fernández, gallegos de Ribadeo, gente excepcional, honestos, correctos, decentes, espléndidos en todo sentido, y lo difícil que resultaría encontrar en Argentina una persona que reuniera siquiera la mitad de aquellas condiciones.

Otra referencia a la amistad se nos presenta cuando describe en carta de 15 de julio de 1951 (22) a Bartolo, uno de los dueños de la empresa de las galeras con la que acostumbraba a viajar:

Vivía en Flores, tenía una posición modesta, lo suficiente para ir viviendo. El progreso casi lo arruinó. Tendieron el ferrocarril de Bahía Blanca a Patagones y el trayecto que él con su galera, demoraba casi tres días, el f.c. lo hacía en unas pocas horas. Con él pasé momentos agradables. Tenía siempre a mano una serie de anécdotas interminables. Era buenísimo a pesar de la vida que le tocó. Era simple como un niño.

A sus amigos se volverá a referir el 16 de setiembre de 1951 (23), cuando presenta una cita gastronómica, precisando que ha vivido su vida en un ambiente excepcional:

Éramos una patota[66] de amigos que estaban siempre a la espera de cualquier oportunidad para organizar una de esas grandes comilonas.

[66] Peña, pandilla.

> Al recordar esto siento una gran pena; el balance es de lo más desastroso. De más de 20 sólo quedamos apenas seis, entre ellos mis amigos Campos y De los Hoyos. Apropósito, Campos hace unos ocho días se fue enfermo para su casa de Pringles y las últimas noticias que tengo de él, de su sobrina, no son nada buenas. ¡Sólo faltaba ahora que también Campos nos deje! Es mejor no pensar en estas cosas, porque termina uno por volverse neurasténico. Mira que Buenos Aires es inmenso, pues no había rincón que nosotros no conociéramos; especialmente esos sitios clásicos para hacer nuestras comilonas. Había entonces en las afueras un recreo que se llamaba «Bolería Asturiana», especialistas para preparar esos platos típicos regionales: «Fabada a la asturiana» seguida de grandes fuentadas de morcilla, chorizos longaniza, jamón, y los huesos tan sabrosos de lacón. Nada de complicaciones, sólo eso, con un vino bueno. Salíamos de allí alegres y confiados…

Una compleja y turbia historia es la que relata en su carta (28), de fecha 10 de abril de 1952, a propósito de su amigo Ramón Eudal, un valenciano del cual crea una breve semblanza en la que no faltan muestras de afecto y compasión hacia él y su desdichada familia.

Otro comentario que tiene que ver con la amistad es el contenido en la carta de 31 de agosto de 1952 (35), que rememora una escena que tuvo lugar el día en que el «Plus Ultra», con Ramón Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada, llega a Buenos Aires procedente de Montevideo; es decir, el 10 de febrero de 1926. Ese día está protagonizado por las referencias a su amigo Gaspar Armesto, hermano del que entonces era su socio, y de Joaquín Armesto, que fue socio de su hermano Francisco en Aguas Buenas. De esta manera, observamos cómo la amistad se manifiesta tanto en las relaciones laborales como en las personales, abarcando una red extensa y familiar.

Anécdota llena de informaciones sobre el ocio y la amistad es la que aparece en la carta de 24 de noviembre de 1952 (39), donde se hace mención al Club Español[67] y cita otros centros y clubs de recreo que había en todos los pueblos y ciudades de la República, entre los que refiere a los italianos: «Dante Algiere», «Marrine», «Unione e Benevolenza», etc., etc. [sic].

En este sentido, es curioso comprobar que en sus cartas no hay mención alguna al Centro Orfeón Asturiano (fundado en 1894), al Centro Asturiano de Buenos Aires (fundado en 1895) ni al Círculo Asturiano que se creó en 1898[68].

---

[67] Sus inicios se remontan a 1852 como la Sala Española de Comercio, más tarde (1866) se conoce como Casino Español y ya en 1872 pasaría a denominarse Club Español, el cuál aún pervive. Disponible en <http://www.clubespanolba.com.ar> [con acceso el 14-3-2014].

[68] Marcelo GARABEDIAN, «La construcción de la identidad asturiana en Buenos Aires (1890-1900)», *Revista Nuestra América,* núm. 2, agosto-diciembre 2006. Disponible en Repositório

Estas entidades desarrollaron actividades recreativas, sociales y culturales y también de beneficencia para los asturianos, a la vez que contribuían a la constitución de lazos sociales entre ellos. No obstante, en su carta de 24 de febrero de 1953 (44), afirma haber sido socio del Orfeón Español[69]:

> Casi todos éramos socios del «Orfeón Español», una sociedad artística y recreativa; todavía existe hoy. Representaban obritas de teatro entre aficionados. De allí salieron muchos que más tarde llegaron a ser artistas de renombre como Lola Membrives, Perdiguero, Mesa, Palmada etc., etc. En los días de Carnaval organizaban grandes bailes para los socios, sus familias, y algunos invitados.

El 20 de enero de 1953 (42) muestra la relación con un viejo amigo, Marcos Oviedo, que contaba 88 años cuando le visita en calidad de amigo y antiguo cliente, alargándose en los pormenores de todo aquello que van tratando hasta la siguiente carta de 10 de febrero de 1953 (43), que sirve de excusa para adentrarse en las referencias a otros amigos y negocios:

> [...] una tras de otra fueron desfilando todas las firmas importantes del Villa Dolores de nuestros tiempos. Habló después de Morera Cia, de Vallejo Hnos, de Ricardo Llanes, etc. etc. y de todos conocía la historia, sin faltar el menor detalle.

Las citas que José hace a la amistad, cumplen el objetivo, entre otros, de servir de referencia a su hermana para analizar la conducta, el carácter, la manera de ser de aquella gente de antes, que José tiene por buenísima, humilde, sencilla, servicial, en contraste con los nuevos ricos del momento: pedantes, engreídos, soberbios, que enseguida que disponen de unos cuantos pesos, se marean y se les suben a la cabeza[70].

Dentro de las relaciones sociales, las celebraciones festivas ocupan un lugar importante, por cuanto la fiesta supone la reunión y celebración de algún acontecimiento y en sí misma posee carácter comunitario. Si buscamos en las cartas evidencias en este sentido, encontraremos escasas referencias a fiestas en sus años en Asturias y tan solo con un marcado carácter tradicional y familiar,

---

institucional da Universidade Fernando Pessoa < http://bdigital.ufp.pt/handle/10284/2360> [con acceso el 12-3-2014].

[69] Sobre el «Orfeón Español» y otras entidades similares, *vid*. Ana María Mateu, «Poder y relaciones políticas y económicas en Mendoza, Argentina. 1880-1920». *Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Anuario de Estudios Americanos*. Tomo LIII, núm. 2, 1996. Disponible en <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/421/427> [con acceso el 21-32014].

[70] Carta de 10 de febrero de 1953 (43).

como las que se refieren a la celebración de San Antonio de Cuncieiro, de tipo religioso, que son las que tenían lugar en su pueblo o alrededores, descrita en una carta de 8 de setiembre de 1950 (2):

> El día de San Antonio lo pasábamos en el Pico de Cuncieiro. Papá y mamá subían por el camino real, por el camino de carros, en cambio, nosotros, subíamos por el atajo, por ese sendero que empezaba atrás del cementerio, por donde subían únicamente las ovejas y las cabras. Como allí, en el pico, no había árboles, cuando llegaba la hora de almorzar, Juana, venia a buscar a papá para ofrecerle un galpón[71] que siempre tenía lleno de yerba seca. Ahí encima mamá tendía el mantel, y comíamos todos aquellos manjares que ella sabía preparar. A papá todas esas fiestas, esos días de campo, le gustaban mucho; se veía en su cara una verdadera satisfacción.

El 2 de junio de 1952 (32), da cuenta del lugar donde se celebraban los bailes para la juventud de su pueblo, y del lugar donde aprendió a bailar:

> Efectivamente existía en mis tiempos el altarcito en el Cruceiro, en medio del camino, entre el edificio de la escuela que era de papá y la casa del Camacho. Ahí hacían el baile los mozos el domingo y días de fiesta, al anochecer. Fue donde aprendí a bailar. Después, mi querida hermana, todo se me olvidó; nunca más pude bailar. Primero no había tiempo que perder y más tarde ya no tenía objeto, ni ganas.

No se entretiene más a allá de la mera referencia al proporcionar datos sobre la festividad de San Ramón en Barcellina que refiere el 28 de octubre de 1952 (37), o la que cita el 10 de noviembre de 1952 (38), cuando hace referencia a la de Villaoril y la fiesta en «Outur», cerca de La Colorada, La Roda y Navia, donde dice haber ido muchas veces con su padre y su madre y también solo.

Sin embargo, al referirse a las fiestas en Argentina sus detalles y comentarios van a ser amplios y ricos en matices. La descripción que hace de todo ello es muy oportuna para conocer el tipo de celebraciones. En la siguiente descripción, entre otros extremos, vemos el tipo de fiesta que reunía a los españoles cuando se conmemoraba el día de América. La carta lleva fecha de 24 de noviembre de 1952 (39) y en ella se narra lo siguiente:

> También los españoles celebraban sus grandes fiestas el 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América (hoy está declarado por Ley fiesta Nacional, el Día de

[71] Cobertizo grande con paredes o sin ellas.

la Raza) y duraban hasta ocho días. Generalmente se hacían en las afueras de la población, en pleno campo, algunas veces bajo los árboles.

Yo alcancé ir varias veces en el Rosario y una vez sola en Buenos Aires. Era algo digno de ver por el derroche que se hacía lo mismo de dinero, que de buen humor y alegría. Concurría lo más selecto de la colectividad con sus familias. Eran los únicos días durante el año que quedaban abolidas las distancias entre el patrón y sus empleados. La mayoría de las grandes casas tenían su carpa y allí agasajaban a sus amistades y empleados. Había de todo, sin tasa y completamente gratis.

Estaba España entera de fiesta pero sin mezclarse, cada provincia tenia dentro del mismo campo su lugar asignado. Y así los gallegos, los asturianos, los vascos, los aragoneses, los andaluces, los zamoranos, todos se divertían de acuerdo con las costumbres de su región, con la gaita, el clarinete, la guitarra, la pandereta, las castañuelas; no faltaba nada. Hasta la sartén y la llave. Bailaban, cantaban y comían todas las especialidades de su tierra. Por mucho que quisiera explicarte hasta donde llegaba el entusiasmo, nunca podría llegar a la realidad. Recuerda tú las fiestas del pueblo que más te llamaron la atención, multiplícalo por diez o por veinte y tendrás algo aproximado. Y también, mi querida hermana, estas costumbres sencillas y simpáticas desaparecieron para siempre. Hace muchos años que no se celebran más, solo en algún pueblito de campaña, saben hacer un pequeño simulacro de lo que fueron. ¡Puede ser que sea la causa, el progreso, o los tiempos modernos!

Las referencias a las festividades del Carnaval, que, como veremos, parece ser la que más impresión causa a nuestro protagonista, en lo bueno y en lo malo, ocupará algún espacio en sus crónicas. En esta carta de 24 de febrero de 1953 (44), se pone así de manifiesto:

Y otra vez más pasaron las clásicas fiestas de Carnaval: 14, 15, 16 y 17. Cuatro días con sus correspondientes noches de loqueo, corsos y bailes de todas las categorías y por todas partes. Hasta en Villa Urquiza tenemos corsos todos los años. Está demás que te diga que solo vimos las instalaciones. Hubo un tiempo que me agradaban estas fiestas, porque si bien es cierto que nunca sentí ese entusiasmo colectivo de los otros, me gustaba verlos divertirse. Ahora, tal vez debido al cambio operado en las costumbres y en el carácter de la gente, resultan antipáticas y estúpidas. En su gran mayoría viven desorbitados todo el año y todavía les regalan las fiestas de Carnaval para que puedan dar rienda suelta a sus instintos. Antes se celebraban dentro de un marco de decencia y de cultura, por eso concurrían todas las familias sin distinción de clase o posición. (Después he de contarte la impresión de los primeros Carnavales que vi en la República, recién llegado de Barcia) Hoy son las fiestas de la «chusma». Ninguna familia medianamente decente asiste a los corsos, apenas van a los bailes privados de los Centros y Clubs de las distintas sociedades.

La descripción continúa aportando ricos matices festivos, pero serían los primeros Carnavales que vio en Argentina, recién llegado de Barcia, que narra el 10 de marzo de 1953 (45), los que más impresión le causaron:

> Creo recordar que llegamos a la Argentina a finales del año 1899, así que el primer Carnaval que me tocó ver fue el de 1900. [...] Durante los días de Carnaval, en ese sitio, improvisaban varios palcos para las familias de los socios y una cantidad de invitados, todos de su relación. Desde allí presenciaban el desfile y jugaban con flores y serpentinas. [...] desde la escalera alcanzaba [a] ver el corso, el desfile de coches y carros adornados con sumo gusto, el ruido, la alegría de aquella multitud. En verdad parecía un capítulo de las «Mil y una noche[s]» y quedaba como clavado en la escalera, contemplando aquel espectáculo nunca visto ni soñado.
>
> [...] Pasaron algunos años y yo también fui a muchos corsos, en distintas ciudades de la República y me tocó jugar con flores, con serpentinas, con pomos, con papel picado, etc., pero ya no eran tan lindos como los primeros cuando no podía ir [...] Después con Elisa pasamos muchos en Córdoba, varios años en la ciudad, otras veces en la Capilla del Monte, en Cosquín, en Jesús María, en el Dique del Río Tercero y, los últimos, en Mina Clavero. Estos resultan más simpáticos porque generalmente se juega entre conocidos o entre los pasajeros de los distintos Hoteles.

A modo de conclusión

«De ningún hombre poseemos el relato exhaustivo de su vida». Esta afirmación contenida en el quinto tomo de la *Historia de la vida privada*, dirigida por Ariès y Duby[72], nos redime de ensayar una justificación tan ambiciosa que, por otra parte, a través de la correspondencia no podríamos articular. Esto es imposible por muchas razones, ya que capturar el continuo de sentimientos, sensaciones, ideas, reflexiones, etc., con los que se va dando forma a la vida de una persona y registrar todo ello fehacientemente es labor imposible y solo imaginable desde la ciencia ficción.

La velocidad del pensamiento, las interrogaciones a que nos sometemos habitual y constantemente, nuestras percepciones e ideas, nuestras emociones y actos, ocurren tan deprisa que sería necesario disponer de varias vidas para procesar toda la información derivada de la vida de un solo hombre y comprenderla en toda su dimensión.

---

[72] Gérard Vincent, «¿Una historia del secreto?, Secretos de la historia e historia del secreto», en Philippe Ariès; Georges Duby (dir), *Historia de la vida privada*. [Tomo 5]. *De la Primera Guerra mundial a nuestros días*. Madrid, Taurus, 1993, pp. 157-200.

Lo que podemos analizar de la experiencia son rasgos reconocibles y evaluables que estén dotados de un sentido y un valor que les haga significativos. Por tanto, debemos ceñirnos a los testimonios disponibles que siempre serán escasos, entre ellos los documentos que se conservan para fijar una narración de los recuerdos como formulación subjetiva del pasado, en la que intervienen múltiples factores, desde las emociones sobre las experiencias a los referentes culturales. Por otro lado, la escritura, cuando es personal, recoge todo aquello que la persona decanta en una parte más o menos cuantificable sobre los aspectos de la vida y experiencias que quiere comunicar. La escritura, en este sentido, es un ejercicio consciente que obedece a una intencionalidad. Lo que no es deliberado es el sentido que en el continuo del proceso de escritura de una correspondencia se va fijando. Es decir, una carta lleva a otra por el acto de la comunicación entre los receptores que van construyendo desde sus presupuestos personales los temas y asuntos (relato) que se tratan a lo largo del tiempo, ya que no se comienza una correspondencia bajo un presupuesto ficticio que se mantenga sin fundamento, más si esta es íntima y familiar y con un fin real y no experimental como es el caso que nos ocupa.

Estas cartas, analizadas en su conjunto, son el testimonio que nos devuelve el pasado y nos permite aproximarnos a una historia de vida, ya que no existe la oportunidad de indagar en otros textos con ánimo de clarificar cualquier tipo de sombra o duda al respecto de una experiencia única y conclusa, por cuanto que los protagonistas han fallecido. Este estudio no agota todas las posibilidades de profundizar en la vida de los protagonistas, ya que en el futuro puede aparecer cualquier documentación que amplíe los horizontes. Han quedado aspectos pendientes que podrían rastrearse a través de testamentarías y fuentes documentales afines, no obstante de muy difícil acceso para el propósito fijado.

Estas cartas tienen una importancia en sí mismas, tanto en los aspectos formales como en los de contenido, pero también por ser un reflejo de la experiencia de una persona en su ámbito privado que sirve a la vez de elemento de juicio para comprender varios fenómenos sociales, como en primer plano podemos destacar el de la emigración desde la experiencia del protagonista. Este protagonista, sin saberlo, escribe no solo para su entorno familiar, sino para el futuro y lo universal que es el que ahora observamos, arrojando luz sobre ámbitos que afectan por igual a muchos que, como él, vivieron experiencias en cierta medida similares.

La fortuna y el buen hacer de Juaco López, director del Museo del Pueblo de Asturias, procuraron que los documentos se salvasen de los estragos de tiempo y llegasen a nuestros días. Con ellos hemos rescatado para siempre

a los protagonistas de unas historias que eran anónimas hasta el momento presente. Centrando el interés en la documentación que les pertenecía, rescatamos su memoria y los sacamos a la luz, pese a mantener velada su verdadera identidad. Con su testimonio, podemos asomarnos a una experiencia vital concreta y contextualizada, impregnada de acción y reflexión, de coherencia y de datos valiosos para entender la mentalidad y la forma de vida de un hombre nacido a finales del siglo XIX en Asturias que fallece en 1969 en un barrio residencial de la ciudad de Buenos Aires y, en la medida en que se oye su voz entre líneas, a su hermana que vive en una aldea de Valdés. Él es un emigrante nunca retornado y que no volvería a pisar su tierra de origen desde el año 1899 en que partió hacia América.

Visto así, provoca un enorme vértigo asistir a la partida de aquél joven de diecisiete años que se embarca en un vapor en el puerto de La Coruña para ya no regresar jamás al lugar donde se encuentran sus raíces, donde se encuentra su núcleo afectivo más sólido.

Cuando las historias de vida se recogen como entrevistas a los protagonistas, ocurre lo que se plantea en *Memorias de la emigración española a América*[73], ya que, como allí bien se refiere, «la memoria se define por dos fenómenos estrechamente interrelacionados, el recuerdo y el olvido, que marcan también los límites del testimonio de quien nos presta su memoria como una fuente más de información y conocimiento». Si los recuerdos son moldeables, la transmisión de los mismos también pueden serlo, ya que se ponen en juego factores que le son propios a quien posee esa memoria, quien la manifiesta, ante quien la recoge o recibe. En el caso de entrevistas para historias de vida, puede ser un historiador, sociólogo, antropólogo, etc. Este intermediario tiene una enorme responsabilidad, ya que analiza e interpreta los datos y, en la mayoría de los casos, los da a conocer. La intervención en este tipo de testimonios puede desvirtuarlos si no se hace correctamente.

En lo que se refiere a este trabajo, el error, allí donde exista, puede derivarse de la interpretación, ya que nunca se interviene en el testimonio. El documento transcrito quiere aspirar a ser fiel reflejo del original manuscrito. Al reproducir estas transcripciones, dejamos que los documentos hablen por sí mismos.

A través de las cartas que se analizan se puede seguir el relato que el protagonista hace de su pasado y de los aspectos de su vida presente en el

---

[73] Pilar PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ (y otros), *Memorias de la emigración española a América...*, p. 12.

momento en que escribe y que hoy son también pasado. Estos relatos micro que se incardinan en el relato mayor del conjunto de sus experiencias versan sobre los recuerdos de su vida en Asturias, la familia, el viaje a América, la incorporación al mundo laboral, la vida cotidiana, la vida social, la vida privada en Argentina, etc. Todo ello nos ofrece una observación de una época y una realidad de la cuál extraer una reflexión y ponerla en relación con los fenómenos que ocurren en el mismo tiempo del relato a uno y otro lado del Atlántico. Es decir, testimonios como el que aquí se analiza sirven para profundizar en la realidad de la vida cotidiana de un tipo de familia, como puede ser la del emigrante. Es una mirada compleja y llena de matices que pueden servir de elementos de valor a medida que se pongan en relación con otros aspectos de la época como por ejemplo, la influencia de la economía en la vida privada o la respuesta en la vida cotidiana a una realidad política y económica que viene marcada por fuerzas que superan la escala familiar y que hay que analizarlas en la sociedad del momento.

Las descripciones que evoca y formula el narrador de estas cartas tienen el añadido de ser de una calidad literaria indubitable, lo que las hace tremendamente atractivas como conjunto documental, en particular todo lo referido a la descripción de los viajes y la exploración del territorio argentino, o a las relaciones personales.

En la correspondencia se fijan las preocupaciones y las diferentes vicisitudes de una vida, se puede asistir a cuestiones tan privadas como las relaciones afectivas entre hermanos distantes y las propias de la pareja cercana. En la vida de nuestro protagonista destacan tres mujeres: su madre, su esposa y su hermana, la cuál como hemos explicado previamente es la depositaria de sus memorias. Memorias que tienen sentido por cuanto se hacen en dirección al origen, hacia el lugar al que se pertenece de alguna manera, por ser éste el centro de las referencias más importantes para el protagonista: su pasado y el núcleo afectivo familiar.

Como hemos visto en algún episodio donde se nos muestran otros personajes, no siempre los emigrantes mantienen el vínculo con la familia, pero en el caso que nos ocupa este vínculo afectivo es decisivo en la vida del protagonista. Es, desde ese aspecto, desde el cual toman sentido todas y cada una de las cartas que aquí se analizan. Y esto es fundamental para medir el valor que adquiere cada descripción, los diferentes aspectos narrados o los comentarios y el análisis de las cuestiones que se abordan en la escritura.

La relación de los protagonistas es fraternal, no existe una rivalidad en ningún ámbito; es más, resulta posible que aquellos bienes que al emigrante

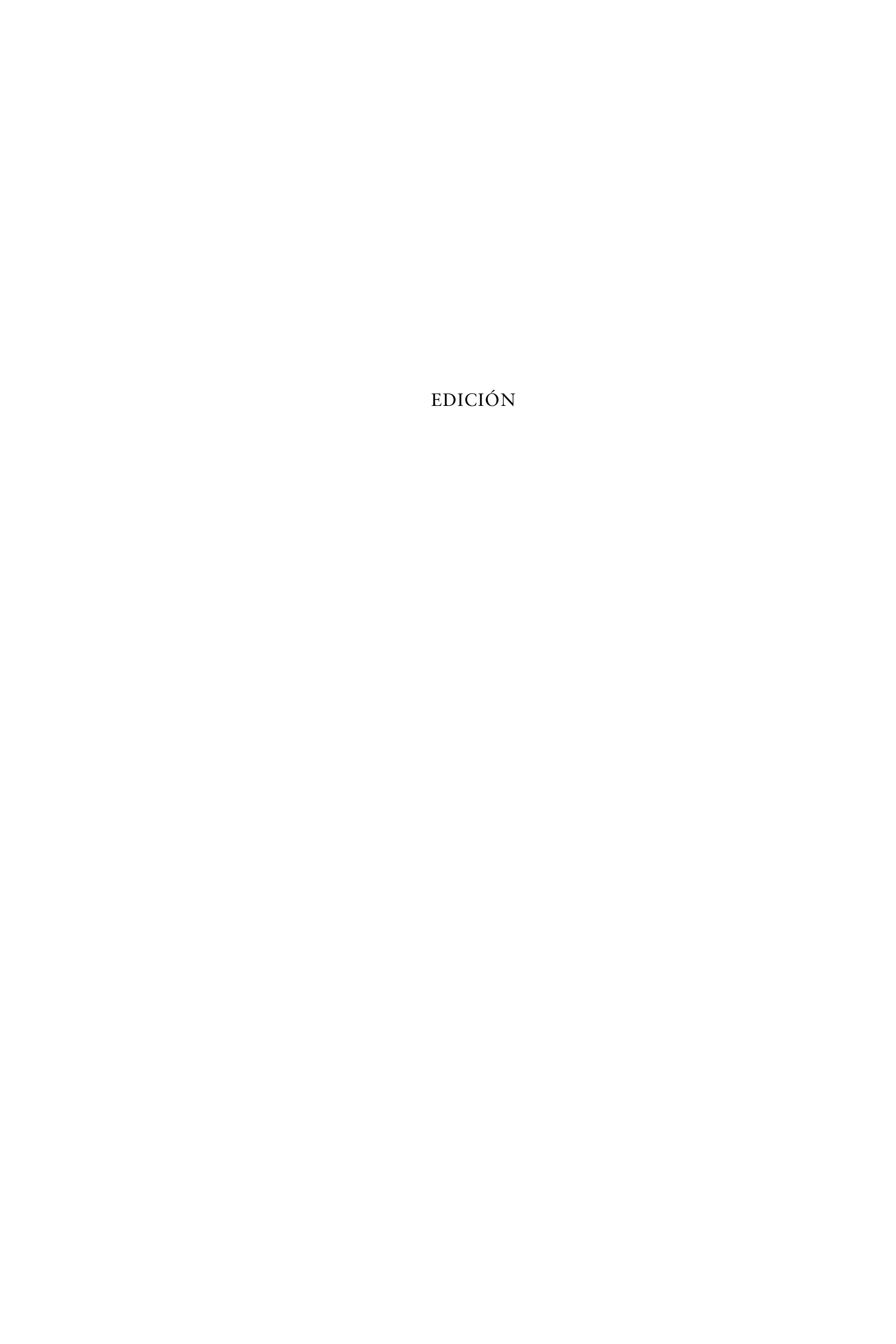
le hayan correspondido por herencia de sus padres, se los haya legado a su vez a la hermana, tal como se pone de manifiesto en la última carta que nos consta de 2 de diciembre de 1968 (53), cuando se refiere a unas fincas y dice «un poco más allá están esas fincas que me tocaron y que ahora son tuyas».

El contenido de la correspondencia, que destacamos por la amplitud de observación y reflexividad del narrador, es capaz de aportar evidencias concretas sobre aspectos de la vida cotidiana en un lapso de tiempo preciso. Respecto del relato de la «historia de vida», no cabe duda que absolutamente todos los datos que emanan de la escritura están inmersos en la misma memoria por haberse experimentado de primera mano, sea cual sea el plano que el narrador adopte, hayan ocurrido como protagonista, oyente, actor, o espectador; lo cual le convierten en testigo de una época, con el grado de subjetividad o parcialidad que queramos atribuirle en cada momento.

Con todo el conocimiento que se vierte en una escritura autobiográfica, el narrador, sin darse cuenta, da forma a unas memorias sobre las cuales no sospecharía la proyección en el futuro que ahora podemos apreciar.

Afortunadamente, la destinataria de las cartas supo conservar estos humildes y valiosos documentos que son, en la actualidad, retazos de un tiempo pasado; pero, a la vez, dada la naturalidad y expresividad de la escritura, tremendamente actuales. Tras esta sabia custodia de los documentos, ha sido la casualidad o la fortuna, que las cartas no hayan desaparecido como tantas otras en manos de quienes no reconocen su valor histórico, social y antropológico y que hayan llegado a manos del director del Museo del Pueblo de Asturias. Son fragmentos verdaderamente valiosos de una historia mayor.

Sin duda, estas cartas deben emplearse de forma puntual en trabajos que aborden cuestiones específicas sobre la emigración o la vida cotidiana que requieran ilustrar algún aspecto específico, pero la mejor forma de tratar este material es mostrándolo en su totalidad como ahora se hace, puesto que es habitual que aparezcan pequeños datos que se relacionan en diferentes momentos, mostrando la forma en que los recuerdos se materializan y construyen. La enorme variedad de matices y curiosidades que se abordan en ellas hace necesario dedicarles una lectura de conjunto que permita verificar el entramado de la memoria, sus invocaciones y nostalgias. Hay anécdotas y divertimentos en sus líneas pero, sobre todo, hallaremos descripciones, reflexiones y juicios valiosos para conocer la experiencia de la persona en su vida cotidiana y al individuo en sociedad.



EDICIÓN

Cartas

I

Hotel Italiano

De Luis Ferraris é Hijos

Santa Fe

Sra. Josefa G. de Rodríguez

Barcia

Mi querida madre:

Ayer recibí su cariñosa carta de fecha 14 del p. p. mayo. Por ella me entero de la visita que les hizo mi buen amigo Pascual. En cuanto a las declaraciones que les hizo vd. no haga absolutamente uso de ellas para nada, ni con nadie; todo es problemático y por muy buenas intenciones que él tenga para conmigo, sus deseos pueden verse malogrados (como es casi seguro) por miles de razones que no viene al caso citar ahora.

Además debo advertirle que no es solo y que todo puede quedar en nada ante la negativa de los demás. Aparte de que mi carácter, bueno o malo, no se presta para imposiciones ni humillaciones de nadie. Puede que sea un defecto, pero sobre el particular, no quiero discusión.

Con todo esto, Pascual ha sido por muchos años mi buen compañero y hoy, antes de jefe, es mi buen amigo y puede vd. tener como verdad, que en la América es a él al único a quien yo quiero. Por eso no sabe Vd. cuanta satisfacción sentía al leer su carta, aunque hubiese deseado que se quedase unos días a[l] lado de vds. convencido, como estoy, de que no habrían de salir descontentos de su hospitalidad.

Siempre que no les sea molesto, y su papá lo juzga prudente, hoy le mando la dirección para que papá le escriba insistiendo, pues antes de irse, y comiendo

con él y su Sra., muchas veces me prometió que cuando fuese a España habría de ir a pasar ocho días a mi casa. Recuérdenselo.

Un abrazo para papá, recuerdos para todos y un millón de besos para su mamá, le envía su hijo,

José

2

Buenos Aires, 8 de setiembre de 1950

Mi queridísima hermana María:

Contesto tu carta de fecha 22 de agosto. Tanto Elisa como yo te agradecemos todas esas frases cariñosas que tienes para nosotros. Después, más adelante, Elisa te escribirá. Ahora me dice que no tiene suficiente confianza, y como no está acostumbrada a escribir, tiene miedo meter la pata. De todos modos, quiero adelantarte que tiene por ti, una gran simpatía. Quiero hacerte presente una cosa: nunca tengas temor de que mi cariño para ti vaya a disminuir porque otros me escriban. Bien dices: fuiste la que empezó a escribirme, quien me atendió y me atiende con tanta paciencia y tanto cariño. No hay nadie que pueda tener el derecho que yo la quiera tanto, como te quiero a ti.

Por este mismo avión te mando una foto, sacada el año 1915, cuando vinimos de Rosario a vivir a Buenos Aires. Ya ves qué bien se conserva, a pesar de tener 35 años, porque ha sido tomada en la fotografía de más lujo que existía en Buenos Aires y en toda la República. Era, en aquellos tiempos, y aún sigue siendo hoy. Teníamos la manía de hacerlo todo a lo grande, como si fuéramos millonarios. María, ese santo, San Timoteo, de quien me hablas, no lo recuerdo; y lo siento, tal vez no hubiese nacido cuando yo salí de casa. Recuerdo, sí, Almuña y todos los pueblitos donde se hacían romerías, como Villar, Caroyas, Santiago, y hasta de San Antonio de Cuncieiro.

Cuando estaba Ramón en esa, en una de las cartas que le escribí, le pedía que fuese a visitarlo a S. Antonio y que saludara, en mi nombre, a Juana de la Ventera.

Pero no me contestó; no me llevó el apunte. Se conoce que estaba entusiasmado con otras cosas, y eso le resultaba secundario.

¿Conociste a Juana de la Ventera? El día de San Antonio lo pasábamos en el Pico de Cuncieiro. Papá y mamá subían por el camino real, por el camino de carros, en cambio, nosotros, subíamos por el atajo, por ese sen-

dero que empezaba atrás del cementerio, por donde subían únicamente las ovejas y las cabras. Como allí, en el pico, no había árboles, cuando llegaba la hora de almorzar, Juana, venia a buscar a papá para ofrecerle un galpón que siempre tenía lleno de yerba seca. Ahí encima mamá tendía el mantel, y comíamos todos aquellos manjares que ella sabía preparar. A papá todas esas fiestas, esos días de campo, le gustaban mucho; se veía en su cara una verdadera satisfacción. Juana era una mujer ruda, hombruna; tenía bigotes y una perita como las cabras; era una mujer medio salvaje. Cuando nos portábamos mal, nos peleábamos entre los hermanos, o nos hacíamos los mimosos con mamá, papá nos amenazaba con llamar a Juana para que nos diera un beso, y ante ese temor, ya nos portábamos bien. A papá le tenía un gran respeto. Cuando se descuidaba y las ovejas pasaban la señal convenida, se las arreaban para el pueblo y le hacían pagar la multa. Muchas veces intervenía papá y se las hacía devolver sin pagar. De ahí que lo respetase tanto y tuviese atenciones con él.

María, ¿subiste muchas veces al Pico de Cuncieiro?, ¿te asomaste a esos precipicios que hay detrás de la Capilla? Es algo maravilloso, impresionante. Junto con otros muchachos del pueblo, yo bajé a esas vegas, a esos remansos, que quedaban en el fondo, siempre buscando qué es lo que había más allá.

Con Elisa recorrimos también aquí todas las Sierras de Córdoba; no hay un rincón que no conozcamos. Allá por los años 1910 al 1912, viajaba la provincia por una casa muy importante de Rosario. En la temporada de verano la llevaba a algún punto de las Sierras como Cosquín, Jesús María, Capilla del Monte, Valle Hermoso. La dejaba instalada en el hotel y yo continuaba mi trabajo. Cuando me quedaba cerca, los domingos, iba a visitarla. Hoy los tiempos han cambiado: todo eso está lleno de *chusma*, de *morralla*.

En aquellos tiempos de que te hablo, a las Sierras de Córdoba iban solamente los ricos, los millonarios, el más pobre de todos era tu hermano, que toda su fortuna era su sueldo de viajante. Pero le gustaba esa vida y ¡qué le vamos hacer!

Después nos radicamos en Buenos Aires, y casi todos los años pasábamos una temporada en Córdoba. Había ómnibus de excursión, salíamos a la mañana y regresábamos ya entrada la noche. Visitábamos cuanto rincón digno de verse que tienen las Sierras. Una vez fuimos a Mina Clavero; pasamos la Pampa de Achala a 3.000 metros de altura. Salimos de Córdoba a las 8 de la mañana, almorzamos en el Hotel «Los Cóndores», a las 11, y pasamos la Pampa de 12 á 1. En Córdoba había 40° de calor y al cruzar la Pampa de Achala, dábamos diente con diente; la temperatura era de 3° bajo cero.

Como yo viajaba la provincia, una vez llegue a una ciudad: Villa Dolores. La última que pertenecía a Córdoba; ahí terminaba el ferro-carril. Tenía orden de la casa de visitar Merlo pero eso ya pertenecía a otra provincia: San Luis. Era verano y hacía mucho calor. Resolvimos con el cochero salir a la tardecita; quedaba, más o menos, a unas 5 leguas. Llegué a Merlo a las 9 de la noche.

Ya al entrar, no se si por práctica o por instinto, me pareció que aquello debía ser algo maravilloso. El cochero me llevó a una fondita de un italiano, que también tenía viñedos. La casita era blanca, alegre, limpia, desde el camino había que subir como 15 escalones de piedra para llegar allí. Estaba metida en la montaña. Cené muy bien y me acosté impaciente por levantarme temprano para ver si era lo que yo me suponía. A la mañana cuando vi aquél paraíso, quedé medio atontado de tanta belleza.

El pueblito no tenía más que dos calles,; avenidas llenas de árboles altísimos, que en ningún momento del día entraba el sol. Todas las casas estaban en una especie de valle, una explanada, pero debajo de la montaña, cubiertas de una vegetación tupida. Eran tan altas, que en la mayor parte nunca ningún ser humano había llegado hasta allí.

Cada vez que me encontraba así, con una sorpresa, tenía y tengo la costumbre de hacer comparaciones con los rincones de mi pueblo. Este era, amiga, más hermoso que el molino. ¡Cómo me gustó toda la descripción que me hiciste de esa finca! Es sencillamente hermoso; tanto como Merlo de San Luis.

Bueno, mi querida María, esta sin querer ya se hizo bastante larga, así que, para no cansarte, dentro de unos días seguiré comentando tu[s] cartas.

Besos para mamá, saludos a todos los hermanos, y para ti todo el cariño de,

José y Elisa

Dile a Elisa, mi hermana, que recibí su cartita y que le agradezco su atención.

María, querida:

Hoy, 8 de setiembre, tu hermano cumple 68 años. Terminábamos de almorzar y Elisa me decía: ¿qué harías hoy si tuviéramos aquí a tu hermana María? Mira, lo mejor que puedes hacer, es no hablar de esas cosas, porque lo primero que haría era desaparecer todos tus recuerdos. Resulta que, en casa hay varias botellas de champaña francés, sobrantes de distintas fiestas, y Elisa no me lo deja tomar, lo conserva como recuerdo. Hay botellas que tienen más de 40 años con nosotros. Bueno, si María estuviera hoy con nosotros, tus recuerdos quedarían reducidos a botellas vacías.



3

Sierras de Córdoba. Lago San Roque.

Elisa y yo lo hemos pasado 20 veces. La primera vez el año 1910.

[Dorso]

María: En mi carta anterior te hablaba de la «Villa de Merlo» de San Luis, y en la prensa del domingo viene esa colaboración de Antonio Esteban Agüero. A él le conocí muy pequeño, pero en cambio fui un buen amigo de su padre, que fue comerciante. En tal caso guárdala para el invierno, cuando estés sola y verás, leyéndola con cariño, cuan encantadora es. Ahí no hay romanticismo, ni fantasía, todo ajustado a la verdad.

Yo que conozco al detalle ese paraíso te lo puedo asegurar. Parece según datos que tengo, Agüero es profesional pero no ejerce, es literato, poeta, y no quiere salir del rincón donde nació. Cariños, José

S[eptiem]bre de 1950.

4

Buenos Aires, 23 [de] setiembre de 1950

Mi queridísima hermana María: Voy a empezar a escribirte y viene Elisa con una foto. Es una mujercita simpática con un chiquito rubio muy bonito alzado; aparenta tener unos dos años. ¿Sabes quién es?, me pregunta. —No, no la recuerdo. Es raro, porque tiene la misma cara de tu mamá.

Lee al dorso. Dice: *María con el hijito de Laureana en brazos*.

Son fotos que no sé de donde han venido. Probablemente han pasado dos o tres manos antes de llegar a mí poder. Mi mujer siempre preguntaba: ¿quién es esta María que con todos tiene algo que hacer y parece que a todos quiere, menos a ti? —No la conozco; probablemente será alguna de las chicas que nacieron después que yo salí de casa.

Hoy las cosas han cambiado. A medida que van llegando tus cartas, le digo: es de María, mi hermana a quien yo quiero y, estoy seguro, de que también ella me quiere a mí. Le leía tu carta de fecha 5 de septiembre, que estoy contestando. Escuchó hasta el final y quedó con la cabeza gacha, como preocupada. —¿Qué es lo que te pasa? le pregunto, ¿en qué piensas? —Estaba pensando que si por cualquier casualidad, perdieras el trato con María, si dejara de escribirte, te enfermas o te mueres. —Tanto, tanto, no, claro que lo sentiría mucho. Creo que me pasaría lo que a esos chicos que les dan un caramelo y de pronto se lo quitan; la primera impresión resultaría bastante desagradable.

El párrafo que dedicas a mamá, me agradó muchísimo. Cuando se enfada por cualquier cosita y donde me dices que aún sigue queriéndome, igual que cuando era pequeño.

Me encanta que no dejes ninguna cosa sin comentar. Hasta que me digas que metí la *pata* con Santa Catalina. Después pensaba: claro que María tiene razón, si el 24 de diciembre es el día de Noche Buena; el día que mamá nos hacía el *Antroido* y otra cantidad de manjares. Nunca faltaba el mazapán y el dulce de guayaba de la Isla de Cuba. Todavía recuerdo hasta el olor delicioso que despedían las maderas de la caja donde venía envasado. Lo único que no me agrada de tu carta es, esos deseos, esa especie de fiebre que tienes por salir de Barcia. No te critico, ni quiero contrariarte, puesto que eso es una especie de enfermedad, que yo también he tenido. Recuerda que en una de mis cartas te decía: tienes mi mismo carácter con todas sus inquietudes, eres mi hermana y yo te quiero así, tal cual eres. Pero no puedo dejar de advertirte que no vale la pena. Ni siquiera intentarlo, porque serían mayores los desengaños

que el placer recibido. Si yo pudiera hacer real todas mis andanzas, todos los viajes… Si con todo ello pudiera formar una cosa, un algo, te diría: bueno María querida, aquí tienes junto todo lo que ambicionas; representa más de la mitad de mi vida; hay de todo, penas y alegrías, días desapacibles y otros más serenos, momentos de desesperación y días más tranquilos y hasta casi felices. Pues bien, todo ello te lo cambio por un año de tu vida en tu aldea, al lado de tu madre y dentro de la casa donde naciste y aún en contacto con esa gente que te parece inculta. No María, el mundo y la gente que lo compone, no es lo que tú crees. Salir, tomarte una temporada de descanso, es una cosa; yo mismo pondría todo lo que estuviese de mi parte por complacerte. Pero hacer eso como un medio de vida, no hay ni siquiera [que] pensar en ello.

Algún día que yo pueda estar a tu lado, cuando vayamos a algún rincón a recrearnos, a descansar, he de volver sobre este tema. Te contaré miles de cosas buenas y malas, bonitas y feas, y al final verás que tu hermano tiene razón. Tenía que seguir contándote de aquél mi primer viaje del año 1904. Es un tema interminable, pero en él, hay una cosa que hace mucho quería referirte y siempre la fui dejando de lado. Tengo que pasar por encima de muchas cosas para llegar allí. Te dije que en Bahía Blanca terminaba el ferrocarril y tenía que hacer la campaña del Río Negro. Con otro viajante de distinto ramo alquilamos un carro. Llevamos cinco caballos; el cochero era argentino puro, un verdadero criollo; conocía la campaña palmo a palmo. Un día tratamos de llegar a la proveeduría de una estancia de alemanes: Guillermo [ilegible], pero los caminos, primitivos, eran muy malos. Al pasar un arenal se empacaron y no quisieron seguir. Era [en] medio del desierto, allí no había poblaciones. Marchábamos días enteros y no se veía otra cosa que majadas [de] ovejas, tropillas de guanacos y avestruces, y un montón de zorros salvajes que hacían estragos en las majadas. Un poco más lejos de donde nos quedamos empantanados, en una lomita, había un rancho: paredes de barro y [en] el techo unas cuantas chapas de cinc.

Caminamos hasta allí. Nos recibió un hombre; más bien parecía una bestia. Tenía toda la apariencia de un loco: sucio, [ilegible], desgreñado. En aquella cabeza jamás había tocado ni un peine ni un cepillo. [H]uraño, desconfiado; le contamos lo que nos había ocurrido y le pedíamos nos dejara hacer noche allí. De mala manera contestó que podíamos quedarnos, pero que no tenía nada para comer. Hacía mucho frío y queríamos calentarnos al lado del fuego. Poco a poco trate de conquistarme su confianza. Le pregunté el tiempo que llevaba en el desierto, de qué nacionalidad era y sus medios de vida. Y llegamos a lo que quería contarte. Han pasado tantísimos años [y] nada de aquella escena

se me olvidó, ni se me olvidará hasta que me muera. No sabía los años que tenía, ni cuantos estaba en el Río Negro. Era español y, ¡asómbrate!, paisano tuyo; asturiano de Castropol.

Le dije que también era asturiano, de Luarca. Me contestó que lo había oído nombrar pero que no conocía. Hablaba un poco de Navia y de Ribadeo. De pronto, sin decir nada, se levanto y se fue. Tardó más de una hora en volver. Venía acompañado de una india, tan sucia como él. Ninguno de los dos habló una palabra. La india entró a la cocina y preparó un guiso de arroz con carne de oveja; una gran porquería, pero no se podía elegir; allí no estaba el Hotel de Londres de Bahía Blanca. Aquél salvaje volvió a salir y regresó con un baúl de esos que traemos los inmigrantes cuando venimos a América. Estaba hecho pedazos; la tapa suelta, atada con una cuerda. Sacó un montón de cartas de España, 10 ó 15, todas sin abrir, y me pidió que se las leyera. Eran de una hermana y de una sobrina que le llamaba mi querido tío.

Había de todas las fechas desde 10 años atrás. Le contaban miserias y le pedían ayuda. Era rico, tenía más de 20.000 ovejas, analfabeto y borracho; el verdadero tipo de un salvaje degenerado.

Como después, otras veces me tocó pasar por el mismo sitio, pregunté por Manuel Alonso. Así se llamaba aquel asturiano.

En otra te contaré el fin que ha tenido.

Besos para mamá, saludos a nuestros hermanos y para María todo el cariño de

Elisa y José

Te ruego quieras decir a nuestra hermana Elisa que recibí la foto de su casa, que me gustó mucho y que la felicito. Que le deseo de todo corazón que viva muchos años para disfrutarla. Elisa es una hermana muy buena, siempre la he querido mucho y la sigo queriendo; claro que no tanto como a ti. Te digo esto para que no te pongas celosa.

5

Buenos Aires, noviembre 2, de 1950

Mi queridísima hermana María: Ayer 1º recibí tu carta fecha 20 de octubre; casi 12 días para llegar una carta por avión.

Ya ves si tengo razón para decirte, que lo que está sucediendo es una verdadera desvergüenza. Esta carta me dejó bastante triste, primero por el

estado de salud de mamá y después por ti; por esa cantidad de trabajo que tienes encima. Trabajo y preocupaciones al mismo tiempo. Si es verdad que hay algo superior, creo te lo tendrá en cuenta, por lo buena y abnegada que eres para con nuestra madre. Cuando Ramón estaba en Barcia, me escribió solo dos cartas. Tengo bien presente uno de los párrafos de la primera.

Decía: la casa paterna está más o menos como nosotros la dejamos, con la diferencia de que ahora no hay animales, ni existen los frutales que había en la huerta; ni siquiera el guindo de donde nosotros cogíamos la fruta desde la ventana del dormitorio. Bueno, en esto estaba equivocado, porque el guindo estaba frente a la ventana de la sala, y era de allí, desde donde cogíamos las guindas; pero no tiene mayor importancia. Mamá vive en la casa paterna junto con nuestras hermanas; sus dos hijas solteras. Son buenísimas y trabajadoras hasta la exageración; tanto, que si me lo cuentan, [y]si yo no lo hubiera visto con mis propios ojos, nunca lo hubiera creído. Ya ves, querida hermana, que todo cuanto me dices no me toma de sorpresa, por cuanto ya estaba enterado.

Tengo todavía encima de mi escritorio una carta tuya sin contestar. Pero como se presta para referirte muchas cosas, la dejo para otro momento más oportuno. Tu última carta me dejó sin ganas y un poco preocupado. Te prometo hacerlo dentro de unos días. También Elisa trabaja muchísimo. Hasta hace poco ha tenido sirvientas que le ayudaban hacer esas cosas más pesadas. Pero hoy, debido a las pretensiones que tienen, hasta la más inútil, protegidas por las leyes sociales, solamente los millonarios pueden permitirse ese lujo. Se levanta todo el año a las 7; toma unos mates, (el café o el té no le gustan) y empieza la fajina. Va a la feria cuando hay, si no al mercado, a la carnicería, a la panadería, al almacén, etc. etc. Después empieza a cocinar. Menos mal que por indicación mía, lo hace una sola vez. Siempre prepara para la noche alguna cosa; una tortilla de patatas o de alverjas o pescado frito, y con lo que quedó del medio día, cenamos. Lava los cacharros, limpia la cocina que es bastante grande, barre las habitaciones, hace las camas y le pasa todos los días la gamuza a los muebles. Descansa un rato, lee «La Capital» de Rosario, que le traigo todos los días aunque llueva. Lava toda la ropa, hasta las sabanas y, después de cenar, cose o zurce las medias. Plancha dos o tres veces por semana. Nunca se acuesta hasta pasadas las 12. Y así desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre.

Algunas veces la reto. Le digo que busque una mujer que le ayude; que le haga esas cosas más rudas, pero es muy caprichosa y medio maniática. Dice que todas son unas haraganas sucias y que nadie la conforma; nadie hace

las cosas a su gusto. Yo mismo muchas veces quiero ayudarle, pero tampoco queda conforme. Así que no me queda otro remedio que dejarle hacer su gusto en vida. De todos modos, verás por todo esto, que tampoco ella se la lleva muy de arriba.

Espero con impaciencia tu próxima carta, para que me digas que mamá ya está bien y tu más tranquila y contenta. Celebro hayas recibido el pañuelo de hilo y que sea de tu agrado. Poco a poco te mandaré otros y los que no alcance, te los llevaré yo personalmente, cuando Dios quiera concederme esa dicha.

Besos para mamá, saludos a todos nuestros hermanos y para María todo el cariño de

Elisa y José

6

Buenos Aires, 19 [de] noviembre de 1950

Mi queridísima hermana María: Contesto tu hermosa e interesante carta fechas 27 y 28 de octubre. Tomé buena nota de cuanto en ella me dices y de todas esas *cousiñas* de por ahí. Me causó mucha alegría saber que mamá después de las últimas curas que le hicieron, marcha bien. Nos hemos reído mucho con sus ocurrencias con el dentista, cuando le decía que con tal que le quitaran unos cuantos años de encima, le dejaría sacarle todos los dientes.

Es admirable ese buen humor y me gusta muchísimo que tenga ese apego a la vida. También veo que la casa de los pajarillos marcha igual, a pesar de tantísimos años y de la actuación de otras generaciones. Nada ha cambiado.

Ahora estoy contento porque puedo comentar y hasta criticar todas aquellas cosas contigo. Los primeros años cuando escribía a casa con alguna frecuencia y les recordaba estas escenas, venían las cartas llamándome rebelde y hasta insolente. ¿Con qué derecho, semejante mocoso, permitirse el lujo de criticar la vida y las costumbres de la casa de los abuelos y de los tíos? ¡Cómo cambian los tiempos!

Sí, mi querida hermana María, esta mala condición mía de decir las cosas como las siento, me costó muchos disgustos. Creo haberte dicho en una de mis primeras cartas, que el abuelo nos acompañó hasta La Coruña, y recuerdo haber prometido contarte algunas de sus ocurrencias.

El primer día de viaje llegamos, con la ferrocarrilana, a Vega de Ribadeo. Ahí teníamos que atravesar un río muy ancho en lancha para llegar a Riba-

deo, donde nos esperaba la otra combinación. Traí[a]mos cada uno un baúl de esos tan clásicos de lata, lleno de ropa.

Un ajuar preparado por mamá, para sus primeros hijos que se iban por el mundo. Estaban llenos y pesaban mucho. Para llegar a Ribadeo teníamos que subir una cuesta muy pendiente y por un camino malo. El pobre abuelo nos cargó el baúl sobre las costillas. Yo caminé unos pasos y lo tiré, le dije que era muy pesado y que no podía subirlo.

Ramón hizo lo mismo. Primero se enfadó un poco, y después, le pagó unas pesetas a unos hombres que se ocupaban de esas cosas para que los subieran hasta Ribadeo. Pero no quedó muy conforme. En la Coruña, nos llevó a una fondita bastante ruin, pero cobraba poco y eso era lo más interesante. Él dormía en un cuarto; Ramón y yo en otro, dividido solo por un tabique de madera.

Cenábamos y a la cama. Calculábamos cuándo podía estar dormido, nos levantábamos despacio, sin prender la luz y sin poner los zapatos para no despertarlo, y salíamos.

Recuerdo que una o dos veces fuimos a un circo; el primero que habíamos visto en la vida. Otras noches caminábamos por las calles resplandecientes de luz, mirábamos los escaparates de las tiendas de las joyerías de la cale de «La Marina» y «Cantón Grande». Nunca nos dijo una sola palabra y nosotros, pobres tontos, creíamos que lo estábamos fastidiando al abuelo. Pero cuando llegó a Barcia de vuelta, le contó a mamá y a papá todo lo que hicimos. La primera carta que llegó venía llena de quejas, de reproches, por aquellos actos de insubordinación, sobre todo para mi, que era el más viejo (siempre la misma letanía) y debía de dar el ejemplo. Eran cartas bravísimas, llenas de lamentaciones y llegaban en los momentos más difíciles. Precisamente cuando más necesitaba una palabra de cariño, de consuelo, una palabra *de ánimo*[74], de esperanza, algo que infundiera ánimo, diciéndome que esos tiempos terribles no podían durar, que pronto habría de cambiar todo. Poco a poco, te iré contando nuestros comienzos, para que cualquier mala impresión que pudieras tener de tu hermano, la cambies y le tengas tanta confianza y tanta estima como él siente por ti. Quiero advertirte que no guardo rencor para nadie, y que se trata solamente de comentarios y recuerdos de aquellos tiempos. El defecto más grande, llamémosle así, que he tenido toda mi vida, es no haber sido nunca hipócrita, falso o zorro.

---

[74] Tachado en el manuscrito.

Siempre me revelé con lo que no parecía justo o, por lo menos, con aquello que no estaba de acuerdo con mi manera de pensar. Me costó bastantes disgustos, pero no estoy arrepentido. Si hoy tuviera que empezar mi vida de nuevo, quizá sería peor, con todo lo que fui aprendiendo.

Espero que no tomarás a mal que te hable con esta franqueza y tenga estas expansiones y desahogos contigo, porque si tú también me fallas, estoy nuevamente perdido. El abuelo nos embarcó en un vapor francés: «El Corduan». Era lo más malo y lo más atorrante que Dios largó al mundo. Sigo creyendo que un individuo que hubiese cometido media docena de crímenes, el mejor castigo era mandarlo en ese vapor a la Argentina.

Una sola noche tratamos de dormir en aquellas cuchetas asquerosas. Resultaba imposible por el olor pestilente a orines y caca. No se podía respirar. Dormíamos arriba (35 días seguidos) encima de las lonas que tapaban las bodegas de la carga. Las colchonetas estaban rellenas de paja, no había ni sábanas ni fundas, y la que me tocó a mí, estaba manchada con *sangre seca*.

La comida eran patatas sin pelar a mediodía, y por la noche, un caldero de lentejas que servían para cada 25 pasajeros. Lo que Emilia le daba a los gochos en nuestra casa era bastante mejor; resultaba casi un manjar.

En todo el viaje no probamos nada de aquella porquería. Teníamos unas pesetas y comprábamos pan en la cantina; hasta que llegamos a las costas del Brasil. Allí compramos frutas, tarros de dulce y miel, y así alcanzamos llegar a Buenos Aires. Y en esta forma, poco a poco, te seguiré contando nuestro drama. Veo con agrado que a mis hermanos Manolo y Pedro les interesó la historia de su paisano D. Manuel Alonso. Diles que de aquellos tiempos tengo muchas que te prometo ir refiriendo. Ninguna hoy tan repugnante como esa, pero son interesantes y, estoy seguro, les gustarán.

Mil besos para mamá, saludos para todos nuestros hermanos y, para María, todo el cariño de

Elisa y José

El día 8, bajo sobre, te mandé otro pañuelo de hilo. Dime si llegó a tu poder. No me gustaría que se perdieran.

7

Buenos Aires, 2 de diciembre de 1950

Mi queridísima hermana María: Contesto tu interesante y cariñosa carta fecha 3 de noviembre. Antes de nada deseo que ya estés bien y tranquila con tu boca, con tus muelas y dientes. Sin duda, es esa una mala comida. Hace años también pasé muy malos momentos con esa lotería. Muelas me faltan dos, y dientes sólo tengo uno postizo, todos los otros son los mismos que traje de Barcia, incluso las dos paletas delanteras. Así las llamaba mamá. Me alegró mucho haber acertado al hacer la descripción del físico de nuestras hermanas. La única que me falta conocer es a ti, pero abrigo la esperanza que no será por mucho tiempo más. Y entonces procuraré desquitarme, queriéndote y besándote hasta cansarte. No te hagas muchas ilusiones con lo que te dijo Ramón: José es buenísimo. Cuando Elisa leía esto, decía: sí, ¡cómo no! porque no tendrán que aguantarle los dos siquiera un año, y entonces veríamos si José es tan bueno como ellos creen.

Ya ves, querida María, como nadie está conforme con su suerte. Tomo nota de lo que me dices de Avelino y lo tendré en cuenta para el momento oportuno. También recibí el artículo de Barcia falangista. Me gustó mucho. Tal vez porque está de acuerdo con mis ideas.

Elisa (mi hermana) manda una foto, pero no dice de dónde es. Sin embargo, por el paraje y, sobre todo por la capillita, parece se trata de San Antonio de Cuncieiro. Tengo otra que mandaste, dos o tres cartas atrás, y son muy parecidas. Hay en tu hermosa carta una cantidad de temas a tratar, pero los dejo para comentarlos personalmente contigo. Quiero empezar a cumplir lo que te prometí, también para Manolo y Pedro.

Fue en aquellos primeros tiempos: octubre de 1905, la casa que representaba me manda al territorio del «Chubut». Hoy todo ha cambiado, pero en aquellos tiempos solamente los novicios, los faltos de experiencia, y los aventureros se atrevían [a] viajar por aquellas regiones. Los viajantes hechos, ya formados, lo rechazaban; se negaban a ir. Me embarqué en un vaporcito; se llamaba «El Litoral». El Capitán era un señor asturiano, D. Belarmino Menéndez; un gentleman, una persona cultísima. Hablaba muy poco, lo indispensable, pero su manera de ser, infundía respeto. Íbamos 10 viajantes de distintos ramos y para distintos puntos de la costa. Yo tenía que quedarme en Rawson para, desde allí, hacer la campaña del Chubut. Los otros seguían viaje a Comodoro, Rivadavia, Río Gallegos, San Julián, Puerto Deseado y Camarones. Comíamos con el Capitán, siempre presidía

la mesa, pero pocas veces tomaba parte en la conversación. Oía y callaba. Entre los viajantes había un gallego. Buen mozo, elegantón, un buen hombre, pero un poco fanfarrón.

Decía que había viajado medio mundo, y nunca se había mareado. Hablaba así porque ese día faltaron dos a la mesa por ese motivo. Pasaron así 3 ó 4 días, pero una tarde subí hasta la cabina del Capitán y, a pesar del letrerito: «Prohibida la entrada», me dejo pasar. Como era un hombre de mundo, vio aquel asturianín que tenía que ganarse la vida por aquellos desiertos y simpatizó enseguida conmigo. Después lo visité en su casa de Buenos Aires y fuimos amigos. Oscurecía, el cielo estaba encapotado, unos nubarrones negros; daba miedo. El mar, todavía tranquilo, formaba pequeñas olas con copos de espuma. Cantidades fantásticas de gaviotas rondaban encima del vapor, parecía que todas querían refugiarse dentro del buque. Notaba al Capitán nervioso, intranquilo, se acariciaba la barbita y, de pronto, me dijo: —se está poniendo muy fiera la cosa, se nos viene encima una tormenta terrible, me está pareciendo que vamos a poner a prueba el valor, el coraje, de nuestro amigo. Se refería al gallego que nunca se había mareado. Y así fue. Era compañero mío de camarote, ocupaba la cama baja él; yo la alta. El Capitán ordenó que no sirvieran la cena y que encerraran a todo el pasaje en sus respectivos camarotes. Y empezó el baile. Aquella escena no se puede describir. En distintas ocasiones le conté a Elisa esta misma historia y, ¿sabes lo que dice?: ¡Cómo habrán quedado los calzoncillos y las sábanas de la cama de mi marido! Truenos, relámpagos, y unas olas como montañas, barrían el buque, y como era pequeño, bailaba igual que una cáscara de nuez. Yo tenía que agarrarme con las dos manos a los barrotes del camarote para no rodar por el piso. Mi compañero, el gallego, gritaba y lloraba. Ya no le quedaba nada adentro, sólo las tripas, todo lo demás lo había largado. A cada momento decía: ¡Coño, que paren este barco porque me muero! El temporal duró toda la noche hasta mediodía del siguiente. Cuando el Capitán vio la cosa tan fea, viró en redondo y se refugió en la Bahía de San Borombón que ya la habíamos pasado. Sólo tres nos hicimos presentes en el comedor. Después, con intervalos, fueron viniendo los otros viajantes, pero mi compañero hasta que llegué a Rawson no se hizo presente; no salió más del camarote.

Estaba avergonzado y tenía miedo que se burlaran de él y le tomaran el pelo. Llegamos a Rawson, no había muelle. Descargaron la carga que llevaba para allí y encima mis baúles de viajante. Un momento antes el Sr. Menéndez me llamó: —¿Vd. sabe bien mi amigo donde va a quedarse? ¿Vd. sabe que si no llegan

los carros de Trelew[75] no tiene dónde comer ni donde dormir, que ahí no existe población, que hay solo el galpón de la aduana y la casilla del resguardo?

—Lo sé todo señor, pero me mandan y tengo que obedecer. Además la casa escribió con un mes de anticipación a toda su clientela del interior, anunciándole mi viaje e indicándole la fecha que debían bajar a Trelew para hacer el surtido. —Sí, ya, desde Buenos Aires es muy fácil disponer todo eso; allí se está muy cómodo. Ordenó que me dieran comida y fiambres para un par de días como medida de precaución. Nos despedimos. Me dio su domicilio en Buenos Aires. Después fui a saludarlo y agradecerle tanta atención que tuvo para mí y seguimos siendo buenos amigos. Dile[s] a Manolo y Pedro que, como esto se hace muy largo, tienen que esperar para más adelante el final de esta historia.

Un millón de besos para mamá. Saludos a todos nuestros hermanos y, para María, todo el cariño de

Elisa y José

8

Buenos Aires, 14 [de] diciembre de 1950

Mi queridísima hermana María: Me refiero a tu cariñosa carta [de] fecha 18 de noviembre. También recibí la cartita de María. Me causó mucha pena ver el estado de abatimiento y desesperación en que se encuentra. Salta a la vista en los pocos renglones que escribe y créeme que lo siento.

Yo no se por qué, me había formado la ilusión de que María estaba en una posición completamente distinta. Tal vez, como fue siempre una hermana tan buenita, creía yo que era digna de mejor suerte. Se ve que la gente ruin abunda por todas partes, hasta el último rincón.

Pero pasemos a otra cosa. Me entero por tu carta de los precios enormes de todas las cosas ahí. No creas que aquí lo pasamos mejor. Claro que, mucho, depende de la clase de los artículos, pero también todo cuesta una barbaridad.

Para que puedas formarte una pequeña idea, te citaré algunos. El cambio oficial de la peseta hoy, es de 3 pesetas por un peso argentino; quiere decir, una peseta 33 centavos.

[75] Ciudad del valle inferior del río Chubut, departamento Rawson, Patagonia.

Un traje de casimir inglés costaba $150 = 495 pesetas. Hoy cuesta $1000 = 3.300 pesetas. Un par de zapatos buenos valía entre 20 y 25 pesos = 82 pesetas. Hoy cuesta entre 80 y 100 pesos = 330 pesetas.

Una camisa de poplin inglés fina, valía 12 pesos = 40 pesetas. Hoy cuesta de 80 a 90 pesos = 290 pesetas. Un pañuelo de algodón, clase regular, valía entre 1.50 y 2.00 pesos = 6 ½ pesetas. Hoy cuesta de 8 a 10 pesos = 33 pesetas. Y todos los artículos de vestir, en la misma proporción. Un pollo asado costaba de 4 a 5 pesos. Hoy vale entre 15 y 20 pesos. Los huevos cuestan 3 pesos la doc[ena] y un Kilo de carne 4 pesos. Una doc[ena] de manzanas cuesta 6 pesos y una doc[ena] de naranjas 5 pesos. Yo almorcé durante casi 30 años en los Hoteles del Centro. En los de primera categoría me costaba la comida entre 4 y 5 pesos. Hoy, la misma, cuesta de 15 a 20 pesos. Para los que tienen que pagar alquiler es algo desesperante: una habitación que antes valía 50 pesos, cuesta hoy 200, si se encuentra. Una casita o un departamento modesto, valía de 100 a 120 pesos. Hoy cuesta de 500 a 600 pesos.

Cuando estábamos en Rosario, hubo una temporada que comíamos con sidra importada, envasada en Asturias. Costaba el cajón de 12 botellas 11^{80} pesos. Hoy el mismo cajón con las mismas botellas y la misma marca (pero no la misma sidra), vale de 100 a 120 pesos el cajón. Una botella de Cognac Domecq «3 cepas» valía entonces 5 pesos. Hoy cuesta 50 pesos. Y así todo lo demás.

Te doy todos estos datos, así detallados, para que tengas un poquito de consuelo. Mira María querida, a mí me parecía que si alguna vez tenía que privarme de alguna de estas cosas, por muy superfluas que fuesen, que el mundo se me vendría encima. Y no es así. Muchas las dejé por imposibles, otras las cambié por similares, y aún no me he muerto; sigo viviendo igual que antes.

Ayer pagué *por la hechura* de un tapado y un vestido para Elisa, 350 pesos. Antes, la misma hechura, valía 90 pesos.

Para qué vamos a seguir.

Veo que te gusta la carne de oveja. A mí no me gusta mucho; prefiero el chivito. Cuando viajaba por las Sierras de Córdoba o la Provincia de San Luis, que son las dos regiones donde más abundan, yo solito me comía la mitad de un cabrito.

No conozco ese paisano que hace los asados de cordero, pero recuerdo sí, ese nombre «El Murciano» pero tampo[co] puedo ubicarlo, ni siquiera la casa donde vivían. Veo que aún quedan zorros (La Raposa) en Asturias. Creía

que después de tantos años, se habían extinguido. Cuando era muchacho y mataban alguno, lo ataban por las patas a un palo, con la cabeza para abajo, e iban entre dos, ex[h]ibiéndolo por todas las casas. Resultaba una gran industria porque en todas le daban huevos y dinero y otras cosas.

Muchas veces me tocó ir con los mozos de la aldea a la caza del zorro y del jabalí, que hacía estragos en los sembrados de maíz, pero no me acuerdo de que alguna vez hubieran cazado alguno. En una ocasión, se comió un montón de panoyas, allá en el Ribón de la Uz, y papá nos mandó a Ramón y a mí con una lata de Kerosene vacía y un palo a meter ruido, dando vueltas por el sembrado, entre las 10 y las 12 de la noche. Si en realidad andaba por allí, me imagino cómo se habrá reído de nosotros. Entre el ruido del mar, el monte de pinos y el movimiento de las plantas de maíz, el bicho podía estar bien tranquilo. Con el miedo que teníamos resultábamos completamente inofensivos. Pero después, cuando llegábamos de vuelta a casa, decíamos que vimos uno que era más grande que un gocho de los de casa, de aquellos que de tan gordos no se podían levantar, comían acostados. Ramón decía que el jabalí había escapado por un sitio, y yo decía por otro distinto. Ni siquiera atinamos a ponernos de acuerdo para mentir.

Elisa recibió tu carta y en estos días piensa contestarte. Desde ya, agradece todo el cariño y atenciones que tienes siempre para ella.

Celebro que mamá siga bien, y me causó mucha gracia la ocurrencia de ir a escarbar para encontrar el cesto con los duros. Si yo estuviera ahí en esos momentos, le pondría un cestito, aunque fuera pequeño, con unos cuantos duros para ver la cara que ponía al encontrarlos. Mientras siga teniendo esos gestos, todo marcha bien. Y Dios quiera, sea por muchos años.

Le darás un montón de besos en nuestro nombre. Saludos a todos los hermanos y un abrazo buen fuerte para María de

Elisa y José



9

Sierras de Córdoba. La Cumbre. Vista Parcial.

[Dorso]

Tarjeta Postal

Sra. Josefa G. de Rodríguez

Barcia

Mamá: Dios le siga dando mucha salud y alegría, que si hay algún ser en el mundo con derecho a ello, no hay ninguno que tenga más derechos adquiridos que Vd. La quiere muchísimo su hijo José.

Enero 29 de 1951

10

Buenos Aires, 8 [de] febrero de 1951

María, queridísima hermana: Me refiero a tu interesante y cariñosa carta fecha 6, Día de Reyes, y por ella me entero que no se han portado muy bien contigo.

Puede ser que algún día no lejano, podamos tomarnos la revancha. No deja de causarme sorpresa la conducta de esa Bruja del cuento. Creía yo que Barcia no podía cobijar seres tan ruines. En ese pequeño rincón del mundo, hecho para disfrutar de paz y tranquilidad, parece casi imposible que puedan existir personajes tan viles.

Me imagino el disgusto de mamá; ella que nunca estuvo mezclada en cosas así. Hasta Elisa pasó varios días nerviosa, recordando a mamá a cada momento y lamentándose que esa malvada le haya causado semejante disgusto. Decía: esa atorranta se aprovecha porque ve una señora anciana y tal vez le haya parecido que no tendría quien la defendiera. Si viviera tu padre, cualquier día se mete con ella; yo creo que le rompe el culo a patadas, y bien merecido. A mí nunca me tocó tratar con personas tan bajas, y eso que la Argentina de hoy no es ni la sombra de lo que fue en aquellos tiempos tan lejanos de nuestra llegada.

Después de las dos guerras mundiales se fue poblando con la escoria de todas las razas del mundo. Jóvenes y viejos tarados moral y materialmente, que en una gran mayoría, hay que huir de ellos, como de un reptil venenoso. Tal es la cantidad de prejuicios que tienen encima. Como ya te dije en distintas ocasiones, empecé a viajar muy joven, una criatura, apenas tenía 22 años. Recorrí las tres cuartas partes de la república en trenes, en carros, en coches, en sulkis, en cuanto medio de locomoción necesitaba o podía conseguir. De día, de noche, por caminos interminables, despoblados, por bosques y montes, y nunca jamás nadie se metió conmigo; nunca nadie intentó hacerme daño. Hoy en día todo eso se ha terminado. No hay un solo viajante que se atreva [a] salir de noche de un punto a otro sin antes asegurarse bien. Esa es la herencia que le tocó en suerte a la Argentina.

Yo tenía revólver y nunca lo llevé encima; siempre en la valija neceser y generalmente descargado. Algunas veces, pero muy raro, de noche lo colocaba debajo de la almohada, hasta que, una vez, casi sucede una catástrofe y, desde entonces, jamás cargué arma alguna.

Viajaba entonces la provincia de Córdoba. Llego a Villa María; serían las diez de la noche. Había una importante feria de ganado y el Hotel estaba completo, entre hacendados y viajantes. El dueño antes había tenido confitería en Rosario y era un buen amigo. Le digo D. Pedro (se llamaba Pedro Ysern) no quiero cenar; estoy muy cansado y quisiera acostarme. Prepararon en seguida una cama jaula en una salita de la casa de familia. Era un día de verano, hacía bastante calor, dejé una ventana que daba sobre una placita abierta, coloqué el revólver debajo de la almohada y me acosté.

A la madrugada llegaron varios viajantes del Club o de algún baile y se enteraron que yo había llegado al Hotel. Uno de ellos, el más amigo, tuvo la mala ocurrencia: entró despacio. Estaba tapado solo con la sabana pero, como la cama era pequeña, los pies salían por el respaldo. Aquél infeliz empezó a hacerme cosquillas en la planta de los pies. Desperté y alcancé a ver algo así como una sombra. Saqué el revólver y medio dormido aún, disparé. La bala le pasó raspando. Pegó en el candelero de un piano que había en un rincón y quedó allí incrustada. Vieras el escándalo que se armó y el susto que llevamos.

Todos, absolutamente todos, dijeron que yo no tenía culpa de ninguna clase, que era el amigo quien había cometido una imprudencia. A la mañana siguiente tiré el revolver a la letrina y hasta hoy nunca más usé armas. Y es una lástima, porque hay que ver, qué tirador de primera perdió el mundo. Verás: pasaron algunos años y en otra ocasión fui a una colonia distante de ferrocarril unas 5 leguas. Al día siguiente después de terminar mi trabajo, el cochero me dice: podemos salir después de almorzar, vamos despacio porque hace mucho calor. Eran las cuatro y el sol picaba fuerte. En un recodo del camino había un bosquecito, y le dije: meta los animales debajo de esos árboles, déles un resuello, de todos modos llegando 30 minutos antes de la salida del tren, yo tengo bastante.

En frente, a unos 10 metros, había la tranquera de una Estancia (Vds. ahí le llaman portiello). Para resguardar las bisagras de la intemperie, las habían forrado con unas chapas de hojalata. El cochero sacó su revólver y las tomó como blanco. Dos veces tiró y las dos dio en el blanco. Me pasa el arma. Dice: tire vd. a ver qué puntería tiene. Tiré pero no di en la hojalata. En cambio, una vaca que estaba como a 50 metros salió berreando y haciendo *mü*.

El hombre me dice: *la pucha*, bueno vamos; yo creo que le agujereó la barriga a la vaca.

¿Qué te parece?

Un abrazo bien fuerte para mamá. Saludos a todos nuestros hermanos, y tú cuenta siempre con nuestro cariño

Elisa y José



II

Delta del Paraná. Río Barca Grande.

[Dorso]

Tarjeta Postal

María, queridísima hermana: Tengo a la vista tres cartas tuyas, fechas 28 de enero y 3 y 7 de febrero. Todas las iré contestando oportunamente. La de fecha 3 llegó el lunes 12 por la tarde y la de fecha 7 al día siguiente martes 13. Cuando la vi encima de mi mesa de luz me causó mala impresión, enterado como estaba de la enfermedad de mamá. Tardé un buen rato, pero al fin me decidí abrirla. Afortunadamente su contenido no podía ser más satisfactorio. No sabes querida hermana cuánto te agradezco todas estas atenciones que tienes para mí. Puedes estar segura de que algún día sabré corresponderte. Muy bien Milina y muy bien María. No puedo por menos de felicitaros por la forma cariñosa y abnegada como cuidáis a mamá.

Así vale la pena tener hijas y tener hermanas. Estoy orgulloso de todas, pero especialmente de Vds. dos.

Nadie puede saber lo que el destino le tiene reservado a cada uno, pero la Divina Providencia, jamás puede olvidar vuestro comportamiento.

A las dos os quiere muchísimo vuestro hermano José.

B^{s}. Aires, febrero 15 de 1951

12

Buenos Aires, marzo 24 de 1951

María, mi hermana querida: Terminando de almorzar, Elisa me hizo recordar una anécdota que le conté varias veces. Verás, estamos en Semana Santa. Una vez mamá nos mandó que fuéramos a encontrar a papá que venía de la Feria de «La Colorada». Había ido a recibir una cantidad de animales que compró para mandar a los mataderos de Madrid. Venían dos peones arreando y un hombre de ahí de Barcia, que era quien los llevaba hasta Madrid. Le decían «el Camacho». Recién a las cuatro de la tarde lo encontramos, pasando la casa del «Cholo», cerca de Outur. —«Claro Vds. estarán sin comer. Y en el primer mesón que encontramos se bajó del caballo y después de hacer sonar esa «esquila» que tenían atrás de la puerta, vino una mujer medio gordota, con cara de desfachatada: —A ver qué tiene Vd. de comida. —A estas horas no hay nada. —Bueno, prepare entonces una tortilla de jamón o de chorizos —¡Ay Jesús, María y José! Empezó a santiguarse, porque era el día de Jueves Santo. Entonces papá se enfadó: vamos grandísima bruja, quién sabe cuántas porquerías habrá hecho Vd. en la vida, con una más lo mismo irá al infierno. El caso es que se asustó cuando lo vio enfadado. Hizo la tortilla y con un pedazo de pan la fuimos comiendo por el camino.

No recuerdo haber comido nunca una tortilla más sabrosa. ¿Qué te parece?

13

Elisa también recibió tu cariñosa carta fecha 10. Dentro de uno[s] días te contestará.

[Dorso]

María, queridísima hermana:

Esto no es una postal, es una foto de la estancia de un amigo ya fallecido: D. Luis Valdivia.

De tanto en tanto, van apareciendo estas cosas, que ni siquiera me imaginaba que existieran. Consérvalas porque después, con cada una, tengo temas para contarte historias un mes entero. El lunes 19, día de San José, recibí tu carta fechas 10-11 (el matasellos dice: Barcia 12) y el jueves 22 llegó otra de fecha 15. A las dos me he de referir oportunamente. Mañana domingo 25



te escribiré terminando la historia de aquel viaje mío al Chubut. Te lo había prometido y en una de las tuyas me lo recordaste. Estamos terminando la Semana Santa; hoy es sábado. La tradición se pierde. Un día comimos ensalada de lechuga con patatas, huevos rellenos y sardinas españolas. El bacalao, suprimido por artículo de lujo, cuesta 32 pesos el kilo, igual a 105 pesetas. Antes el más fino valía 3 pesos = 10 pesetas.

¿Qué te parece?[76]... Te cuento estas cosas porque a ti tal vez te parezca que todas las dificultades están en España y en Barcia y no es así. Están en el mundo todo, los tiempos idos nunca más los volveremos a ver ni nosotros ni las generaciones que vayan viniendo. En realidad todo esto nosotros podemos soportarlo, pero yo no quiero hacerle el caldo gordo a nadie.

En esta casa, lo que está fuera de lo justo, de lo razonable, está suprimido, sin trabajo y sin violencia. Afortunadamente Elisa piensa igual y es una administradora de primer orden. Cuenta siempre con todo nuestro cariño.

Elisa y José

Buenos Aires, marzo 24 de 1951

[76] Subrayado en el manuscrito.

14

Buenos Aires, 29 de marzo de 1951

María, mi hermana querida: De acuerdo con tus deseos sigo hoy contándote el final de aquél famoso viaje al territorio del Chubut. No recuerdo bien donde habíamos quedado en mi anterior, el caso es que yo quedé solo en aquel desierto y que «El Litoral» siguió viaje.

De Trelew a Rawson hay unas cinco leguas. Allí había una pequeña población y varias casas de comercio; entre ellas una, de un Sr. Italiano: D. Pascual Daleoso, que fue quien mandó a buscarme a Rawson. A simple vista era un hombre rudo, de modales más bien ordinarios, pero después, tratándolo resultaba agradable. Sobre todo, bueno, decente y honrado, tanto que más bien parecía medio infeliz. Casado, pero la Sra. no estaba. Me dijo que en el vapor anterior, la había mandado a un sanatorio de Bahía Blanca para tener familia. Entonces pasaba un vapor cada mes.

D. Pascual era el hombre de confianza y el cliente más amigo que, por aquellos parajes, tenía la casa que yo representaba. Le escribieron anticipadamente y, además, me dieron una carta de presentación. En aquellos tiempos no existían ni hoteles ni fondas, así que me alojé en su casa casi 40 días.

Trabajé con él y con otros dos comerciantes cercanos y, después, a medida que iban llegando los carros de La Cordillera, me servía de Cicerone. Conocía a todo el mundo y de todos era amigo. Él mismo les ayudaba para que hicieran las compras y les indicaba los artículos de más aceptación y de más fácil venta.

Los primeros días resultaron bastante tristes. Después me fui acostumbrando. Le servía de empleado, vendía como cualquier otro. Él estaba encantado. Siempre decía: Ojala que el vapor tarde tres meses.

La comida era regular, pero tenía en el negocio el surtido de conservas más grande y más buenas que he visto en toda la vida. Hablaba muy poco el castellano; lo mezclaba con su idioma y resultaba muy pintoresco. A cada momento me decía que cuando sintiera apetito que *pillara* la lata de conserva que me gustara más. Y en verdad no me hacía mucho de rogar. Con 23 años, [y] los aires de la Cordillera, tenía hambre a cada momento. Elegía las latas y no sabia con cuál quedarme. Las había de langosta, patas y huevas de centolla, de pulpo, de calamares, berberechos, sardinas, congrio, hasta de percebes; los primeros y los últimos que comí en la Argentina.

Y vamos llegando. Por la noche cerraba a las 8, sacaba el dinero de los cajones del mostrador a puñados, como el que junta granos de trigo o de

maíz y así, sin contarlo, lo echaba dentro de una lata de kerosene vacía que tenía en un rincón de su dormitorio tapada con un pedazo de lona. Todas las noches hacía la misma operación. Dos días antes de la llegada del vapor, estuvimos hasta la madrugada contando y planchando con las manos aquella montaña de billetes de todos los valores: desde 1 peso hasta algunos de 1000. Y llegamos a lo más amargo de esta historia: en toda la costa no había una sola sucursal de Banco, y quería que yo le llevara todo aquel dinero a Buenos Aires para entregarlo en la casa. Primero me negué terminantemente. Le hice ver las dificultades y la responsabilidad que importaba para mí. Tenía que meterlo dentro de los baúles de muestras y que no podía estar cuidándolos; los dejaban en cualquier sitio a la intemperie, en las bodegas del vapor, en los galpones de la aduana. —Comprenda que Vd. me pide una cosa imposible. Ni se inmutó. Cogió un saco (una chaqueta) de las muestras; la más grande. Le descosió el forro y la rellenó de fajos de billetes hasta las mangas. La colocó en la mitad del baúl; rodaron durante 15 días por todas partes, pero al final llegaron sanos y salvos a Buenos Aires. Venían allí más de 20.000 pesos. D. Pascal los contó y tomó nota, pero a mi no me pidió un solo comprobante, ni siquiera un simple recibo. Así era D. Pascual Daleoso. Me hizo pasar malos momentos. Se cobró en esa forma todo el montón de conservas finas que me comí.

Ma Cristo, pilla cualo que te piache manya de tuti hasta qui sono finito.

Come de lo que más te guste, hasta que se acabe.

Te conté la parte más saliente, pero hay un montón de pequeñas cosas que seguiré contando. Seguro de que llamarán tu atención.

15

Día 31 de marzo de 1951

En aquellos primeros viajes en carro y en galera por la campaña del Río Negro, en una ocasión llegamos a un punto llamado «Fortín Mercedes», justo a la orilla del Río Salado. Había una especie de cabaña de unos pobladores vascos: Ochoa Hnos. Arrendaban campos fiscales; tenían una inmensidad de ovejas, más de 20.000 en aquellos momentos. Había allí una especie de proveeduría; de todo un poco, hasta cosas de botica. Compraron ropa hecha para la peonada. Estuve con los vascos un par de días. Un poco más lejos se alcanzaba ver un gran edificio rodeado de unos muros más altos que los de la huerta de tu tía Cristina.

Se trataba de un colegio de Padres misioneros. Con uno de los Srs. Ochoa fuimos a visitarlo. Eran frailes subvencionados por el Gobierno para la reducción y educación del Indio. Cuando uno puede ver personalmente todo aquél trabajo a fuerza de privaciones y sacrificio, en medio de aquel desierto, ignorados del mundo y de la civilización, hay que inclinarse y creer. Tan grande es la obra humanitaria que realizan. Nos atendieron con toda deferencia y en uno de los patios hicieron formar a sus pupilos. Había de todas las edades: chiquitos, medianos y ya más grandecitos. Todos con sus uniformes gris[es]. Limpios, alegres, satisfechos.

Los iban recogiendo por toda la campaña, como animales salvajes, para educarlos y prepararlos para la lucha por la vida. Les enseñaban oficios de carpintero, herrero, albañil, agricultor, a sembrar frutos a plantar árboles, a podarlos, a injertar. Les inculcaban el amor a la fruta y a las flores. Después que llegaban a una edad determinada, los mismos frailes se encargaban de buscarles trabajo en las poblaciones o en las estancias de la zona. Total, que hacían de un salvaje, de una cosa inútil, un hombre útil para él y para la sociedad. Quedé varios días impresionado porque una cosa es leerlo en los libros y otra verlo allí en los confines del mundo.

Besos para mamá, saludos a todos los hermanos y todo nuestro cariño para María de

Elisa y José

16

[Dorso]

Tarjeta Postal

Vista de Buenos Aires, República Argentina

Sra. Josefa G. de Rodríguez

Barcia

Mamá: ¿Se acuerda de Tito? No le hablo del Mariscal Yugoslavo; me refiero [a] aquél enano zapatero remendón que vivía en el Romedal, casi frente a la casa de Carlones. Siempre borracho, cantaba o reñía. Desde la Magdalena ya se sentía el escándalo que armaba en su casa o con los vecinos. Yo creo que lo hacía con especulación para no pasar desapercibido. Un abrazo de sus hijos Elisa y José.

B^{s}. Aires, abril 5 de 1951



17

Buenos Aires, 5 de mayo de 1951

María, queridísima hermana: Me refiero a alguno de los párrafos de tu simpática carta de fecha 14 de abril. Dile[s] a las nenas que recuerdo varias «cencerradas» famosas ahí en el pueblo, y entre ellas esa que indican de Leiján, pero no me acuerdo de los nombres.

La orquesta que se formaba resultaba de lo más interesante: latas de petróleo vacías, calderos viejos, cencerros de las vacas medio rotos con un sonido destemplado, medio ronco, y por último los cuernos, que hacían de cornetas. Todo formaba un conjunto de lo más agradable… Cuando Elisa se enteró del fracaso de tu proyectado viaje a Mallorca, quedó medio tristona y me encarga decirte que cuando nosotros vayamos, ese será el primer gusto que te daremos.

Creo que en ello va también un poco de egoísmo porque leyó y le hablaron tanto de ese paraíso, que también ella desea conocerlo; y así algo vamos ganando en la patriada. Conoce los viajes hasta Corrientes por el Alto Paraná, que antes resultaban encantadores; (ahora lo echaron a perder esta chusma que se creen los nuevos ricos) especialmente de noche.

Como van siempre por la costa, se van viendo todos los pueblos y ciudades del trayecto bien iluminados y, muchos, encaramados en lo alto de pequeños barrancos o montañas. El efecto que produce desde el vapor, es de lo más agradable. También cuando íbamos a las Sierras de Córdoba le tocó pasar dos noches en un vaporcito por el lago del Río 3°.

Toda la costa adornada con farolitos de papel y guirnaldas de flores, jugando de un vapor a otro con papel picado, pomos y serpentinas, casi hasta la salida del sol. Todas estas cosas resultarían otra vez muy agradables, si pudiéramos sacar por lo menos 30 años de encima. Leí con fastidio el reproche, fuera de lugar, que te hizo D. Evaristo, y el mal efecto que con toda razón te causó. Y todavía pretendes querer disculparte diciéndome: «mira si será mala tu hermana pequeñina». Creo haberte dicho en distintas ocasiones que me gusta que seas así, franca, sin hipocresía, sin falsedades. Recuerdo que en las primeras cartas mías te decía: tienes mi mismo carácter con todas sus rebeldías, eres bien mi hermana y yo te quiero así, tal cuál eres. Me parece que vamos a ser buenos amigos. Ya verás que no me equivoqué.

Ese otro hermano que dices tenía papá; ese tal Carlos, es la primer noticia que tengo de él. Nunca jamás lo he oído nombrar, cosa que no deja de llamarme la atención, si bien es cierto que nada se ha perdido con no saber que existía en el mundo tan *hermoso ejemplar*... Siento una gran alegría [al] saber que mamá sigue bien. Dile que hace unas noches me acordé mucho de ella. Tengo un amigo, de esos que hay muy pocos en el mundo, nace uno cada 100 años y resulta muy difícil dar con él. Se llama Juan de los Hoyos. Nació en la República Oriental del Uruguay, tiene tres años más que yo. A la muerte de su padre, siendo muy joven, vinieron a Buenos Aires con su familia: una hermana mayor y la madre, una hermosa viejita, que hace pocos días cumplió 96 años.

Es por eso que te decía que me acordé mucho de mamá. Hubo una pequeña fiesta de familia y fui a saludarla. En cuanto me vio, vino muy resuelta [a] decirme: «¡Ay Rodríguez, tú y mi Juan estáis poniéndoos muy viejos! Tenéis todo el pelo blanco; Juan hasta el bigote». —Así es señora, a este paso pronto estaremos iguales con Vd. —Te equivocas, ninguno de los dos me alcanzará nunca. (Afortunadamente. Ruego a Dios que así sea).

Con Juan hace 45 años que somos amigos, sin haber interrumpido nunca esta relación. Trabajamos en casas distintas y en distintos ramos, viajamos juntos algunas veces y otras por diferentes provincias, pero siempre estuvimos en contacto. Así, cuando faltaba poco para terminar el viaje, nos poníamos de acuerdo para encontrarnos, y pasar aquellos 15 o 20 días de tregua juntos.

Hasta que salíamos otra vez, no nos separábamos más. Recién cuando dejé de almorzar en los hoteles del centro, él hizo lo mismo. Fuimos compañeros de mesa durante más de 25 años. Hablarte de este gran amigo sería cosa de no terminar nunca. Hace muchos años tenía yo un desarreglo nervioso. Pasaba semanas enteras sin poder dormir ni una sola hora. Los médicos, como siempre, aconsejaban descanso y mucha tranquilidad. Estos doctores, son los seres más felices y más originales, aconsejan cualquier cosa sin ocuparse de si el paciente está en condiciones de poder cumplirlas. Hoyos dejó su viaje para acompañarme. Fuimos a la República Oriental, a 100 Kilómetros de Montevideo a un sitio que se llama «Colonia Suiza». Está en medio del campo, no hay población. Es como el caso de una gran estancia. Están solo los hoteles. Nosotros paramos en el «Hotel Suizo». Después hay el «Grand Hotel», el «Hotel Central» y otro más que ahora no recuerdo el nombre. Cada hotel está dentro de un parque cercado, distante uno de otro, media legua. El parque está formado por una inmensidad de árboles viejísimos en donde predominan los eucaliptus, algunos tan enormes que se necesitan dos y tres hombres para poder abarcarlos. Hay distracciones y juegos de toda clase. Incluso cancha de pelota y cancha de bolos, y muchos juegos de «sapo». A pesar de esta soledad, todos los hoteles estaban llenos de turistas argentinos, uruguayos y brasileños. Por el día caminábamos lo increíble. Íbamos hasta la primer población: un pueblo bastante grande, simpatiquísimo. Se llama «San Javier». Otras veces por el lado opuesto, y a la misma distancia, hasta el Río de la Plata, a los dos hay una distancia de casi 3 leguas. Por la noche nadie puede moverse del hotel, porque no hay caminos, ni luz. Cada hotel tiene su equipo propio.

Después de 8 días nos hicimos baqueanos. Conocíamos todos los recovecos y todas las costumbres.

A las cinco de la mañana íbamos al tambo del hotel con un paquete de bizcochos. Allí había varios hombres ordeñando las vacas. Tomábamos grandes tazones de leche calentita, recién sacada, sin colar, hasta con pedacitos de caca entre la espuma. Esto para que se lo cuentes a Camilo. Si no te cansa, sobre esto tenemos mucho que hablar.

Besos para mamá, saludos a todos nuestros hermanos y para María todo el cariño de

Elisa y José

18

Buenos Aires, 2 de junio de 1951

María, queridísima hermana: Me refiero a tu cariñosa carta, fecha 19 de mayo. Veo que tus dientes y muelas siguen dándote bastantes disgustos y, por lo que dices, recién en agosto o octubre empezará la segunda serie. Es algo que apena y te compadezco. Bastante aceptable el menú que me ofreces: sopa del potaje de mediodía, puré de patatas y papas.

Algunas veces, cuando hace frío, también Elisa sabe hacer «papas» que aquí se llama «pulenta». Como hija de italianos la hace muy bien. Tiene una paciencia a toda prueba. Es capaz de estar más de una hora dándole vueltas con el palo. A ella le gusta mucho; come al mediodía y por la noche. Yo como un poco, por acompañarla, pero es una cosa que no me llama la atención. En cambio el puré de patatas sí, lo como con frecuencia, junto con las milanesas o las chuletas. Soy un poco carnívoro. Si a las comidas no hay un plato de carne, lo extraño. Por la noche lo se comer con filet de pescado. Nos hizo gracia la manía de mamá de ir levantando las «buchas» del camino y de la admiración de sus nietos: «bolita caca». Esto sacó a relucir una anécdota de la casa Fernández Roca Cía de Rosario, donde yo trabajaba entonces. Uno de los hermanos Fernández, un hombre crudote, pero en el fondo buena persona, de buenos sentimientos.

Eran de Ribadeo, y sabíamos por empleados de la casa, que también eran de allí, que su origen fue de lo más humilde. Decían que hubo un tiempo que hasta pedían limosna. Antonio Fernández, se llamaba aquel señor de mi historia. La madre lo mandaba al puerto a limpiar las lanchas que llegaban de la pesca. En pago le daban algún pescado ordinario o poco vendible.

Por las tardes le hacía ir con un cesto por la carretera a recoger «buchas», y hasta que el cesto no estaba lleno, no podía volver a casa. Un día, después de almorzar, hablábamos con un señor, D. Marcial Aguirre, vasco y muy amigo de Antonio. Por ahí, uno de aquellos muchachos de Ribadeo, le enseñó un nuevo saludo para cuando llegara su amigo. Claro, sin darse cuenta del significado que tenía. Así, cuando llegó Antonio, le dijo: ¡Hola!, ¿cómo te va Carrola? (Este era el mote que tenía en su pueblo, por su oficio). De pronto quedó medio desconcertado, pero enseguida reaccionó y le contestó como una fiera: Mira, Marcial, te puedes ir a la pu… que te parió, vos y quien te enseñó ese chiste. ¿Qué te parece?

Dices que estás enfadada conmigo, pero no tienes razón. Sin embargo, estoy bastante intrigado, porque veo que mis cartas no llegan con la misma

regularidad de antes. Así, me entero, por esta carta tuya de fecha 19, que aún no recibiste un mía del 12 de mayo. Quiero suponer que más tarde haya llegado a tu poder. En mi anterior del 27 te indicaba todas las fechas de las cartas que te escribí durante el mes de mayo, y entonces podrás ver que no te olvidé y mucho menos he dejado de quererte, como tú me dices.

Como te indicaba en mi anterior, de una a otra, nunca hay una diferencia mayor de ocho días. Por lo pronto, la de fecha 29 de abril, con una postal para mamá, parece que se perdió, pues hasta la fecha nada me dices.

Muy interesante eso de la madrina de guerra, pero me parece que hiciste muy bien en des[h]acerte de todos esos compromisos. No creo que ahí pudieras encontrar nada bueno y mucho menos algo que pudiera hacer tu felicidad. Efectivamente, recorrimos bastantes parajes bonitos con Elvira y pasamos momentos agradables. Ella nunca había salido de Rosario y jamás había pisado el comedor de un hotel de categoría. Desconocía por completo aquél ambiente, el de entonces, y se veía en todos sus actos muestras de agradecimiento. Recibí la foto de una parte de la casa paterna y, como yo recuerdo todo con tanta claridad, me causó gran emoción.

También Elisa la miraba con admiración y, sin levantar la vista, decía: ¿Llegará pronto el día que yo pueda entrar por esa puerta y asomarme a alguna de esas ventanas? Hace un momento vino a mi mesa para que le diga a María, que de aquella Elisa bonita, según ella, ya no queda más que el recuerdo. Dile a María que, de la Elisa que ella se imagina, queda solo la abuelita. Quiero que se lo digas para que si algún día llegáramos a conocernos, no se sorprenda. Claro que, de 17 a un poquito más de 60, las circunstancias no son iguales.

Día 3 de junio

En la Colonia Suiza estuvimos con Hoyos 20 días. Salimos de allí como nuevos. Los primeros días tampoco podía dormir; después hasta en los bancos del parque, por los rincones, abajo de los eucaliptus, ponía la chaqueta de almohada y dormía horas enteras. Y no hablemos de la comida. Aquello más bien parecía propio de personas mal educadas, incultas. En el Hotel Suizo el ambiente era sencillo, familiar. No había lista. Traían los platos servidos de la cocina: cuatro o cinco de entradas con dos o tres clases de postre. Al principio rechazábamos la mitad, después todo venía bien. A las cinco tocaban la campana para la merienda: sendos tazones de café o thé, con pasteles de cocina y manteca a granel. Yo le decía a Hoyos: bueno chico, después de esto, no voy a cenar. Pero llegaban las nueve y ni un solo plato iba de vuelta a la cocina. Ya casi resultaba una grosería. Servían un vinito clarete muy bueno. Decían las etiquetas: «Vino de la Colonia-Cerros

de San Juan». Averiguamos frente a San Javier, pasando el río, [que] ahí empezaban los «Cerros de San Juan». Un día visitamos una de las tantas bodegas. Gente buena, atenta; quisieron enseñarnos todo. Enseguida alcancé a ver al final de uno de los parrales una cantidad de cruces y mármoles. Se trataba nada menos, que del cementerio de la Colonia. Sin muros de ninguna clase, separado de los viñedos solo por un alambrado de púa. Quiere decir que a simple vista se veía que las parras debían nutrirse con las cosas que iban largando los muertos.

Desde ese día, ya no tomé más vino de los «Cerros de San Juan». Cambiamos de marca. Teníamos morriña el día que salimos de la «Colonia Suiza». Es en esos momentos que uno siente no ser rico para cuando hay una cosa que gusta, quedarse allí hasta que le de la gana.

Besos para mamá, saludos a nuestros hermanos y todo el cariño para María de

Elisa y José

[Texto de un recorte de anuncio en prensa adherido]:

Oviedo, España, 30 (AL). Una nueva sociedad, que acaba de constituirse en Madrid, explotará las minas de oro existentes en los consejos asturianos de Tin[e]o Luarca y otros. La sociedad trabajará con un capital de quince millones de pesetas.

19

[Dorso]

Tarjeta postal

Buenos Aires, junio 3, de 1951

Sra. Josefa G. de Rodríguez

Barcia

Mamá: un día estaba yo segando yerba en el Ribón de Portizuelo (en el ribón de abajo, como vds. le llaman). De pronto, por el camino de enfrente, apareció el sacristán tocando la campanilla, seguido del cura y una cantidad de gente. Allí también alcancé a ver a mi madre. En un minuto bajé al fondo del prado, pasé por el de el Rodrigo, salté ese arroyo que lo divide, subí por el de enfrente, que entonces lo arrendaba Ramón de Agustín, y me coloqué a su lado.



Llevaban los Santos Sacramentos a una viejita que se moría en una cabaña al final del camino. A pocos pasos del mar.

Después le seguiré contando esta historia.

Un millón de besos de Elisa y José

20

Buenos Aires, 24 de junio de 1951

María, queridísima hermana: Me refiero a tu cariñosa carta de fecha 3 de junio. Lamento el fallecimiento de tía Joaquina (mi madrina). Apena, en verdad, enterarse de esa vida de sufrimiento que le tocó, moral y material. Para hablar con franqueza, fue una mujer que nunca se hizo querer, le faltó siempre nobleza y esos buenos sentimientos que distinguen a las personas de bien. En ese sentido no parecía hermana de mamá.

Ya en mis tiempos, recuerdo que aprovechaba cualquier oportunidad para meter cizaña y molestar a mamá que siempre le pagaba con bondades todas las perrerías que trataba de hacerle. Parece que estuviera dominada por los celos o la envidia.

Yo no se si sabes que Pepe del Rodrigo, pretendió casarse con mamá y que ella no le quiso. Después se casó con tu tía Joaquina. Al final, parece que todas sus porquerías las pagó con creces. Procura no leerle estos comentarios a mamá; no hay necesidad de molestarla, porque, después de todo, era su hermana. Pregunta Elisa si recibiste una postal que te mandó con unos versos de Luarca…

Dile a Elisa que la recibí y que en una de esas cartas que se perdieron, te pedía se lo hicieras presente que dentro de unos días, pensaba escribirle. Te decía que ese poema de Cienfuegos no me era desconocido, que lo sabía de memoria, que lo había leído en un álbum que tengo con 20 fotos de Luarca y una dedicatoria muy atenta de Camilo. Está fechada en enero del año 1941. Ahí aprendí el poema de Cienfuegos. Te decía en aquella carta que cuando era viajante leía mucho, especialmente las noches de invierno, cuando hacía frío o lluvia y no se podía salir del Hotel; había que irse a la cama temprano. Todavía hoy aparecen por cualquier rincón novelas de Blasco Ibáñez, de Felipe Trigo, de Alberto Insúa, de Eduardo Zamacois, de Vargas Vila, de Benito Pérez Galdós etc., etc.

Te decía que por los años 1912 al 1914 me tocó conocer de cerca a Blasco Ibáñez. Había venido a la Argentina para dar una serie de conferencias. Era un tipo grosero, estúpido, mal educado, parece que se sentía algo así como un semi Dios, porque en esa fecha, estaba en todo su apogeo como novelista. En una ocasión lo encontré en la ciudad de Córdoba, en el «Hotel San Martín». En aquellos tiempos todas las familias pudientes de Córdoba tenían por costumbre cenar en el Hotel; hacían de esa forma una reunión social. Pues bien, aquel burro mareado con su fama, tenía la audacia de presentarse en el salón comedor con una especie de Robe de Chambre y con gorra que ni para comer se sacaba. Se sentaba en un rincón, en una mesita que tenía reservada, y mientras comía, leía un montón de diarios sin importarle un pito de la gente que llenaba el comedor.

Un día llegó una comisión de vecinos de Villa María formada por personas honorables, comerciantes españoles de firmas muy conocidas y argentinos que se destacaban por distintas causas. Venían a invitarlo para que fuera a Villa María a dar dos conferencias. Los atendió de mala manera, con una grosería impropia de un hombre medianamente decente.

Aquél animal les sale preguntando cuantos españoles había en la Villa y qué población tenía la ciudad para terminar diciéndoles que si no se comprometían a asegurarle una cantidad determinada de dinero, que no iba; porque él no había venido a la Argentina para perder el tiempo.

Está demás que te diga que lo mandaron a la mierda… ¿Qué te parece? ¿Es puerco, sí o no? Le tomé tanta repugnancia, que cada vez por casualidad me topo con algún libro de él, lo saco a patadas. Me llama la atención lo que cuentas del metro de Madrid, tan famoso para los españoles: oscuro, sucio, mal oliente y feo… Los sutes de Buenos Aires son completamente distintos: amplios, cómodos limpios, bien ventilados. Sólo el CHADOPIF[77] (así le llaman al construido por una empresa española) tiene tres estaciones: Carlos Pellegrini, Diagonal y Florida, que en los días de verano se siente mucho calor, falta aire y uno se asfixia; pero es porque en esas tres estaciones pasa abajo del Anglo (Inglés) y del Lacroze (N. Americano) a 20 metros de profundidad y parece ser que los ingenieros no pudieron salvar ese inconveniente; pero todas las demás estaciones son una verdadera obra de arte. Desgraciadamente ninguno llega a Villa Urquiza, sólo el Lacroze llega a «Chacarita» que es justo la mitad del camino y fíjate bien lo que te voy a decir. De Chacarita al centro hay las siguientes estaciones: Chacarita, Dorrego, Canni[n]g, Río de Janeiro, Medrano, Aguero, Pueyrredón, Pasteur, Callao, Uruguay, Carlos Pellegrini, Florida y L. N. Alem. Para hacer este recorrido demora 14 minutos exactos. Con los demás medios de locomoción a nivel, cuando llegan, tardan más de 40 minutos. Ahora sí, en los sutes, no hay que pensar en ningún momento poder tomar asiento, tal es la inmensidad de gente que viaja. A mediodía, o de 6 a 7 de la tarde, es algo impresionante.

Buenos Aires tiene hoy 4.500.000 habitantes incluyendo los franceses y los judíos. Referente a la impresión que tienes de los gallegos, en general, es así; claro que como en todo hay excepciones. Yo he tenido, y tengo, amigos gallegos que son personas buenas y decentes. Campos es uno de ellos. Además, los jefes de aquella casa Fernández Roca Cía de Rosario, en donde trabajé 15 años, Roca era catalán, y los hermanos Fernández, gallegos de Ribadeo. Gente excepcional, honestos, correctos, decentes, espléndidos en todo sentido. Resultaría bien difícil encontrar hoy en toda la República una persona que reuniera, siquiera la mitad de aquellas buenas condiciones. Y eso que su origen había sido de lo más humilde. Llegaron a la Argentina casi analfabetos, faltos de lo más rudimentario en cultura, pero parece que habían nacido para ser, por encima de todas las cosas, hombres de bien. Yo me retiré de allí por

[77] «Chadopif» es una denominación que se le daba al Subterráneo en los años 30 ó 40, debido a que la empresa encargada de su construcción fue la Compañía Hispano-Argentina de Obras Públicas y Finanzas (CHADOPyF). Disponible en <http://www.enelsubte.com/informes/la-linea-los-espanoles-78-anos-uniendo-destinos-865> [con acceso el 4-3-2014].

pequeñas diferencias de carácter. Ese fue el pretexto pero, la verdad, fue por la enfermedad de Elisa.

De esto ya te hablé en otra ocasión. Si no hubiera sido este motivo, estoy seguro que aún estaría en el Rosario. Sobre este tema hemos de charlar mucho con mi hermana María.

El miércoles 20, recibí tu carta fechada el 10. Además quiero decirte que oportunamente, también llegaron a mí poder las cartas cuyas fechas indicas y, de todas acusé recibo y comenté sus párrafos más salientes.

Besos para mamá, saludos a nuestros hermanos y para María todo el cariño de

Elisa y José

21

Buenos Aires, 1 de julio de 1951

María, queridísima hermana: Como decía en el párrafo final de mi última carta [de] fecha 24 de junio, con bastante retraso recibí tu carta del 10, así como todas las demás que indicas, de las que acusé recibo y comenté las cosas más salientes. Lo que está sucediendo con la correspondencia es desconcertante, que no tiene explicación. Todas las cartas que te envío, yo mismo las llevo al Correo Central y allí las estampillo. Los otros días reclamé a uno de los tantos empleadillos diciéndole que ahora que el gobierno había doblado el estampillado de las cartas, era cuando más se perdían, precisamente cuando el servicio debía ser mejor desde el momento que cobran el doble. Medio trató de «enconarse» le dije que todos sus desplantes eran inútiles ante la realidad, desde que a mi, en un mes, se habían perdido por lo menos tres cartas. Vino uno de los jefes y alega, no sin algún fundamento, que la falla no está aquí, porque de la central va directa al avión, que más bien debe buscarse en donde las cartas sufren más manipuleo; para el reparto.

Parece que no hubiera ningún culpable, pero la verdad es que las cartas se pierden. Es cansador y fastidioso todo esto, sin saber como hacer para remediarlo. Como no tengo copia, resulta casi imposible repetirlas con exactitud. Por eso debo decirte lo más aproximado. Por esta última carta tuya, veo que a mamá le gustan los helados. Si estuviera más cerca de Buenos Aires, podría saciarse. Aquí en el verano es algo maravilloso las proezas que hacen en esta industria. Hay confiterías que presentan 20 combinaciones distintas, bien

hechas, porque no carecen de ningún ingrediente. También a Elisa le gustan y a mi no me desagradan, pero los tomo con recelo y desconfianza, porque me hacen doler la barriga; me sirven de purga. Si fuera fácil, por cada avión le mandaba a mamá un[a] caja llena, aunque me sucediera lo que al Aragonés del cuento. Le hicieron probar los helados y le gustaron tanto que quiso hacérselos probar a su mujer. Compró uno y lo guardó en la faja. Cuando quiso darle el obsequio, no estaba más…. El pobre baturro, no podía explicarse como hizo para perderlo y para mearse por los pantalones…

Leí con emoción el accidente de nuestro hermano Pedro. Para mí, como te decía, es la primer noticia. En mis andanzas por la campaña me tocó presenciar varios casos por el estilo; algunos fatales. Se lo que eso significa para los familiares, para los amigos y aún para las personas que tengan que estar en contacto. No me agrada este tema, me gusta más bien contarte alguna anécdota, o cualquier clase de chistes, aunque sean superficiales.

Ahora quisiera hablarte de esa carta del 27 de mayo que también se perdió, pero me va a resultar un poco difícil. Una pequeña anotación que conservo dice: carta fecha 27 de mayo, se le contesta a María una suya de fechas 5-10 y 11 de mayo. Busco esta carta y allí empiezas a contarme tus sufrimientos con las muelas y los dientes en manos del dentista. Comentaba estas cosas y una cantidad de otras generalidades que ahora resulta un poco difícil recordar con exactitud. Recuerdo que te hablaba del mal tiempo reinante en España, de lluvias, vientos y nieves, cosas raras a esta altura del año. Te decía que no me tomaba de sorpresa por cuanto leo todas esas noticias en el Club Español, en los diarios que reciben de distintas provincias españolas.

Así, los otros días venía un telegrama de Bilbao; decía: que desde enero a la fecha, había llovido 105 días, lo que resulta asombroso. Campos dice que ni siquiera a Dios se le puede culpar de estas cosas raras que están ocurriendo en el mundo, porque como se trata de un señor tan viejito debemos disculparle cualquier barrabasada que se le ocurra cometer. Te hablaba de la fiesta de San Antonio de Cuncieiro, pues me anunciabas que esos días pensaban subir y te decía que probablemente para el próximo año, si las dificultades no aumentan, pudiera yo acompañarles. Y te hacía presente que tanto tú como mamá, quedarían asombrados, puesto que no pensaba subir por el camino real, sino por ese sendero bien pendiente, que empieza un poquito más allá del cementerio. Te decía que puedo subir y bajar todas las veces que me de la gana, porque tengo unas piernas sanas y fuertes que son una bendición. Y te contaba varias excursiones por las Sierras de Córdoba, que subí montañas más altas y más difíciles que la de San Antonio, como el Orinoco, frente a

Capilla del Monte que tiene 3.000 metros de altura. De 20 que lo intentaron solo tres llegamos a la cumbre, los demás se quedaron por la mitad del camino y algunos más abajo. ¿Qué te parece?... En esa carta te mandaba unos prospectos con el itinerario de algunas excursiones por las sierras, entre ellas una hasta Mina Clavero, que tenía interés conocieras, porque algo tengo que escribirte sobre esto. También te mandaba una tarjeta muy artística que sabían poner en las mesas del comedor o en los dormitorios de los Hoteles, que decía más o menos:

Bienvenido: Abierta a la tranquilidad, esperando entregarle su quietud al nerviosismo humano, que le viene del trajín preocupado de las ciudades; agreste, solemne, sencilla en su naturaleza virginal, porque conoce aires de pureza, la serranía clásica de Córdoba, animada por sus cielos eternamente limpios, se ofrece al turista, anticipándole su bienvenida, asegurándole encontrar el sosiego y la paz que viene anhelando…

Por suerte, hasta la fecha recibí todas tus cartas. La última llegó el lunes pasado; tiene fecha 17 de junio. Los sellos dicen que llegó a Buenos Aires el p. pasado sábado día 23 pero a Villa Urquiza llegó el lunes 25. Mientras vayan llegando, un día o dos de diferencia no tiene mayor importancia.

Un abrazo para mamá, saludos a nuestros hermanos, y para María todo el cariño de

Elisa y José

22

Buenos Aires, 15 julio de 1951

María, queridísima hermana: Vivimos justo al revés. Estamos en julio, tú en pleno veranito, con días espléndidos de sol, y en plena época de fiestas y romerías, de visitas al Carretón, a Chau, al Molino y a Portizuelo etc… En cambio aquí, en Buenos Aires, estamos en pleno invierno. Hasta hace unos días fue llevadero, con temperaturas benignas, pero estos últimos 15 días el termómetro se abonó a los 3 y 4 grados bajo cero. Tenemos la suerte que esta casita nuestra de Villa Urquiza es una bendición. Le da el sol (cuando lo hay) desde que sale hasta que se oculta. Dejando abiertas las puertas del patio, entra hasta el último rincón y durante dos o tres horas cubre las camas. Para decir verdad, me gusta más el frío que el calor. Esos días de 36 hasta 40 grados acobardan, dejan el cuerpo molido, deshecho, igual que si le hubieran dado una paliza. Y no hay como remediarlo; en todas partes se está mal. En cambio,

con este frío, nos vamos arreglando. Comemos en la cocina. Con la instalación del Super-Gas, está siempre templadita. Enseguida de cenar, me voy a la cama, y una vez allí, puede hacer todos los grados bajo cero que se le antoje porque no me molesta. Siento un poco el frío al levantarme y, después, nada más. En Buenos Aires no caen nevadas. Durante los 36 años que vivimos aquí, nevó una sola vez. Alcanzó a cubrir, pero al mediodía solo por los rincones se veía algún montoncito de nieve. Cuando yo viajaba los territorios del Río Negro, La Patagonia y Chubut, entonces eran bravísimas. Me tocaron rachas de nevar 8 días seguidos. El espesor de la nieve alcanzaba un metro y la temperatura bajaba hasta 15 o 20 grados bajo cero. Y, sin embargo, siento más el frío de hoy que el de aquellos días; bien es verdad que tenía un montón de años menos y la sangre decía tener muchos más «glóbulos rojos» que la de ahora. Con frecuencia comentábamos con Elisa escenas de aquellos tiempos.

Así le cuento que en la huella por donde pasaba la galera (no había caminos) en donde había un poco de agua, se formaba una capa de hielo tan dura, que las ruedas pasaban por encima sin romperlo. Yo viajaba siempre en el pescante al lado de Bartolo (así se llamaba uno de los dueños de la empresa); dentro era imposible resistir.

Viajaba la gente amontonada, faltos de higiene. La atmósfera resultaba insoportable. Ocho o diez días antes de cada viaje le escribía a Bartolo para que me reservara mi sitio. Era tan intenso el frío que las orejas reventaban y la punta de la nariz se pelaba; parecía el culo de un mono.

Y así fui viendo y aprendiendo muchas cosas que al principio resultaban raras, y terminaban después por resultarme familiares. Llegábamos a una de las tantas postas. Mientras algunos de los peoncitos, semi indios, cambiaban las mulas, otros, se internaban en el campo y venían con grandes brazadas de «bosta». ¿Sabes lo que es bosta? Pues caca seca de caballo, de mulas y de guanacos. Las vacas todavía no habían llegado a aquellas alturas. Con eso hacían el fuego y encima asaban sendas tiras de costillar y paletas de cordero. Los primeros viajes me hacía el delicado, no quería comer la carne asada en esa forma, pero la necesidad obliga, y después el argumento de que el fuego lo purifica todo, probé y me resultaba un manjar. Debo advertirte que después del primer viaje, iba preparado contra toda sorpresa. Así en mi canastita siempre había alguna tortilla de chorizos o de jamón, pollo asado, tarros de lengua de ternera, queso, dulce y fruta seca, nueces y avellanas. Y todo lo ponía a disposición de los peoncitos. Hacía causa común para que me dieran una tira de aquella carne asada encima de la «bucha». ¡Y pensar que yo me sentía feliz haciendo aquella vida!

Pasaron después muchos años y de vez en cuando sabía encontrar a Bartolo. Buenos Aires es inmenso, pero solo las montañas no se encuentran. Almorzó varias veces conmigo y me contaba su historia.

Vivía en Flores, tenía una posición modesta, lo suficiente para ir viviendo. El progreso casi lo arruinó. Tendieron el ferrocarril de Bahía Blanca a Patagones y el trayecto que él con su galera, demoraba casi tres días, el f.c. lo hacía en unas pocas horas. Con él pasé momentos agradables. Tenía siempre a mano una serie de anécdotas interminables. Era buenísimo a pesar de la vida que le tocó. Era simple como un niño. Yo le decía: dime Bartolo, aquí en confianza, ya sabes que no te voy a denunciar ¿cuántos gringos despachaste por la Campaña de Patagones? —Mira, me decía, antes de que tú viajaras y después, serví a muchos viajantes y a otras personas, que por distintas causas debían hacer aquel recorrido. Con muchos me suelo topar por aquí, y dan vuelta la cara para no saludarme. Hay que ver cuantos favores les hice. Otros me saludan por compromiso. Claro, ahora no les interesa más el mayoral de la galera. Si hubiera que empezar otra vez, sería con todos como antes; sólo a ti le contaría el final de los gringos…

Le entregaban sumas enormes de dinero para que lo depositara en los Bancos de Bahía. Le encargaban un sin fin de operaciones y todo lo hacía en la forma más honesta y desinteresada. Dicen que Dios es un señor sabio y justo e infalible, puede ser, pero no acabo de convencerme. No se qué ventaja encuentra en prescindir de aquella gente de antes, sencilla y buenísima, para ir largando al mundo toda esta resaca y todo el chusmaje que se encuentra por todas partes.

Parece que hizo lo del topo: cambió los ojos por el rabo. Campos dice que hay que disculparlo porque está muy viejito, pero es que de un tiempo a esta parte, está haciendo o dejando hacer, muchas macanas…

Un abrazo para mamá, saludos a todos nuestros hermanos, y para María todo el cariño de

Elisa y José

Hace unos días llegó tu cariñosa carta para Elisa. Oportunamente te contestará.

Es de fecha 29 de junio, día de San Pedro.

23

Buenos Aires, setiembre 16 de 1951

María, queridísima hermana: En mi carta anterior te prometí terminar aquella historia de uno de mis viajes al «Chaco». Hacía dos días que estaba en el Tostado y recibo un telegrama de la casa que decía lo siguiente: «D. Julián Carsuza nos pide muestras. Le hemos escrito diciéndole que Vd. se encuentra por esa zona. Visítelo y trate de venderle». D. Julián era un cliente antiguo de la casa; *francés* y, por lo tanto, amigo de Laureana. Pero es el caso que D. Julián era administrador de una estancia que empezaba a formarse y tenía una pequeña proveeduría a cinco leguas fuera del Tostado, en un punto que le decían Arroyo Portalis. Alquilé un carro y fui a visitar a D. Julián. Terminábamos de trabajar y se había formado una tormenta, muy frecuentes en aquellos lugares, pero se puso tan feo que parecía que el cielo se venía abajo. Llovió dos días y dos noches seguidos. Se desbordaron los arroyos y todo el campo era una sola laguna. Y tuve que esperar que bajaran un poco las aguas. No había puentes y no se veía ni la huella de los carros. Finalmente mi cochero que era un «criollo» y conocedor de aquellos parajes, me dijo: podemos salir mañana temprano, vamos despacio, estoy seguro que podremos llegar. Como te dije antes, todo era una sola laguna, se veía en algunas partes matas de Chañar[78] y Piquillín[79] fuera del agua. Parecía que caminaban movidas por racimos de insectos que se habían subido allí, escapando de la inundación. Millones y millones de lagartos, de víboras, de culebras de todas las clases y de todos los tamaños. El hombre me explicaba las que eran venenosas y las que eran inofensivas. Éstas las cogía con la mano y las otras las tocaba con el látigo. Para mí todas eran igualmente repugnantes. Las veía abrir la boca, mover algo que parecía la lengua y sacar y meter los aguijones que parecían dos agujas. Más de una legua a las dos orillas del carro fuimos presenciando este espectáculo. El caso fue, mi querida hermana, que esa noche en la habitación del hotel, pasé las de Caín. Cualquier cosa que me tocaba en la cama, el más pequeño ruido, parecía una de las víboras que había venido conmigo. Veinte veces encendí la luz y revisé todo. Ni aún dejando la lámpara prendida estaba tranquilo. Fue una noche espantosa; no pude dormir ni cinco minutos y ¡no amanecía nunca!

Dile a Laureana que tampoco yo tengo muy buen recuerdo de los franceses que me tocó tratar en la Argentina.

---

[78] Árbol de la familia de las fabáceas (o leguminosas) de fruto dulce y comestible.

[79] Especie de arbusto espinoso endémico de Argentina.

No María, no fumo; pero poco ganamos con ello. Había por tu pueblo un refrán viejísimo: «el que no fuma, ni compra tabaco, se lo lleva el diablo por otro furaco».

Exacto, yo no fumo ni compro cigarros, ni cigarrillos, pero toda mi vida he comprado botellas de cogñac, ron, Chartreaux, etc., etc., porque adquirí la mala costumbre de tomar una copita con el café después de cada comida. Esos días de mucho frío, un buen vaso de leche caliente, con una copa de Domecq Fundador o Room Negrita, es formidable, no hay nada en la *Botica* que lo pueda igualar. Lástima que hasta esta mala costumbre hubo que suprimir. Antes de esta última guerra maldita, cualquier botella de esos licores legítimos, importados, costaba entre cinco o seis pesos. Las mismas marcas pero no el mismo contenido, cuesta hoy entre cincuenta y ochenta pesos la botella. Así que lo «usamos» solo en las grandes ocasiones.

Empiezo ahora a comentar tu interesante carta fecha 19 de agosto. Ante todo me alegra saber que Fina mejora rápidamente y que haya aumentado de peso. Dile que se apure a ver si dentro de poco alcanza a esa gorda que figura en una de las últimas postales que le mandé a mamá. Esa que dice: «pues mira, en las sierras me pongo agilísima». Preguntas si me acuerdo del menú del antroido. Ya lo creo, y de cuando le pedía a mamá que me cortara del centro, era más positivo, no tenía tanto desperdicio, como las puntas.

Dices que las comidas de antes, te gustaban más que las de hoy aún siendo las mismas. Puede ser, entonces había más facilidades para prepararlas, no faltaba ningún ingrediente, cosa que hoy, ni aún con dinero se consigue. Después influye también los años que van pasando y que se llevan consigo, una gran parte del entusiasmo. Cada cosa a su tiempo.

Yo he vivido mi vida en un ambiente excepcional. Te dije que durante más de 20 años almorzaba en el centro porque no tenía tiempo para venir a casa. Éramos una patota de amigos que estaban siempre a la espera de cualquier oportunidad para organizar una de esas grandes comilonas.

Al recordar esto siento una gran pena; el balance es de lo más desastroso. De más de 20 sólo quedamos apenas seis, entre ellos mis amigos Campos y De los Hoyos. Apropósito, Campos hace unos ocho días se fue enfermo para su casa de Pringles y las últimas noticias que tengo de él, de su sobrina, no son nada buenas. ¡Sólo faltaba ahora que también Campos nos deje! Es mejor no pensar en estas cosas, porque termina uno por volverse neurasténico. Mira que Buenos Aires es inmenso, pues no había rincón que nosotros no conociéramos; especialmente esos sitios clásicos para hacer nuestras comilonas. Había entonces en las afueras un recreo que se llamaba «Bolería Asturiana», especialistas

para preparar esos platos típicos regionales: «Fabada a la asturiana» seguida de grandes fuentadas de morcilla, chorizos longaniza, jamón, y los huesos tan sabrosos de lacón. Nada de complicaciones, sólo eso, con un vino bueno. Salíamos de allí alegres y confiados… igual a esos mozos de tu pueblo que en las romerías decían: «Qu[i]en me de un pan, doille un peso».

Continuará

Con nuestro cariño para todos

Elisa y José

Tengo una carta tuya de fecha 27 y 28 de agosto, sin contestar. Lo haré oportunamente.

24

Buenos Aires, 14 octubre de 1951

María, queridísima hermana: Tendría que seguir con el contenido de mi carta del 19 de agosto que no llegó a tu poder; pero hoy voy a comentar algunos párrafos de tus hermosas cartas, empezando por la del 13 de setiembre, incluyendo también una para Elisa del día 14. Empiezas lamentándote por la falta de mis cartas. El mismo día que la recibí te mandé una postal dándote todas las explicaciones del caso y te decía que no sabía qué medidas tomar para evitar estos contratiempos. Hasta ahora yo mismo despaché todas tus cartas desde el Correo Central. En lo sucesivo lo haré desde cualquier oficina de Villa Urquiza Como son pequeñas, tienen poco personal, puede ser que así me atiendan y quieran tomarse el trabajo de darme alguna explicación. Por lo menos me quedará el recurso de protestar, pues hasta hoy parece que ni siquiera hubiera ese derecho. Tomo nota de tu pedido de estampillas, pero lamento tener que decirte que llegaste un poco tarde. También por aquí, hubo y hay, una cantidad de familiares que se dedican a «la filatelia». Son sobrinos de Elisa y han acaparado todas las estampillas que había en casa. No hay un solo sobre que conserve los sellos correspondientes. Sin embargo dile[s] a mis sobrinos que me ocuparé de su encargo y trataré de complacerlos en cuanto me sea posible. Poco a poco iré mandando todas las que pueda conseguir. Elisa está contenta y agradecida con la cartita que le mandaste y que te contestará oportunamente. Me llama la atención lo que cuentas de Ricande y de la Magdalena. Se ve que hasta en los rincones más escondidos en el mundo tampoco existe paz y tranquilidad.

Creo haberte dicho que empecé a viajar muy joven, allá por el año 1904; tenía por entonces 22 años. Recorrí más de la mitad de la República por parajes muy difíciles, pero no peligrosos. Difíciles por falta de medios de locomoción y de comodidades. Crucé la mayor parte del Chaco en medio de montes tupidos y de noche. En verano debido a los calores brutales que sabe hacer allí: 46 y 48° a la sombra, generalmente organizaba los viajes para la noche, calculando aproximadamente las horas para llegar a destino, con individuos nativos que solo ellos podían salir de lo intrincado de aquellos montes. Y nunca jamás me sucedió nada por lo menos nada que pudiera ser digno de mención. Al contrario, cuando hacía alguna observación sobre el peligro que pudiera existir, oía siempre la misma cantinela: «No tenga miedo señor, por aquí no hay gente mala». Y así era en verdad, pero todo eso terminó después de las dos guerras mundiales.

Ya al finalizar la primera, el Chaco se convirtió en una madriguera de bandidos. Pandillas organizadas asaltaban, robaban y cometieron varios crímenes. También cayeron algunos viajantes. Secuestraron comerciantes de dinero para exigir rescate. Hasta $200.000 mil les costó a los familiares de alguno. Llegó un momento que ni aún de día se aventuraba nadie a transitar por aquellos lugares. La policía resultaba impotente, o no se atrevía a meterse con aquellos forajidos. Tuvo que intervenir el gobierno de la Nación. Mandó un cuerpo de su ejército, cercaron los montes y los mataron a tiros, igual que si cazaran panteras o tigres. Ni uno sólo se entregó vivo. Hoy todo está otra vez tranquilo, pero después de lo ocurrido, quedó una gran desconfianza. Así que cuando se presentaba la ocasión de hablar de los viajes que yo hice por allí en los primeros años, les parecía que contaba cuentos de las «Mil y Una Noche[s]» especialmente, cuando había alguien que no me conocía. Es una desgracia ver después de tanto progreso, hasta donde llegamos hoy en lo moral.

Recuerdo esa casa que está en ruinas, ahí en Ricande. En mis tiempos había una taberna y de noche gente que venía de todas partes, jugaban a las cartas por dinero. En una ocasión mataron a uno y lo llevaron hasta la vuelta del Furcón, lo tendieron en medio de la carretera con la intención de hacer ver que lo había atropellado la Ferro-Carrilana, pero las mulas un poco antes de llegar se pararon y no quisieron seguir. También recuerdo que «La Magdalena» tenía su historia, pero yo nunca he visto nada anormal y pasé por ahí miles de veces, incluso de noche y no solo eso, sino que cuando llegaba al fondo, frente a ese puente, había un atajo que atravesaba varios montes de pinos. Pues bien, para no dar la vuelta y pasar frente a la única casa que existía entonces en «La Magdalena», me parece que vivía allí un carpintero con su familia,

subía por aquel atajo que iba a salir al camino real, casi frente al Romedal. Efectivamente, resultaba imponente atravesar de noche aquellos lugares, pero creo que influía mucho el espectáculo grandioso que la Naturaleza derrochó en ese lugar, porque es hermoso de verdad.

Recibí tu cariñosa carta del 28 de setiembre, la que contestaré dentro de unos días.

Antes de terminar, quiero decirte para que te sirva de consuelo, que el tiempo en la Argentina está tan «loco» como el de tu pueblo. Según el almanaque empezó la primavera el 21 de setiembre, pero desde entonces no tuvimos un solo día primaveral. Vientos y lluvias de semanas enteras, humedad y frío con temperaturas de 3° bajo cero. Hoy es un día terrible de viento. Empezó el temporal a media noche. Son ahora las cinco de la tarde, y continúa con la misma intensidad. Rompió una cantidad de ramas de los frutales y el piso está cubierto de «brevas» de las higueras. Parece que no dejó una sola.

Es una verdadera desgracia.

Con nuestro cariño para todos. Hasta dentro de unos días

Elisa y José

25

Buenos Aires, 4 de noviembre de 1951

María, queridísima hermana: Vamos a ocuparnos hoy del contenido aproximado de mi carta fecha 30 de agosto; otra de las que no llegaron. Empezaba comentando algunos párrafos de una tuya del 8 de julio y te decía: María, te ruego quieras saludar y felicitar en mi nombre a ese Sr. Marino. Hazle presente que no estoy de acuerdo con su temperamento porque está reñido con mi manera de ser, pero que por esta vez trataré de disculparlo. Debe tener en cuenta que hace apenas un par de meses que formó su nuevo hogar, que aún tendría que estar en plena luna de miel. Salvo que también eso entre en el programa. Hay seres que les pide el cuerpo y entonces el Sr. Marino hace bien en complacerla. ¡Existen tantas aberraciones en la vida! Sin embargo lo que no me parece justo bajo ningún concepto, son las pretensiones de querer hacerlo levantar a las cuatro de la mañana para mandarlo al Carretón a ver si había «ouca»[80]. No señor, eso no lo encuentro bien, molestar al Sr. Marino

[80] Algas.

para una cosa tan prosaica cuando él a lo mejor tenía proyectado otro programa para esa hora. Dile que tan pronto me sea posible le voy a mandar para que se entretenga en los ratos de ocio, un tratado que anda por aquí, [que] se titula «Las delicias del hogar». Bueno María, dejemos ahora al Sr. Marino en compañía de su dignísima esposa y pasemos a nuestros asuntos.

Eso de la ouca me trae a la memoria una cantidad de recuerdos. Primero: Una vez estaba con papá en esa explanada que hay al entrar al Ribón de la Uz. Desde allí se alcanzaba a ver la plataforma de madera, sobre el mar, por donde subían la «ouca». De pronto papá me llama: —Dime José, ¿aquél hombre que está encima del tinglado, abrazado al poste de la polea, no es el abuelo? —Por la distancia no se distingue bien; pero parece que es él.

Vamos, me dice. Subimos por ese pequeño sendero que hay en plena montaña (camino de cabras) y calladitos sin hablar, ni hacer ruido, nos quedamos al lado de esa casilla que había atrás de las poleas, esperando que D. Juan terminara de mirar, porque efectivamente era él quien estaba abrazado al poste. Entonces papá se enfadó mucho: —«¿No le dije cien veces que no quería verlo más encima de ese precipicio? Otra vez que lo encuentre lo voy hacer encerrar en un cuarto de donde no podrá salir más. —Non Pedro, nun tengas miedo, que nun me pasa nada; taba mirando si había ouca pa avisale a Evaristo.

—«¡Qué carajo va mirar Vd. si hay «ouca», si no es capaz de ver los cinco dedos de su mano!»

Papá tenía razón, yo miraba al fondo por entre las ranuras de las tablas y los hombres que estaban en la playa, parecían cangrejos.

D. Juan era un viejito inquieto, caminaba siempre; lo encontramos por todas partes.

Otra vez, cortaban pinos en esos montes fiscales, abajo de Cuncieiro, y el hombre le dice: —¡Cuidado D. Juan que va a caer el pino!

—Dale coño, dale, que nun «chega» hasta aquí.

Y el pino cayó y «chegoü» porque una de las ramas lo alcanzó y le rompió una pierna, cuando el viejito debía tener cerca de 90 años.

Puede ser que mamá recuerde algo de estas historias porque muchas veces le tocó ir a curarlo y hasta cambiarle la cama, pues su nuera, la mujer de Evaristo, muy poco se ocupaba de D. Juan. Recién, un poco antes de venir a Buenos Aires, habían colocado las poleas en el Carretón. Antes subían la «ouca» en maniegos por esa cuesta interminable. Tal vez te parezca una exageración, sin embargo es completamente cierto. Ahí están tus tíos Carlos y Carmina que

junto con Cristina, les tocó muchas veces soportar ese suplicio. Pienso que los que estaban en la cárcel eran más felices que aquella pobre gente. Nunca pude olvidarme de estos penosos recuerdos, porque siempre me pareció una salvajada impropia de seres humanos.

Dices en una de tus últimas cartas: «calle Pueyrredón ya la conocía de nombre». Pues bien, French al 2000 queda entre dos grandes avenidas: Callao y Pueyrredón, en pleno centro de la ciudad, en el barrio Norte, donde vive mucha gente de dinero. Queda también cerca de los paseos más grandiosos de Buenos Aires, bosques y lagos de Palermo y a un paso del Cementerio de «La Recoleta». Allí llevan solo a los millonarios y a los próceres. No se ve un metro de tierra, nada más mármoles y bronces. Parece más bien un salón inmenso, donde se realizara una exposición de obras de arte. Desde luego las hay de todos los artistas más célebres del mundo. Personas que han viajado mucho dicen que el Cementerio de Génova (Italia) es lo más grandioso que existe. Puede ser, yo no lo conozco, pero este de La Recoleta es sencillamente imponente. Hay después el del oeste, vulgarmente le dicen La Chacarita, es enorme de grande, como todo Barcia hasta Caroyas y hasta Almuña. Entran aquí para salir más de 250 a 300 por día. Este es el que visitamos con frecuencia; hay algunos familiares, varios amigos y un montón de conocidos. Siempre le decía a Elisa que no me gustaría que me tocara aquí; prefería cualquiera de los pueblitos de las Sierras de Córdoba, son más apacibles y no hay tanta «caca»... al menos uno no los conoce. Pero tuve que cambiar de opinión. Verás; uno de los últimos viajes que hicimos a Córdoba, creo el año 1945 o 46, llegamos hasta Mina Clavero, paramos en el «Eden Hotel». Un día, varios pasajeros del Hotel, organizaron un almuerzo campestre. Fuimos a un sitio cercano que le dicen «Un rincón Serrano». Es algo maravilloso. Pasamos allí todo el día y a la tardecita, veníamos en el coche de un amigo y hubo que pasar frente al cementerio local. A las mujeres se les antojó que querían verlo y entramos. Había una cuadrilla de hombres que con una pequeña máquina echaban gases por todos los agujeros, que eran muchos. Nos dijeron que una plaga de «cuises» y vizcachas invadió el cementerio y hacía estragos. Los «cuises» es un bicho parecido al topo que hay en tu pueblo y las vizcachas son similares al conejo. Según decían los hombres, todos los cajones que iban a la tierra esperaban que empezaran a pudrirse o, cuando eran ordinarios los rompían con las uñas y con los dientes y se daban el gran banquete. Es por esto que cambié de opinión. Soy un poco nervioso y no me gusta que cuando uno duerme vengan a hacerle cosquillas.

Con todo nuestro cariño para todos,

Elisa y José

26

Buenos Aires, 27 [de] febrero de 1952

María, queridísima hermana: Vamos a terminar con el tema de mi carta anterior. Clara, no recuerdo si fue antes o después de María, pero como eran las primeras nenas, mamá la tenía siempre limpia, con aquellos vestiditos esponjosos de organdí[81]; parecía una muñeca. Clara y Jacinto estaban juntitos en el cementerio, en tierra, entrando a la derecha, casi pegado a ese rincón que servía como «osario». En frente en la pared, tenía cada uno un cajoncito, especie de pequeño nicho, que mamá cuidaba con cariño. Una campanita de aceite con mariposas, flores de trapo o de papel y alguno de lo últimos juguetes, que fueron de los *nenos*. Todavía iba yo a la escuela de la carretera. Por costumbre el cementerio estaba cerrado siempre. Lo abrían solo cuando había que hacer sitio para un nuevo pupilo.

Eso sucedía a los años, ni en Barcia, ni en las «brañas» no se moría nadie. Algo por el estilo sucedía también aquí en estos pequeños cementerios de las Sierras de Córdoba, o en los valles de las provincias del Norte. Muy despacio, se iban formando las poblaciones, tiempo después nacían la iglesia y más tarde el cementerio. Pero para poder inaugurarlo era todo un problema, había que matar alguno, para que lo estrenara. Tal vez te parezca una broma, pero en muchas ocasiones sucedió así.

Mira María, en uno de los tantos pueblitos de la Pampa, existe uno que en un tiempo se llamó «Aguas Buenas». Yo lo conocí y estuve allí cuando la población eran media docena de casas de chapas de zinc. El único signo de civilización era la estación y los rieles del ferrocarril que entonces pasaba dos veces por semana. Muy despacio, fue creciendo, y no hace mucho, resolvieron hacer la iglesia y el cementerio. Y sucedió lo que dije más antes: no lo podían estrenar. Entonces la comisión de Fomento, estableció una «prima» para el primero que muriese. Se hacía cargo de todos los gastos del entierro y además le regalaban 50 pesos a los deudos para luto.

Y pasó lo siguiente: cerca de Aguas Buenas (a tres leguas) hay otra población que se llama «Adolfo Van Praet». Allí murió uno de esos cómicos fracasados que ya nada les queda hacer en las ciudades y para no morir de hambre salen a la campaña. Sus compañeros se enteraron de la «ganga» que ofrecían en Aguas Buenas y no lo pensaron más, llevaron allí al finado.

[81] Tela blanca de algodón muy fina y transparente.

Pero les salió mal el negocio. Resultó que en esos días era presidente de la Comisión de Fomento un señor asturiano de un pueblo que se llama Barcia y él, D. Francisco Rodríguez, les dijo: «Efectivamente la «prima» de que Vds. hablan existe, pero para los pobladores de esta colonia o para los vecinos del pueblo, pero no para el primer aventurero que se le ocurra morirse en cualquier pueblo de la Pampa». Total que el cómico estrenó el cementerio de Aguas Buenas pero sin cobrar la «prima». Cuando se te presente la ocasión, háblale de esta historia a Elisita y así verás que tu hermano, hasta la fecha, no te dijo una sola mentira.

Pero volvamos a nuestro tema, a lo que empecé a contarte. Te decía que tendría entre 8 o 10 años y que aún iba a la escuela de la carretera. Al salir, cuando estaba abierta la puerta del «Campo Santo», corría para enterarme de lo que se trataba, y para mirar, una vez más, los pequeños nichos de Jacinto y Clara. Un día, el hombre hacía una «cueva» justo en el centro del cementerio; con su pala colocaba la tierra a los dos costados. De tanto en tanto, aparecían varios huesos, no puedo decirte sus nombres técnicos de medicina porque no estudié anatomía; y a lo mejor confundo la «tibia» con el «peroné». Pero salían de todos los tamaños. Los más chicos los tirábamos al «osario» apostando con los otros «críos» quién tenía mejor puntería. Con los más grandes jugamos a los soldados por todos los rincones del cementerio, con la tolerancia del enterrador que se reía de nuestras travesuras. Pero al llegar a casa, [a] mamá ya la habían enterado de todo y me esperaba en la puerta del portal, muy enfadada. —«Ven pa aquí cundenau, que me vas a matar a disgustos». De un tirón sacó el delantal y me llevó por el pasillo hasta ese rincón, al lado de la ventana que mira a la huerta, entre la cocina y el comedor. Ahí había un lavatorio de hierro con una palangana. Mamá gastó una pastilla de jabón lavándome la cara y las manos. Mientras tanto, seguía con la letanía: —«You nun sei cumu sos tan gocho; xa sos grande y debías tener más respeto con lus muertos». Pero ni en esa ocasión me pegó. Mamá no me castigó nunca. En realidad no entendía bien de que muertos hablaba mamá. Los huesos estaban completamente limpios, apenas tenían un poquito de tierra; si más bien parecían pedazos de mármol.

¡Quien puede saber los años que estuvieron allí! A lo mejor fueron del bisabuelo de Xuana de la Ventera.

Con nuestro cariño para todos

Elisa y José

María, está en mi poder tu carta del 3 de febrero que recibí hace varios días.

Es una carta muy cariñosa, llena de elogios, que desde ya te agradezco.

También la comentaremos cuando le llegue el turno.

27

Buenos Aires, 8 de marzo de 1952

María, queridísima hermana: En una de tus últimas cartas preguntas ¿que quiere decir «el pago»? Por lo general, se nombra así a todos los lugares apartados de las vías de comunicación. El «pago» le dicen a los puestos de los pobladores en esta inmensa campaña Argentina, y a los ranchos donde viven los peones de las grandes estancias. El rancho lo hacen con barro y ramas. Muy interesante para verlo de pasada, pintado en las postales o descripto en las novelas, pero nada más. Allí falta hasta lo más indispensable para la vida de un ser humano. En su gran mayoría, son habitados por hijos del país, por ser más sufridos o más cochinos. Es el lugar donde nacieron o residieron muchos años. Aunque también el estanciero que vive mejor, al volver de la ciudad dice: —Ya estamos de vuelta en nuestros «pagos» o en nuestra «querencia». Los dos son términos netamente argentinos pero, para decir verdad, pueden aplicarse en cualquier parte del Mundo.

Por ejemplo: los vaqueiros, al regresar a las «brañas», después de haber servido en Madrid como porteros o mucamos, pueden decir: estoy de vuelta en mis «pagos» o en la «querencia».

Juana de la Ventera tenía esas dos cosas. Y hasta yo mismo cuando llegue a Barcia y vaya contigo al molino, al Ribón de la Uz, a Portizuelo, etc., etc., podré exclamar: ¡al fin estoy de vuelta en mis antiguos «pagos», en mi «querencia»! Manuel Alonso, aquel paisano tuyo de Castropol, que vivió tantísimos años en el desierto, sobre la costa del Salado, en la campaña de Río Negro, también tenía allí su «pago» o su «querencia». Bueno, de esto no estoy bien seguro, me parece que aquella *bestia* la única «querencia» que tenía eran las botellas de alcohol. Creo haberte explicado con bastante claridad el significado de estas dos palabras argentinas, «pago y querencia». Cuando empecé a viajar, salir al campo, al pasar frente a alguno de esos ranchos me resultaban simpáticos, emotivos.

Los pocos años, unido a la falta de experiencia, me hacia ver todas las cosas de color de rosa. Después al caer obligado por las circunstancias y tener que

pasar la noche en alguno de ellos, entonces se acabó para siempre la simpatía y el romanticismo.

La primer vez salí de allí con dos millones de pulgas y otra con un contagio de sarna de las ovejas. En todas estas cositas que te voy refiriendo espero no veas nunca una exageración o una mentira; están todas dentro de la más absoluta verdad. Mentiras, tonterías y fantasías son las que pintan los poetas o los novelistas al hablar de los ranchos: —«Bajo el alero escarchado encontré esta madrugada una palomita helada», etc., etc. ¡Mentira! Allí no se encuentran ni palomitas, ni gorriones helados. Todo lo que se puede hallar es lo que yo encontré: *pulgas* y *sarna*. Todavía hoy se me pone la carne de gallina al pensar cuando fui al médico por aquella picazón entre los dedos y en las coyunturas: —«Mi amigo lo que Vd. tiene es un contagio de sarna. Debe haber dormido en alguna cama en donde antes lo había hecho otra persona atacada de este mal».

El Dr. debió notar el efecto desastroso que me produjo su diagnóstico, porque se apresuró a decirme: —Pero mi amigo, no se ponga Vd. así que no tiene la importancia que se imagina. Yo le prometo que en 24 horas estará completamente limpio. Y así fue.

—Vaya a su hotel, haga preparar un baño con el agua casi hirviendo, o por lo menos todo lo más caliente que la pueda resistir. Después aplíquese en toda la parte enferma, esa pomada que le doy, envuélvase en la sábana y duerma tranquilo. Por la mañana métase bajo la lluvia para sacar toda la grasitud, y quedará como nuevo.

Hice todo lo que me mandó, menos dormir tranquilo. Pero al día siguiente estaba sano. Desde entonces nunca más entré en ningún rancho. Cuando me ocurría alguno de esos contratiempos, que nunca faltan, al que viaja la campaña, dormía al aire libre en pleno campo, bajo el carro, o encima de mis baúles de muestras. Mucho cambiaron las cosas después de tantos años, pero todavía hoy *ese paraíso* no tiene ni *cuarto de baño, ni luz eléctrica*. Siguen siendo una indecencia y una gran porquería.

Con todo nuestro cariño

Elisa y José

También está en mi poder tu carta última del 24 de febrero. Casi toda ella dedicada a una profesión de Fe Católica. Desde ya esa es la religión de tu hermano, la que le enseñaron de pequeño y además porque es la de sus padres y hermanos. Pero deseo hacerte presente que no soy un creyente incondicional, tampoco estoy de acuerdo con tus afirmaciones de que todos somos un

montón de seres ignorantes e infelices, incapaces para poder discernir sobre las sorpresas que la vida nos va deparando, puesto que Dios es infinitamente bueno, sabio, justo y debemos aceptar sin protestas todo cuanto a Él se le ocurra «regalarnos».

Son argumentos muy buenos para el que está encerrado en un callejón sin salida, para un sermón de cura de aldea, o para un tratado de filosofía barata. Puedes quedar tranquila, tu hermano jamás intentará sacarte de tus creencias, pero es bueno que sepas que es creyente, pero no a ojos cerrados.

No está conforme con la clásica teoría:

Dios es la suma bondad
El sabe lo que nos conviene
Y ya que jodidos nos tiene
¡Hágase su voluntad!

28

Buenos Aires, 10 de abril de 1952

María, queridísima hermana: Hoy deseo comentar algunos párrafos de una carta tuya del 10 de febrero que, a querer, había dejado aparte. Nada me extraña referente a la conducta de aquellos pequeños salvajes de la Pampa, ni a ninguno de Vds. les llamaría la atención si pudieran ver donde nacen, cómo los crían y cómo viven. Menos mal que Dios libró a mis hermanas de semejante castigo o de esa maldición.

Yo siempre consideré un desalmado, sin escrúpulos y sin conciencia, al que a sabiendas es capaz de sacrificar a un semejante sólo para satisfacer sus instintos. Miente quien hable de amor o de cariño en donde existe solamente un egoísmo brutal. Por muy humilde que sea el origen de las personas, todas tienen en su juventud, esperanzas, e ilusiones que al caer en una de esas emboscadas quedan deshechas para siempre. ¿Qué es lo que se puede esperar una vez llegado a esas pocilgas inmundas donde falta todo, desde el pan, hasta el agua para beber y para lavarse? Te habla quien lo conoce prácticamente, sin agregarle nada de dramatismo o cosas novelescas. La vida en los bosques del Chaco o en esas llanuras inmensas de La Pampa, es algo espantoso. Sin tener, en muchos casos, ni siquiera el consuelo de la compañía de algún otro ser humano con quien poder desahogar sus penas y sus miserias. Viviendo aquellos días interminables, los meses y los años sin más esperanza que la

muerte que, para colmar la desgracia, tampoco llega. Siempre lo mismo: animales, cielo, tierra, lluvias y vientos, calor y frío; elementos todos inseparables de su desdicha. No me refiero a ningún caso determinado; hablo en general, de lo que conozco, de lo que yo he visto. En varias de mis cartas, así al pasar, te hablé de algunos casos sueltos. Te conté una pequeña parte de la vida que llevó aquel paisano tuyo de Castropol, D. Manuel Alonso, en la campaña del Río Negro. De D. Pascual Daleoso en Trelew (Chubut), de D. Julián Carsuza del Arroyo Portalis, en el Chaco. Y hoy he de contarte la historia de D. Ramón Eudal; un hombre bueno, que fue mi amigo, pero que también cayó en esa debilidad, llamémosle así para no emplear términos más duros, aunque más apropiados. D. Ramón fue uno de tantos empleados de casa de campaña que quiso independizarse. Tenía que buscar un lugar en donde no hubiera competencia porque sus recursos eran pocos. Fue así, que encontró un lugar a 4 leguas del ferro-carril, una colonia en los límites de las provincias de Santa Fe con Santiago del Estero. El sitio no era tan desolador como los otros. Allí, al menos, acudían «gauchos», «paisanos» y peones de las estancias a emborracharse en su «*boliche*». A la puesta del sol cerraba su pequeño negocio, asegurando puertas y ventanas con trancas. Solo atendía [a] algún conocido por un agujero con barrotes de hierro. Después de algunos años hizo un viaje a su pueblo natal, una pequeña aldea en la provincia de Valencia. Allí conoció una niña, joven, bonita y bastante preparadita. *Se enamoraron y se casaron*. D. Ramón era un buen mozo, un lindo tipo de hombre y aquí empieza el calvario. No encontró mejor regalo de bodas que traer a su joven esposa a pasar la *luna de miel* a Pajas Blancas; así le decían a aquél rincón del monte, entre borrachos y bestias. ¿Quien es capaz de explicarnos los sufrimientos morales de aquella pobre mujer? Cuando yo la conocí debía estar cerca de los 38 años. Tenía todo el cabello blanco y se veía en su semblante y en sus modales, los estragos de su dolor. Fui amigo íntimo de la casa y sentía por ella mucha pena, más aún porque ciertos rasgos de su persona, eran algo parecidos a mamá. Varias veces que he tenido que ir allí, se me trataba como a un[a] persona de la familia, no tenia secretos para mi y me tocó presenciar escenas que no quiero repetir.

Los sufrimientos, los desengaños, habían matado en aquella pobre Sra. hasta los más pequeños detalles de educación y de cultura. Se veía un odio profundo hacia el esposo, a quien culpaba de haberla engañado y ser el causante de su desgracia. Tenían varios hijos. La mayor, María Elena, era entonces una niña de 15 años. Muy bonita, parecía buena, pero estaba siempre preocupada y triste, parecía que estas dos desgracias las tenía metidas dentro del alma. Tal vez fuera causante el lugar donde nació, el ambiente y las discusiones y

reproches diarios de sus padres. Últimamente se educaba en un Colegio de Hermanas del Rosario y murió trágicamente antes de cumplir los 18 años. Porque al final D. Ramón, terminó por donde debía haber empezado, pero demasiado tarde. Ya no era posible sacar nada bueno de aquel montón de ruinas.

Alquiló una casa en el Rosario y mandó allí a su mujer y a sus hijos, menos al mayor, el que seguía a María Elena, que quedó con él en Pajas Blancas y se convirtió en un degenerado. Juntaba en un vaso los restos de las distintas bebidas que tomaban los borrachos y los «paisanos» y lo tragaba de un solo sorbo. La señora había quedado medio paralítica y casi ciega, parecía algo así como idiota. Un día de Carnaval, María Elena jugaba en la azotea de su casa, con otras amiguitas, con pomos y jarras de agua. En uno de esos momentos, se arrimó a la cornisa, ésta cedió y cayó a la calle. Usaba lentes y se enterró los cristales en la sien.

Unos meses antes estaba yo en el Rosario y vino D. Ramón a verme. —Te esperamos mañana domingo, para comer la «paella a la valenciana» (que él mismo preparaba de una forma magistral). Después vamos a bautizar a Juan Carlos, el último de sus hijos. Tenía ya entre 4 o 5 años; un salvaje terrible. Madrina: María Elena; y yo el padrino. Cuando terminamos de almorzar, fuimos todos caminando hasta la iglesia, distante unas pocas cuadras de su casa. Todos menos la señora que tampoco se sentó a la mesa. Por el camino, nuestro futuro ahijado no dejó una sola maldad o diablura por hacer. Y ya, en la iglesia, frente a la pila bautismal, ni callaba ni se estaba quieto. El cura se le notaba molesto y le puso la sal en la boca, de una manera un poco brusca. El pequeño salvaje la escupió y le dijo: *andá a la mierda*, «*cura de porquería, la puta que te parió*».

La pobre María Elena no sabía donde meterse de vergüenza. Desde ese día los perdí de vista. Vine a Buenos Aires. Supe al tiempo que primero falleció la señora, ya completamente ciega, y al poco D. Ramón en un hospital de Santiago. María, este es un caso, pero por el estilo he conocido cien. Puede ser que no te resulte muy agradable esta carta, pero quiero que conozcas alguna de las miserias que nos va deparando la vida, para que en cualquier momento puedas discernir, opinar y juzgar después.

También está en mi poder tu carta del 24 de marzo. Por ella me entero de la reciente indisposición de mamá, y que afortunadamente ya sigue mejor. Dios quiera que en estos momentos se encuentre completamente restablecida. Que no se olvide que la espera el cesto de *Onzas de Oro*, que está en la cuadra de las vacas, bien escondido, esperando que ella pueda dar con él. Debe estar por

el lado de la ventana que mira a la huerta; ahí hay unas cuevas que hicieron dos conejos que fueron míos. Resulta que una vez tía Sabina me regaló un par de conejitos lo más hermosos, los solté en esa cuadra y de noche salían a comer un poquito de yerba de la huerta.

Papá los hizo matar, alegando primero que salían por debajo de los cimientos y temía que la casa se viniera abajo y, después, porque no dejaban suficiente yerba para sus vacas y a lo mejor se le morían de hambre.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

María, el sábado 5, recibí una cartita de la Sta. Amadora etc., etc., diciéndome que el paquete que le entregó Avelino estaba nuevamente en su poder, que podía pasar a retirarlo en cualquier momento; que si ella no estaba, lo entregaría su tío. Mandé el lunes 7 a buscarlo y fue entregado.

Nada más puedo decirte porque aún no hemos abierto la lata. Mientras tanto para mamá, pata ti y para Milina, nuestras más expresivas gracias.

Te quiere mucho tu hermanu

José

29

Buenos Aires, 30 de abril de 1952

María, queridísima hermana: Estamos en pleno otoño; empezó el 21 de marzo; disfrutando de unos días que son una bendición. Sin duda alguna, aquí en Buenos Aires, el otoño es la mejor estación de todo el año. En la primavera sabe haber semanas enteras de vientos y lluvias, con un tiempo muy bailable. Un día hace calor y al siguiente frío. En cambio ahora en el otoño, son días serenos, apacibles, que invitan a olvidar todas las penurias pasadas. Solo los frutales nos dan la nota de tristeza. Los que no son de hoja perenne, día a día, van quedando más pelados, como las higueras, los kakis, el damasco, etc., al revés del naranjo, las mandarinas, el granado, que están en todo su verdor, cargados de fruta. Hasta los pájaros han querido darnos este año una alegría haciendo sus nidos en los árboles de casa. Es la primera vez que sucede esto.

En una de las paredes, entre la yedra, hicieron su nido unos pajaritos menudos, inquietos, pero excesivamente confiados. He tenido que cercarles el nido, con alambre de púa, para evitar que los gatos; los nuestros y los

vecinos, pudieran hacerles daño. Otros; estos les llaman «cardenales», son negros, como los «mirlos» que hay en Barcia, pero tienen la pechuga blanca y un copete, así como un moño, en la cabecita, completamente colorado. Son una preciosura.

Estos hicieron su nido en uno de los mandarinos, en el más alto. Es de palitos igual al que hacen las «pegas» en tu pueblo, en los pinos o en los «toxos». Y, por último, el otro lo hicieron en el granado, precisamente en la parte, donde está más cargado de fruta. Una verdadera obra de arte, de pajitas, viruta y plumas. Son amarillos y verdosos, parece algo así como una mezcla de canario y jilguero. Debo advertirte que no se trata de gorriones o algo por el estilo; son pájaros finos, de los que suelta todos los años la municipalidad en las plazas, en los parques y paseos. Muchos, se asustan del ruido infernal que hay en el centro y huyen a los pueblitos cercanos en busca de más tranquilidad. Estos que llegaron a Villa Urquiza, deben ser de esos. Desde luego, pueden estar seguros que nadie los molestará, ni siquiera para buscar la fruta. Ya que ellos depositaron su confianza en nosotros, es justo que sepamos corresponder.

Me agrada verlos retozar, por la alegría que traen.

Ahora he de contarte otra de mis historias: el primer viaje que hice al «Chaco» (año 1913) me tocó ir a venderle a la «Argentin Quebracho Compagni» (Compañía Argentina de Quebracho). Era una de las tantas compañías Norteamericanas poderosas dueña de *1.500 leguas de montes* en el Chaco, para explotar la industria de «tanino» que es el extracto del quebracho. Después surtían a todas las naciones del mundo de este producto argentino, que emplean las grandes curtientes para curtir los cueros para la fabricación del calzado y otras industrias similares.

Habían instalado varias fábricas en el Chaco. A mi me tocó ir a una, a seis leguas de la ciudad de «Vera» en un paraje que le decían «El Rabón». El camino era la huella que hacían las ruedas de los carros al llevar los maderos para el aserradero.

Pues bien María, a los dos costados de aquel camino, en los árboles altísimos, en los medianos, en los más pequeños y en toda clase de arbustos, había cientos de miles de nidos, de todas las clases y de todos los tamaños, unos abandonados y otros en actividad. Nunca me imaginé de poder contemplar un espectáculo así. Desde que había salido de Barcia, eran los primeros que veía.

Puedo asegurarte que no había un solo árbol en donde no hubiera tres y cuatro, a todas las alturas. Varias veces le hice parar a mi cochero para curio-

sear lo que había adentro y así pude ver unos con los huevos y otros con las crías, y con las mismas mañas de los de mi pueblo, todos a la vez abriendo el pico, para que les dieran de comer. El hombre que me acompañaba quedaba sorprendido viendo aquel entusiasmo mío por lo que no tenía ningún valor para él. Después, por el camino, me hizo una advertencia muy justa: —Señor otra vez no meta la mano, sin antes ver lo que hay adentro; las víboras saben subir a comer los huevos y los pichones y además hay un insecto, como un escarabajo, con las mismas mañas. Una picadura de cualquiera de estos dos bichos, Vd. no cuenta más el cuento, ni vuelve a España.

Continuará en la próxima.

30

Buenos Aires, 20 de mayo de 1952

María, queridísima hermana: Te decía en mi carta anterior que estaba anocheciendo cuando llegué a el Rabón. Las distintas dependencias de la fábrica estaban en plena labor. Las sierras y los motores hacían un ruido infernal al triturar los rollizos del «quebracho». Después al aserrín pasaba a los grandes hornos, de ahí salía el extra[c]to para el «tanino». Todo iluminado con potentes focos de luz eléctrica por todas partes, aquello parecía un capítulo de una novela de aventuras, una población de ensueño, en pleno Chaco, en medio de la selva. Los yankis me recibieron bien. El Hotel de primer orden, solo en las grandes Capitales podría encontrarse algo igual. La comida muy buena. Las habitaciones con unas camas que olían a limpio, convidaban a revolcarse en ellas. El piso era de mosaicos, pero con un camino de alfombra. En el centro un foco grande de luz, y en cada mesita un velador. Con aire acondicionado para el verano y calefacción en invierno. Las paredes, hasta donde alcanzaba el brazo, revestidas de azulejos blancos. Todo daba la impresión de estar en uno de esos grandes Sanatorios para millonarios. El personal de la cocina con el «Chef» a la cabeza eran «chinos». El Hotel era solamente para los técnicos y empleados de categoría de la compañía y para algún viajante aventurero que le permitían llegar hasta allí.

Tenían una gran «biblioteca» y un hermoso salón de música. Solo tres días alcancé a estar en aquel Hotel, pero si pudiera, si fuera posible, de buena gana me hubiera quedado tres años. Para decir verdad, conocer esto, los que teníamos [que] seguir viajando el Chaco, era algo así como una desgracia, porque después todo resultaba una gran porquería. He tenido el

placer de conocer y tratar al gerente general. Todo un caballero, un hombre de mundo cultísimo. Hijo de padres americanos, había nacido en la Isla de Cuba y allí se educó. Tenía el titulo de Ingeniero de Minas. Se llamaba Mr. Wood. El encargado o administrador del Hotel era asturiano, D. Bernardino Bandujo. También había estado muchos años en Cuba y aprovechaba todos los momentos para echar pestes contra España, mejor dicho, contra los españoles que gobernaban en aquellos tiempos. Decía, que era una lastima que los yankis no le hubieran quitado la Isla más antes, porque así, aún hoy, muchas madres españolas podrían gozar de alguna felicidad. Cuba fue el cementerio del 80% de la muchachada española de entonces. Las fiebres, la peste bubónica o el «vómito», hacían estragos debido al estado de suciedad y abandono en que siempre tuvieron la Isla que, tan pronto pasó a poder de los yankis, hicieron de Cuba un paraíso terrenal. Sacaron los montones de basura, que habían dejado por todas partes, hicieron las Obras Sanitarias (cloacas) que hasta entonces carecía de ellas, secaron las lagunas y pantanos para exterminar los mosquitos propagadores de todas las pestes, desaparecieron todas las enfermedades y Cuba es hoy, lo que debió haber sido siempre: «*la Perla de las Antillas*». Yo no se lo que podrá haber de cierto en todo este desahogo de Bandujo. Repito tal cual lo que me contó. Tal vez Elisa, Manolo y Pedro, puedan darnos su opinión. De todos modos, simpatizamos con D. Bernardino y nos hicimos casi amigos. (Después varias veces nos encontramos en Rosario). Un día me dice: esta noche vamos a una fiesta india, aquí no más, en el monte, va a conocer algo curioso, que le llamará la atención; le llaman «el Velorio del Angelito». Todo el perímetro de las fábricas, los yankis lo habían cercado con cinco hilos de alambre de púa. Se ve que no querían saber nada con las pulgas, la sarna, los piojos y hasta la lepra. La indiada vivía en ranchos en pleno monte y allí fuimos con Bandujo. En uno de ellos, en una especie de tablado que hacía de mesa, había un fuentón y encima de unos trapos, el cadáver de una criatura. No se cuantos días podría tener; parecía un perrito muerto. Dos velas y un montón de flores silvestres. Sentadas en el suelo alrededor, una cantidad de mujeres (o algo que lo parecía) sucias, malolientes. Mugre y humo por todas partes. Mientras unas parecía que rezaban en *Quichua* o *Guaraní*, otras fumaban sendos cigarros de «Chala», tabaco cultivado por ellas, envuelto en hojas de maíz. Un poco aparte estaban los hombres, borrachos en su gran mayoría. Tomaban Caña, Grappa y Chicha, de fabricación casera. Los yankis no permitían dentro del obraje la venta de bebidas alcohólicas. Bailaban y cantaban cosas que no alcancé a entender, acompañados de guitarras y el acordeón. Al amanecer no quedaba uno solo

en pie; dormían la «mona» tirados por todos los rincones. Nunca faltaban las peleas y el crimen, dos cosas frecuentes, pero sin mayor importancia. En el obraje había tres o cuatro vigilantes y un oficial que pertenecía a la policía de Corrientes, pero los pagaban los yankis así que todos los *pequeños asuntos* se arreglaban en familia. Los jueces nada tenían que hacer allí; no existía más justicia que el «dólar».

¿Te resultó cansador uno de los capítulos de mis andanzas por el Chaco?

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Está en mi poder tu interesante carta del 1° de Mayo que recibí el jueves 8.

[Nota aparte]:

María, todavía no hay novedad. Me aseguraron que para la próxima semana habrá novedades.

José

31

Buenos Aires, 30 de mayo de 1952

María, queridísima hermana: Vamos a comentar hoy párrafos de algunas cartas tuyas que fueron quedando pendientes. También me agrada oír a esos grandes oradores Sagrados, que los hay famosos, por la facilidad de palabra y por su inteligencia. Cuando estaba en el Rosario fui varias veces a escuchar al Padre Grenon, (cuando podía, porque en aquellos tiempos no era dueño de disponer de un poco de tiempo). El Padre Grenon era uno de esos sacerdotes que solo su presencia bastaba para conquistar de inmediato la simpatía y la admiración de sus oyentes. Joven, buen mozo, inteligente, de modales elegantes, lo tenía todo de su parte. Muchos años después, aquí mismo en Buenos Aires, supimos ir con mi amigo De los Hoyos a escuchar al Padre Franceschi y a Mons. De Andrea. El primero, también joven, era un orador notable, empleaba un lenguaje fino, florido, enseguida se hacía el dueño de su auditorio, a pesar que entre la gente culta, la que entendía de esas cosas, le achacaban que era un poco superficial. De todos modos yo, estaría un día entero oyéndolo, sin cansarme. En cambio Mos. De Andrea, de más edad, de un temperamento sereno, palabras medidas, frases profundas, un gran filósofo; pero como hablaba con tanta sencillez, sin retórica, ni cosas rebuscadas, se colocaba siempre al alcance del más profano.

Estamos hablando de su valer, como oradores, puesto que la convicción y las creencias es un asunto aparte. A mi me resultaban tan agradables como ver a esos artistas de fama mundial representar las grandes Operas como Carmen, La Boheme, La Tosca, Caballería Rusticana, Lohengrin, Parsifal, etc. De muchas ni siquiera conocemos el argumento, apenas entendemos la letra, pero quedamos extasiados ante la voz, la mímica y la música. Algo así sucede con estos famosos oradores Sagrados.

Un poco exagerada es tu información y el temor por la falta de víveres en Buenos Aires. Es cierto que faltan algunos artículos, pero es solo para los que no quieren o no pueden gastar; con dinero hay de todo, no falta nada.

Hasta ahora la gente trabaja y gasta. Las dificultades vendrán cuando empiece la desocupación. Hay que ver el escándalo que arman algunas personas porque el gobierno prohibió la venta de carne un día a la semana (los viernes). Se dice, con el fin de poder cumplir los compromisos contraídos con algunas Naciones Europeas, especialmente con Inglaterra.

¡Pero es un día por semana! Elisa está más en contacto con esa gentuza y dice con razón: que si hubieran pasado la guerra civil en España o la mundial en cualquier otra Nación, se vuelven antropófagos. Este pequeño inconveniente me hace recordar un caso que presencié en Rosario. Era en aquellos días que había en el mundo mucha *gente bien*, personas decentes y honorables. En la casa Fernández Roca y Cia, donde yo trabajaba, cada cliente era ante todo un amigo de la casa y por lo tanto de sus empleados. Estábamos pendientes de cualquier cosa que necesitaran para complacerlos, aunque fueran ajenas a la casa. Había entonces una cantidad de especialistas, médicos de fama, que tenían como honor atender sus recomendados. En una ocasión llegó de una de las provincias del Norte un cliente, D. Antenor Mansilla. Era un hombre fornido, corpulento, pesaba *140 Kilos*. Se quejaba de ciertas molestias que sentía en el estómago. Lo acompañé a uno de esos especialistas de que te hablé antes, al Dr. Archambould, de origen Francés, famoso en enfermedades del estómago, pulmón, riñones, etc. Tenía mal genio; parecía que no pedía el tiempo en zalamerías. Cuando me vio, nos hizo pasar al consultorio junto con el enfermo, con mi recomendado. Recuerdo se cruzó de brazos y quedó un rato contemplando aquel *pichón de hombre*. Una vez que le dijimos de lo que se trataba: —Desnúdese (de la cintura para arriba). Lo auscultó, lo revisó despacio y después de una serie de preguntas, le dijo (palabras textuales): —«Yo no le encuentro nada grave mi amigo. Tiene Vd. unos pulmones como un toro, ¡ya los quisiera yo para mi! Lo que pasa, que tiene el intestino atrofiado de tanto comer, se ve que Vd. come carne, como

un *animal*. Modérese, no abuse en esa forma, y no necesita ni médicos, ni Botica». Y no le recetó nada.

D. Antenor no quedó conforme. Me dijo que ese Dr. era un burro, que no le entendía su enfermedad. Muy bien D. Antenor mañana veremos otro. Y lo llevé al Dr. Greewen (joven argentino, hijo de ingleses). En un aparte me dijo: —el diagnóstico de Archambould es exacto; pero se ve que a este hombre hay que conformarlo, y le recetó: un poco de agua destilada para tomar por gotas y unas píldoras inofensivas.

Quiero decirte que si D. Antenor viviera hoy, con la escasez de carne (un día por semana) tal vez se curase sólo, sin médicos ni botica.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Está en mi poder tu interesante carta [de] fecha 11 de mayo.

No se quien podrá ser ese Sr. D. Jaime de que me hablas.

Desde ya puedo decirte que compañero mío de viaje no fue.

Hace más de 30 años que dejé de viajar y los que fueron mis colegas de aquellos tiempos (los pocos que aún viven) he conservado con ellos una relación comercial o de amistad, pero no conozco a ninguno que se llame D. Jaime.

Puede ser que conociendo su apellido fuera fácil ubicarlo, porque aquí el nombre no cuenta; nos conocemos y tratamos por el apellido.

32

Buenos Aires, 2 de junio de 1952

María, queridísima hermana: Tengo a la vista tus dos cartas de fecha 18 y 25 del p. pasado mayo. Las dos son sumamente interesantes y agradables por sus comentarios y recuerdos.

Por ellas voy conociendo, por anticipado, la mayor parte de los cambios habido en Barcia; en las casas y en la gente. Ya Ramón en una de las cartas que me mandó de ahí decía: «Barcia adelantó bastante, (claro, comparado con el Barcia nuestro) la mayoría de la casas tienen su propio aljibe, muchas agua corriente y algunas hasta agua caliente». Menos mal, por lo menos ahora no *olerá a ouca* y *cuito* por todas partes. Dile a tu madrina que aquel viaje por los montes del Chaco no tiene otro valor que la sorpresa que uno va sintiendo

al encontrarse con cosas no calculadas e imprevistas, puesto que se trataba de parajes vírgenes en donde todo era la obra de Dios y de la Naturaleza. Que donde Milina quedaría deslumbrada si pudiera ver la Provincia de Tucumán: Plazas, parques, paseos, caminos. Por donde quiera que se camine es un solo ramillete de flores, de todas las clases, formas y colores. Todo cuanto pueda exigir la imaginación, aún dentro de la fantasía. Los patios y balcones de todas las casas, cada una, es un hermoso jardín. Todo Tucumán es una visión de ensueño. Clima tropical (no hay invierno) su temperatura oscila siempre entre los 20 a 25º. Le llaman con razón «El Jardín de la República». Me gustaría ahora, entender algo de Botánica para hacerle una pequeña descripción de aquél paraíso. Solo en alguna de esas cintas americanas saben sacar países de leyenda que pueden resultar algo similar. Referente a la escuela de Dª Micaela, puedo decirte que fui a las dos.

La primera frente a la carretera, en un salón de la planta alta, cuyos otros detalles te di en varias de mis cartas. Y después a la otra que estaba a la vuelta, un poco metida dentro del camino, pero también cerquita de la carretera, ésta en la planta baja, en donde antes hubo una taberna.

Sí María, ahora recuerdo a Cecilia y Celesto Manolón, él era quien me cortaba el pelo «al rape» (por orden de papá) los domingos de mañana para no perder el tiempo.

Cuando fui a despedirme, el día antes de venir a Buenos Aires, me regaló *dos pesetas*. En aquellos días era el jornal de un hombre que «rozaba», «sachaba» patatas y maíz, de sol a sol. ¡Cómo cambiaron los tiempos!

Mira María, «La Chameirana» no se dónde es. Quiero suponer que quede por ahí al lado de Leiján. En cambio recuerdo ese camino que pasa detrás de la «era» y de la casa del Caminero, pero en mis tiempos no existía ninguna edificación, sólo al llegar al Romedal estaba la casa de Cristino. También me acuerdo de Pepa Cristino, de la Farracona y de su hijo, un «americano» borracho. Recuerdo otros detalles pero es mejor que te los cuenten Elisa o Milina. La Farracona vivía frente al Rodrigo, en una casa nueva, casi igual. Efectivamente existía en mis tiempos el altarcito en el Cruceiro, en medio del camino, entre el edificio de la escuela que era de papá y la casa del Camacho. Ahí hacían el baile los mozos el domingo y días de fiesta, al anochecer. Fue donde aprendí a bailar. Después, mi querida hermana, todo se me olvidó; nunca más pude bailar. Primero no había tiempo que perder y más tarde ya no tenía objeto, ni ganas.

Lamento haber *metido la pata* al hablarte de la Casa de Chiquilín. Menos mal que no dije alguna macana o mentira. No sé si estaré equivocado, pero la

casa tenía un portón grande que estaba siempre cerrado. Era un matrimonio con dos hijos; un varón y una mujer. A esta creo le decían «Trina»; debía llamarse Trinidad. De todos modos de estos detalles no estoy bien seguro.

Esa chica, Angelina, me resulta muy simpática y sin conocerla la quiero, tal vez sea porque es tu amiga.

Después todos los nombres que citas así al pasar los recuerdo y me resultan familiares: el Camacho, Cecilia, Celesto Manolón, Mosquera, Xuaca la Riestra, el Murciano, Florento del Pontigón, el Caseiro, el Obispo, Dios, *los de Cojón*. Menos mal que en esta racha no entró *el «Culón»*. Razón tenía aquel curita para escandalizarse. No sabes cuanto disfrutamos con Elisa recordando estos nombres, pero mucho más con la anécdota que nos cuentas de la «*Flor de Asturias*». Y lo más grande de todo es que dice la verdad y que esa es mi madre.

Con todo nuestro cariño

Elisa y José

Copiado del libro *Todo en Broma* de Vital Aza.

«*A mi médico*»

Asegura Usted Doctor,
con mucha formalidad
que para mi enfermedad
el tabaco es lo peor,
y me pone usted, cruel,
en el trance amargo y duro
de no fumarme ni un puro…
¡ni un cigarro de papel!

Un día —¡tan sólo un día!—
seguí su plan con firmeza,
pero me entró una tristeza
que creía que me moría.

Yo Doctor, podré pasar,
si así me lo manda hacer,
cuatro días sin comer.

¡Pero lo que es sin fumar…!
¡Imposible…! ¡Empresa vana!

Mándeme otra medicina:
el colombo, la quinina,
el ruibarbo, la genciana…
¡el demonio!, lo que sea…
que yo tomaré al instante
todo lo más repugnante
de nuestra farmacopea.

¿Pero mandarme señor
que no fume en veinte días?

¡Eso es pedir gollerías
queridísimo Doctor!

En este mismo momento
y sin el menor empacho
encerrado en mi despacho
y saltando de contento,
con un placer infinito
y de mi vicio orgulloso

me estoy fumando un jugoso
Cabañas, ¡que es exquisito!

¿Dice usted que es un veneno
el tabaco para mí?
El tabaco malo, si,
pero hombre ¿el tabaco bueno?

¡No me venga con simplezas!
Yo con un puro me curo;
por algo se llama puro,
¡porque no tiene impurezas!

Un buen tabaco Doctor,
tonifica, fortalece,
depura, nutre, embellece,
limpia, fija y da esplendor.

No hay nada más excelente,
más higiénico y más grato.

Tiene un mal: ¡Que no es barato!
¡Ese es el inconveniente!
Nada Doctor: Yo protesto
contra esa prohibición.

Lo malo de la cuestión
no es esto solo, no es esto.

Lo malo es que mi mujer
ya se ha llegado a enterar
y no me deja fumar
y me tengo que esconder.

Me registra los bolsillos,
si hay algún puro, lo saca
y me quita la petaca
y me deja sin pitillos.

Y me manda y me suplica
que no fume, por favor
«Tiene razón el Doctor,
¡El fumar te perjudica!»
La pobre se desconsuela,
tiene en usted mucha fe,
¡y estoy, por culpa de usted
como un niñito de escuela!

Mientras me levanta el veto,
para fumar sosegado,
me meto en el… excusado…
es decir, donde meto.

Ya comprende usted que yo
no puedo seguir así.
Véngase usted por aquí,
diga que se equivocó.

Que puedo fumar sin tasa.
Convenza usted a mi esposa.
¡Mire usted que es fuerte cosa
fumar de ocultis en casa!

Y si quiere usted Doctor
devolverme la salud,
prohíbame una virtud
¿pero un vicio? ¡No Señor!

«Obsequio de Campos a Elisa»

33

Buenos Aires, 30 de junio de 1952

María, queridísima hermana: Me refiero a tu carta del 1º de junio. Es sencillamente encantadora por lo descriptiva y por lo cariñosa. Elisa también recibió tu cartita y no se cansa de alabanzas para su hermana María. —¡Esta chica vale un mundo! Claro, le dices que la encuentras muy bonita y ve además los elogios que haces de mis cartas y se entusiasma.

Como ella conoce todos, o casi todos, esos episodios por habérselos escrito en aquellos tiempos, desde mis viajes, o por haberlos recordado después en distintas ocasiones. Parece que recién ahora empieza a tomarles sabor. Antes sus *inquietudes* no la dejaban vivir... —«Cuéntale a María esto, lo otro, y lo de más allá».

Me deja asombrado ver que aún recuerda ciertas cosas que yo casi tenía olvidadas. Muy bien, pero ha de ser en momento oportuno, a su debido tiempo. Además tenemos que dejar algo para cuando vayamos a Barcia, si no nos van a tomar por un par de idiotas. —¡Oh, [no] temas, a ti no te han de faltar! En tal caso, puedes contarle a María todas esas cosas que tienes reservadas, de esas que nunca quisiste hablarme a mi. —¡Y ya apareció aquello! —Sí y le diré que mi mujer tiene la cabeza hueca y en vez de sesos, aserrín. —Bueno, bueno, no te enojes, que no hablo más. —Y así mi querida María, con estos pequeños episodios, tratamos de hacer más cortas estas noches interminables de junio. Cenamos en la cocina, porque es el ambiente más agradable de toda la casa. Es grande y cómoda, casi como la mitad de la tuya. En Buenos Aires ya no hacen más cocinas así. Como el terreno cuesta mucho, lo aprovechan en cosas que den más utilidad. Por otra parte, no usamos leña ni carbón, tenemos instalado para la cocina y el baño el Super-Gas. No hay chispas ni [h]ollín, ni humo; es una cosa cómoda y limpia que se gradúa a la temperatura que uno quiere. Según el almanaque, el invierno empezó el 21 de junio, pero hace un mes que tenemos fríos intensos, y esta ultima semana, grandes heladas y «bajo cero». Y, sin embargo, estamos conformes, sin protestar. Preferimos esto a aquellos días bochornosos del verano que uno no sabe que hacer, ni donde meterse. Ahora, al menos, en la cocina y en la cama, se está lo más bien. Como te digo al principio, esta carta tuya que comento, me agradó mucho, por tantas demostraciones de cariño, tuyas y de mi querida hermana Elisa, por los elogios de Rogelia y demás personas que nombras. Para todos mi mayor aprecio y mi agradecimiento. Dile a Elisa que efectivamente los nervios están ahora más tranquilos al extremo de que, raras excepciones, yo soy el dueño y puedo dominarlos,

cosa que en otros tiempos resultaba imposible; se escapaban de entre las manos, no obedecían a la rienda (así dicen aquí la gente del campo). Tal vez sea primero por los 70, después las preocupaciones son menores y todas las ambiciones llegaron al final. Encantado con los párrafos que dedicas siempre a mamá (La Flor de Asturias), salvo, claro está, esas indisposiciones casi inevitables. Hay que ver, ¡pronto son 91! Hacéis bien en ocultarle todo aquello que pueda resultarle desagradable o le cause alguna preocupación. Mamá debe conocer ahora solo las cosas lindas. ¡Es una verdadera lástima que no oiga bien para leerle «Todo en broma» de Vital Aza! Para ella sería una inyección de vida. María no se lo que es Ballico, ni para que sirve. Te ruego quieras hacer presente mis saludos a Segundo y a sus hijos, y un abrazo para esa buena moza que es mi hermana Laureana. Dices: «Mañana es San Antonio de Cuncieiro y están preocupados, con temor, de que pueda llover». ¡Ojala llueva y bien fuerte el día que pueda yo subir! Un buen chaparrón a esa altura debe resultar una bendición. También aquí en Villa Urquiza sabemos sacar *niadas de pitinos*; estamos esperando el momento oportuno. Elisa es práctica en estos trabajos, una de sus especialidades. Lo malo es que, cuando queremos comer pollo, debemos comprarlos, porque los de casa no hay quien los mate. Es una manía, pero no existen razones que valgan. Con todo nuestro cariño. Elisa y José

«Pícaros Nervios». Del libro «Todo en Broma», *de Vital Aza.*

—¡Doctor, venga por favor!
Mi mujer está muy grave.
¡Ay, doctor, usted no sabe
lo que yo sufro, doctor!

—¿Qué mal aqueja á su esposa?

—¿Qué mal? Usted lo dirá.
Yo tan sólo sé que está
muy nerviosa, muy nerviosa.

Con sus berrinches me asedia;
en un mes que lleva así
he adelgazado ¡ay de mí!
lo menos arroba y media.

Siempre está de mal humor,
fiera, irritable, irascible...
Vivir así no es posible,
no es posible, no, señor.

No se la puede aguantar;
no se la puede sufrir...
¡Ay! Yo me voy á morir,
ó yo me voy á matar.

Vivo en constante aflicción,
en perpetuo ten con ten...

—¿Come poco?

—¡Quiá! ¡Muy bien!

—¿Y duerme?

—¡Como un lirón!

No sé cómo defenderme
de su carácter tenaz.
En mi casa solo hay paz
Cuando come o cuando duerme.

¡Al variar el tiempo, es cosa
De no resistirla!

—¡Ya!

¿Y si la atmosfera está cargada,
Su pobre esposa se exaltará?

—¿Cómo no?

Mas por cargada que esté
la atmósfera, crea usted
Que más cargado estoy yo.

Tanta y tanta impertinencia
con paciencia sufriría,
¡pero temo que algún día
se me acabe la paciencia,
y entonces...

—¡Tenga usted calma!
Esas mujeres nerviosas...

—Sí, señor, pero es que hay cosas
que á uno le llegan al alma.
¿Ve usted este cardenal?

—¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?

—Pues nada, esto ha sido un beso
de mi esposa angelical.
Me quiere de una manera
tan expresiva y tan rara,
que hoy me ha deshecho en la cara
la tapa de una sopera.

—Son unas calamidades
esas mujeres así.

—¡Dígamelo usted á mil

—¡Hombre!; Si habrá *novedades*?

—¿Novedades?

—¡Es posible!
¡Estará en estado!...

—¡Quiá!

El estado en que ella está
es un estado insufrible.

—¿Tiene calentura?

—¡No!

¿y cuando se halla excitada,
de qué se queja?

— ¡De nada!

¡El que se queja soy yo!
Yo, que por mi mala estrella
sufro este horrible tormento;
yo, que no tengo un momento
de tranquilidad con ella.

¡No hay dinero que le baste!
¡El mejor día le pego!
Inútilmente le ruego
que por Dios Santo no gaste.

Salió ayer y se gastó
un dineral, ¡ya se ve!

Y luego, páguelo ustéd,
es decir, paguelo yo.

Me desconozco á mí mismo
cuando paso lo que paso.

—¡Calma! ¡Su esposa es un caso!...

—¿Cómo un caso?

— ¡De histerismo!

—Yo creí... ¿Conque es histérica?

¡Si fuese el cólera!

— ¡Quiá!

—¡Lo parece, porque está
casi siempre tan colérica! …

—¿Es joven?

—No; treinta y tres.

— ¿Y desde que se ha casado,
dígame usted, no ha notado?...

—¡Si me he casado hace un mes!

—¿Y ella tendría otro amor?

—¡No, señor! ¡Dios es testigo!

—Puede usted hablar conmigo
como con un confesor.

Diga la verdad.

— ¡Que no!

¡Otro amor! ¡Qué tontería!
Si la pobre no sabía
qué era amor, hasta que yo
llegué de Cuba y le vi;
me miró, nos comprendimos,
y entre caricias y mimos
me dio el anhelado sí.

La doté en medio millón;
juzgué mi dicha segura,
y hace un mes, el señor cura
nos echó la bendición.

—Tal cambio—vuelvo á mi tema—
prueba, que en ella, imperioso
sigue el sistema nervioso...

—¡Canario con el sistema!

—Usted no sabe lo que es
la que padece histerismo...

Lo que le gusta ahora mismo,
le produce horror después;
ya irritable, ya insensible,
cuando es ángel, cuándo arpía;
está cariñosa un día,
y al otro día irascible...

Créame usted, yo no puedo...
Esos casos siempre son
nuestra desesperación.

Las nerviosas me dan miedo,
y tengo motivos...

—¿Qué?

—¡Yo, como usted, he sufrido!
¡Yo también victima he sido

de una histérica!

—¿Sí, eh?

—Era una chica preciosa,
una muchacha hechicera;
pero, por desgracia, era
¡muy nerviosa!.. ¡muy nerviosa!

Voluble, por su dolencia,
un día amor me juraba,
pero ¡ay! al otro me odiaba
con rencorosa vehemencia.

¡Yo sufría su desdén!
¡Era mi dicha, mi amor!

Pero ¡ay! un día —¡qué horror!—
¡huyó del pueblo!...

—¿Con quién?

—¡Sólita!

—¿Conque sólita?

—¡Se marchó á un convento!

—¡Ya!
¿Profesó de monja?

— ¡Quiá!
¡Se escapó la pobrecita!

—¿Otra vez?

—Dejó el convento,
según murmura la gente,
con yo no sé qué teniente,
de no sé qué regimiento.

—¡Vaya con la santurrona!

—¡Que lástima! ¡Era muy bella!
Yo no he vuelto á saber de ella
porque no he vuelto á Gerona.

—Yo soy de Gerona. ¿A ver
si conozco á esa infeliz?

—Se llama Rosaura Otiz.

—¡Caracoles! ¡Mi mujer!

María: Espero no te llamará la atención mi paciencia, cuando sepas que, hace tres días, llueve día y noche. En el fondo hay más de 50 cms. de agua. Se parece a Venecia. Como los pollos y gallinas no son *patos*, tuvimos que encerrarlos en un galponcito y en el lavadero.

Recibí tus cartas [de] 9 y 15 de junio.

34

Buenos Aires, 30 de julio de 1952

María, queridísima hermana: En mi carta anterior prometí seguir charlando contigo sobre algunos de los aspectos más salientes de Mar del Plata. Si alguna vez en la vida, por una de esas circunstancias que suelen presentarse, alguien te cuenta que estuvo allí y encontró calma y sosiego, puedes decirle sin temor a equivocarte, que está mintiendo. En Mar del Plata no existe paz ni tranquilidad, ni siquiera para los privilegiados de la fortuna, para esos que tienen allí sus propios chalet y palacios. Aquello parece un manicomio grande, inmenso, en donde se reúnen una vez por año todos los locos que andan sueltos dentro y fuera de la República; y el que entra allí con los cinco sentidos, cuando se marcha, ya le falta alguno. Las mismas autoridades se encargan de incitar y estimular los vicios, haciendo una ostentación de lujo y derroche que asombra. En todo el territorio de la Nación están terminantemente prohibidos los juegos de azar, incluso en Buenos Aires; y en Mar del Plata es el propio gobierno quien explota los Casinos y son los empleados de la Lotería Nacional, los encargados de las salas de juego. Hace unos días el diario «La Nación» publicó el balance de la última temporada. Los casinos de Mar del Plata, Necochea y Mira-Mar,

después de descontar los enormes gastos que ocasiona, dejan una utilidad líquida de: ¡*Cuarenta millones de pesos*!

¡Y pensar que haya tanto imbécil que no se den cuenta!...

Pero no es de esto de lo que quería hablarte hoy, sino hacerte una descripción de alguna de sus muchas playas, de las más populares.

Frente a la gran ciudad están La Perla, Bristol, Playa de los Ingleses y Playa Grande. Bristol y P. Grande son hermosas, todo arena, sin una sola piedra. Cualquiera de ellas es cinco veces mayor que la de Luarca, que está frente a la Atalaya, atrás de la «pescadería». La Perla es algo parecida a Portizuelo y la Playa de los Ingleses, toda llena de peñascos, como Chau o el Carretón. Y, sin embargo, el que quiera tomar un baño decente debe hacerlo allí, porque debido a su topografía, no acude tanta «mugre». Bristol y Playa Grande son dos hormigueros humanos. No es posible dar un paso sin pisar alguno de los miles de *críos* que juegan en la arena, haciendo túneles y castillos. Además hay una cantidad de «pelotudos» tirados a todo lo largo tostándose al sol, tal vez para hacer ver que han estado en Mar del Plata. Hay momentos que la playa queda convertida en un chiquero: llena de papeles, cáscaras de fruta y restos de toda clase de comida y hasta con frecuencia se ven «soretes»[82] «flotando en lontananza». Las aguas del mar quedan más sucias y revueltas que las de la Reguera cuando yo llevaba aquellos ocho «gochos» famosos a bañar. Menos mal que para disimular un poco este espectáculo, siempre aparecen unas «sirenas» enseñando todo (absolutamente todo) cuanto Dios les dio, con tal descaro y desvergüenza que causa admiración. Y eso que están las playas llenas de policías, hombres y mujeres, unos uniformados y otros secretos. Además hay una serie de carteles pidiendo moderación y cultura, respeto a las buenas costumbres y a la moral. Parecen como una burla o una ironía; todos hacen lo contrario.

Hay muchos individuos que se visten de «mamarrachos» (como dice Vital Aza) y permanecen horas y más horas, recreándose con esas películas de actualidades. Las comidas malísimas, porque [a] aquella manga de asaltantes nada les importa que uno se disguste; saben que hay diez esperando.

Se cuentan por cientos, por miles, los hoteles y pensiones de poca categoría. Pero es tal la cantidad de gente que se amontona allí que todo eso no alcanza para nada a pesar que hay muchas pocilgas que saben poner de a cuatro y de a cinco infelices en una habitación. ¡Es triste y doloroso ver en que con-

[82] Excrementos, deshechos fecales.

virtieron aquel balneario aristócrata; al Mar del Plata de mi juventud! Esta ultima temporada, a los pocos días de haber marchado Paco y Elvirita, dos amigos me invitaron a pasar allí un par de días. Fuimos en su coche.Salimos de Buenos Aires un sábado a las 10 de la noche para llegar a Mar del Plata el domingo a las cinco de la mañana. No hay que pensar en conseguir una habitación para descansar; nadie se ocupa de pequeñas cosas como tomar un cliente por una sola noche. Así que, a la fuerza, pasamos el tiempo de pura «farra» (juerga). Salimos el lunes al medio día para llegar a Buenos Aires a las 8 de la tarde. ¡Dos noches enteras sin dormir a los 70 años! Creo que eso se llama ser un buen amigo y un compañero condescendiente.

Me gustaría estar contigo y con Laureana ahí en Chau para seguir charlando de todas estas historias.

Está en mi poder tu última carta fecha 17 de julio, con unos pocos renglones de Elisita. Preguntas cuándo recibí tu carta del 9, pues con la misma regularidad de las otras. Llegó el día 16.

Dije a Elisita que hace muy bien en tratarme de tu. No me agradaría si hiciera lo contrario. Además, su tía Elisa dice que no mereces más, un viejo atrevido y desahogado que, cuando me conozca, verá que estuvo acertada.

Ya sabe de antemano los rincones que me gustan más: el «prau» y el «monte» donde iba a segar hierba y a rozar con la «Carlota»... «¡Y pensar que con más de 60 años todavía sueño con visiones!» ¿No es ridículo?

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

35

Buenos Aires, 31 de agosto de 1952

María, queridísima hermana: En los muchos años que vivo en Buenos Aires, me tocó presenciar grandes acontecimientos, pero hay tres que nunca más se pueden olvidar.

Primero: La semana del Congreso Eucarístico Internacional presidido por Mon. Pacceli, secretario del Vaticano, siendo Papa Pío XI. Mons. Pacceli es el actual jefe de la Iglesia: el Papa Pío XII. Mira María, si al citar todos esos nombres cometo algún error, desde ya, te ruego quieras disculparme, porque confieso que no soy muy fuerte en Historia Sagrada. Fue una semana inolvidable de fiestas, de profesión de fe religiosa. Hasta los más ateos e incrédulos

parecían cambiados, contrariados por el entusiasmo y la grandiosidad de todos los actos. Segundo: La visita que hizo el entonces Presidente del Brasil, Campos Salles, invitado por el Presidente de la Argentina, General Julio A. Roca. Y por último, la llegada de Ramón Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada, en el «Plus Ultra»[83]. Fiestas hay en este Buenos Aires a cada momento, pero de categoría de esas tres, nunca más las hubo y estoy seguro que, yo al menos, no alcanzaré a ver algo similar. Bien es cierto que el Buenos Aires de entonces estaba habitado por otra clase de gente, más respetuosa, más decente y más moral. Hoy no existe nada de eso, vivimos en un estercolero; todos a la caza del más [ilegible].

¡Esta es la herencia que dejaron las dos guerras mundiales!

Hace casi cuarenta años que vivo en esta inmensa Ciudad. El Buenos Aires primitivo, el de la juventud, tenía todo mi cariño; era decente, familiar. Puedo asegurarte que no tenía secretos. Lo he visto crecer y transformarse día a día, con entusiasmo y simpatía, para llegar a este Buenos Aires de hoy, fantástico, imponente y, sin embargo, casi resulta odioso. También es verdad que ya no conozco sino algunas calles del centro y miente quien afirme conocerlo. Bueno María, recordando aquellos tiempos «que alegres pasaron»... me salí del tema que había trazado. El día que llegó Franco, el gobierno decretó fiesta nacional. Estaba invitado para almorzar con un buen amigo, Gaspar Armesto; hermano del que entonces era mi socio, y de Joaquin Armesto que fue socio de Paco en Aguas Buenas. Los conocí a los dos cuando viajaba la provincia de Buenos Aires. Eran empleados en una casa de ramos generales, muy importante y después siempre seguimos siendo buenos amigos. Gaspar se encontraba de paso en Buenos Aires y ocupaba un departamento en el 6º piso de un Hotel en la Avenida de Mayo. Tenía una hijita, María Carmen, de unos 8 a 10 años. Quería un perrito pero su padre no lo permitía, alegando que allí no había sitio para perros ni gatos, por cuanto si alguna vez se le ocurría mearse en las sillas o en las camas, lo tiraba por un balcón a la calle. Gaspar había perdido hasta la noción de las cosas, con la alegría y el entusiasmo, por la hazaña que acababa de cumplir su paisano Franco.

—Mira María Carmen, esta es la nuestra. Ahora o nunca.

La llevé a una de esas casas especiales y le compré un perrito. Lo llevamos escondido en una caja de zapatos. La nena estaba contentísima, pero medio asustada.

---

[83] Llegaron a Buenos Aires procedentes de Montevideo el día 10 de febrero de 1926. El hidroavión había despegado el 22 de enero de 1926 frente a La Rábida en Palos de la Frontera (Huelva).

—No tengas miedo, tu papá no se va a enojar; yo te arreglaré todo. Terminamos de almorzar. Bueno Gaspar, hoy es un gran día para los españoles y especialmente para los gallegos y también para María Carmen debe serlo, participando de esa alegría con un recuerdo para toda la vida del día que un paisano de su padre cumplió tal proeza.

Déjala tener su perrito, que ella se encargará de que no haga ninguna travesura.

Y lo conseguimos y sacamos el perrito de la caja. ¡Era una monada!, parecía un conejito.

María Carmen está casada, tiene varios hijitos. Vive en «Morteros», provincia de Córdoba. La última vez que la vi, hace algunos años, fue cuando falleció su padre.

Pues aún en esos momentos me colmó de atenciones recordando la historia de su primer perrito.

Con nuestro cariño para todos,

Elisa y José

Está en mi poder tu carta última del 16 de agosto.

36

Ritz Hotel

Gayá Hermanos

Sociedad de responsabilidad Ltda.

Capital m$n. 84.000,00

Santa Fe

Buenos Aires, 15 de octubre de 1952

María, queridísima hermana: Junto con tu carta [de] fecha 5 de octubre, llegó otra de fecha 7, de tu hermano Avelino. Muy interesante, de una frescura a toda prueba, al extremo que quedé un rato sorprendido, pensando si no sería el día de los «Santos Inocentes» o no se trataría e una broma. Propone en ella nombrarme su agente o representante (honorífico) para cobrar cuentas, efectuar pagos, tomar pasajes, etc. *para poder atender en debida forma su clientela*. Ramón lo hace en el Rosario, así que pensó que yo podía hacer lo mismo en Buenos Aires.

Claro, está enterado de nuestra correspondencia, sabe de la frecuencia y extensión de mis cartas y de la serie de *macamas* que contienen y el hombre calcula que es un tiempo lastimosamente perdido que podría estar mejor empleado atendiéndole sus asuntos. Con esta misma fecha le contesto, devolviendo una autorización que mandé para cobrar una cuenta a un señor José Antonio Díaz y diciéndole que, por distintas causas, no me es posible aceptar el *nombramiento* para ocuparme de sus asuntos.

Si se cumplieran mis indicaciones, no tendría ahora esta violencia para decir *no*, ni echarme encima una enemistad o antipatía. Te dije hasta el cansancio que no quiero otra relación que la tuya porque eres la que está más en contacto con mi madre y además porque te conservaste siempre dentro de lo convenido.

Lamento tener que expresarme así, pero puedes ir formándote una idea de qué parte está la razón. He vivido mucho y se por experiencia que todas estas cosas sabemos donde empiezan; nunca donde terminan.

Esta carta la escribo solo para ti porque deseo estés enterada, pero te ruego no revuelvas más el asunto, dándolo por definitivamente terminado.

Te quiere siempre tu hermano,

José

37

Plaza Hotel Córdoba

U. T. 5035

Dir. Teleg. Plaza

Buenos Aires, 28 de octubre de 1952

María, queridísima hermana: Me refiero a tu simpática carta [de] fecha 8 de setiembre. Empiezo agradeciendo vuestras felicitaciones con motivo de mi *70 aniversario*. Dile a mamá que a este paso, pronto la alcanzo. Me agrada mucho enterarme de lo presumida que aún se muestra. Sin discusión, fue una real moza; en todas partes causaba admiración. Yo, por mi parte, puedo asegurarte que nunca he besado a nadie que me gustaran tanto como los que sabía dar a mi madre. Era un placer besar aquel cutis terso y fino, más suave que el terciopelo. Así que tiene derecho a seguir presumiendo cuanto ella quiera, en la seguridad que siempre dice a verdad. Tocando este tema, recuerdo ahora una definición que en «El Ritmo de la Vida» hacía Vargas Vila sobre

el amor. — «No sentir el amor de padre es un gran ahorro de cuidados y de tristezas. Lo que debe ser cruel es no haber bebido en esa fuente de todas las dulzuras, que es el amor de hijo. Porque cuando se ha visto el gesto del amor en el rostro de su Madre, ya en los demás rostros no se ve sino la mueca del amor. Sólo la Madre es el Amor, los demás... son los Amores».

Ya ves, querida María, «que no es tan fiero el león como lo pintan». Sientes cierta animosidad contra Vargas Vila, y con razón, pero yo, que en mi juventud lo he leído mucho, puedo asegurarte que fue un escritor talentoso y que en medio de todas sus cosas, tenía rasgos de hombre de bien y aún de decencia, sin dejar de reconocer que era poco recomendable.

Hoy es el día de La Blanca y preguntas: «¿lo recuerdas?»

Perfectamente. Ya en alguna de mis primeras cartas te hablé de ello, dándote una cantidad de detalles. Te decía que cuando papá me mandaba llevar las vacas a *pacer* al molino, pasaba frente a la capilla de la Blanca. Verás: después de pasar por el «ponte» que está cerca de tu casa, en los fondos del «prau» del cura, doblaba a la derecha pasando frente a la casa de Pepa de la Sota. Después de un recodo un poquito más allá, ahí estaba la «Soledad». Al lado había una pequeña «era» que nadie usaba, sólo Barbulina de Pajarillo, llevaba allí un cesto de peras de «Blancar» y de «Pistanina» y no volvía a su casa hasta que no las vendía todas. También recuerdo como se enfadaba papá cuando le tocaba presenciar alguna de estas escenas. Ahí cerca de la Blanca quedaba la casa del abuelo D. Juan de Pericón. No se porqué visitaba con tan poca frecuencia la casa de este abuelo, no obstante fue siempre bueno y cariñoso conmigo, y con todos. Por cada 20 veces que iba a lo de Pajarillo, una sola a lo de Pericón. Tal vez, porque no había frutales y no podía precisamente coger la fruta que estaba prohibida. Lo que no recuerdo es eso que llamas el Campo de las Escuelas en las Huelgas. También recuerdo la fiesta de San Ramón en Barcellina, frente mismo a la casa quinta, donde vivía D. Delfín Blanco.

Del S. Ramón de Caroyas, ya te hablé extensamente en otra ocasión. Incluso del baile que organizaban de noche en la carretera, frente a un mesón y taberna, que duraba hasta la madrugada. Al final de tu carta que comento, hay un párrafo que dice: «Los sellos que trae el sobre de tu carta de la *Perona*, son estupendos» —Se conoce que vives en Barcia y estás protegida por el Pico de Cuncieiro por un lado, después por Portizuelo, el Carretón, Chau y la Escaladina, y te consideras segura. Aquí no podrías emplear ese término tan despectivo sin verte expuesta a ir a dormir, una o dos noches, al calabozo. ¡Lo que le ocurrió a un conocido nuestro! A las diez de la noche le llevaron un

cuaderno de esos que usan los críos para hacer los deberes en el colegio, con el siguiente encabezamiento como muestra: «El nombre de la Excelentísima Señora del Presidente de la República es: María Eva Duarte de Perón». Escriba eso mismo hasta llenar el cuaderno, le ordenaron (20 hojas), después podrá retirarse. Pero es el caso que en el calabozo no había silla ni mesa, ni luz. El hombre tuvo que apoyar el cuaderno en la pared y contra la reja de la puerta, a la luz de la lamparita del pasillo. Las primeras hojas las llenó con relativa facilidad. Después los dedos, los brazos, las piernas y sobre todo la vista, ya no daban más. Eran pasadas las doce de la mañana siguiente cuando terminó *sus deberes*. El cuaderno quedó en la comisaría pero le dieron constancia de su clasificación: primeras hojas, muy bien; después *bien*, *regular*, *mal y muy mal*. No lo tomes a chacota. Aunque te parezca mentira, sucedió en la República Argentina en el año 1950. Te ruego no le des mucha publicidad a esta historia, por aquello de que *el diablo no duerme*.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Me refiero a tu última y simpática carta de fecha 12 de octubre. Muy interesante la foto que has tenido la atención de mandarme. No siempre a ese famoso balcón del comedor le había tocado una clientela tan agradable y tan florida, haciendo juego con esa hermosa enredadera de «glicina». La que se destaca del grupo es Milina. En verdad parece una muchacha de 30 años. Tengo interés en saber dónde está plantada la glicina. Quiero suponer que no estará en el camino, ni en ese rincón para entrar a la huerta; más bien en alguna «maceta» o algo por el estilo. No obstante, llama la atención que pueda crecer con tanta facilidad. Conozco esa planta; aquí es muy vulgar, en casa no tenemos porque ya no queda sitio para darle.

La ventana que se ve claramente debe pertenecer a la habitación que fue de papá. Y la marcada con una cruz (que apenas se distingue), el cuarto que está al lado de la sala, donde duermen ahora mamá y tú. Creo no equivocarme, dejando así contestada tu pregunta: ¿Recuerdas esas dos ventanas? De Pepa Caliseto no me acuerdo, pero sí de la casa que tenía ese nombre. Quedaba pasando la «fonte» frente a la casa de Caine, en ese camino que pasa por lo de Pedro Fernando y termina en el Carretón.

38

Buenos Aires, 10 de noviembre de 1952

María, queridísima hermana: Tengo a la vista dos de tus últimas cartas, de fechas 21 y 28 del pasado setiembre. En las dos hablas de unas labores que estas haciendo y, por los detalles que das, parece se trata de algo notable. Con razón Elisa sabe decir: —«la María debe tener unas manos de oro». Siento interés por saber el éxito efectivo de todo ello. Nos causó gracia el párrafo lleno de ironía y hasta parece con un dejo de tristeza: «Nos pasa con las labores como con los mozos, pues no hacían más que decirnos que somos muy buenas, cariñosas, hacendosas, excelentes amas de casa, y con todas esas condiciones, no nos quisieron los mozos; solo las viejas se entusiasmaban con nosotras». Creo haberte dicho en otra ocasión que eso que pareces considerar una desgracia o una ingratitud de la vida, no es tal. Al contrario, debes darle gracias a ese Dios que tanto adoras, por haberte librado de esa calamidad. Pero nadie quiere conformarse, ni aún viendo el ejemplo en la desdicha de los demás. Parece que fuera así como una ley o un mandato del destino, que todos tuviéramos la obligación de cumplir. He tenido amigos que protestaban siempre contra el matrimonio; quedaron viudos y volvieron a casarse, así que todas las protestas y la experiencia adquirida no sirvieron para nada.

Ni aún conociendo y repitiendo a cada momento las frases hechas y la opinión de distintos escritores famosos, por ejemplo:

«Un hombre o una mujer solos, no tienen que soportarse sino a si mismo, y ¡eso es ya demasiado!»

«Todos sostienen que el matrimonio es un estado; sí: un estado de desesperación»

«No todos hacen una locura al casarse; la generalidad, lo que hace, es otra tontería; y eso, porque el numero de los locos, es siempre menor que el de los tontos»

«Si el matrimonio no se hiciera a la larga una costumbre, la mayor parte de los casados, no sabrían que hacer del matrimonio; y como el hombre no renuncia nunca a sus malos hábitos, de ahí porque el hábito del matrimonio se hace irrenunciable».

«Hay hombres que viven diciendo chistes contra el matrimonio hasta el día que se casan; ese día, se hacen tristes; porque ya no tienen de qué reír, es el momento en que los otros comienzan a reírse de ellos».

«Todas las ironías son posibles contra el matrimonio, menos contra el matrimonio por amor; y eso porque hacer chistes contra la locura, no es ya ironía, es una impiedad». Etc., etc., etc. …

Veo que me equivoqué al citar a «Caneiro» en vez de Busto y que lo demás es todo exacto. Son pequeños detalles que bien merecen la gracia de una disculpa si tenemos en cuenta que estamos charlando de cosas de casi 50 años atrás. Puede ser que esté equivocado pero, pienso que aún hoy, no necesitaría ningún Cicerone para recorrer todos los pueblos y rincones de mi juventud: Caroyas, Cuevas, Caneiro, Busto, Querúas, Trevías, etc., etc. Un poquito más allá de donde solían hacer la feria, la carretera forma un recodo. Ese era el sitio obligado para entregar y cobrar el ganado vendido en casi todas las ferias. Y por otra parte ahí terminaban mis conocimientos de España y de Asturias. Nunca pasé de Trevías, ni siquiera conocía «la cuesta de La Espina».

Del otro lado llegué hasta Navia. Claro, también conocí El Chano, La Granda, Setienes, La Montaña y La Venta. Ahí pasé días felices en casa de la tía Sabina. Fue siempre buenísima y cariñosa con nosotros. En una ocasión estuvimos allí ocho días Ramón, María y yo, admirando aquel panorama estupendo y comiendo golosinas sin parar. Por aquellos tiempos la tía tenía una hijita, casi moza, y entre las dos nos colmaban de atenciones en todo momento. Frente a su casa, del otro lado de la carretera, en medio de un bosque, había un molino y ahí pasábamos horas enteras mirándolo moler. Tengo entendido que este y otros por el estilo desaparecieron cuando instalaron la «luz eléctrica» en Luarca. Porque, aunque te parezca mentira mi querida María, yo conocí la muy noble y hermosa Villa de Luarca con farolitos a gas en sus calles y en sus plazas. Y hasta los serenos, con capuchón, un farol y un palo que «berraban» hasta la madrugada: —«¡Las dos y media y sereno o nublado o lluvioso!».

«28 de setiembre: hoy es Villaoril». También recuerdo esa fiesta en «Outur» cerca de La Colorada, La Roda y Navia.

Fui muchas veces con papá y mamá y últimamente solo. Ya te conté varias historias que recordaba de Villaoril.

Con todo nuestro cariño para todos,

Elisa y José

39

Buenos Aires, 24 de noviembre de 1952

María, queridísima hermana: Lo mismo en España que en la Argentina, en Barcia que en Villa Urquiza, ya no sabemos más la estación que vivimos. Antes cada una, con pequeñas diferencias, cumplía su mandato. Te hablo así porque, según el Almanaque, la primavera empezó el 21 de setiembre, ¡pero sólo en el almanaque! Tenemos un día sereno, con un sol hermoso y una semana entera desapacible, con vientos, lluvias, humedad y frío. Y, sin embargo, la naturaleza sigue cumpliendo su obra: los árboles y las plantas se van cubriendo de hojas y de flores. Por donde quiera que lo mires, el cambio habido en las costumbres y demás cosas de la vida, es total. La gente vive como las estaciones, camina sin rumbo, hoy piensa en una forma y mañana al revés, haciendo proyectos fantásticos y, como todo lo que se edifica sin base, al menor contratiempo queda reducido a la nada... Y se quedan tan frescos, y el mundo sigue su curso. La prudencia no existe y la moral no se cotiza. Vivimos todos en «la hora veinticinco» (un libro reciente de un filósofo rumano).

Todavía anda suelto, aquí en Buenos Aires, un individuo que años atrás fue amigo nuestro, de Campos y mío, y durante mucho tiempo hasta compañero de mesa. Es un hombre excéntrico, al extremo de que uno no sabe si en realidad tiene los cinco sentidos. Hacía tiempo que no lo veía y ayer me topé con él en la puerta del Club Español. Llegaba recién de Mar del Plata con el coche cubierto de barro. Apenas se alcanzaba ver una chapa de metal que hizo colocar en la puerta de su coche. —Hola Gerardo, ¿te escapaste del Melchor Romero? —le pregunto (así se llama una colonia de locos cercana a la Capital). —«¡Hola chico!, contesta. Mira, lee (señalando la famosa chapita), te conviene, puede ser que así te cures». »Este mundo es un fandango y el que no lo baila, es un tonto». Y ahí no más, entró al Club, sin sombrero, despeinado, sucio, con los zapatos llenos de barro y los pantalones rotos por el culo. Nadie le dice nada, todos lo conocen y además tiene mucho dinero (heredado). Y al final le queda a uno la duda si no será él quien está en lo cierto, y los demás seguimos viviendo en la Luna... Hace pocos días comentábamos en rueda de amigos muchas de estas cosas y recordaba que allá por los años 1909 al 15, viajaba yo por la Provincia de Córdoba y el «20 de setiembre», fecha de una fiesta italiana, sabía ir con comerciantes amigos y con sus compradores de la tienda a los Centros y Clubs de recreo que tenían en todos los pueblos y ciudades de la República: «Dante Algiere», «Marrine», «Unione e Benevolenza», etc., etc. Pues bien, estábamos en plena primavera, ya hacía calor, tan es así que vestíamos ropa de brin Blanco, sombrero de

paja o panamá. Si hoy, no obstante la altura de la estación, saliéramos así a la calle, nos llevan al Melchor Romero. ¡Oh tiempos pasados! ¡Qué lastima no poder vivir dos veces! También los españoles celebraban sus grandes fiestas el 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América (hoy está declarado por Ley fiesta Nacional, el Día de la Raza) y duraban hasta ocho días. Generalmente se hacían en las afueras de la población, en pleno campo, algunas veces bajo los árboles.

Yo alcancé ir varias veces en el Rosario y una vez sola en Buenos Aires. Era algo digno de ver por el derroche que se hacía lo mismo de dinero, que de buen humor y alegría. Concurría lo más selecto de la colectividad con sus familias. Eran los únicos días durante el año que quedaban abolidas las distancias entre el patrón y sus empleados. La mayoría de las grandes casas tenían su carpa y allí agasajaban a sus amistades y empleados. Había de todo, sin tasa y completamente gratis.

Estaba España entera de fiesta pero sin mezclarse, cada provincia tenia dentro del mismo campo su lugar asignado. Y así los gallegos, los asturianos, los vascos, los aragoneses, los andaluces, los zamoranos, todos se divertían de acuerdo con las costumbres de su región, con la gaita, el clarinete, la guitarra, la pandereta, las castañuelas; no faltaba nada. Hasta la sartén y la llave. Bailaban, cantaban y comían todas las especialidades de su tierra. Por mucho que quisiera explicarte hasta donde llegaba el entusiasmo, nunca podría llegar a la realidad. Recuerda tú las fiestas del pueblo que más te llamaron la atención, multiplícalo por diez o por veinte y tendrás algo aproximado. Y también, mi querida hermana, estas costumbres sencillas y simpáticas desaparecieron para siempre. Hace muchos años que no se celebran más, solo en algún pueblito de campaña, saben hacer un pequeño simulacro de lo que fueron. ¡Puede ser que sea la causa, el progreso, o los tiempos modernos!

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Está en mi poder tu carta del 1º de noviembre y lo mismo todas las que mencionas. Creo haberte avisado, oportunamente, en cada caso.

María, con esta fecha le escribo a Elías Campos, pidiéndole que para Noche Buena o primeros de año te haga entregar los 500 Kilos de costumbre…

Supongo no se presentaron inconvenientes. De todos modos ya te tendré al corriente.

Te quiere siempre,

José

40

Buenos Aires, 8 de diciembre de 1952

María, queridísima hermana: Me refiero a tus cartas [de] 1º y 9 de noviembre, las dos son adorables y muy interesantes por todos los recuerdos y comentarios que contienen. Lo único que es de lamentar son tus sufrimientos por el cambio de la dentadura. Sin duda, es una mala comida. Estoy seguro que todo ese malestar que sientes, son los efectos de la misma causa.

No quiero meterme a opinar ni dar consejos sobre cosas que no entiendo, pero tengo algunos amigos que han sufrido la misma enfermedad (piorrea) y se han curado sin sacar todos los dientes y muelas. Hay un procedimiento yanki de inyecciones y raspajes a las encías. Parece ser una cura lenta y dolorosa, pero al final quedaron lo más bien, completamente sanos. Hago solo un comentario al referirme a este tema.

«*1º de Noviembre*». Agradecemos tus pedidos de ese día, Elisa por la madre y yo por mi gran amigo Campos. El 11 de ese mes cumple un año de su muerte. Ahora me doy bien cuenta donde está plantada la Glicina: en ese trozo de pared que Vds. sacaron. Había tres *poyos* de piedra para entrar a la huerta. Ahí era donde yo arrimaba la *burra* para que mamá pudiera subir. Enfrente estaban los fondos del escusado, que está cerca de la cocina. Si vieras cómo se reía Elisa cuando le contaba las diabluras que le sabía hacer a la pobre Carlota: «Dijo papá que pongas allí una camada de rozo»... Cuando estaba lo más entretenida en esa operación, desde el agujero de arriba le largaba una bacinilla llena de agua. —¡Ay cundenaü [sic] malos demonios te lleven, xa verás cuando venga tu padre!

—¡Mira Carlota, yo no sabía que estabas en la puerta!

—¡Mal rayo te parta, lu que tú nun sabes, es cuando vas a morrer! «El Pico del Estoupo», ¿lo recuerdas? Creo era una de esas montañas que se veían desde la ventana del cuarto donde yo dormía (frente al de papá); la mayor parte del año estaba cubierto de nieve. Quién lo ve todos los días no puede apreciar la importancia y el valor que eso encierra, resultan cosas vulgares. Todavía hoy recuerdo la impresión que recibí la primer vez que me tocó ir a Mar del Plata como viajante *novel* (tenía entonces 22 años). Todo el tiempo que quedaba disponible lo pasaba en las playas, sin preocuparme para nada ni de Hotel, ni de comida. Me emocionaba contemplar aquellas olas inmensas y bravías, iguales a las de mi pueblo, las de Portizuelo y las del Carretón. Subir los peñascos y caminar descalzo por entre la arena y correr tras los cangrejos (en aquellos tiempos los había por millones a juzgar por la facilidad que se

dejaban atrapar). Parecía que fuera yo el único que se ocupaba de ellos. Me gustaba ver como se iban dorando al fuego y comerlos así no más, con caca y todo. Ya ves mi querida María, cómo con el entusiasmo se pierde hasta la noción de las cosas. Desde mi llegada a la Argentina era la primer[a] vez que veía el mar, las piedras, la arena y tantos otros detalles iguales a los de mi pueblo. Después, he tenido oportunidades para verlo con frecuencia, siempre me agradó mucho, pero ya no sentía la impresión de la primera.

Por esa misma época me tocó visitar las regiones del sur: las Cataratas de Iguazú › Bariloche, El Limay y Nahuel Huapi. Necesitaría ser un escritor de categoría para hacerte una descripción aproximada de la hermosura grandiosa de aquellos lugares. Se queda uno como atontado al ir comprobando todos aquellos monumentos de belleza. Básteme decirte que están catalogados como una de las maravillas más grandes del Mundo. Personas que han viajado mucho, dicen que ni Suiza tiene algo comparable.

Tengo entendido que en N. América hay parajes hermosos y sin embargo los yankis fletan vapores para visitar solamente los «Lagos del Sur». Lo mismo los alemanes, antes y después de la primera guerra mundial, organizaban excursiones Europeas y Americanas en sus famosos cap: Polonio, Otegal, Finesterre, etc. Por cierto, que allá por los años 1920 ó 21, uno de ellos, durante una noche de temporal, se lo tragó el mar con 1.400 turistas. Los detalles exactos, hasta hoy, nadie los conoce.

Hace pocos meses, corrió la misma suerte un buque auxiliar de la Armada Argentina. Movilizaron toda la flota disponible mercante y la de guerra, incluso varias escuadrillas de aviones nacionales, uruguayos y chilenos. Después de un mes de búsqueda, de los 120 tripulantes encontraron seis flotando en el mar. Del buque, ni rastros, ni siquiera pudieron localizar el sitio aproximado de la tragedia. Elisa conserva una colección de postales de aquellos lugares, ya te las iremos mandando para que puedas darte una pequeña idea de lo hermoso e imponente que es todo aquello. Algunos años después viajé la Provincia de Córdoba y conocí sus Sierras y en ellas pasé temporadas que fueron las más felices de mi vida, pero nada tienen que hacer con lo anterior.

Las montañas y paisajes de Córdoba son más suaves, más *familiares*, parecidos a los de Asturias, a los de Barcia y sus alrededores. Además, en los «Lagos del Sur», las nieves son eternas. En Córdoba nieva sólo en invierno y no siempre.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

María, también están en mi poder tus hermosas cartas del 16 y 24 de noviembre. De la última retiré la caricatura de mamá hecha por Luis. A juzgar por los detalles, parece se aproxima bastante a la realidad. Una foto del rincón para entrar a la huerta, de eso ya te hablé en distintas ocasiones. Después la otra foto de Chau donde está Elisita contemplando el mar. Ese es el mismo sitio donde yo sabía subir para *curiosear*, cuando se bañaba la tropilla: mamá, Cristina, Carmina, María y Elisa. Resultaba muy interesante verlas con aquellos camisones de estopa que se inflaban como globos. Les tiraba piedritas. —«Este debe ser ese cundenau de Pepe, ya verás cuando lleguemos a casa, con tu padre». Así gritaba mamá y se terminó la fiesta.

Ya ves que nada de todo eso me resulta desconocido. Ya seguiremos charlando de ello.

41

Buenos Aires, 24 diciembre de 1952

María, queridísima hermana: Por las noticias que poco a poco voy recibiendo, veo que los cambios habidos en Barcia son notables. Empezando porque ahora tienen agua corriente, luz eléctrica, teléfonos, radio, etc., etc. Todo ello representa un gran progreso. Ya Ramón en las dos cartas que escribió desde Barcia, hablaba de todo eso. Desde luego, a él tiene que haberle llamado la atención, porque le tocó actuar en uno de los pueblos más antiguos de la provincia de Santa Fe, pero también de los más atrasados. Tardó muchos años en despertar. San Lorenzo y Coronda (otro pueblito por el estilo) eran lo más tristes y aburridos, hasta la gente parecía asustada. Cuando yo los visitaba, me causaba pena ver a las personas obligadas a vivir allí. Afortunadamente también les tocó el turno de progreso. Tengo entendido que San Lorenzo es hoy un emporio de riqueza. Instalaron allí una gran cantidad de fábricas de distintos productos que ocupan miles de obreros. Coronda no tuvo tanta suerte, en cambio le hicieron un presidio (le dicen «cárcel modelo»), el más grande y moderno de toda la Provincia y creo uno de los más importantes de la Nación. En verdad no acertaba a explicarme ese estancamiento, cuando los otros cambiaban su fisonomía año tras año. Recuerdo en este momento una anécdota de aquellos tiempos: En el año 1908 hizo un viaje a España uno de los socios de la casa donde yo trabajaba, Don José Roca, de origen catalán, de un pueblo cerca de Barcelona que le llaman «Villa Nueva de Geltrú». Tenía ocho años cuando D. José llegó al Rosario; vino en compañía de sus padres y

de otro hermano. Al regreso, conversando con él, le pregunté si había notado muchos cambios en su pueblo. —Sí, (contestó) mire Rodríguez, para llegar hasta la casa donde yo nací, que está a un costado de la carretera, hay un pequeño sendero. Cuando salí, dejé allí unas *cagaditas* de oveja y ahora al volver, todavía estaban en el mismo sitio. —¡Pero Don José serían otras, más frescas!... — Puede ser. A mi me parecieron las mismas. Claro, acostumbrado [a] ver los cambios enormes del Rosario, pretendía que cualquier rincón del mundo fuera igual. Creo haberte dicho, cuando era viajante y demoraba tres o cuatro meses en volver, lo mismo en Rosario que en Buenos Aires, encontraba barrios y calles desconocidos y aún hoy sucede algo por el estilo, con el agregado que esa fiebre de transformación parece se hubiera contagiado a los individuos. Antes un hombre trabajaba toda la vida (como los jefes que yo he tenido) para retirarse al final con una pequeña fortuna. Nada de grandes riquezas, bien es cierto, que era otra clase de hombres, de una conducta y de una moral intachable, bastante distintos a esos de hoy en día. Actualmente, moral y decencia, las dos están pasadas de moda, todos tratan de juntar dinero, ¿cómo?... eso no importa. Cualquier medio es bueno para conseguirlo. Ese es el castigo que dejó a la humanidad las dos guerras mundiales, especialmente la última, la quiebra de todos los valores.

En uno de los últimos viajes que hicimos a Córdoba, le dije a Elisa, vamos a buscar un rincón de lo más escondido donde no sea fácil llegar, puede ser que así, no encontremos tanta mugre. Elegimos «Mina Clavero». Fuimos por el camino de las Sierras Grandes, atravesando la Pampa de Achala a 2.300 metros de altura sobre el nivel del mar. El día antes en la ciudad de Córdoba el termómetro marcó 40º de calor y al atravesar esa montaña (casi una hora) la temperatura era 3º. Bueno, nuestros cálculos fracasaron en parte. Nos tocó la semana de Carnaval y los bailes en la terraza del Hotel Fénix duraban hasta la madrugada.

A cuatro leguas de Mina Clavero está Villa Dolores, una de las ciudades más simpática[s] de la Provincia de Córdoba. La conocí mucho en mis años de viajante; solía visitarla cada seis meses.

Ya ves lo cerca que están una de otra, sin embargo, en aquellos días no era posible trasladarse de un punto a otro. Sólo a lomo de mula. No había caminos y los pobladores tenían que hacerlo así. Hoy todo ha cambiado; hicieron carreteras asfaltadas. En plena montaña hay líneas de ómnibus y colectivos que salen cada media hora y hacen el trayecto en pocos minutos. La guía de turismo de las Sierras da el siguiente informe: «Mina Clavero, camino de Sierras Grandes, situada a 867 metros sobre el nivel del mar. No tiene ferrocarril.

El más próximo es el que va de Buenos Aires a Villa Dolores, desde donde puede trasladarse en cómodos ómnibus por caminos pavimentados a esta villa. También desde Córdoba existen servicios de ómnibus por Pampa de Achala, haciendo de esta manera, un hermoso crucero por las Sierras Grandes. Dista de Córdoba 132 K^{s} por caminos de montaña».

Este es el itinerario que hicimos para llegar allí.

Y agrego: está situada en un valle entre montañas, muy parecido a esos rincones que se ven desde el Pico Cuncieiro, del otro lado de la capilla. Toda la población son Hoteles y pensiones. Vive solo del turista, que pasa allí temporadas, durante todo el año. Nada de lo poco que yo conozco de Asturias es más hermoso que Mina Clavero. En cambio Villa Dolores cuando yo lo visitaba, era un emporio de riqueza. Allí termina el ferrocarril y todos los productos de cientos de kilómetros de campaña, forzosamente debían venir a Villa Dolores. Maderas, carbón, leña, lanas, cueros, [ilegible] y una enormidad de frutas de la región, secas y envasadas, todo debía pasar por la Villa. Había más de 20 casas de comercio, importantísimas; algunas ocupaban una manzana. En su gran mayoría de argentinos. Todavía los extranjeros (italianos y gallegos) no habían descubierto aquella mina. Te estoy hablando de los años 1910 al 1915.

Para regresar, le digo a Elisa, lo haremos por otro camino. Vamos [a] dar la vuelta por Villa Dolores, quiero ver los cambios habidos después de cerca de 40 años y cuántos son los amigos que aún viven. Pero como la historia es un poquito larga, la dejaremos para la próxima.

Claro, mi hermana María dirá, ¿y a mi que me importa de todas esas historias? Quiero hacerte ver la diferencia que hay entre aquella gente de antes modesta, sencilla, humilde, con la *peste* de esta nueva generación.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Esta noche es noche buena
noche de poco dormir
anda la Virgen de parto
y a las doce ha de parir.

Este versito lo aprendí en Barcia hace cerca de 60 años.

42

Buenos Aires, 20 de enero de 1953

María: queridísima hermana. Dentro de tu carpeta hay un papelito que dice: «Continuar charlando con María sobre el tema de la carta del 24 de diciembre referente a la gente de antes y del último viaje a Villa Dolores». Y de eso vamos a seguir charlando hoy. Muy poco del Villa Dolores de mis tiempos quedaba en pie. La plaza, la Iglesia y algún caserón antiguo, que aún conservaba el letrero de la que fue. De aquellos Hoteles sencillos y familiares, ni el recuerdo; los habían reemplazado por otros modernos de cuatro y cinco pisos, entre ellos alguno de primera categoría. Pero lo más triste fue que nadie sabía darme razón de nada. Se quedaban como idiotizados con cada pregunta que hacia. Tuve que recurrir a los cocheros, todos criollos, de esos que nacen viven y mueren en el mismo lugar. Elegí al más viejo del grupo, y ese sí, me sacó de apuros. Claro, el hombre al principio se sorprendió con mis preguntas tan categóricas y exactas. Y así fue contestando todo lo que estaba dentro de su alcance. —¿Y Don Marcos Oviedo? — Vive con los nietos en una quinta al otro lado del río, en San Javier. —¡Vamos! y allí encontré al amigo D. Marcos, mirando correr el agua al fresco, bajo los árboles (88 años) —Buen día D. Marcos, ¿qué ya no me conoce? ... pues yo si lo recuerdo y pienso en el trabajo que me daba, primero para venderle y después para cobrarle. Al viejito no le hizo mucha gracia, se puso serio y empezó a mover la barbita nervioso.

Bueno no se enoje, que es una broma. Soy Rodríguez, el que fue viajante de Fernández Roca. Resultaría imposible contarte los detalles de la alegría de aquél viejito.

Llamó a gritos a las nietas, fueron a buscar a Elisa que se había quedado en el coche y allí nos quedamos el día entero. De sobremesa le decía a Elisa: —¡pero vea si será atrevido este gallego!, decirme que le pagaba mal las facturas, si recién cuando él dejó de venir por aquí pude levantar cabeza. Todo el año juntando los pesitos; venía él y me dejaba seco. Aquí en la villa lo teníamos por un amigo, más que eso, era como de la familia. En cambio, él todo lo medía por la importancia de las compras. ¡Tanto das, tanto vales!... ¡Si todavía recuerdo la trastada que le hizo a Domingo Bonaparte! ¡Verá! El pobre Domingo era un hombre múltiple, tenía la pretensión de que todo pasara por su mano. Su casa fue una de las más importantes de la Villa. Atrás del negocio, tenía un gran salón (la trastienda) que le servía de depósito y escritorio y allí compraba y atendía a los viajantes. En un rincón del escritorio, encima de una repisa tenía una Virgen, dentro de una redoma

de vidrio, siempre con una campanita y dos velas prendidas. Cuando le vendía su marido a cada momento venían a buscarlo y lo dejaba solo horas enteras. El «gallego» se cansaba, se ponía nervioso y también él recurría a la Virgen: ¡mira virgencita, dile a tu patrón, que me despache pronto que todavía tengo muchos infelices a quien «jorobar», entre ellos uno que se llama Marcos Oviedo! Como la Virgen no le llevaba el apunte, entonces el «gallego» le apagaba las velas.

Venia Domingo, lo primero sacaba los fósforos y las prendía otra vez y antes de terminar la compra, se gastaba una caja de fósforos. ¡Parece increíble!, esta misma anécdota se la conté yo mismo a D. Marcos y después de casi 40 años, él la repite exactamente.

Muy bien D. Marcos. Ahora que ya se vengó, hablemos de toda aquella gente de nuestros tiempos…

Las nietas, sacaron el coche y se llevaron a Elisa hasta el dique «Las Viñas»[84]. Una obra de ingeniería grandiosa. Da luz a toda la región y agua corriente y para riego a Villa Dolores y todos los alrededores.

Quedamos solos en el jardín y D. Marcos tomó la palabra. —Yo hace muchos años que liquidé todo. Los muchachos se fueron, me dejaron solo. Empezaron las dificultades cada vez mayores y me cansé de luchar. Se lucha cuando se va tras de una esperanza o de alguna ilusión, pero cuando esto ya no existe, no tiene objeto luchar. Los nietos eran pequeños, había que educarlos. Menos mal que salieron buenos. Uno de ellos es ingeniero agrónomo. En pocos años juntaron más dinero que el abuelo que trabajó toda la vida.

Continuará

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

En este mismo momento, estaba por cerrar la carta, llegó tu última [de] fecha 10 de enero. En ella me hablas del invierno bravísimo que están pasando en Barcia y parece que en toda España. Con tres metros de nieve en Puerto Pajares y con el Pico de Cuncieiro todo cubierto.

¡Qué felices son Vds.! Nosotros la semana pasada fue brutal, con 36º y algunos 38º.

Por los diarios me entero que en la Pampa, incluso en la parte que vive Paco, el termómetro llegó hasta 44º ¡Sencillamente espantoso!

[84] Se denomina «Dique la Viña».

Conozco esos sufrimientos porque en mis muchos años de viaje, me tocó estar también en las antesalas del Infierno.

Ya seguiremos charlando sobre otros temas de tu interesante carta.

Cariños,

José

43

Buenos Aires, 10 de febrero de 1953

María, queridísima hermana: Es esta la continuación de mi carta anterior, del último viaje a las Sierras y de mi visita a Villa Dolores y D. Marcos Oviedo tiene la palabra y sigue contándome las cosas ocurridas, después que dejé de viajar a la provincia de Córdoba. —«Los muchachos (sus nietos) tienen aquí cerquita un gran criadero de «chanchos»[85] y surten de ese producto a todos los Hoteles de la villa y a muchos de la Ciudad de Córdoba y, todavía, cuando vienen los años libres de pestes, exportan al extranjero.

Se dedican también a la cría de la nutria y el conejo. El pelo lo venden a las grandes industrias para las fábricas de sombreros de hombre y los cueros a las peleterías para sacones y tapados de mujer. Con mis nietas he de ser un gran diplomático, se celan, les parece que el abuelo quiere más a unas que a otras.

Por todo esto que te cuento, verás que Dios aprieta pero no ahoga». —¿Y qué me dice de D. Domingo Bonaparte? —Vive en Córdoba, el negocio lo fue achicando y al final lo vendió. Los que compraron, les fue mal, poco después se fundieron, les quitaron todo. Domingo como dejó aquí muchos intereses, solía venir todos los años a la villa. Ahora hace un tiempo que no viene, debe estar hecho un viejo «bichoco»[86]. De los tres hijos, uno es médico, otro abogado, los dos ejercen en Córdoba. El último es cura párroco de nuestra Iglesia y jefe de todos los curitas de estos contornos. «Torres y Zapata»: Zapata hace muchos años que murió, al poco tiempo que dejaste de venir por aquí. Mariano (Torres) enviudó y poco después perdió la razón… un viejo reblandecido, salió casándose con una niña que podía ser nieta suya. Julio su único hijo y socio, dicen las malas lenguas que también lo era con la madrastra. Un

[85] Cerdos.

[86] Coloquialmente: que está enfermo o no puede trabajar.

drama escandaloso. El padre lo echó de casa, anduvo rodando por todos los garitos y terminó siendo un atorrante, borracho y jugador. Mariano murió hace poco, la viudita vive aún. —Carranza es bodeguero, tiene una gran plantación de viñas cerca del Dique. De allí salen los vinos más finos de toda la región. No hay ningún Hotel dentro de la República que no tenga en la lista los vinos de Carranza. No dejes de ir a verlo, le vas [a] dar un gran alegrón. Es el mismo de siempre: juguetón, franco, sencillo, la única diferencia es que ahora se volvió millonario.

Y así una tras de otra fueron desfilando todas las firmas importantes del Villa Dolores de nuestros tiempos. Habló después de Morera Cia, de Vallejo Hnos, de Ricardo Llanes, etc. etc. y de todos conocía la historia, sin faltar el menor detalle. Claro, mi hermana dirá y con algo de razón, ¿y yo qué tengo que hacer con todo eso? …

He querido mostrarte la conducta, el carácter, la manera de ser que aquella gente de antes, buenísima, humilde sencilla, servicial, con estos nuevos ricos de hoy, pedantes, engreídos, soberbios, enseguida que disponen de unos cuantos pesos, se marean, se les suben a la cabeza.

Era noche cuando salimos de la casa de D. Marcos, no sin antes haber cargado a Elisa de regalos. ¡Demasiado! Una botella de guindado, tarros de miel, alfajores, quesitos de cabra, ¡no terminaban más! Según una de las últimas cartas recibidas de una de sus nietas, D. Marcos falleció a los 96 años, tan guapo y juguetón como siempre.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Están en mi poder tus dos últimas cartas de fecha 16 y 25 del p. p. enero.

En la última venía también una para Elisa, quien me manda agradecerte las frases tan atentas y cariñosas que tienes para ella y dice: —«¿Pregúntale a María si es verdad que me quiere, así como dice, o es sólo para cumplir?»

En estos días espero a Campos y, como tengo que hablar con él de distintas cosas, es casi seguro que vendrá un día a almorzar con nosotros y entonces yo le diré que recibiste los 500 kilos de referencia.

Te quiere siempre,

José

44

Buenos Aires, 24 febrero de 1953

María, queridísima hermana: Y otra vez más pasaron las clásicas fiestas de Carnaval: 14, 15, 16 y 17. Cuatro días con sus correspondientes noches de loqueo, corsos y bailes de todas las categorías y por todas partes. Hasta en Villa Urquiza tenemos corsos todos los años. Está demás que te diga que solo vimos las instalaciones. Hubo un tiempo que me agradaban estas fiestas, porque si bien es cierto que nunca sentí ese entusiasmo colectivo de los otros, me gustaba verlos divertirse. Ahora, tal vez debido al cambio operado en las costumbres y en el carácter de la gente, resultan antipáticas y estúpidas. En su gran mayoría viven desorbitados todo el año y todavía les regalan las fiestas de Carnaval para que puedan dar rienda suelta a sus instintos. Antes se celebraban dentro de un marco de decencia y de cultura, por eso concurrían todas las familias sin distinción de clase o posición. (Después he de contarte la impresión de los primeros Carnavales que vi en la República, recién llegado de Barcia) Hoy son las fiestas de la «chusma». Ninguna familia medianamente decente asiste a los corsos, apenas van a los bailes privados de los Centros y Clubs de las distintas sociedades. Apropósito, charlando sobre este tema quiero contarte una anécdota. Creo fue en los años 1903 ó 1904, estaba yo en Buenos Aires por motivos que ya te expliqué en alguna de mis primeras cartas. Eran aquellos días que papá se mostraba tan disgustado porque había dejado la casa de Rosario, cuando fue a contar sus cuitas precisamente a uno de mis antiguos jefes, D. Antonio Fernández, en cierta ocasión que le fue presentado en Luarca por D. Ramón Asenjo. La casa donde trabajaba en Buenos Aires era también muy importante como importadora de tejidos.

La misma en donde a los 22 años de edad me mandaron de viaje, y aprendí el oficio. En este sentido no estoy arrepentido.

Comíamos en una pensión que le llamaban «La Toja» junto con varios compañeros de trabajo y otra cantidad de muchachos empleados en distintas casas. Todos buenos camaradas, siempre contentos.

Casi todos éramos socios del «Orfeón Español», una sociedad artística y recreativa; todavía existe hoy. Representaban obritas de teatro entre aficionados. De allí salieron muchos que más tarde llegaron a ser artistas de renombre como Lola Membrives, Perdiguero, Mesa, Palmada etc., etc. En los días de Carnaval organizaban grandes bailes para los socios, sus familias, y algunos invitados. Pues bien, uno de esos días después de almorzar, a los muchachos se les antojó que deberíamos ir todos al Orfeón Español pero disfrazados.

Les dije que yo los acompañaba sin disfraz, porque ya sabían mi opinión, eso estaba reñido con el carácter y con la manera de ver las cosas. Uno de ellos, quizá el más amigo se insolentó: —«¡Coño siempre has de ser el aguafiestas, la manzana de la discordia, eres un mal compañero etc…!» —Bueno, no hablemos más, haré lo que Vds. quieran. Y fue así que nos disfrazamos: unos de Arlequín, de Juan Tenorio, de Sócrates y de Galileo, con el globo terráqueo y hasta con su famosa afirmación: «*E pur si muove*». Yo elegí uno de estudiante de Salamanca; me pareció el menos llamativo, el más discreto.

Quiero hacerte presente que era el más joven de la tropilla y el más petiso. Y así, la mar de orondos, salimos a la calle. Al pasar por la Avenida de Mayo, frente al Café Madrid, una cantidad de gente tomaba el Vermout en la acera. Los de una mesa, varios mocetones que parecían argentinos, la emprendieron con nosotros: -«Ché mirá que pateta, deben ser gallegos por lo pelotudos, ¡se necesita ser ganso! no tienen vergüenza; hombres grandes hacer el papel de chiquilines! Y siguieron con todo un rosario de insultos y de ironías. Mis compañeros siguieron viaje lo más tranquilos. Yo di vuelta, me fui a casa, saqué el disfraz de estudiante de Salamanca y volví al Café Madrid para darles las gracias a aquellos salvajes. Pero no estaban, más se habían marchado. De todos modos fue una gran lección porque nunca más, bajo ningún pretexto, volví a disfrazarme.

Continuará…

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Está en mi poder tu última carta [de] fecha 12 de febrero.

45

Buenos Aires, 10 de marzo de 1953

María, queridísima hermana: Seguiremos con el tema sin terminar de mi carta anterior. Creo recordar que llegamos a la Argentina a finales del año 1899, así que el primer Carnaval que me tocó ver fue el de 1900. Era uno de los últimos cadetes en lo de Fernández Roca Cía de Rosario. La casa estaba en la calle Córdoba, la más importante y la más aristocrática de la ciudad. Algo así como hablar de la calle Florida en Buenos Aires. Tenía varias entradas con ventanales o balcones, que daban frente a la calle Córdoba. Durante los días de Carnaval, en ese sitio, improvisaban varios palcos para las familias

de los socios y una cantidad de invitados, todos de su relación. Desde allí presenciaban el desfile y jugaban con flores y serpentinas. Mientras tanto, la muchachada, aquella colección de pequeños esclavos, seguíamos con nuestro trabajo, que no se terminaba nunca. Separábamos las mercaderías vendidas durante el día y los pedidos de los viajantes. Después las llenábamos al empaque y una vez que se había terminado de encajonar, eran la una o las dos de la madrugada. *Como los desfoyones*, con la diferencia que aquello duraba todo el año desde el 1º de Enero al 31 de Diciembre. ¿Quién pensaba en hacer la cama? Tirábamos el colchón encima de algún mostrador, o para hacer más pronto, sobre las banquetas del empaque. Mucho mejor, total el catre estaba lleno de *chinches*. Era tan grande el cansancio que muchas veces quedaba dormido sin desnudarme, con los pantalones o con un zapato sin sacar.

De ahí nace el asco y la indignación contra todo lo que sucede hoy. El cambio es brutal; los dos extremos, ni siquiera un termino medio. Pero sigamos con nuestro tema. Cuando tenía que subir al cuarto o quinto estante a buscar camisetas, medias, pañuelos o sombreros, desde la escalera alcanzaba [a] ver el corso, el desfile de coches y carros adornados con sumo gusto, el ruido, la alegría de aquella multitud. En verdad parecía un capítulo de las «Mil y una noche[s]» y quedaba como clavado en la escalera, contemplando aquel espectáculo nunca visto ni soñado. Hasta que sentía el grito de alguno de los jefes: —¿Eh, qué está haciendo ahí; se ha quedado dormido? ¡Y, entonces, se acabó la fiesta!

Pasaron algunos años y yo también fui a muchos corsos, en distintas ciudades de la República y me tocó jugar con flores, con serpentinas, con pomos, con papel picado, etc., pero ya no eran tan lindos como los primeros cuando no podía ir, y los miraba desde la escalera. Después con Elisa pasamos muchos en Córdoba, varios años en la ciudad, otras veces en la Capilla del Monte, en Cosquín, en Jesús María, en el Dique del Río Tercero y, los últimos, en Mina Clavero. Estos resultan más simpáticos porque generalmente se juega entre conocidos o entre los pasajeros de los distintos Hoteles.

María, hace unos días recibí una carta de Ángel, anunciándome su viaje a España para fines de marzo o principios de abril y me pide trate de conseguirle una cantidad de pesetas a un precio que él mismo marca. Parece que más caras, también las puede conseguir. Le contesté el mismo día felicitándolo por su viaje, por la alegría que proporcionará a todos Vdes. y especialmente a mamá.

Por otra parte le decía que lamentaba no poder complacerlo en cuanto a las pesetas. Tan es así que cada vez que yo quiero mandar unas pocas pesetas a España, tengo que empezar por explotar amistades y pagarlas a los precios

que dice él le piden y en algunas ocasiones aún más caras. Hablaba de 0.40 y yo las estoy pagando a 0.50 – 0.55 y alguna vez hasta 0.60. Le decía que le escriba a Ramón, que tal vez, por la práctica adquirida o por intermedio de sus muchas relaciones, pudiera solucionarle el asunto.

Y, a propósito de esto, hace unos pocos días estuvo Campos en mi casa y aproveché para hablarle de tus pesetas para San José. Dijo que para una fecha fija le resulta imposible complacerme, por cuanto hoy no le quedan pesetas disponibles en España, pero que la primer operación que realice, que te las hará entregar. De todos modos, ya te tendré al corriente.

Con todo nuestro cariño, Elisa y José

46

Buenos Aires, 31 de marzo de 1953

María, queridísima hermana:

Por cuatro días locos
que hemos de vivir,
por cuatro días locos…
te tenés que divertir, etc.

Estas son las primeras estrofas de una canción que desde hace pocos días, domina en Buenos Aires y creo en la mayoría de las grandes ciudades de la Republica. Es una de tantas que «pegan» sin saber porqué. No es un tango; más bien parece una marcha o algo por el estilo. De la música no puedo hablarte porque, de eso, no entiendo un *pito*. Desde que amanece la oyes en las calles, paseos, plazas, subtes, tranvías. Las orquestas la tocan en los grandes Hoteles, cafés y cines y la radio la tiene en sus programas y la repite *cada hora. ¡20 veces al día!*

Ya ves a la altura que estamos de la estación, en pleno marzo, pues todavía tenemos «rachas» de calor intenso, particularmente las noches, molestas, agotadoras, no se puede dormir. A mi ya me tiene aburrido, con los nervios de punta. Y para colmo, hasta Elisa se permite el lujo de tomarme el pelo. —«¡Sí hace mucho calor, pero no es para tanto. Lo que pasa *mieü Pepín*, es que venimos viejos!» —Y esto unido al «rezongo» de mi [ilegible], que murmura al oído: me parece amigo Rodríguez que está Vd. exagerando la cosa, tomándolo por el lado trágico. ¡Qué pronto se olvidó de sus tiempos de viajante! Vive Vd. en Villa Urquiza, en plena Capital. Tiene un hermoso cuarto de baño, con agua

fresca y limpia en abundancia. Tiene heladera, es verdad, un poco pasada de moda, es del año *83 A. de J.* pero aún presta su servicio. Tiene un ventilador que hace juego con la heladera; ha caminado mucho, pero aún marcha. Y por sobre todas las cosas, duerme Vd. en una cama que es una bendición. Una cama que siempre huele a limpia. Si hay mosquitos, écheles un poco de «Flit» o encienda una espiral y asunto terminado. Todavía le queda el recurso de hacerse sonámbulo, levantarse a caminar bajo los árboles y hasta subir a la cima de una higuera. ¡Y con todo, no está conforme y protesta!

En cambio cuando en aquellos tiempos le tocaba hacer La Pampa o el Chaco, después de haber caminado varias leguas, en cualquier carrindanga, con 46 y 48° de calor y había que pasar la noche en un fondín inmundo, empezando porque no había agua, ni sitio para bañarse, ni siquiera para beber, porque estaba caliente y salobre (pasemos por alto la cuestión comida, que en aquellas circunstancias resultaba secundario). Los *cuartos*, en su mayoría sin revocar, llenos de mosquitos, cucarachas, vinchucas[87] y hasta «cien pies». La catrera sucia, maloliente, llena de chinches. Y entonces, mi amigo, ¿cómo es posible que Vd. con tan buena memoria, haya olvidado todas estas *maravillas*? Y si no lo olvidó, ¿por qué tanto mal humor? ¿O es que quiere engañarse a si mismo? —Efectivamente todo eso que me echa en cara [h]a sido cierto, pero debemos tener en cuenta que entonces tenía menos de 30 años y ahora tengo más de 70. —Más a mi favor, para que tome la cosa con más calma, con más filosofía.

¿O todos aquellos *gratos recuerdos* y toda la experiencia adquirida no sirven para nada? —Bueno amigo, será así, como Vd. dice, para qué seguir discutiendo.

Total: Por cuatro días locos
que hemos de vivir,
por cuatro días locos...
te tenés que divertir.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

Están en mi poder tus interesantes cartas [de] fecha 21 de febrero y 5 de marzo.

[87] Se refiere al *Triatoma infestans*, un insecto considerado responsable de la transmisión de la enfermedad de Chagas.

47

Buenos Aires, abril 28, de 1953

Queridísima hermana María: Y otra vez entramos en el otoño. Antes aquí en Buenos Aires era la mejor estación del año por sus días serenos, apacibles, sin vientos ni lluvias, sin frío, sin calor. Fíjate bien que digo *antes* porque [en] los tiempos que corremos, las estaciones marchan de acuerdo con las personas; también perdieron el control de lo que estaba establecido y de su misión. Hoy no se puede hacer cálculos, ni basarse en ninguna lógica. Viene todo como le da la gana. De todos modos llevamos unos cuantos días que son una maravilla, de esos que convidan a vivir y hasta olvidarse de los que recién se fueron. Me gusta mucho caminar, pero en los meses de verano es casi imposible. Entre los grandes calores, el asfalto de las calles que se ablanda por la misma causa, resulta que no se puede dar un paso, hay que valerse de los tranvías, un ómnibus y el subte, hasta para hacer unas pocas cuadras. Y claro, a cualquier sitio que vayas ahora, resulta desconocido. Este Buenos Aires grandioso, imponente, sigue creciendo siempre, cambia, se transforma, para él no hay tiempos malos; es una verdadera fiebre de progreso. Si alguien se atreviera a decir que conoce Buenos Aires, miente a sabiendas.

Yo hace 40 años que vivo aquí y no lo conozco. Mi buen amigo De los Hoyos, hace más de 50 y le sucede lo mismo. Apenas se conoce el barrio donde uno vive o la zona donde se trabaja y nada más. Ayer era una tarde hermosa, fresquita y de común acuerdo, fuimos caminando hasta la estación Retiro, para tomar el tren a Villa Urquiza. Antes lo hacíamos en el subte que hicieron los españoles. Está en el subsuelo de la estación, a unos pasos de los andenes del tren. Elegimos la Avenida Leandro N. Alem. Cuando llegué a Buenos Aires a fines del año 1899, esta avenida se llamaba Paseo de Julio. Pasa a pocos metros del Puerto y, hasta hace pocos años, allí vivía toda la resaca del Buenos Aires antiguo. Ese era el punto de cita de las tripulaciones de los buques que llegan continuamente de todos los puertos del mundo. Había allí cientos de cabarets, cafetines cantantes, casas de juego, de cambio, de empeño, reducideros de toda clase de mercaderías robadas o mal habidas. Absolutamente todo al margen de las Leyes.

¿Leíste a Víctor Hugo o a Emilio Zola? Pues era igual a una de esas calles sórdidas de los bajos fondos de París, que también describen en muchas de sus novelas. No había una sola noche que la policía no hubiera de intervenir. Estafas, robos, peleas y hasta crímenes con relativa frecuencia. Pues bien, mi querida María, todo eso se ha terminado, desde hace unos pocos años. Resulta que a continuación de esa calle, empieza la aristocrática Avenida

Alvear y ahí está el Palacio donde vive Perón. Como ese es el camino más directo para ir y venir de la Casa de Gobierno, forzosamente tenía que presenciar aquel espectáculo. Una mañana amaneció con todos «los negocios» clausurados. Todavía hoy se ven algunas tiras de papel: «Clausurado por Orden Municipal».

Sacaron de allí carros de basura, pintaron y blanquearon todo, demolieron lo más indecente y ahora es una de las avenidas más original de Buenos Aires. Por esa calle caminábamos con mi amigo contemplando todo lo nuevo y recordando lo desaparecido. Lo primero que se ve al empezar la gran avenida es la estatua de Juan de Garay (el fundador de esta gran ciudad de Buenos Aires). Le pregunté a Hoyos: ¿recuerdas lo que había aquí en nuestros tiempos jóvenes? —Sí, aquí estaba la Estación Las Catalinas, la que hoy se llama ferrocarril Central Argentino. —Así es, en efecto; aquí fue donde yo tomé el tren para ir a Rosario una noche del mes de setiembre del año 1899.

Bueno María, como toda esta historia tan detallada, lleva un fin, deja esta aparte *sin_archivar*, hasta recibir *la continuación*.

Con todo nuestro cariño,

Elisa y José

48

[El sobre lleva la fecha «febrero, 9, 1953»]

[Flor disecada pegada en un papelito al que acompaña el siguiente texto]:

Efectivamente, son flores de una enredadera que hemos traído de las Sierras, de Villa Dolores. Un regalo de una de las nietas de D. Marcos. Es una de las plantas que más queremos.

Si D. Marcos viviera, sabría que sus flores llegaron hasta Barcia.

Aquí se llama «Santa Rita».

49

Buenos Aires, 11 de marzo de 1954

Querida hermana María: Ayer recibí tu carta del 27 del p. febrero. Agradezco vuestros augurios para San José y los retribuyo, lamentando no poder mandarte en esta ocasión, el pequeño obsequio como de costumbre. Tengo noticias de que está en trámite un nuevo convenio con España y que quedarán resueltas todas estas dificultades de hoy. Tomo nota de vuestro envío, tan pronto las reciba, te avisaré.

La dirección que indicas no existe, pero casi estoy seguro debe tratarse de Haedo, uno de tantos pueblitos cercanos a la Capital. Oportunamente le escribiré a este Sr. Castillo Sánchez y cuando conteste, pasaré a retirar las dos cajitas.

No me lo tomes a mal, pero en distintas ocasiones te indiqué que no debías meterte en esos engorros. Primero para buscar quien se ocupe de soldar las latas y después estar a la caza de la persona que quiera traerlas. No vale la pena meterse en tanto lío. El verano ha sido bastante bravo; tuvimos días hasta de 37° pero como no fueron periodos continuos, lo soportamos con más facilidad. Yo estuve unos pocos días en Mar del Plata, fui con unos amigos en su coche, me tocó una semana de sorpresas, pero las dos que se destacan son las siguientes: Un día inesperadamente, sin preparación, así de estar no más se formaron unas olas fantásticas, nunca vistas, que barrieron con todo cuanto encontraron a su paso. En contados minutos dejaron las playas limpias de casillas, ropas, tachos y los juguetes de los chicos. Se hablaba de que había varios desaparecidos de sus domicilios.

Los diarios dieron la noticia, pero sin hacer mayores comentarios. ¡Son tan enormes los intereses creados!

A los dos o tres días, en la playa de Miramar, un tiburón atacó a dentelladas a un muchacho de 18 años, estudiante, hijo de un buen amigo. Le dejó deshecho. Nadie atina cómo consiguió salvarse. Lo atendieron 10 ó 12 eminencias médicas que se encontraban en el balneario.

Hace unos días estuve con el padre, S. Villamil, dice que le hicieron varias transfusiones de sangre y distintos injertos. Actualmente, y después de un mes, está todo enyesado en un sanatorio de Mar del Plata. Ya podrás figurarte, cuánto habrá sufrido este pobre mozo. Éstas son las dos cosas que se destacan entre un montón de sorpresas diarias.

Supongo que en este caso ni Perón ni Franco tendrán la culpa. Elisa recibió una postal tuya y otra de Elisa, le gustaron mucho y está muy agradecida.

Con nuestro cariño para todos,

Elisa y José

50

Buenos Aires, agosto 31, de 1956

Querida hermana María: Está en mi poder tu atenta y cariñosa carta fecha 19 de cte., en la que entre otras cosas, nos das detalles de la enfermedad y los últimos momentos de nuestra querida madre. La noticia la conocía por una carta de Ramón que dejé un rato largo sin abrir porque sospeche que ninguna cosa buena podía traerme, como así fue. No te escribí en esos momentos porque en verdad no se me ocurría que podría decirte.

En ese instante la charla y los comentarios parecen cosas vulgares, para terminar diciendo siempre lo mismo.

Como bien dices, en medio de tanta pena, no deja de ser un consuelo saber que se nos fue casi sin darse cuenta y si mayores sufrimientos. Justa recompensa después de toda una vida llena de abnegación y sacrificios. Yo estoy todavía bajo la impresión del reciente viaje que hicimos a Cosquín (Córdoba) con el objeto [de] despedirnos de una sobrina a quien apreciábamos mucho. A los pocos días falleció de cáncer. La impresión recibida va durar un tiempo. Un espectáculo impresionante. Un día pedía a gritos que le espantáramos los perros que le estaban royendo las entrañas. Dios, qué dicen que es tan bueno, en este caso fue bastante injusto reservándole un final tan desastroso a quien en vida ha sido toda decencia y bondad. Era buenísima, casi una santa.

En fin, esperemos que pasando los días borren un poco estos recuerdos tan dolorosos.

Elisa manda cariños para todos y un fuerte abrazo para María.

Elisa y José

51

Buenos Aires, 2 de septiembre de 1968

Estimada hermana María: Te escribí el 22 del pasado agosto, devolviéndote firmado el formulario que me mandaste así como una copia del mismo escrito de mi puño y letra. María, tú no tienes necesidad de ir contestando todas mis cartas, me escribes cuando te venga bien como lo hacías antes, o cuando tengas alguna noticia que darme o alguna cosa que pedirme. Nuevamente te pido le des las gracias a Luís por todas las atenciones que tiene para nosotros. Ya te dije que todos los gastos que esto le ocasione son por mi cuenta. Claro está que ese señor Notario le cobrará su trabajo, como es lógico.

Como se ve que es una persona buena y honesta, dile a Luís que no le discuta el precio, que le pague lo que pida. Después, en el primer correo le mandaré su importe en un giro del Banco Español. Resulta que ahora estoy casi prisionero. Elisa no me deja salir solo, ni siquiera para ir hasta la Estación. Como no estoy acostumbrado, me aburro de una manera bárbara.

En fin, veremos hasta donde podemos llegar. Ayer revisando una cantidad de papeles y documentos viejos, encontré un certificado de la Embajada de España. Hasta hoy no recuerdo los motivos que tuve para tramitar ese documento.

Dice: Certificado de nacionalidad número 14.864. El ministro encargado de la Sección de Asuntos Consulares,

Certifico: Que en el registro de matrícula de españoles que existe en esta Cancillería, hay una partida señalada con el número 166.488 que dice:

Don José González nacido en Barcia provincia de Oviedo el 9 de setiembre de 1882 profesión jubilado, estado soltero residente en esta Capital.

Y a fin de que el interesado pueda acreditar su nacionalidad expido el presente a 24 de abril de 1957.

p. a. Secretario de Embajada

Agustín Cano Delgado.

José González

firma del interesado.

Entera a Luís de todo esto y pregúntale, si puede serle de alguna utilidad. Me avisas y se lo mando enseguida.

52

Buenos Aires, Noviembre 11, de 1968

Querida María: Hace un momento recibí tu carta de fecha cinco de cte. y tomé buena nota de todo lo que en ella me dices.

Los abanicos para Elisa ya te indiqué que es mejor lo manden por correo en una cajita bien acondicionados para que no se estropeen. Aquí las distancias son muy grandes y ya no estamos en condiciones para esos trotes. Castelar es una ciudad cerca de Buenos Aires, pero hay que tomar el tren. Algo así como para llegar a Villa Urquiza. La obra es en la provincia de Santa Fe. Hay más de 400 km de distancia, una noche entera de tren, queda cerca de San

Lorenzo. Por eso lo mejor y más práctico para todos es que las manden por una encomienda postal. Elisa ya está impaciente por recibir los abanicos. Yo creo que ni el premio mayor de la lotería le sería tan deseado.

Bueno María, recibe todo nuestro cariño.

Elisa y José

53

Buenos Aires, 2 de diciembre de 1968

En una de tus últimas cartas hablas de la Virgen de la Soledad, «La Blanca», y preguntas ¿la recuerdas? Sí y ojalá no me acordara. Pasé muchas veces por el frente cuando me mandaban llevar las vacas a *pacer* a la finca *del Molino*. Pregunto, ¿qué fin tuvo esa finca de El Molino? Pasaba siempre por delante de esa Capilla de La Blanca hasta Leiján por la casa *del Alejandrón*, el padre de Julia y Carlota, las dos fueron sirvientas en casa. Un poco más allá están esas fincas que me tocaron y que ahora son tuyas. Un monte de pinos abedules y castaños y abajo cubierto de helechos hasta de 2 metros de altura. Un poco más allá, sobre el camino, el *prau de la Fuente Cristalina*. Por el fondo pasaba un arroyo. Recuerdo que era una finca muy interesante. Muchas veces fui con el carro a buscar *hierba seca*. Siempre estaba verde. Sacábamos un corte y al poco tiempo ya había brotado otro nuevo. Después caminando entre montes de *pinos, toxos y artos*, se llegaba a encima del molino. Había que bajar por un sendero.

El molino quedaba en el fondo, sobre un arroyo que desembocaba en el mar que quedaba muy cerca. Podría seguir contándote tantas cosas, tantas anécdotas, que no terminaría nunca.

El molino era un rincón de ensueño. Después he visto y leído mucho, pero nunca más pude ver nada que se le aproximara. ¿Cómo quieres que no me cause tristeza y amargura recordar todas estas cosas que nunca más volveré a ver?

Yo conocí tu casa, la casa que tú no conociste, cuando tenía la planta baja y un solo piso y el desván. Después edificaron otras más, uno que eran todos dormitorios. Frente a ese corredor de la sala había un *[h]órreo*. Se llegaba a él por un pequeño puente de madera. Después lo sacaron cuando hicieron *la Panera*. La mejor que había en todo Asturias. ¿Qué fin tuvo la Panera? Al lado de tu casa, estaba la de Pin y Flora de [ilegible]. Pegada a esta, la

casa del maestro, un poco más allá la casa de Evaristo el Sacristán, enfrente vivía un Sr. García que mamá nos llevaba siempre para que nos cortara el pelo. Cuando vinimos a Buenos Aires fuimos a despedirnos y nos regaló *una peseta*. Después venía la Iglesia, enfrente un campo donde bailaba la juventud de Barcia. Enfrente un árbol enorme de grande, *un Carballo*, que sembraba abajo todo de bellotas, que después recogíamos para dárselas a *los gochos*. Siguiendo siempre derecho el *Cruceyro*, a la derecha la huerta y la casa que hoy es de Elvira. En aquellos tiempos papá la tenía alquilada al Estado y había una escuela de varones. Enfrente, a la izquierda, la quinta del *Figarón*. Tengo entendido que después fue la casa de la tía Cristina, hermana de mamá. Seguimos hasta la casa *del Caminero*. Frente había *una era*. Un poco más adelante, la casa *del Obispo*. Tenía una pequeña despensa y vendía de todo un poco. Al lado tenía un galponcito y allí hacia *los cajones para los muertos*. Enfrente, la *casa del Chiquilón*; una familia *aristocrática*, no se daban con la demás gente del pueblo. Tenían una sola hija, *Trini*, que después casó con Vicente de la Sota, hermano de Alfredo, el marido que fue de Elvira. Le obligaron a llevar la misma vida de aislamiento que llevaban ellos. Rompió con todos, hasta con papá que fue tutor e hizo por ellos tanto o más que si fuera su padre.

Más adelante una cantina o taberna. Jugaban a las cartas y a *los bolos*. Ya en la carretera, una casa de dos plantas, abajo un pequeño almacén y casa de comida. Ahí paraba siempre la Ferro-Carrilana que iba entonces hasta Oviedo.

En el piso de arriba, una escuela mixta de varones y niñas. Yo fui allí hasta cumplir los 8 años. Enfrente, el Campo Santo, el Cementerio de Barcia. Allí están nuestros padres y algunos hermanos. Y yo daría todo lo que tengo y lo que me resta de vida si pudiera conseguir que también me enterraran ahí. ¿Qué te parece María?, son pocos que *con 86 años* encima pueden contarte todas estas historias. Dale esta carta a Elisa, nuestra hermana. Estoy seguro que le gustará ver que su hermano no está chocho.

Elisa te manda muchos cariños y tú, recibe un abrazo de tu hermano José.



54

Mar del Plata. Playa y Casino.

[Dorso]

[Sin fecha]

María: Mi querida hermana. Ayer estuve en el Banco de Boston. Quería mandarte un nuevo giro, pero me encontré con la novedad de que por orden del Banco Central, y hasta nuevo aviso, están suspendidas las remesas familiares. Sin embargo yo firmé la solicitud y quedaron en contestarme dentro de los 15 ó 20 días. De todos modos, creo que por muy mal que vengan las cosas, podrás tenerlas en tu poder para Noche Buena, Navidad o Año Nuevo, que es precisamente lo que yo quiero.

Estos tiempos modernos son una verdadera desgracia; tener que pedir permiso para disponer del dinero de uno. Yo que me he criado en un ambiente de libertad, todas estas cosas me dan asco.

Te quiere muchísimo tu hermano José.

«Para María solamente»



55

Yacimientos petrolíferos de «Comodoro Rivadavia»

[Dorso]

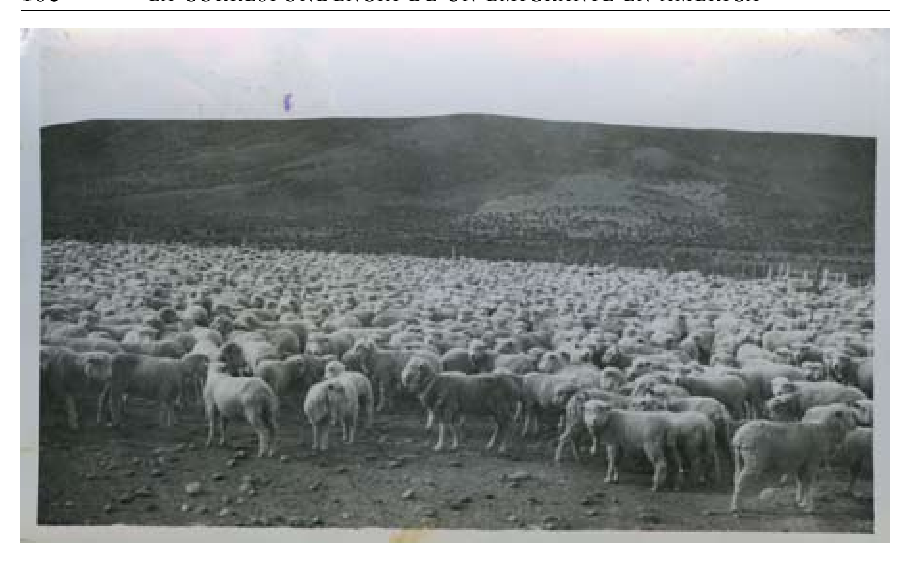
[Sin fecha]

María: Esta es otra foto tomada por mí hace muchos años. Estaba dentro de una novela de Blasco Ibáñez: «Entre naranjos».

Elisa dice que estás muy enfadada porque de las dos fotos de carnet que le mandé, la más pequeña la perdiste.

¿Y cómo sabes eso? Ayer noche hablé con María y me lo dijo. La buscó por todas partes y no pudo encontrarla.

¿Es verdad esto? Te quiere muchísimo tu hermano José.



56

[Dorso]

[Sin fecha]

María: Mi hermana querida. Esto no es una postal, son fotos tomadas por mí, o por algún compañero de infortunio de aquellos tiempos y reveladas después en B^{s}. Aires. En mi casa hay muchas porque, aparte de las que tiene Elisa archivadas que no hay manera de sacarle ninguna en todos los muebles y cajones y hasta dentro de los libros, siempre aparece alguna. Así que a medida que vaya dando con ellas, te las iré mandando. Es lo mismo que las tengas tú que las guarde yo. Son pedazos de mis andanzas por el mundo y se que están en buenas manos.

Hoy recibí tu hermosa carta de fecha 13 de setiembre con la foto de «El Molino» y en estos días te voy a contestar. Recibe todo el cariño de tu hermano José.



TABLAS RESUMEN

Distribución de las cartas, postales y fotografías por fechas *

	E	F	M	A	M	J	JL	A	S	O	N	D
1950									8/9/1950 (2) 23/9/1950 (4) ¿?/9/1950 (3)		2/11/1950 (5) 19/11/1950 (6)	2/12/1950 (7) 14/12/1950 (8)
1951	29/1/1951 (9)	8/2/1951 (10) 15/2/1951 (11)	24/3/1951 (12) (13) 29/3/1951 (14) 31/3/1951 (15)	5/4/1951 (16)	5/5/1951 (17)	2/6/1951 (18) 3/6/1951 (19) 24/6/1951 (20)	1/7/1951 (21) 15/7/1951 (22)		16/9/1951 (23)	14/10/1951 (24)	4/11/1951 (25)	
1952		27/2/1952 (26)	8/3/1952 (27)	10/4/1952 (28) 30/4/1952 (29)	20/5/1952 (30) 30/5/1952 (31)	20/6/1952 (32) 30/6/1952 (33)	30/7/1952 (34)	31/8/1952 (35)		15/10/1952 (36) 28/10/1952 (37)	10/11/1952 (38) 24/11/1952 (39)	8/12/1952 (40) 24/12/1952 (41)
1953	20/1/1953 (42)	9/2/1953 (48) 10/2/1953 (43) 24/2/1953 (44)	10/3/1953 (45) 31/3/1953 (46)	28/4/1953 (47)								
1954			11/3/1954 (49)									
1955												
1956								31/8/1956 (50)				

* Todos los documentos que no disponen de fecha no se incluyen en la tabla.

	E	F	M	A	M	J	JL	A	S	O	N	D
1957												
1958												
1959												
1960												
1961												
1962												
1963												
1964												
1965												
1966												
1967												
1968									2/9/1968 (51)		11/11/1968 (52)	2/12/1968 (53)

Lugares citados: Asturias

Almuña (2) (25)	Valdés
Barcellina (37)	Valdés
Barcia (5) (7) (10) (12) (13) (25) (26) (27) (29) (33) (39) (41) (42)	Valdés
Busto (38)	Valdés
Canero (38)	Valdés
Caroyas (2) (25) (37) (38)	Valdés
Castropol (4) (27) (28)	Castropol
Chau (playa) (22) (34) (37) (40)	Valdés
Cuerva (playa) (38)	Valdés
El Carretón (playa) (22) (25) (34) (40) (37)	Valdés
El Chano (38)	Valdés
El Romedal (16) (24)	Valdés
La Escaladina (playa) (37)	Valdés
La Espina (38)	Salas
La Granda (38)	Valdés
La Magdalena (16) (24)	Valdés
La Montaña (38)	Valdés
La Roda (38)	Tapia de Casariego
La Venta (38)	Valdés
Leiján (17) (32)	Valdés
Luarca (4) (34) (44)	Valdés
Otur (12) (38)	Valdés
Pico Cuncieiro / San Antonio de Cuncieiro (2) (21) (25) (33) (41) (42)	Valdés

Pico del Estoupo (40)	Valdés
Portizuelo (playa) (19) (22) (27) (34) (37) (40)	Valdés
Puerto Pajares (42)	Lena
Querúas (38)	Valdés
Ricande (24)	Valdés
Santiago (2)	Valdés
Setienes (38)	Valdés
Trevías (38)	Valdés
Vegadeo (6)	Vegadeo
Villaoril (38)	Navia
Villar (2)	Valdés

Lugares citados: España

La Coruña (6)	La Coruña	Galicia
Mallorca (17)	Mallorca	Baleares
Ribadeo (4) (6) (18) (20)	Lugo	Galicia
Madrid (12) (20)	Madrid	Madrid

Lugares citados: Argentina

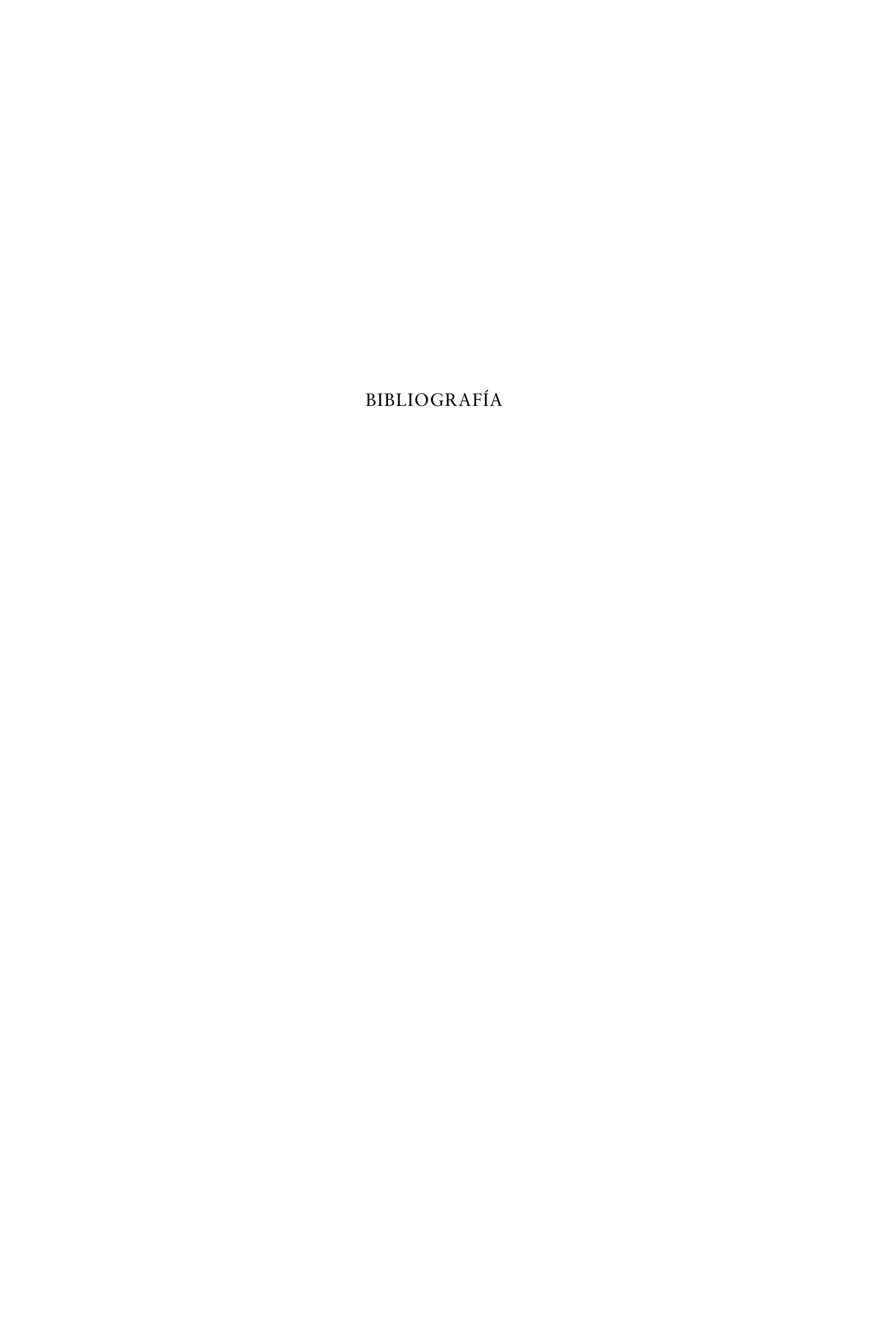
Adolfo Van Praet (26)	La Pampa
Aguas Buenas (26) (35)	La Pampa
Bahía Blanca (4) (14) (22)	Buenos Aires
Bahía de Samborombón (7)	Buenos Aires
Bariloche (40)	Río Negro
Buenos Aires (constante)	Buenos Aires
Camarones (7)	Chubut
Capilla del Monte (2) (21) (45)	Córdoba
Castelar (52)	Buenos Aires
Cataratas del Iguazú (40)	Misiones
Chacarita (20)	Buenos Aires
Chubut (7) (13) (14) (22)	Chubut
Comodoro (7)	Chubut
Córdoba (2) (3) (8) (9) (10) (17) (20) (21) (26) (39) (40) (41) (43) (45)	Córdoba
Coronda (41)	Santa Fe
Corrientes (17) (30)	Corrientes
Cosquín (2) (45) (50)	Córdoba
Dique del Río Tercero (43) (45)	Córdoba
Dique La Viña (42)	Córdoba
El Chaco (23) (24) (28) (30) (32) (46)	Provincia del Chaco
El Rabón (29) (30)	Santa Fe
Fortín Mercedes (15)	Buenos Aires
Haedo (49)	Buenos Aires

Jesús María (2) (45)	Córdoba
La Pampa (26) (28) (42) (46)	La Pampa
Las Flores (22)	Buenos Aires
Limay (río) (40)	Neuquén/Río Negro
Mar del Plata (34) (39) (40) (49) (54)	Buenos Aires
Merlo (2) (3)	San Luis
Mina Clavero (2) (21) (25) (41) (45)	Córdoba
Miramar (34) (39)	Buenos Aires
Morteros (35)	Córdoba
Nahuel Huapi (lago) (40)	Neuquén/Río Negro
Necochea (34)	Buenos Aires
Pampa de Achala (2) (41)	Córdoba
Patagones (22)	Buenos Aires
Patagonia (22)	Patagonia
Puerto Deseado (7)	Santa Cruz
Rawson (7) (14)	Chubut
Río Gallegos (7)	Santa Cruz
Río Negro (4) (15) (22) (27) (28)	Río Negro
Rivadavia (7) (55)	Chubut
Rosario (2) (5) (8) (10) (18) (20) (28) (30) (31) (39) (41) (44) (45) (47)	Santa Fe
San Javier (42)	Córdoba
San Julián (7)	Santa Cruz
San Lorenzo (41) (52)	Santa Fe

San Luis (3) (8)	San Luis
Santa Fe (28) (41) (52)	Santa Fe
Santiago del Estero (28)	Santiago del Estero
Sierras Grandes (41)	Córdoba
Tostado (23)	Santa Fe
Trelew (7) (14) (28)	Chubut
Tucumán (32)	Tucumán
Valle Hermoso (2)	Córdoba
Vera (29)	Santa Fe
Villa Dolores (2) (41) (42) (43)	Córdoba
Villa María (10) (20)	Córdoba
Villa Urquiza (20) (21) (22) (24) (29) (33) (39) (44) (46) (47) (52)	Buenos Aires

Lugares citados: Uruguay

Cerros de San Juan (18)	Colonia
Colonia Suiza (17) (18)	Colonia
Montevideo (17)	Montevideo
San Javier (17) (18)	Río Negro



BIBLIOGRAFÍA

Andrade Cobas, José Ramón, *Galleguidad en la Argentina*. Galicia, Xunta de Galicia, 1999.

Arostegui, Julio, *La Investigación Histórica: Teoría y Método*. Barcelona, Crítica, 2001.

Castillo Gómez, Antonio (y otros), *Bibliografía sobre escrituras populares y cotidianas (siglos XIV-XXI).* Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita Universidad de Alcalá. Alcalá de Henares, 2006. Versión electrónica disponible en: <http://www.redaiep.es/pdf/publicaciones/bibliografia-escrituras-cotidianas.pdf> [con acceso el 13-1-2014].

Cerrutti, Ángel y Alicia M. Martínez, «El «Velorio del Angelito». Manifestación de la religiosidad popular en el sur de Chile, transplantada en el Territorio del Neququén, (1884-1930)». *Scripta Ethnologica,* vol. XXXII, 2010, pp. 9-15, Centro Argentino de Etnología Americana, Argentina. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14815618001> [con acceso el 15-3-2014].

Chárriez Cordero, Mayra, «Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa», *Revista Griot*, vol. 5, núm. 1, diciembre 2012. Disponible en <http://revistagriot.uprrp.edu/archivos/2012050104.pdf> [con acceso el 5-3-2014].

E. Lara, Alejandro (comp.), *100 Años de Turismo Argentino*, Buenos Aires, 2008. Publicación digital disponible en <http://www.cienaniosdeturismo.gov.ar/> [con acceso el 14-3-2014].

Garabedian, Marcelo, «La construcción de la identidad asturiana en Buenos Aires (1890–1900)», *Revista Nuestra América*, núm. 2, agosto-diciembre 2006. Disponible en Repositório institucional da Universidade Fernando Pessoa <http://bdigital.ufp.pt/handle/10284/2360> [con acceso el 12-3-2014].

Girbal-Blacha, Noemí M., «Política, economía y sociedad en la Argentina del siglo XX. Una aproximación histórica a sus continuidades y cambios».

CUYO. *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, núm. 15, 1998, pp. 11-22. Disponible en <http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1578/girbalcuyo15.pdf> [con acceso el 23-3-2014].

Imízcoz Beunza, José María y Lara Arroyo Ruiz, «Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas». *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales,* vol. 21, núm. 4, 2011, pp. 98-138. Disponible en <http://revista-redes.rediris.es/html-vol21/vol21_4.htm> [con acceso el 8-3-2014].

Levi, Giovanni, «Sobre Microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer Historia.* Madrid, Alianza, 1993.

López Alfonso, Alfonso (ed.), *De La Habana, Nueva York y México a Gijón. Cartas del emigrante Sixto Fernández a su hermana Florentina (1913-1932).* Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2012.

Lopez Álvarez, Juaco (ed.), *Asturianos en América (1840-1940). Fotografía y emigración.* Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2000.

López Álvarez, Juaco, «Cartas desde América. La emigración de asturianos a través de la correspondencia. 1864-1925». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares.* Tomo LV, núm. 1, 2000, pp. 81-120. Versión electrónica disponible en: <http://s3.redmeda.com/biblioteca/lopez_2000_cartas.pdf> [con acceso el 9-1-2014].

Martínez Martín, Laura, *Asturias que perdimos, no nos pierdas. Cartas de emigrantes asturianos en América (1863-1936).* Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2010.

Mateu, Ana María, «Poder y relaciones políticas y económicas en Mendoza, Argentina. 1880-1920». *Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Anuario de Estudios Americanos.* Tomo LIII, núm. 2, 1996. Disponible en <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/421/427> [con acceso el 21-32014].

Méndez, Luis, «Modernidad tardía y vida cotidiana». *Sociológica*, año 20, núm. 58, mayo-agosto de 2005, pp. 53-75. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305024759003> [con acceso el 4-3-2014].

Moreno, Alejandro, «Historias de vida» e Investigación, [artículo en línea] Disponible en <http://prof.usb.ve/miguelm/historiasdevida.html#_ftnref5> [con acceso el 21-3-2014].

Núñez Seixas, Xosé M., «Un panorama social de la inmigración gallega en Buenos Aires, 1750-1930», en Ruy Farías (comp.) *Temas de patrimonio*

cultural, núm. 20: *Buenos Aires gallega, inmigración, pasado y presente.* Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2007.

Palazón, Salvador, *Los españoles en América Latina (1850-1990).* Madrid, Fundación Centro Español de Estudios de América Latina, 1995.

Pereda Martín, Jaime, «El Archivo de las Escrituras Cotidianas-SIECE». Suplemento especial sobre Cultura Escrita. *El Filandar / O Fiadeiro*, núm. 17. Disponible en <http://issuu.com/filandar.fiadeiro/docs/suplementoce> [con acceso el 13-1-2014].

Pérez-Fuentes Hernández, Pilar (y otros), *Memorias de la emigración española a América.* Madrid, Ministerio de Trabajo e Inmigración - Fundación Directa, 2009. Disponible en <http://www.fundaciondirecta.org/productos/memorias-emigracion-espanola-america-2009> [con acceso el 13-4-2014].

Rimbaud, Arthur, *Prometo ser bueno: cartas completas.* Barcelona, Barril & Barral, 2009.

Romero, Luis Alberto, *La crisis argentina: una mirada al siglo XX.* Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 2003.

Sallé Alonso, Mª. Ángeles (coor.), «*La emigración española en América: historias y lecciones para el futuro*». Ministerio de Trabajo e Inmigración - Fundación Directa, 2009. Disponible en <http://www.fundaciondirecta.org/productos/emigracion-espanola-en-america-historias-y-lecciones-futuro-2009> [con acceso el 13-4-2014].

Sánchez Marcos, Fernando, «Tendencias historiográficas actuales», 2009. Disponible online en <http://www.culturahistorica.es> [con acceso el 24-5-2013].

Serna, Justo y Anaclet Pons, «Carlo Ginzburg: La cultura de un humilde lector» en Justo Serna; Anaclet Pons, *La historia cultural.* Madrid, 2013.

Sharpe, Jim, «Historia desde Abajo», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer Historia.* Madrid, Alianza, 1993.

Suárez López, Jesús, *Tesoros, ayalgas y chalgueiros: la fiebre del oro en Asturias.* Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 2001.

Vargas Vila, José María, *El ritmo de la vida: motivos para pensar.* París, Vda. de Ch. Bouret, 1911. Disponible en Internet Archive <https://archive.org/details/elritmodelavidamoovarg> [con acceso el 25-3-2014].

Vincent, Gérard, «¿Una historia del secreto?, Secretos de la historia e historia del secreto», en Philippe Ariès; Georges Duby (dir), *Historia de la vida*

privada. [Tomo 5] *De la Primera Guerra mundial a nuestros días*. Madrid, Taurus, 1993.

Vicent Van Gogh. Las Cartas (I y II). Madrid, Akal, 2007.

Zarrilli, Adriàn Gustavo, «El oro Rojo. La Industria del Tanino en la Argentina (1890-1950)». *Silva Lusitana*, núm. 16 (2), 2008, pp. 239-259. Disponible en <http://www.scielo.oces.mctes.pt/pdf/slu/v16n2/v16n2a08> [con acceso el 5-3-2014].

gijón

'A
Muséu del
Pueblu d'Asturies